

# **EL ECLIPSE DEL SENTIDO**

**Hernando María Linari**

***“El Eclipse del Sentido”***

**Hacia una filosofía de la esperanza**



*Universidad del Aconcagua*  
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

**Mendoza, Octubre de 2005.**

*A mis maestros.*

*A Santi*



## Agradecimientos

*Todo agradecimiento termina resultando ingrato por lo limitado. En este tipo de sentimientos las palabras están de más. Dentro de estos límites intentaré un acto de justicia.*

*En primer lugar a quien me ha prologado el presente trabajo, verdadero padre, amigo y maestro, a su mirada humana, cercana y profunda, y a sus manos que -como a tantos otros- se atrevieron a modelar este corazón.*

*A quienes estas páginas le resultarán más significativas y familiares: mis padres, mis compañeros de trabajo de todos los días, mis amigos ...*

*Y a todos aquellos que creyeron en este proyecto y lo alentaron desde el comienzo.*

*A todos ellos mi eterna gratitud.*

*“... esta lejanía se nos ofrece como algo interior, como un dominio nostálgicamente nuestro, exactamente como la patria perdida para un exiliado... Debemos por tanto concentrar nuestra atención sobre un ser que tiene la conciencia de no coincidir con el sitio en que está, es decir, con un lugar de exilio que es accidentalmente suyo, en oposición a determinado centro que sería su lugar real, pero que en las condiciones contingentes en que está sumido sólo puede evocarse como un más allá, como un hogar de nostalgia.”*

Gabriel Marcel

*El misterio del ser*

## Índice

### Prólogo.

### Introducción.

- Noción onto-antropológica.
- Heridas que no cierran.
- La mirada que se limpia y hace sabia.

### Reflexión primera: “Esperanza y existencia”.

- *Esperanza* y rebeldía interior.
- La experiencia de *negatividad* en el sufrimiento.
- Cotemporalidad del sufrimiento y la esperanza.
- Respuestas poco felices.
- Valor de la esperanza en la búsqueda de sentido.
- Desesperanza y muertes existenciales.

### Reflexión segunda: “El escándalo de la limitabilidad y contingencia”.

- La pregunta por el sentido del dolor.
- Sufrimiento: ¿predestinación?
- Tras las huellas genuinas.
- Primeras aproximaciones.
- Importancia de la aceptación.
- Otros alcances dolorosos del dolor.
- Significado del sufrimiento como “mal”.
- Mal “moral” y mal “vivido moralmente”.
- Actitudes frente al dolor.
- Contradicciones en el espíritu humano.

### **Reflexión tercera: “El dolor que enseña”. (I parte)**

- Valoraciones diversas del dolor y el sufrimiento.
- Valoración simbólica por el lenguaje.
- La *autojustificación* como mecanismo de defensa inadecuado.
- Epifanías del *sufrimiento*.
- Triunfo sobre la carne sufriente.
- Abordar adecuadamente el *misterio* del dolor.
- Cuerpos *dolientes*, hombres *sufrientes*.
- Las metáforas de la carne sufriente hacia la reconquista de los sentidos.
- Sobre el silencio en el dolor.

### **Reflexión cuarta: “El dolor que enseña”. (II Parte)**

- *Enseñanza* como acción pedagógica.
- Aprendizaje en la *tensión contrastual*.
- Algunos sentidos de padecimientos injustos.
- El dolor también es bueno.
- Una *axiología* relativa a la lucha contra el dolor y el sufrimiento.
- Condiciones de *aprendizaje*.
- Metáforas de la carne y lenguaje simbólico.
- Desentrañar los mensajes de los cuerpos sufrientes.

### **Reflexión Quinta: “Sufrimiento y el Mal”.**

- No necesariamente es malo el dolor.
- Relación entre el *sufrimiento* y el “mal moral”.
- Padecimiento como experiencia *crítica*.
- El “punto crítico” que redime.
- Datos fenomenológicos del *mal moral* en la sociedad.
- El «*círculo vicioso*» del mal moral.
- La honda solidaridad en el mal como esencia del *mal estructural*: la *acción corruptora* del mal moral.
- Objetivaciones sociales del mal moral.
- Carácter *generativo* de las estructuras inmorales e injustas.
- Algunas concreciones del mal moral.
- *Estructuración* del convivir humano.



**Reflexión sexta: “La Desnudez Existencial”**

- El verdadero exilio.
- La sensación de la nada.
- Soledad y silencio.
- Las malas soledades.
- Pero de toda soledad se puede aprender.
- Conocimiento de sí.

**Reflexión séptima: “Desolación y lucha espiritual”.**

- Desolación y desnudez existencial.
- Sintomatología.
- Ámbito del combate interior.

**Reflexión Octava: “Agonía y Punto Crítico”**

- Desolación y crisis.
- Ruptura y cambio ontológico.
- Elaboración del duelo.

**Reflexión Novena: “Libertad y Autenticidad”.**

- Discernimiento e interioridad.
- Acepciones del término *discernimiento*.
- Opciones y naturaleza personal.
- Decisiones y orientación existencial.
- Horizonte del ser-personal en el dinamismo operativo.
- Disposición del espíritu humano frente a la *verdad*.
- Dinamismo operativo y sentido existencial.
- Vector conductual.
- La “opción fundamental” y la *desnudez existencial*.

**Reflexión Décima: “Libertad e Indiferencia Espiritual”.**

- Libertad en la era *hipermodernista*.
- Las pseudo-filosofías: la *verdad* diluida.
- Verdad y *contemplatividad*.
- Condiciones para la *indiferencia espiritual*.
- Concepto de *indiferencia espiritual*.

**Reflexión Undécima: “Fortaleza: Resiliencia y Tenacidad”.**

- La *fortaleza* y sus virtudes anejas.
- Contenidos conceptuales de la *fortaleza*.
- *Resiliencia, tenacidad* y “punto crítico”.
- Modelos *resilientes*: hombres y pueblos grandes”.

**Reflexión Duodécima: “Esperanza: paciencia y ternura”.**

- La *esperanza* no defrauda.
- Esperanza y *utopía* : certeza de un mundo mejor.
- La “promesa”.
- *Parresía* y *Hypomoné*.
- El concepto de *parresía*.
- El *parresíastés* para nuestros tiempos.
- El momento de la *parresía* en el horizonte del obrar humano: la capacidad de asumir costos.
- Tensión interior del *parresíastés*.
- La opción fundamental: Kénosis, camino de la *palabra* edificante, o *kenofonía*.
- *Parresía* y *ternura*.

**Epílogo: “El eclipse del sentido: ternura, fuego y belleza”**

## ***PROLOGO***

## Prólogo.

En la vida nos encontramos ante situaciones que nos requieren un *salto*, en el que se asumen riesgos pero que -a la vez- exigen discreción y discernimiento. Se puede intuir que, de no realizarlo, uno terminará con una vida inerte, mediocre, mediana; pero, al mismo tiempo, no se puede saber con exactitud en qué terminará ese "salto". Tal vez lo que mejor pueda enmarcarlo es la tensión entre la confianza y la incertidumbre. Y eso le falta al hombre de hoy, al hombre de la cotidianidad, al hombre de ciencias, al hombre buscador de significados, tan ávido de seguridad, por un lado, y aferrado al seductor vértigo existencial que le evita el trabajo de tener que detenerse a considerar las consecuencias de sus decisiones, por el otro. *Confianza* para asumir costos y no caer en la chatura, y *discernimiento* para ser sobrios y prudentes ante lo incierto. El signo de que la confianza no es indiscreta y que el discernimiento está bien hecho es el sentimiento de paz que invade el corazón, aún en las situaciones límite.

El autor de este libro nos dice que el hombre está ávido de sentido para su vida, pero que su vida vaga en el sinsentido porque carece de *esperanza*. Allí está la clave del asunto, porque si no hay esperanza no puede haber una confianza verdadera ni, mucho menos, discernimiento. Sin esperanza, el hombre jamás podrá alcanzar la paz. La paz es como un llamado que viene desde el futuro, y -a la vez- funda al hombre desde su historia, para que su presente tenga sentido y se anime a dar los saltos que su existencia le va reclamando. Pero para que sus intuiciones tengan fuerza y que sus saltos no sean al vacío, debe limpiar su mirada de suciedades. En el fondo cada salto es un acto gnoseológico: el hombre tiene que anonadarse, vaciarse de sí y ponerse a disposición de la vida y lo que la historia le requiera, para conseguir una mirada cada vez más limpia y esperanzada. Es la mirada que sabe lavarse con genuinas lágrimas.

La vida suele regalarnos encuentros con este tipo de personas de mirada limpia, que “miran” y “sueñan” a la vez.. Miradas colmadas de silencio, paz y ternura, y que uno teme mancharlas con su mediocridad. Son personas que a lo largo de su vida han realizado muchos de estos saltos. Sucede que, una vez efectuado uno, esa persona necesariamente es depositada ante otro, y luego otro...

Como dice Linari, hay “dolores”, sinsabores profundos y muy amargos, heridas abisales que pueden al hombre “eclipsarle” su razón de ser y existir; situaciones tan enormemente crueles que obnubilan los ojos para alcanzar el sentido de las cosas y de la historia. Sin embargo, ellos alcanzan a ver, aunque no se sientan con el poder de identificar y conceptuar lo inalcanzable, lo que nosotros, quienes creemos ver, no podemos. Somos nosotros los “eclipsados”.

A veces esos saltos existenciales son decididos libremente, pero otras veces se imponen aunque no se lo quiera; pero lo que sí decide el hombre es el ejecutarlo con dignidad. Son pruebas que la vida va poniendo, heridas que, paradójicamente, cierran otras eventuales heridas, y que son más graves. Haber traspasado ese umbral no sin angustia y sufrimiento, permite al hombre caer en la cuenta de que no solamente le evita caer en otro tipo de males, sino que, sobre todo, limpia su entendimiento y voluntad dando coherencia a su memoria. Entonces aparece el ser humano investido de una libertad nueva, de pureza en la contemplación, y de la capacidad de sanar y consolar.

Nos es posible contemplar reverentes -nos dice Linari- un evento de entrega personal cargada de “ternura”, de sencillez, de pureza original, de un sentido solidario que sólo comprende quien así pretende vivirlo, y de capacidad de salir de sí. Es contemplar el núcleo abisal en el que radica la “sabiduría” en su esencia más pura. Estos ejemplos abundan, porque estamos hablando de toda una gama de sufrimientos que va desde el más leve (aunque significativo) de los sometimientos de la voluntad propia hasta el más cruel e injusto de los martirios.

En estas reflexiones Linari se nos presenta como un baqueano de la existencia. Nada humano parece serle ajeno, pero no se queda en un mero conocimiento enumerativo de las cosas humanas; va más allá: se deja cuestionar por lo humano y esto hasta las lágrimas. En él tiene plena vigencia el virgiliano "Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt".

Buenos Aires, 9 de septiembre de 2004.

CARDENAL JORGE MARIO BERGOGLIO S.J.

# ***INTRODUCCIÓN***

## Introducción.

El trabajo que tenemos entre manos consiste en una serie de doce reflexiones, cada una de las cuales puede ser considerada independientemente de las demás, y, sin embargo, guardan entre sí un orden e ilación argumentativa: una reflexión desemboca significativamente en la siguiente, y así sucesivamente. Pretende ser una ayuda para todas aquellas personas ávidas en la búsqueda de su destino y misión en este mundo, es decir, su sentido. Pero la afirmación central del trabajo es que no es posible alcanzarlo fuera de la órbita de la esperanza. Y en eso consiste su elaboración: en mostrar que no es posible evolucionar en nuestra vida sin la virtud de la *esperanza*, virtud entrañada en toda existencia humana, por más que no todos la adviertan o consideren su necesidad para la búsqueda de los significados existenciales en la prosecución de la verdadera felicidad, adecuada a cada uno en particular.

Está destinada a todos los ávidos de respuestas existenciales, como he dicho. Las preguntas categóricas que se nos presentan suelen aparecer en los momentos más conflictivos como inentendibles, de modo especial, en aquellos que guardan una profunda dramaticidad. Los que sufren son los primeros destinatarios, y, obviamente, todos aquellos que persiguen de todo corazón hallar respuestas al problema (por denominarlo de algún modo) del sufrimiento humano, no sólo por sí, sino, además, por querer ayudar a los demás.

Ubico el presente trabajo dentro del género filosófico *onto-antropológico*. Aborda una problemática principalmente antropológica, pero atendiendo en cada situación considerada la dimensión ontológica; o, si se quiere, continuamente pretendo alcanzar el ser profundo que subyace en la conducta humana y que, al mismo tiempo, las abarca e informa. Hacia el final, la ilación argumentativa desemboca en el orden gnoseológico, porque la búsqueda de sentido existencial, conducida por la virtud y



actitud de la *esperanza*, deviene en una manera nueva de mirar y considerar la realidad; el hombre templado por las pruebas de la vida se vuelve más contemplativo, pudiendo alcanzar la verdad del ser personal y de las cosas en el mundo en mayor plenitud. Se trata del cruce por la criba de lo que aparece sin ninguna razón de ser, la criba del *sin-sentido*. Las cosas, probablemente, no habrán cambiado, ni en su estructura ni de sitio; pero el hombre que dio pelea a este sinsentido sí pudo experimentar un cambio que llamaremos *ontológico*, porque si bien continúa siendo el mismo, ya no es ‘lo’ mismo. Lo “sin-sentido” como experiencia límite que pone a prueba al entendimiento humano para terminar por purificarlo.

De qué manera se alcanza la verdad del hombre (meta con una importante dimensión epistemológica) equivale a llegar al desvelamiento del sentido de su existencia. Para lograrlo, el ejercicio de “conocer” debe necesariamente involucrar la existencia entera, porque en cuanto el entendimiento queda escindido del obrar cae en una incoherencia que lo lleva a comprender la realidad de manera mentirosa. El entendimiento, básicamente, se encuentra con dos obstáculos en su búsqueda de la verdad y del sentido existencial: la coherencia de vida (puesta a prueba casi cotidianamente, y que es la lucha del hombre por no “mentirse”), y el sentido que en la vida tiene lo que es “sin-sentido” (que supone traspasar comprendiendo aquello que golpea toda lógica humana).

A lo largo del trabajo van surgiendo, a veces de modo experiencial angustiante, las preguntas por los sentidos existenciales, por *el sentido...* por la verdad respecto a la propia existencia; pero, así como las preguntas surgen desgarradas (como desgarrados suelen ser los comienzos del filosofar) un sentimiento de esperanza acompaña continuamente los cuestionamientos. A medida que va madurando el proceso de decantamiento de las respuestas, y al ir ingresando en terrenos y dimensiones donde se torna más complicado conceptualizar claramente significados que resultan profundos y elevados, el lenguaje va acomodando a ejemplos de vida como también a los elementos que el lenguaje metafórico nos acerca para una mejor y adecuada comprensión por parte del entendimiento y el corazón.

La columna vertebral es la *esperanza*. Con su compañía alentadora es más factible y significativa una aproximación a los sentidos del dolor y sufrimiento humanos en sus múltiples expresiones. Al mismo tiempo, intento que el argumento filosófico no esté fundado en la mera razón, sino que, fiel a la tendencia actual de la filosofía, se

fundamente en hechos científicos. He tratado de evitar afirmaciones de carácter teológico, no sólo para no herir susceptibilidades sin sentido, sino, además, porque pretendo que el mensaje sea provechoso para todos aquellos que se acerquen a él, aunque más no sea movidos por la simple curiosidad. El punto general de partida está en la afirmación de que en la aceptación o el rechazo del sentido existencial personal está la raíz tanto de nuestra felicidad (que trasciende a cualquier tipo de dolor significativo como necesario; insisto en que hay dolores y sufrimientos que son innecesarios, como el infligido injustamente o el masoquista) como de nuestra desazón y tristeza devenida en amargura. El dolor es una puerta abierta a la posibilidad de conocer la verdad que nos hace sabios.

### ***Heridas que no cierran***

No siempre que una herida abierta se empecina en cerrarse se debe a una cuestión de orgullo o soberbia (“A mí no puede ocurrirme una cosa así”.... “Yo no merezco atravesar por una situación como ésta”... etc.). A menudo la situación llega tan al límite y embota tanto al juicio intelectual y al volitivo que la experiencia existencial desborda todo el ser; no se sabe dónde se está parado y las respuestas no existen. Una dentadura es la encargada de clavar sus dientes en los bordes de la herida, al tiempo que una áspera lengua irrita aún más la lastimadura.

No sólo en la amargura del resentido se observa una herida que jamás ha cerrado (en este caso es uno el empecinado en no dejar que su herida se cierre). Existen otros casos en que lo “significativo” consiste en la pérdida de docilidad respecto de los mensajes que la existencia con su realidad (con su “verdad”) envían al hombre para que éste des-vele su sentido existencial. Pérdida de docilidad implica “pérdida de los sanos cuestionamientos por los *por-qué*” y “pérdida de aceptación” del cómo nos viene dada la vida, o bien por una caprichosa actitud de cerrazón u orgullo, o bien porque la docilidad para muchos es un don que ayuda a sobrellevar momentos difíciles buscando respuestas, pero que tantos otros no tienen, como otros no tienen capacidad o fortaleza intelectual o volitiva para alcanzar comprensión de eventos que desbordan al ser humano. Estos casos se descubren en aquel que deambula por la existencia no sólo sin sonrisa, sino además como anulado en una antigua y eterna tristeza, seco como una teja, y con una imposibilidad de llorar porque ya no le quedan lágrimas. Otros viven en

una interminable oscuridad; pueden ser buenos o malos; eso no importa; lo cierto es que han perdido toda sensibilidad, y ya no les interesa recuperarla. El sufrimiento ha sido tan grande...Y, como alguien dijo, “cuando uno creyó ya haberlo soportado todo en materia de dolor, se encuentra con que todavía queda más”.

Podemos decir, entonces, que en la base aparecen motivos importantes para que hayan heridas que no cierran. En aquel sujeto que busca los motivos o razones con cierta docilidad o aceptación (o que la aceptación es conquistada al cabo de sufridas e insistentes luchas en la búsqueda de la verdad), tarde o temprano, el sentido aflorará. Pero no es fácil para quien su sufrimiento no es acompañado por ese deseo de comprender y alcanzar sus significaciones, ya sea por creerse más y sentirse no sólo con el derecho a no sufrir, sino hasta con la obligación. El sufrimiento “no es para él”, y cuando éste viene a aparecer, de desmorona todo su sistema lógico. Por supuesto que tenemos “derecho” a no sufrir; pero en sufrimiento nos viene dado, y no es algo que podamos manejar nosotros.

Pero existen heridas que, por su severidad y profundidad es tan difícil que cierren, que, para esto sea posible, debe mediar o una disposición especial en quien la padece (no es lo común, y quien posee esta capacidad es dueño de un don especial), o una ayuda venida desde fuera del paciente, ya sea de manera fulminante (cosa que su acción tienda a “despertar” del estado de abatimiento en sus múltiples formas), ya sea como producto de una ayuda que consista en un proceso lento, que no deje puntadas libradas al azar, y muy paciente. Esta “ayuda” venida de fuera tendientes a provocar un cambio de actitud frente a la prueba, puede provenir de alguien que irrumpe o como un cachetazo saludable, o con gestos pacientes y delicados que produzcan cambios de raíz paulatinamente. Pero puede también provenir de una situación vivida por quien sufre, que, de pronto -y en medio de su dolor- lo hace recapacitar, moviéndolo a no bajar los brazos y a luchar en la consecución de un horizonte de sentido que antes no aparecía.

No obstante, a pesar de estos intentos -y de muchos otros- hay heridas que continúan sin cerrar: una dimensión del hombre sufriente, muy honda, en el corazón mismo de su existencia, ha quedado como muerto, y, aunque eventualmente sonría, sus ojos reflejan una profunda tristeza de muerte. En otros casos es toda la existencia la que queda abatida en sin-sentido, y, por más que su vida continúe contemplamos suertes de zombies.

Esto alguna vez lo hemos podido constatar. No obstante, nosotros somos los primeros equivocados si, ya de antemano, nos ahogamos en la misma dinámica de su experiencia dolorosa sin aparente salida y no avizoramos luz. Desde el vamos que no ayudamos si consideramos el problema sin solución. Nuestro desafío es, pues, encontrar la luz de esperanza que nos ilumine, primero nuestras incomprensiones que nos oscurecen, y, segundo, que alumbre las fisuras por las cuales la luz de la esperanza pueda filtrarse en esos corazones en apariencia invenciblemente infranqueables.

Efectivamente, no serviría de nada ni tendría sentido alguno indagar por las heridas jamás cerradas y lo que ocurre con las personalidades de quienes las sufren; no sería más que un relevamiento de casos o un trabajo de investigación sobre sus consecuencias. Pero no solucionaríamos nada.

### ***La mirada que se limpia y hace sabia:***

El sufrimiento y el dolor son como un mar a cruzar con la esperanza de alcanzar la otra orilla. Uno de los problemas, quizá el principal, es no poder vislumbrar esa orilla, porque el mar, entonces, es esa infinita inmensidad que nos lleva al descorazonamiento, la desazón y la impotencia que genera su oscuridad, y que pueden convertirse en desesperanza o en desesperación al desvanecerse la noción del tiempo y del espacio, así como todo horizonte de percepción. Es éste el momento de la prueba en el que, tal vez, nos dejamos hundir. Cruzar este mar supone una actitud sabia que involucra nuestro entendimiento y nuestro corazón... supone un ejercicio interior en el que se van resolviendo todo tipo de cuestionamientos que los sin-sentidos traen aparejados, y con lo cual se nos van acomodando las fichas de nuestro rompecabezas existencial casi sin darnos cuenta. Pero “sabio de humilde mirada sabia” es aquel que logró llegar a la otra orilla: éste puede “mirar” hacia atrás con un conocimiento interno de las cosas, de los eventos, de la realidad; un conocimiento distinto, que parece nuevo, aunque en realidad, quien venció la barrera de la prueba se percata de que nada hay de “nuevo”, porque el significado siempre ha estado “allí”, y que el *incapacitado* era uno mismo.

Contemplar con sereno asombro que ese mar es infinito, que allí está la fuente de la vida, la vida misma, que allí está Dios, es como descubrir que se pasó por un *descenso*, por un *hundimiento* al corazón mismo de la vida y del mundo, en donde el

bien se toca con el mal, la verdad con la mentira, la lucidez con el engaño, la pureza con la corrupción, ¡la vida con la muerte!... el sin-sentido con el más claro sentido de la vida. De este núcleo abisal fluye toda la existencia. Estos ojos, que aprendieron a mirar de una manera semejante, alcanzaron la promesa de la *esperanza*, y la *esperanza* consistía en navegar hacia aquel horizonte que no se distinguía, hasta el punto de ponernos a prueba la realidad de su existencia. Entonces, al lograr establecernos en esta costa (que unas veces tarda tanto en hacerse visible, así como otras surge de repente), experimentamos cómo una paz infinita inunda el alma.

Mi objetivo se daría por satisfecho si este trabajo lograra provocar en el lector un encontrado sentimiento paradójico de que ese mismo dolor (igual que el sufrimiento) que como un empecinado enemigo atosiga, molesta, hiere y lastima, persigue al hombre porque busca hacerse su amigo; y su mensaje es un camino a la esperanza.

Al pararnos ante el dolor y entrar a dialogar con él, es como si éste se nos abriera mostrándonos sus entrañas para que podamos descender a su misterio. Entonces, se nos manifiesta la posibilidad no ya de enfrentarlo, sino de hacernos “uno” con él. Así, puede el hombre desentrañar mensajes y significados comúnmente inaccesibles. Se trata, por tanto, de dos momentos: el de la “actitud” frente al dolor y el del “acceso” a su interior (lo que nos responderá, además del “para qué” el “por qué” mismo).

El dolor (como el sufrimiento), presenta sus significados cuando no somos irrespetuosos y nos relacionamos con él con humildad. Es, ciertamente, un misterio; y, como todo aquello que para el hombre es misterioso, como no lo podemos dominar tenemos la tentación de denigrarlo. Creo que quienes trabajan en contacto con la gente que sufre podrían confirmar esta sensación: el dolor es un santuario al que debemos ingresar con reverencia, como en puntas de pie, para no profanar su silencio maduro. Y, en la medida que nos familiaricemos con él, que nos acerquemos al corazón de su misterio, podremos respirar con desconcierto bocanadas de pureza, hasta llegar a percibir su dimensión generadora de vida.

Antes de preguntarle al dolor “qué sentido tiene”, es imprescindible tomar la postura correcta: no la de la sumisión servil, sino la del respeto; no la de la resignación del “*porque no me queda otra, y, por lo tanto, opto por la dejadez del fracaso*”, sino la de la aceptación serena que hace al sufriente tomar vuelo para contemplar con

ojos profundos y sabios la esencia de la realidad desde las alturas de los conflictos resueltos que nos liberan de innecesarias torturas internas.

Me gustaría, asimismo, que el presente trabajo signifique algo así como una estrellita en medio de la oscuridad para quienes están atravesando el mar del dolor, como también para quienes tienen el oficio de aliviar y dar consuelo en los momentos difíciles; que encuentren en él elementos que puedan ayudarles en los cuestionamientos, dudas y discernimientos que vayan surgiendo. Desde ya les aclaro que son ayudas muy limitadas, y que, les repito, obligan a seguir trabajando sobre este tema. Diría que son "pistas" para encontrar salidas.

Pero pretendo también alimentar la confianza de que aquella costa desde donde la esperanza se descubre no defraudada existe, y que desde allí es posible contemplar con serena luz la verdad de aquel oscuro mar que en la travesía se mostraba sin sentido.

*REFLEXIÓN PRIMERA.*

**“ESPERANZA Y EXISTENCIA”**

## **Reflexión primera. "Esperanza y existencia"**

### ***Esperanza y rebeldía interior.***

A menudo confundimos lo que significa "esperanza" de lo que significa "ilusión". Estamos ilusionados con algo, con alguien, con un determinado proyecto; entonces "esperamos" a que llegue su cumplimiento. Cuando éste se hace esperar demasiado o simplemente no llega, nos desilusionamos. El desencanto puede tomar formas diversas, como la caída en el sentimiento de sinsentido (desde el cual juzgamos que todo está mal, que todo nuestro entorno está equivocado), la desesperanza, la desesperación, el deseo de muerte presentado de alguna manera concreta...

En tiempos de crisis o confusión sentimos el corazón aturdido y no encontramos las respuestas que ansiamos en esos momentos y no en otros. De manera muy superior, lo mismo se da con el sufrimiento, el propio, el ajeno, el social según sus diferentes expresiones y magnitudes. Pero hay precisamente en este punto un aspecto en el que me gustaría detenerme a considerar, porque justamente donde podríamos vislumbrar el sentido de la esperanza. De todas formas, no está de más aclarar que si a la esperanza creyésemos poder "significarla", es decir, explicar "qué es" o "en qué consiste", y "cómo termina" no sería propiamente esperanza; estaríamos hablando de ilusión, es decir, que "esperaríamos" el cumplimiento de algo deseado, la concreción de algo que necesitamos constatar para demostrarnos (o demostrar a otros que no hay equivocación) o probarnos a nosotros mismos como el requerimiento de asirnos de algo para sentirnos seguros y no caer en nuestras convicciones. En el fondo nos estaríamos autoengañando, racionalizando con el propósito de justificarnos. Pero, aunque nos duela reconocerlo, como me duele decirlo como es difícil aceptarlo, no es



esto la “esperanza” propiamente.

La esperanza es como una luz en medio de una oscuridad, pero la certeza de una luz que, por ser tan general y abarcativa de la existencia, no se la ve con claridad en medio de la negrura: carece de contornos precisos, obedece a algo así como una promesa en la que uno cree que se ha de cumplir pero supone los medios de su realización dándolos por ciertos... entonces, cuando esos medios no son realizados como uno los tenía premeditados entonces ya no hay esperanza, esta no existe: se ha confundido el fin con el o los medios, la rama nos ha enceguecido impidiéndonos vislumbrar el bosque.

La esperanza, por más extraño que nos pueda sonar, es como un “eje” que atraviesa los momentos más difíciles y conflictivos, los traumas existenciales, los sinsentidos, los sufrimientos y dolores. Algo golpea nuestra carne y nuestro espíritu; nos rebela, nos subleva. Quiero esto y me pasa esto otro; lo natural, lo normal, lo “bueno” debiera de ser “esto”, pero sin embargo me aparece esto diverso que no sólo no tiene nada que ver sino que aparece como todo lo contrario. Pero: ¿no será que porque siento esta rebelión interior, este cuestionamiento está la posibilidad de algo distinto?, ¿No será, más bien, que me puedo equivocar y que las cosas nos son tal como yo las “espero”? Si me rebelo, si me quejo (cosa no solamente normal, sino, sobre todo, sana y lógica), si gimo y grito y pataleo y exteriorizo de mil modos e intensidades distintas mis broncas y angustias, mis desazones, es precisamente que existe en el acto del “sufrir” una dimensión de que existe algo diverso a lo negativo, un “estar bien”, que no necesariamente sé o puedo llegar a comprender de qué manera se realizará. Cuando la esperanza es genuina, su cumplimiento excede diríamos que hasta infinitamente nuestra expectativa, ya que no sólo vislumbramos nuestra equivocación sino que advertimos su sentido para nuestra vida y el cumplimiento de nuestro “ser-en-el mundo” y “en-la-historia”. Nos queda como la sensación de vergüenza, de decirnos a nosotros mismos “¡qué tonto he sido!, ¡qué ciego!... ¡qué necio!

### **La experiencia de *negatividad* en el sufrimiento.**

Si tuviéramos que analizar y descifrar el sentimiento de agobio presente en el sufrimiento o conflicto, diríamos que la situación vivenciada es de signo *negativo*.

¿Cómo advertimos su “negatividad”? Indudablemente en ese mismo sentimiento constatamos no ya la posibilidad, sino la realidad de la “positividad” o bondad negada, la ausencia de un bien debido (necesario o no). Podríamos definir el sentimiento o la situación como una *tensión*. Si a este estado cualitativo lo cuantificamos, podríamos decir que pasamos de estar menos mal a más mal, o bien, de más mal a menos mal, ya sea porque el mal realmente disminuye, ya sea porque lo vamos aceptando y asumiendo (que no es lo mismo que decir: “estoy entregado y ya me da lo mismo), lo sublimamos, lo resignificamos, le hallamos su razón de ser. Esperar es transitar por este preciso eje tensional. Pero... ¿y si el sufrimiento o la “prueba” no pasan? La certeza de lo mejor continúa existiendo. Y es esto lo que debemos comprender si queremos ver sin superficialidad ni facilismos: existe aunque no lo alcancemos. Porque no es que no lo alcancemos, sino que no lo alcanzamos como hubiésemos querido, o no alcanzamos lo que hubiésemos querido, o alcanzamos algo que no queremos reconocer que es lo mejor para nosotros y que realmente nos realiza.

Pero se torna imprescindible no confundir “esperanza” con “ilusión”, como tampoco “desesperanza” con “desilusión”.

### **Cotemporalidad del sufrimiento y la esperanza.**

Cada vez me convengo más de que el sufrimiento es la forma vivencial de dos realidades que son capaces de darse juntos, sino que tienen que darse juntos: el *dolor* y la *esperanza*. Es un punto de nuestro análisis el hecho de un denominador natural común entre un “resentido” y un “sabio”; es tan interesante que tendremos que indagarlo detenida y hasta caricaturezcamente, por convivir como en un punto de intersección actitudes que generan admiración y otras que generan una suerte de descorazonadora gracia. El *dolor* es algo así como un germen de grandeza y dignidad; pero es eso: un “germen”. El *sufrimiento* es el lugar más interior del ser humano donde dicho germen trabaja, donde la semilla es capaz de morir significativamente, o bien, de deshacerse en el olvido de una podredumbre amarga. Si dicho germen trabaja paciente, silenciosa y dolorosamente, sin que nadie más que quien lo padece lo sepa -porque se trata, precisamente, de algo personalísimo, intransferible, sagrado- estará existiendo situacional y paradójicamente en contraste y necesariamente con otra realidad: la de la *esperanza*. ¿No dudamos, acaso, justamente de la “esperanza” en los momentos que

todo lo percibimos negro, en que la vida con sus sentidos, o nuestros sostenidos significados existenciales, en que nuestras más profundas creencias desaparecen de nuestro horizonte de percepción?

Dolor no es lo mismo que sufrimiento; el dolor puede convertirse en lo mismo que el sufrimiento cuando no nos damos cuenta de que hay otro elemento que lo acompaña: la *esperanza*; o bien, el día en que al sufrimiento le sustraigamos la esperanza habremos aceptado malamente al dolor. En la últimas reflexiones podremos constatar que es así. Sufrimos no sólo porque esperamos dejar de sufrir porque no es algo lógico, sino porque un sentimiento angustioso de ausencia de un bienestar debido nos invade. De dicho bienestar podremos recién tener conciencia al sentir la *esperanza* realizarse.

No está de más contemplar la cosa desde la otra perspectiva: no podemos pensar en la “esperanza” (no digo “en ‘las’ esperanzas”) sin esta misteriosa realidad que parece inhumana que significa masticar el polvo. Y esto va mucho más allá que decir: “por supuesto, si no se sufre qué esperamos”. Están juntos; y, una vez desvanecida la una se suelta instantáneamente la otra, como un barrilete que ya no interesa hacia dónde vuela.

La esperanza nos sostiene desde lo más íntimo de nuestro interior en los momentos de prueba. Por decirlo de alguna manera, nos mantiene “vivos”, en constante vigilancia. Sobre el sufrimiento y el dolor se han escrito demasiadas cosas, a tal punto que las evitamos. Es algo tan trillado y hasta manoseado que inclusive nos inspira rechazo ponernos a considerar explicaciones que suenan más a un libro de “autoayuda” que a una búsqueda sincera. Hay también gente que busca como con cierto aire de mamitis explicar porqué si Dios es tan bueno puede existir en el mundo tanta negatividad... como si Dios necesitara que lo defiendan; más bien son respuestas huecas de quienes en realidad no aceptan este componente mundano necesario, o guardan dentro problemáticas que no terminan de resolver.

### **Respuestas poco felices.**

Más a menudo de lo que quisiéramos, las respuestas piadosas (no quiero corromper la palabra *piEDAD*) son verdaderamente opio para la conciencia humana. Así, nos encontramos con consideraciones espirituales, filosóficas, teológicas... que han

dado sus diagnósticos y veredictos a través de recetas para hornos a microondas un sin número de escuelas.

Todos quieren justificar, explicar lo inexplicable o, al menos, desde lo inexplicable. Todos quieren sacarse esta molesta comezón sinsentido que no nos permite transitar cómodamente el sueño de la vida, o pasarlo por lo menos con la menor cantidad posible de sobresaltos.

Pero, lo único cierto es que el *dolor*, nos guste o no, existe, y es inevitable que esté presente en el mundo. A veces estas escuelas no son sino proyecciones de deseos personales o analogías puestas en mayor escala de sentimientos, padecimientos que no queremos asumir, o emociones no resueltas —o no queridas ser resueltas— de elaboraciones pequeñas, individuales, y luego llevadas a los planos generales o metafísicos.

El dolor está. Es inevitable que esté. Nos han pretendido enseñar mil recetas y senderos para evitarlo, sublimarlo, resignificarlo, y hasta ¡buscarlo!. Oímos y hasta decimos: Sí, sufro (o sufrí), pero lo viví con resignación... ¡con *santa* resignación!, porque con tal o cual metodología no me costó como me hubiese costado en otro momento. Tal vez sea la forma de mostrarnos a nosotros mismos y mostrarle al mundo que somos un ejemplo testimonial de que al dolor se lo puede vencer y de que somos o podemos llegar a ser unos “superados”. Pero seamos sinceros, humildes: ¿no es esto soberbia? ¿vanidad? ¿No será más bien este molesto camino la manera de poder evolucionar -en todo sentido- en la vida, admitiendo la contingencia para agachar la cabeza y superarnos desde la conciencia personal y social purificadas. El que lo sabe todo, el que considera que lo tiene todo y que no necesita nada, desde su falso pedestal no podrá mejorar ni crecer, como ocurre con el niño caprichoso que hace puchero, frunce el ceño y pone esa mirada superada que indica que no necesita de ningún tipo de corrección.

Pero no. El *dolor* está para quedarse con nosotros, no para ensañarse sino para enseñar. Para *enseñarnos*: para “enseñarnos” como parte de un aprendizaje que nos acompaña, y para “enseñarnos” porque es una señal que nos “muestra”, que algo nos pretende decir.

Está para *enseñorearnos* y colmarnos con la sabiduría que sólo por él alcanzamos, o -caso contrario- para convertirnos en amargos resentidos, que es cuando la carcoma del mal comenzó a corroernos internamente.

Es más que el anhelo de estar bien, de sentirnos bien y sacudirnos ese lastre de incomodidad (dolor, conflicto, desazón, angustia...) que nos agobia. De no existir, nos daría lo mismo el dolor, viviríamos nihilísticamente nuestra vida, todo nos daría lo mismo; seríamos como algo así como “muertos vivientes”. Sin embargo no es así: nos rebelamos, nos resistimos a quedar indiferentes ante lo que sabemos “malo”. Porque un gemido, aunque levísimo, nos habla de que algo no está bien, en su sitio, o sea que algo es bueno, qué sí hay justicia; de que, por más desordenados, confundidos o atemorizados que nos sintamos, algo -quizá indefinido- nos llama a la unidad interior. De lo contrario simplemente no nos afectaría. Y cuántas veces anhelamos unidad en nuestra familia, en nuestro trabajo, nuestra comunidad, cultura, raza... La unidad es necesidad básica. Cuántas afecciones y desórdenes psíquicos devienen de la falta de unidad, de cohesión interna, o bien la “reclaman”.

En medio de tanto sufrimiento que puede el hombre experimentar estos llamados interiores tienen la luz y el color de lo que es bello y que, precisamente, añoramos. Todo esto es la *esperanza*. Y, en medio del sufrimiento, de algún modo se va realizando, llevando adelante. Cuando estas cuatro propiedades internas (bondad, verdad, unidad y belleza) son más plenas, más y más se muestra la *esperanza*, y su descubrimiento pleno es cuando plenamente las vivimos, realizándonos y realizando como un fuego que irradia calor, color, luz y movimiento. Aún en medio del sufrimiento.

Por eso es que no significa “esperanza cumplida” no haber bebido el cáliz de la prueba.

En cierta forma queda planteada una tensión contrastual (que de algún modo abre más la herida, encarniza vivamente el sufrimiento haciéndolo más conciente) entre lo que debería ser pero no es -ausencia, carencia de ser, sentido de vacío y/o contradicción en la existencia personal; soledad, sentimiento de desamparo...- y lo que se espera que sea.

Lo que en el fondo duele en el alma es esta *aparente* imposibilidad de alcanzar a dicha *esperanza* y cumplimentarla... hasta nos duele la incapacidad de percibir tal imposibilidad, de comprenderla y concebirla con sus matices. Es decir, sólo hay dolor, pero también hay conciencia de él, y, por lo tanto hay sufrimiento; la *esperanza* está, como agazapada, oculta, esperando paciente y al mismo tiempo ansiosamente ser descubierta. Está escondida como un corazón que late en un pecho, porque de lo contrario nos desmoronaríamos y no intentaríamos absolutamente nada.

### Valor de la esperanza en la búsqueda de sentido.

La esperanza es como el “hilo conductor” de la no-resignación a la situación negativa. El problema se puede percibir en ese instante en el que uno se tiente de bajar los brazos (renuncia pasiva a la búsqueda de sentido) o de patear el tablero (renuncia activa, o, más bien, “re-activa”). Y, sin embargo, allí permanecemos, “con alguna *esperanza*”.

Esa *esperanza* de “que-sea” nos hace más concientes de que sufrimos. Es más: de alguna forma “hace al sufrimiento”. He aquí la *paradoja*, el punto crucial donde existencialmente nos lanzamos a la realización personal o nos hundimos. Hay otra posibilidad, como querer permanecer en equilibrio: se trata de un punto medio (medianía, pasividad, chatura, etc) que en realidad nos hunde más que en el caso de la opción mal hecha.

La primera opción es la “esperanza”; no nos empuja, sino que nos “jala” (como ese sentimiento interno que mueve indescifrablemente nuestro corazón a la operación: el *ya-pero-todavía-no*); es una “opción fundamental”; por más eficiente que sea para la realización de nuestra existencia, se trata de una causa movilizadora desde una “finalidad”, por más que no la tengamos claramente definida. Por eso, cuando una causa de sufrimiento o el sufrimiento mismo diseñan en nuestros corazones y tejen en nuestras mentes toda clase de argumentos que nos terminan por amargar y nos encierran en pensamientos que, lejos de mostrarnos una salida nos sellan las posible, lo más sano es evitar conjeturar y buscar de inmediato ese tránsito -al que quisiéramos encontrarle un rostro más claro, pero no es así- que es la *esperanza*, porque nos lleva al final de un camino que trasciende los sinsabores, las pasiones ocultas, los rencores y enojos, las especulaciones fáciles, los humanos ahogos de las situaciones que no tienen aparentemente ningún sentido.

La *esperanza* convive con el dolor y desde ella se puede desvelarle el sentido que entraña. El dolor causa sufrimiento en cuanto y en la medida en que tomamos conciencia del mismo (no solo tenemos un dolor, sino que, además, lo padecemos con conciencia). El sufrimiento es algo así como el dolor de la mano de la esperanza; pero, cuando la esperanza comienza a flaquear y se siente más vulnerada, el sufrimiento -que

sería algo más bien moral- se torna en “dolor”. El dolor causa sufrimiento; el sufrimiento puede convertirse en dolor. ¿De qué manera tanta gente se sostiene? Porque han percibido a la *esperanza*, se hicieron cargo de ella (porque supone paciencia y una conciencia de tener que aún seguir soportando sin saber cuánto tiempo más ni su intensidad), y la han podido encarnar. En tal sentido, la esperanza es como un valor agregado al sufrimiento: lo hace más conciente, lo aumenta; pero al mismo tiempo da fuerzas si se sabe y se anima a aceptarla con sus condicionamientos que no son simples. La *esperanza* jala desde “fuera”, desde el futuro, pero, como un antídoto se mete en la carne de nuestra existencia y sus determinismos para aconsejar y empujar con fuerza. ¿De qué otra forma alguien que sufre y espera durante situaciones extremas en tiempo e intensidad logran traspasar la frontera de lo que parece inhumano? Increíblemente, cuando “no se da más”, algo se manifiesta, se muestra.

Vuelvo al binomio del sufrimiento: algo nos quiere “enseñar”, en cuanto que se nos pretende manifestar, y algo nos quiere “enseñar”, en cuanto dimensión pedagógica. Sobre este punto nos detendremos en la tercer y cuarta reflexión.

Hablamos, pues, de un “futuro significativo”, que es lo que nos sostiene en la noche oscura, durante todo nuestro existir en tensión; lo que nos hace esperar contra toda esperanza; lo que nos mantiene encendidos en el destierro, y, en medio del agotamiento se escucha como esa voz que nos dice: “*Bueno, voy a esperar un poquito más... a ver que pasa*”; y de esta forma vamos yendo para adelante. “*Mañana me voy a despertar y me voy a levantar*”.

Algo más quisiera decir antes de desarrollar todas estas ideas: el dolor, como el sufrimiento, por más esperanza que tengamos, como todo sacrificio, puede producir un *daño*, aunque no necesariamente. Por otro lado, cabría juzgar si el daño producido es necesariamente malo, o si se trata de algo que, aunque malo, nos acarrea bienes y crecimiento. Cuántas veces como padres o maestros, o médicos o terapeutas permitimos ciertos daños (a los que en determinados casos llamamos, comúnmente, males menores), como situaciones que consideramos que deben ser pasadas, porque de allí se siguen enseñanzas y hasta sanaciones más profundas y definitivas; y cuántas veces sentimos deseos naturales de evitarles malos momentos, pero en el fondo sabemos que así no los dejamos crecer ni hacer su experiencia... cortar su cordón umbilical. Y, como decíamos, no necesariamente un sufrimiento produce “daño”: a menudo nos dicen verdades que duelen; en el fondo de nuestra alma nos hacen sufrir; pero de ningún

modo nos dañan (quizá hieran nuestro orgullo, pero no nos hacen mal); por el contrario, nos benefician, nos curan y hacen humildes.

Y si sabemos que del sufrimiento devienen tanto sabios como amargos resentidos, simplemente sustraigámosle al sufrimiento su dimensión de esperanza y vamos a poder advertir porqué uno puede terminar peleado con la vida y destruir relaciones interpersonales, porque es cuando, entonces, ni se es feliz ni se deja ser feliz a los demás. No erraríamos afirmando que no son ni el dolor ni el sufrimiento lo que en definitiva nos dañan, sino nuestra actitud ante ellos. Dolor y sufrimiento actuarían más bien como “disparadores” de nuestras posturas y actitudes; son la posibilidad de hacernos *virtuosos* o *resecos*.

Que nuestro corazón pueda vislumbrar su enseñanza: lo que nos pretende *manifestar* y la sabiduría que anhela inculcarnos. Para ambos casos no podemos perder de vista la dimensión de *esperanza* que entraña el sufrimiento y de qué manera podemos trabajarlo. Si la esperanza no atravesase toda nuestra existencia informando nuestro ser, no perseguiríamos el sentido último de la misma. En cambio, por medio de ella, los momentos dramáticos adquieren significado y pueden ser asumidos.

La verdadera tragedia se da cuando no se vive con *esperanza*.

### **Desesperanza y muertes existenciales.**

Quisiera referirme a las muertes por las que debemos pasar a lo largo de nuestras vidas. Hay sin dudas una analogía con nuestra última muerte, la definitiva. Para los que creemos que la vida no se interrumpe con el último suspiro, esta muerte definitiva nos puede depositar en otra vida, y, por tanto, no es tan definitiva. Ese mismo sentido que le otorgamos a nuestra muerte es el que podemos aplicar a las mil muertes que a lo largo de nuestra existencia nos toca experimentar de tantas maneras diferentes.

Quizá, de acuerdo a lugar desde donde observemos la cosa, es decir, si parados desde estas muertes existenciales miramos la última y definitiva, o bien, desde esta última miramos las experimentadas durante nuestra travesía existencial, podríamos decir que a lo largo de nuestra vida podemos prepararnos para el último momento con un sentido que nos ayudará al momento de enfrentarnos a los postreros fantasmas, o bien,



que el sentido que llevamos con nosotros en torno a la muerte y sus significados le otorgan, asimismo, un sentido a esos tramos conflictivos que, de acuerdo a como los atravesemos, elaboremos y resolvamos, nuestra existencia en su totalidad remontará hacia un lado o hacia otro.

Quitemos ahora ese *último sentido* conferido por los creyentes, suponiendo que en este último momento proyectamos analógicamente las esperanzas e ilusiones que nos sostienen significativamente en cada trance difícil de nuestra vida, pero haciendo que ese mismo significado que nos ha ido sosteniendo sea trascendente a través de un salto sublime hasta el infinito: entonces nos quedan las mil muertes con un sentido que las atraviesa. Para nuestra vida, creyente como no creyente en una vida después de la muerte, indagar en este *sentido* se torna vital, porque de él depende nuestra personal realización y felicidad. De cualquiera de las formas, asumiendo esta indagatoria para que nuestra existencia se desarrolle significativamente, sin distorsionarse ni corromperse, también nos preparamos para aceptar -de alguna manera- y enfrentar nuestro final también significativamente.

En todos los casos la muerte está precedida de una agonía. Es más, lo que duele es la agonía; esto es tan así que a lo largo de ella, cansados por su duración e intensidad, deseamos la muerte.

O bien, asumimos la agonía pero sin aceptarla, con lo cual nos hacemos resentidos y amargados.

O bien, desde la percepción de lo que probablemente tengamos que asumir si nos hiciéramos cargo de la realidad con sus exigencias para nuestra propia vida, elegimos evasiones: no nos gustan los sacrificios; no nos agrada la ley natural por la que una semilla para ser fecunda tiene que caer de donde está, sentir el barro y morir; entonces sucumbimos ante compromisos evidentes y responsabilidades, bajo pretexto de ser merecedores de una vida feliz o placentera, para poder elegir como adolescentes caprichosos felicidades a nuestra medida, diferentes a los que nuestra propia existencia nos tenía preparados, porque no le creemos a la vida misma, no confiamos en ella, como no confiamos en que nos vaya a mostrar y entregar los frutos de nuestros dolores y afanes. Vale decir, someter a la vida a nuestros deseos torciéndola, en lugar de ubicarnos en su camino y realización; no elegir bien haciendo un mal uso de la propia libertad, y pretender construir la propia existencia transitando un camino que nos lleva a dolores

mucho más grandes, sin sentido y, las más de las veces -de no mediar humildad- sin retorno.

En síntesis, la orientación con la que nos manejamos durante nuestras agonías puede llevarnos a continuar firmes aunque sintamos que nuestras fuerzas están absolutamente agotadas, o bien, conducimos a una amplísima gama de formas de suicidio, de matarnos en vida, bajo el signo de una vida con significación aunque destructiva, o sin ningún tipo de sentido, por el que cada acto nos hunde aún más en el sinsentido.

Así consideradas muerte y agonía, podemos entender que no toda agonía nos lleva a la muerte. Tal vez de primera suene estúpido decir esto; sin embargo, uno muere como vive y como atraviesa el momento de la agonía con sus significados. Cuántas veces decimos de alguien “*Éste murió como vivió...*”.

Comprendemos entonces quién muere realmente: aquel que no logra -por debilidad, miedo, cobardía, etc- abrazar la agonía propuesta por su existencia, es decir, que no acepta morir la muerte que le va presentando su vida progresivamente, es quien realmente *muere*. En cambio, quien la asume con sus aparentes costos *vive*, y vive contra toda apariencia porque se realiza positivamente. No es sencillo de entender; mejor dicho, no es sencillo de aceptar. Lo que se acepta nos muestra un atajo para el entendimiento, y por aquí pasa el meollo de este asunto que resulta más o menos escandaloso: la *aceptación*. Aceptar el desafío de una agonía que nos azota en el rostro como un guante supone, asimismo, aceptar lo que somos y cómo somos; y al decir “cómo” somos decimos la manera en que realizamos “lo que” somos.

Realizar la propia existencia con el sentido que la vida solicita a cada libertad en particular (la historia de cada individuo, de cada naturaleza individual, en consonancia con la historia y naturaleza totales) es realizar la propia *misión*, ser *auténtico*. Y esto es *coherencia* de vida.

¿Por qué algunos transitan -o intentan transitar- adecuadamente su sentido existencial mientras que otros no, o lo hacen a medias (que es lo mismo que nada)? No siempre el camino es fruto de una opción plena; no todos han nacido dotados de la capacidad de advertir consecuencias y costos de sus elecciones en su totalidad, o la vida no les facilitó las herramientas o perfeccionó sus sentidos para poder percibir resultados y sentidos; también hay quienes nacieron en entornos poco propicios y hasta coartantes o anulatorios física como moralmente.

Sabiendo que de acuerdo a las capacidades y facultades intelectuales como volitivas de cada uno es el grado de responsabilidad y libertad, la felicidad individual se llevará a cabo de modo más pleno y significativo cuanto mayor sea la “sensibilidad”, es decir, la capacidad, profundidad y habilidad de cada cual para captar y comprender los sentidos y alcances tanto de los signos de la vida con sus mensajes como de cada elección. Esto acarrea el costo que implica la coherencia de vida. Dicho costo, efectivamente, lo perciben más honda e inmediatamente unas personas que otras; algunas, inclusive, lo alcanzan con una crudeza que ahuyenta. No es raro encontrarse con gente que dice que la inteligencia y capacidad de entender la realidad lo hace infeliz, que es más fácil ser ignorante porque a uno se le evita el costo de tener que hacerse cargo de las cosas; esta afirmación es saludable mientras no nos quitemos el peso de encima; es saludable porque se trata de una queja ante el peso de la responsabilidad. Pero es más cierto que esto que también se agudiza y profundiza la percepción de la realización de la felicidad que suponen los sacrificios, o que los sacrificios realizados con sentido no caen en un saco roto; y este sentido sólo lo capta gente poseedora de semejante sensibilidad.

*REFLEXIÓN SEGUNDA*

**“EL ESCÁNDALO DE LA  
LIMITABILIDAD Y CONTINGENCIA”**

## Reflexión segunda

### “El escándalo de la limitabilidad y contingencia”

#### La pregunta por el sentido del dolor.

El hombre vivencia el mal en sí mismo a partir males concretos que golpean su propia carne como su propia existencia, el padecimiento en sí y en aquellos que ama. Tal experiencia implica un quiebre en la aprehensión del sentido de la vida, de su historia, del mundo, porque tal sentido es golpeado.

Transitamos por la vida buscando que ésta tenga significación; la vida misma es una constante pregunta, porque si nos quedamos en meras respuestas alcanzadas y no seguimos avanzando y preguntando, nos quedamos haciéndonos mediocres. Ahora bien, cuando una experiencia se nos aparece atravesada, como es la “experiencia del mal”, vivenciamos la perplejidad en nuestro interior. Efectivamente, el mal nos sacude desde las raíces chocando de frente nuestra lógica y sentido común. Alguna forma de angustia conmueve los cimientos de nuestro ser.

Propiamente, en sí, *dolor* y *sufrimiento* no existen; es decir, no existen sin un ser que lo padezca. Puede ser considerado “en-sí-mismo” desde quien lo padece; puede ser tratado como algo objetivo pero a partir de la experiencia que de uno mismo se tiene, pero porque lo que en realidad se experimenta es un “mal”. Inclusive, tal como lo iremos viendo y reflexionando, el sufrimiento es vivido como un *mal* sin serlo necesariamente: mucho más a menudo de lo que imaginamos, un golpe en la vida resulta verdaderamente saludable, como si se tratara de una maniobra de resucitación, o como el chirlo dado a un neonato, o el cachetazo que nos despierta o saca del ensimismamiento destructivo.

No sirve de nada preguntarse por el sentido del sufrimiento si no media una búsqueda de *esperanza* o una enseñanza. Existen los que buscan significados revolcándose en él, como necesitando alimentar el veneno que destilan. Pero estamos aquí ante una patología, y no es ciertamente la generalidad. El dolor ni bien hace su aparición ante cada uno, inevitablemente surge la pregunta por su sentido. Aún para aquellos que lo toman como algo inevitable y que es perder el tiempo detenerse a considerar *por qué o para qué*, hombres y mujeres que “encaran la vida siempre para adelante, y no hay que detenerse por cuestiones de las que nada en limpio se puede sacar”, la vida misma es un desafío, y, como tal, ya supone un sacrificio con cuestionamientos e incertidumbres que molestan, es decir, que hace sufrir. Pero, aún prescindiendo de este contenido de la vida, a este tipo de personas tarde o temprano alguna situación que viene a contramano de sus planes los golpea... y hace *sufrir*.

### **Sufrimiento: ¿predestinación?**

¿Por qué algunas personas tienen que padecer tanta desgracia y pena? ¿Por qué, por el contrario, otros tienen tanto “bienestar”? ¿Está el hombre señalado de antemano para sufrir o gozar, o en el barajar de la vida tuvimos la mala suerte de cortar el mazo equivocadamente? El sufrimiento conlleva una pedagogía, pero se trata de una pedagogía que nada tiene que ver con una concepción sádica de la enseñanza, sino que brota de la sabiduría de la vida que nos hace sabios como parte de la vida misma. Pero existen, asimismo, otras culturas en las que la desgracia era signo de la maldición de los dioses, y que, inclusive, marcan un destino trágico preestablecido de antemano. Recordemos que en Esparta, ciudad estado de la antigua Grecia, ejemplo de cultura y civilización, mataba a sus hijos nacidos con algún tipo de deformidad.

El calvinismo también sustenta su doctrina en la predestinación, y muchas religiones hoy comparten de algún modo este modo de ver la vida, de alguna forma, para justificar diferencias injustificables o para evitar cuestionamientos que impactan en lo más profundo de nuestra humanidad.

Las “justificaciones” (muestras de la inseguridad y fracaso humanos) toman forma en ideologías, determinadas formas de vivir la religión, filosofías egoístas de vida, etc. ¿Cuánta gente existe insensible ante la necesidad del que sufre, o que siente

lástima sin preguntarse más nada, simplemente “porque esto es inevitable”? ¿Qué digo frente al muchacho que *ensucia* mi parabrisas con el agua que vaya uno a saber de dónde la sacó? ¿Qué fabulo respecto de los ejércitos nocturnos que *saquean* los bolsones de basura, además de aprobar que “conviene discriminar en los bolsones la basura que sirve para comer, de la que sirve para vender, de la que no sirve para nada”? ¿Qué excusas me impongo? De una u otra forma, el problema del mal y del sufrimiento humano -con sus códigos circunstanciales- nos golpea e interroga, y, tarde o temprano, nos exige encontrarles un sentido.

Ante el dolor todos nos paramos en algún momento, con mayor o menor atención. Pero todos lo cuestionamos. Algunos -como los que más arriba mencionamos- preferirán esquivarlo; otros, en cuanto aparece, buscarán los medios para su anestesia; también están quienes, también como una manera de eludir su significación, hacen del sufrimiento un “culto” de muy variadas formas como veremos; están también los que gozan sufriendo o haciendo sufrir (masoquismo y sadismo). Es muy común bajar los brazos frente a su inevitabilidad, adoptar una postura de *pasivismo*: “que venga lo que venga y que sea lo que Dios quiera...” Finalmente, están aquellos -que no faltan- que de un algún modo se burlan de él en quienes lo padecen, porque, en realidad, le temen. Y le temen por dos razones: porque nadie quiere sufrir, y porque el rostro del sufrimiento nos recuerda que no somos todopoderosos; es decir, se trata de un misterioso poder imposible de manejar y que es preferible desdeñarlo.

Anestesiarse, narcotizarse, huir, desvalorizarse (desacreditarse), sobredimensionarse, no luchar: en todos los casos subyace superficialidad y pereza, que son maneras de no afrontar la vida, de no encontrarle un sentido, o bien, buscarle un sentido que no implique demasiado compromiso y sacrificio, es decir, escuchar de la misma boca de la vida que es lo que ella nos pide, qué necesita de nosotros, qué costos genuinos nos exige.

### **Tras las huellas genuinas.**

Para buscar y hallar los verdaderos mensajes tenemos, como primera medida, que tener una *actitud de vida*, una orientación que nos ponga en el camino correcto. Uno puede decir: “sí, pero cualquier ocasión de dolor o sufrimiento aparece de repente

sin que nadie la llame, y, como aparece de repente, uno no está preparado; por lo tanto, cualquier receta no deja de ser mera especulación”. Cualquier golpe que nos llega generalmente nos toma desprevenidos; nadie dice que buscar y hallar sentido nos va a llevar a relativizar el padecimiento; precisamente es todo lo contrario, porque una postura así le quitaría precisamente sentido. Pararse bien, con dignidad, ante el sufrimiento o su ocasión, significa hacerse cargo del mismo con toda su crudeza, sin superficialidad, dispuesto a aceptar sus exigencias en su totalidad sin ningún tipo de escabullimiento. Esta postura frente a la vida es lo que se llama *aceptación*. “Aceptación” es bien distinto a “resignación”, y supone otra actitud importante -que es previa pero que también se la conquista-, que en el lenguaje de la espiritualidad ignaciana se llama *indiferencia*. Y, como reflexionaremos luego, esta *indiferencia* es un estado interior, que no significa “me da lo mismo”. Una vez alcanzada la *aceptación*, como un estado activo, no pasivo, el significado del sufrimiento comienza a manifestarse cada vez con mayor claridad; cada comprensión conquistada nos indica el camino a la siguiente, y así sucesivamente.

El sufrimiento mismo es fuente de sabiduría. Pero detrás de él, después de él, viene un triunfo, que seguramente no podemos saber de qué se trata; solamente poseer la certeza de que en una instancia posterior las lágrimas son enjugadas y el afligido se hallará de pie en un tiempo y espacio desde donde observará qué razón de ser tuvo la tribulación. Es el tiempo de la consolación, y, en esto precisamente consiste la *esperanza*. Es el logro infinitamente superior, la alegría misma, el momento del alumbramiento en el que se desvela lo que nos estaba escondido.

Sí; el *sufrimiento* es bueno (no si es innecesario), y hay que bendecirlo. Los hombres somos miedosos porque no nos atrevemos a mirar más arriba y “más allá”, y nos enceguecemos aturdidos con los embates producidos por lo que está “más acá”. Pero no sólo hay que mirar su positividad desde la esperanza del fruto que sigue a su pasión; en sí mismo entraña fecundidad y sabiduría, así como la salvación de los males que son verdaderamente tales. Ambas visiones, la del triunfo de la esperanza y la sabiduría que entraña, son el objeto de nuestra consideración esperando que nos ayude a contemplar la vida de otra manera, provocando en nuestro corazón sentimientos de humilde agradecimiento. Tarea que parece absurda.



## Primeras aproximaciones.

¿Qué es el sufrimiento? ¿En qué consiste? Es un sentimiento que resiste a la división o corrupción”, decía Agustín de Hipona<sup>1</sup>, queriendo expresar la conmoción que experimenta el ser humano cuando algo no está en su lugar, lo cual produce un desgarró, o bien, afecta el buen ser de la misma existencia (por ejemplo, desubicando, lastimando o pudriendo lo que está sano). Todo esto iremos desentrañando con el correr de las páginas. Pero, en definitiva, significa el sufrimiento un espacio y momento de inflexión, el cual, si soy capaz de atender bien y atisbar su mensaje, posee un significado para la vida. En tal sentido, es la ocasión propicia para que el hombre saque de sí lo mejor o que desentrañe lo peor y más venenoso; en otras palabras, es la posibilidad tanto para dar a conocer su grandeza como lo que tiene de más abyecto y miserable.

Es, asimismo, el momento de criba interior y de la posibilidad de templar el espíritu y purificar la mirada del alma. Atreverse a atravesar el desafío que el sufrimiento nos lanza en el rostro conlleva un plus beneficioso: un “aprendizaje” difícil de explicar, como de entender si no se lo ha asumido con dignidad. El sufrimiento madura al ser humano; la aceptación ilógica de lo inexplicable enseña. Enseña como nada ni nadie en el mundo puede hacerlo.

¿Qué es, concretamente, un mal? Males concretos son las enfermedades, las calamidades repentinas como las previsibles, las penas de índole psicológico -como las angustias, los sentimientos de vacío, los sinsentidos, las depresiones, etc.). Pero existen, también vivenciados en distintos niveles de profundidad y según grados de conciencia, males percibidos exclusivamente en el terreno espiritual. La dimensión espiritual es tan profunda y está tan más allá del campo de lo constatable mediante instrumental o técnicas científicas, es tan difícil de explicar, que no acostumbramos ponerle la atención que en realidad merece; depende mucho, en cambio, de la serenidad que deseemos invertir en hacerlo, y del intento de superar la ansiedad típica de aquellas inquietudes nuestras que pretenden respuestas ya.

---

1 Agustín de Hipona, *De libero arbitrio*, III, 23, 69.

Que el hombre es un ser *espiritual* lo reconoce la mayoría de las antropologías filosóficas; lo hacen inclusive muchos agnósticos; pero no todos le conceden a esta dimensión humana la importancia que en realidad tiene. En el espíritu se vivencian experiencias muy profundas como desolación, tristezas espirituales, sentimientos de impotencia que no podemos terminar de precisar, pruebas existenciales que conducen al abandono de sentido, etc. Todo esto es vivido en un plano de lucha interior que no todo el mundo aceptará ni reconocerá, y que en realidad son vividos más profundamente que en niveles meramente psicológicos (y en donde sí, en cambio, repercutirán).

Para muchos especialistas del ambiente psicoanalítico, en la imagen de lucha interior el hombre y la mujer proyectan la lucha cotidiana en la que se debaten continuamente. No son pocos los que desde un casillero ciertamente reduccionista analizan determinadas conductas y actitudes catalogándolas, finalmente, de “paranoia”, “esquizofrenia”, “exaltación”, “depresión profunda”, etc. No podemos tampoco cerrarlos y negar la existencia de *correlatos* entre ambos planos (el *psicológico* y el *espiritual*); de suyo, el hombre es una *unidad*, y lo que en un plano acontece repercute en el otro, y es *todo* el hombre el que lo vive. La psiquis responderá de determinada forma frente a lo que ocurra a nivel físico, y viceversa; y el espíritu (como la psiquis) hará también su elaboración. Determinados padecimientos espirituales (como una experiencia de exilio o abandono) exigen una elaboración muy paciente y madura para encontrarles resolución; la psiquis puede rayar la locura, el cuerpo fatigarse, enfermarse, etc.

Así, podemos hablar de tres niveles: el corporal, el psíquico y el espiritual; no sería lo correcto hablar de niveles de profundidad para caracterizarlos, porque los tres van juntos; pero sí se requiere de mayor esfuerzo para la consideración de cada uno, de una disposición y actitud cada vez menos superficial y ansiosa. Ni *fisicista*, ni *psicologista* ni *espiritualista*. Ninguna posición se puede arrogar la omnipotencia de tener la respuesta a la verdad acerca hombre y sus problemas, entre los cuales -quizá en primer lugar- está el del *sufrimiento*. En cuanto se rechaza o niega la propuesta de otro nivel, desaparece la humildad, y -sin humildad- es imposible cualquier aprendizaje. Entonces, por este camino, jamás podremos saber nada. Intentamos ahora indagar la vivencia del mal en el plano espiritual, pero de modo que la consideración alcance lo demás niveles.

## Importancia de la aceptación.

El dolor está de nuestro lado, es parte de la vida y su ciclo, y nos indica que algo no está en su sitio, que no anda bien y debe ser curado, ¡o no!. La curación o depuración misma es dolorosa. Cuando algo no está en el sitio en el que debiera encontrarse debe ser reacomodado, pero hay que permitir que se trabaje sobre la zona afectada, y, para eso, hay primero que aceptar que una parte debe ser curada.

Puede también que determinada afección no tenga cura, y, sin embargo, haber un individuo logrado felicidad, porque a su padecimiento le encontró un significado. Y es que aquí, como en el caso anterior -donde sí hay “cura”- se vivencia otra dimensión dolorosa, más interior y profunda, porque compromete lo psicológico, lo afectivo, lo emocional... compromete al espíritu todo: es lo que propiamente se llama *sufrimiento*.

Al sufrimiento se le puede encontrar una razón, un origen. Pero hallarle razón u origen no es lo mismo que hallarle significación, *sentido*, que transforma el padecimiento en un camino que es llevadero, y en algunos casos hasta paradójicamente gozoso.

A veces uno se encuentra con ese tipo de personas que han sido víctimas de golpes fuertísimos y malas jugadas de las que suele regalarnos la vida; algunos de esos golpes son agudísimos, como para que uno no se levante jamás. Y, sin embargo, esas personas muestran un rostro luminoso, transmiten serenidad con su mirada... están viendo “más allá”, y a uno lo hacen sentir “demasiado acá”. Esto, tan contrastante con los espíritus resentidos (y de lo cual ya analizaremos), nos está enseñando algo que *subyace* al dolor mismo, una sabiduría descubierta como quien hubiera hallado una fuente de agua refrescante y cristalina en medio de un desierto insoportable a simple vista. ¡Si tan solo pudiésemos beber un sorbito de esa agua! Atinaríamos a buscar en el propio desierto un camino que nos conduzca a esa fuente que, en realidad, todos tenemos.

Ese sentido subyacente... También me pregunto a menudo sobre la fuerza de tantos mártires que se dirigían gozosos a su muerte: ¿qué los moviliza? La respuesta es la misma. Sí, es cierto, tiene una “razón”, por la cual morir como luchar. Pero “razón” moviliza desde el entendimiento; puedo comprender desde lo intelectual. Razón se convierte en “sentido” cuando ha logrado involucrar la voluntad, comprometiéndose

todo el ser, toda la existencia, toda la vida de uno; se alcanza una instancia superadora de toda duda, de todo conflicto, un sentido que va hasta más allá de lo que significa la propia vida. Y esto va, asimismo, más allá que cualquier ideología que también pueda movilizar al ser humano a una lucha; porque es aún más profundo. No resulta fácil comprender a fondo el gesto de Sócrates al momento de su muerte; parece mucho más hondo que la mera convicción o el ejemplo para sus seguidores. Asumir lo escandaloso tiene dos lecturas: la de la estupidez o locura, o la de la verdad de los que verdaderamente la buscan.

Asumir lo escandaloso es aceptar la verdad<sup>2</sup>.

### **Otros alcances dolorosos del *dolor*.**

Lo que angustia al ser humano es la pregunta existencial –antes que recional– sobre el “para qué” sufrir. Hoy tengo una enfermedad que me lastima, un drama que me angustia. Ése, simplemente, y no otro es el origen. Sin embargo, el sufrimiento es algo mucho más profundo, es el sentimiento que me queda y experimento. Es la “humillación” del sinsentido que me trae como primer mensaje. ¿Por qué sufro? Porque padezco algún mal. ¿Para qué sufro? Esa es la pregunta que viene de lo más hondo porque, además del padecimiento propio del mal vienen al alma otros sinsabores y molestias que nos cuestionan y angustian.

Un niño que padece de enuresis. ¿Qué padece? ¿que se hace pichí en la cama por las noches? El origen de su padecimiento es un mal; se le han hecho estudios, muchos de ellos muy molestos y dolorosos, y se le diagnostica un problema de insuficiencia renal. Evidentemente su dolor es de otro tipo, y el origen es una falla orgánica. Podría perfectamente haber sido de tipo psicológico, y, en tal caso, él tampoco hubiera tenido culpa alguna. Sin embargo no es éste el caso, y este niño tuvo que cargar con interpretaciones de todo tipo que justificaran su enuresis (¿por qué tendremos los hombres esa maldita costumbre de indagar razones donde no nos compete y que nadie nos pide?; ¿dónde nace esa necesidad automática de analizar a otros como bichitos en

---

<sup>2</sup> Cfr. Reflexión n° 12.

un tubo de ensayos?). Esto ya es de por sí doloroso, pero no deja de ser superficial. Lo que este niño sufre es la humillación de amanecer mojado todas las mañanas, de ver a su mamá lavar sus sábanas sistemáticamente todos los días, que su hermanito más chiquito ya ha dejado sus pañales, de no poder participar normalmente de campamentos ni pijama-partys, de vez en cuando un reto de sus padres surgidos también de su impotencia; y, sobre todo, la pregunta impotente “hasta cuándo”. Él se pregunta “por qué”; pero ese “por qué” no indaga en el origen de su padecimiento (como lo haría un pediatra o un psicólogo... o sus propio padres u opinólogos ocasionales) sino en “qué *sentido*” tiene semejante padecimiento, ¿para qué? *¿Qué hice para merecer esto?*

Escuché en una conferencia al Dr. Francisco Maglio explicar, a propósito de cualquier padecimiento, que una adolescente que tiene acné no padece de acné: *“¡No!, ¡padece la humillación de no verse linda, de que los demás reparen en su aspecto doloroso!”*.

Un enfermo postrado “padece” mucho más que un cáncer, o sida, o lo que fuere; sufre la dependencia, su manipulación física y moral, su vapuleo... las “interpretaciones” a las que nos referíamos antes; siente que no es comprendido. Y es verdad, no es comprendido; su calvario interior no puede ser “aprehendido”, porque es de él. De a ratos va podrá estar convencido de que puede salir por sí solo adelante, por más buena voluntad y humildad que tenga, y, o se dará contra la pared de la realidad o se fabricará quimeras que generarán más lástima entre sus familiares y conocidos, y que él, sensible, percibirá bien y lo pondrá peor.

Un accidente (inesperado, por cierto) de tránsito, laboral. De repente, la orientación de la vida cambia. El origen del dolor es inequívoco. Pero... *“¿Por qué esto... qué será a partir de ahora de mí...?”*. En realidad anda buceando por la existencia una respuesta que lo satisfaga, un significado para ésta nueva situación; se está preguntando “para qué”.

La pregunta de una madre o de un padre que prefieren sufrir ellos a que lo hagan sus hijos. Las humillaciones que a diario recibimos gratuitamente por parte de la vida.

¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

El misterio hay que indagarlo por otro camino. Quizá, a partir de lo mismo que

decíamos antes respecto de aquella sabiduría subyacente, podamos tener la esperanza de que en el mismo veneno esté la cura, la salvación, el milagro. El punto de partida está en la aceptación, no exactamente en la resignación. Se “acepta” el origen del mal y que *me tocó a mí*; a partir de allí puedo elaborar el sufrimiento, ese padecimiento menos superficial que la evidencia inmediata de la causa, como también puedo elaborar los alcances más profundos con sus mensajes que nos pueden cambiar la mirada, no sólo de la propia vida, sino, además, de toda la existencia a partir de unos nuevos ojos. La resignación, en cambio, suele ser ese agachar la cabeza, rendido o perezoso, que conduce al hombre al escepticismo primero y al nihilismo después, produciéndole la ponzoña del resentimiento.

Quizá el problema esté en por dónde empezar, porque el deseo está. Ahondemos en el tema del sufrimiento, sus significados y alcances; intentemos luego encontrar puertas que nos abran a nuevos espacios de sentidos. Abrirla es un trabajo personal, que nadie más que uno mismo puede llevar a cabo.

El sufrimiento es de uno, y con la receta debe también toparse cada uno. Allí comienza en realidad el camino del gozo.

Ya comenzamos a indagar en lo que es “dolor” y en lo que es “sufrimiento”. No está de más indagar un poco en los límites y alcances de ambos, cómo han sido considerados y tomados a lo largo de la historia, porque las preguntas que nos planteamos son -literalmente- viejas como la injusticia.

### **Significado del sufrimiento como “mal”.**

Sufrimiento supone la vivencia de la realidad de un mal desde el interior de cada ser humano. Un determinado mal puede convertirse en expresión de un mal mucho más profundo. ¿Nunca experimentamos el *mal*?

Si alguien nos preguntara *qué es el mal* nos costaría no poco responder; ¡significa tantas cosas! Una enfermedad es un mal; un fracaso es -al menos en apariencia- un mal; algo roto puede ser un mal; la injusticia es un mal; la miseria es un mal... Mal se aplica a un montón de realidades. A menudo entramos en ambientes o vivimos situaciones en las que “respiramos” el mal; hay gente con gran capacidad para hacer el

mal, y que disfruta generándolo. El dolor es un mal; el sufrimiento es un mal. ¿El sufrimiento es un mal? Depende; sigamos con el tema del mal, porque una vez definido vamos a poder considerar esta piedra que llevamos en el zapato. Es cierto que el sufrimiento es una realidad que nos golpea y cuestiona por lo “absurdo”, pero es igualmente cierto que si existiese una cantidad de mundos de acuerdo a lo que cada uno imagina como “ideal”, habrían tantos mundos como seres humanos han habido en la historia.

El mal puede ser considerado como una realidad en sí misma; así, por ejemplo decimos “esto es el mal mismo”, como también “el mal se encarnó aquí. Como si se tratara de “algo” con densidad, con realidad propia. También podemos decir que algo es malo; en este caso, el mal es algo que se realiza, que se lleva a cabo; algo (o alguien) que no era malo se torna malo. También podemos hablar de malo al considerar la propiedad o característica de algo (esto -o esta persona- es “malo”). En estos tres casos se aplica el concepto como sustantivo, adjetivo sustantivado, o como adjetivo respectivamente. Ahora bien, cuando hay que profundizar en el problema del mal, en su realidad misma o su origen, algunos pensadores lo refieren a una cuestión metafísica o bien moral, o ambas; es decir, algunos lo ven como una *realidad* o como un *valor*, o como ambas al mismo tiempo.

Cuando se trata de males que son *físicos* o *morales* muchos los presentan como expresiones o manifestaciones sensibles de lo que es *mal metafísico*, y que subyace a dichas expresiones sensibles (sensibles porque se trata de lo percibido sea por los sentidos externos como por los internos). Como veíamos más arriba, se dice “metafísico” por cuanto se trata al mal como una realidad en sí misma, o bien como parte integrante de la realidad tomada como un todo. Como sea, el mal aquí estaría tomado como “algo” *existente* independientemente de la consideración de la mente de cada persona, es decir, no es obra de la subjetividad de cada cual o un modo de llamar a lo que nos viene a contramano y lo vemos como enemigo.

### **Mal “moral” y mal “vividamente moralmente”.**

Una distinción de este tipo nos permite no mezclar las cosas; “mal moral” es el que ocasionamos cuando obramos moralmente mal, cuando nos adherimos al *bien* o al *mal*, los posibilitamos, favorecemos (de hecho o mirando para otro lado) o realizamos.

El mal “moralmente vivido” es la vivencia misma del mal, ya sea a través de un mal determinado como de *el mal mismo*; existen frecuentemente determinados grados de experiencia del mal como también de conciencia, que hacen que se perciba la esencia misma del mal. El ser humano puede vivir una situación mala generada en su propia conducta como en la de otro. Cuando se *sufre* las consecuencias de decisiones ajenas el padecimiento es *injusto*, lo que agudiza aún más al sufrimiento.

A la experiencia del mal le encontramos ascendiente tanto en una dimensión moral como ontológica, tal como describíamos antes. Las cosas buenas como las malas son expresiones de realidades más hondas e invisibles que nos remiten al *bien* y al *mal* como realidades ónticas, como también -si pudiéramos seguir hacia atrás, cronológicamente, la concatenación de hechos que se suceden- al *bien* y al *mal* que originan situaciones buenas o malas. Ahora bien, ¿podemos afirmar que en el “mal moral” está el origen del sufrimiento? Ya vimos que para muchos sí, para otros no. No es sencillo definirlo. A menudo sí, mejor dicho, el “mal moral” siempre origina sufrimiento; pero no siempre que se sufre es a causa de un “mal moral”. Y digo que no es sencillo responderlo porque, si bien el origen del sufrimiento no es necesariamente un mal moral, nuestra limitabilidad, en cierta forma, sí tiene un origen moral. No es fácil considerar y menos aceptar que nuestra dificultad para comprender la realidad tal cual es se debe a nuestro desorden, un desorden de operaciones, afectos, de emociones no del todo manejables; un desorden moral que termina siendo verdaderamente ontológico. Hablamos que determinado sufrimiento no se origina en un acto o situación moralmente malos, tal vez su principio sea una enfermedad o una calamidad. *Se sufre* el quiebre del sentido de la realidad que se experimenta, el “sinsentido”, sin comprenderlo; como decíamos antes, *se sufre* lo “injusto”, lo que “quiebra” el sentido de realidad que mi ser puede percibir y aceptar; si el mal no existiese de antemano -al menos como realidad óntica- seguramente podríamos vivir el dolor de otra forma, como “más natural y lógicamente”, como una parte de la realidad que nos involucra y compete. El “quiebre de sentido” no lo sentiríamos, y no necesitaríamos ni siquiera aceptarlo porque no nos comprometería ninguna disyuntiva ni paradoja.

El paso del tiempo hace su trabajo; las cosas buenas como las malas se asientan en la realidad cristalizándose; el plano cronológico se hace uno con el ontológico. El mal moral desordena a las estructuras sociales y todo el tejido de las relaciones interpersonales de igual manera que desordena al hombre en su propio ser, en donde se asientan y se cocinan sus decisiones y de donde brotan sus conductas; el mal moral



desorienta como el bien orienta positivamente, y la vida es vivida con desorientación, sentimientos de pérdida, de injusticias no siempre concientes, etc. Y, en lo que al entorno del hombre respecta (el entorno social, el cultural, el histórico...) toda la atmósfera se va degenerando a partir de tomas de decisiones erradas; a veces dichas tomas son concientemente mal tomadas, otras sin conciencia; pero el *mal moral* está hecho, no en cuanto a la "intención" (de hacer el *bien* o el *mal*), sino en cuanto a un daño generado independientemente de la intención, pero cuyas consecuencias son padecidas por los demás (esto ocurre, por ejemplo, con decisiones surgidas de la ignorancia). En este caso, *mal moral* es el que se experimenta en el espíritu y que hiere profundamente al ser humano.

### **Actitudes frente al dolor.**

La libertad verdadera que le queda al hombre es la de optar una actitud ante el sufrimiento. Unos se resignan pasivamente y otros aceptan creativamente; unos se retiran vencidos y otros protestan; unos retroceden y otros avanzan; unos se desesperan y a otros los sostiene la esperanza; unos se refugian en el pasado y otros confían en el futuro. Según las decisiones que se tomen o las actitudes que se adopten, se consigue la paz y crecimiento, o estancamiento en un sufrimiento que permanece estéril.

Ante el dolor, la única respuesta posible es la que brinda la pedagogía, es decir, la actitud que desarrollemos ante él. De modo que lo más importante es aceptar la capacidad de sobreponernos al drama que nos toque vivir, depende en gran medida de nosotros, del interés que pongamos en su vivencia; admitir que está en nuestra mano el hecho de irnos educando en aquellos aspectos que nos pueden servir, no para evitarlo, pero sí para descubrir muchas cosas, entre otras, la utilidad que nos conlleva detenerse ante preguntas que no podemos responder y la incógnita que nos presenta nuestra propia existencia.

### **Contradicciones en el espíritu humano.**

El ser humano experimenta en sí sentimientos contrapuestos como el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, así como situaciones que le evocan a la vida y a la muerte.

En el devenir de su existencia, vivir ambos tipos de sentimientos, como afrontar sus consecuencias, pueden volverse contradicciones internas que se tornan dramáticas. Estas realidades son parte constitutivas del ser del hombre, constituido a su vez por una misteriosa unidad entre la materia y el espíritu. Dolor y sufrimiento caminan cerca uno del otro; no siempre se tocan; a veces sí, porque el espíritu puede sufrir mientras la carne pasa incólume, como la carne puede ser llaga viva y el alma estar feliz. Suena absurdo, pero no lo es. Lo que sí es *sabiduría*.

Esta compleja síntesis entre materia y espíritu le permite al ser humano pasar del amor al odio con la misma facilidad con la que pasa de la felicidad al desencanto, de la euforia a la depresión, del optimismo al pesimismo, y, entre estas tensiones vividas con mayor o menor profundidad, experimenta su limitabilidad y se debate buscando explicaciones de sentimientos que no puede terminar de manejar.

Como es lógico, jamás el hombre se sintió motivado a buscar respuestas por las inquietudes surgidas de sentimientos positivos del mismo modo como lo hace, en cambio, a partir de experiencias que considera negativas porque lo arrancan de su vivir tranquilo, porque la tendencia natural es a la felicidad. El dolor y la muerte, en cambio, provocan naturalmente rechazo, e -inevitablemente- no llevan a preguntar con qué sentido sufrimos, o para que vivimos si al final del camino nos espera la oscuridad de la muerte. La sombra que se vislumbra del otro lado de ese límite que es la muerte, se proyecta hacia nuestro presente y nos inspira miedo. Y si no queremos mirar más allá del límite, al menos sí experimentaremos todo aquello que nos muestra nuestros propios límites en aquello que no podemos enfrentar porque nos supera... ¡por más poderosos que nos sintamos! Y allí donde el hombre topa con su límite deviene el sentimiento de frustración, el descorazonamiento.

Son éstas sombras que se abaten sobre nuestro entendimiento, pretendiendo embotar también nuestra voluntad. Y, desafortunadamente, cuando las nubes de sombra nos cubren difícilmente miremos al sol, y, si realmente queremos hacerlo, en ésta situación bien pronto nos cansamos de hacerlo. Porque sin *paciencia* (que es una virtud) jamás podremos encontrarles al sufrimiento algún valor o un sentido... mucho menos una luz que nos ilumine desde la *esperanza*. Pero el sufrimiento como la muerte tienen sentido y valor, tanto más grandes cuanto más penetramos en su misterio.

Para comprender mejor la cuestión del sufrimiento, tenemos que diferenciarlo claramente del dolor, por más asociados que estén. En la cuestión del sufrimiento se da un punto interesante de conexión entre los elementos que hacen síntesis en el ser humano: el espíritu y la materia. Sería un tema para profundizar o debatir horas enteras, y, seguramente, no se pondrían de acuerdo biólogos, científicos, ni espiritualistas, o un agnóstico con un creyente. Un animal, de hecho, también sufre; ¿acaso no volvimos alguna vez de vacaciones y nos encontramos nuestro perro con depresión o somatizando? Alguno tomará la comparación como estúpida. Pero sí, los animales también sufren, como puede sufrir todo existente dentro de la escala evolutiva. Y, precisamente de acuerdo a la escala evolutiva, se podría afirmar que se puede sufrir más o menos de acuerdo al grado de desarrollo. Así sería, en efecto, la aseveración de un científico que reduzca toda la existencia y sus componentes al mero hecho evolutivo y sus juegos de fuerzas. Pero el *hombre* es más que materia, o que materia más principio vital (más o menos evolucionado); el *hombre* posee espíritu, que consiste en algo más que una elevada *conciencia refleja* (que es lo que hace que tenga “conciencia” de que tiene algo que le hace doler o que está sufriendo). En otras palabras: el ser humano sufre -igual que puede hacerlo otro viviente-, pero, además, “sabe que sufre”. Y, porque tiene conciencia de su sufrimiento, puede observarlo, analizarlo, sentirlo, elaborarlo y trabajarlo, otorgándole una razón de ser y toda una trascendencia como ningún otro ser en el mundo puede hacerlo. Es precisamente el sufrimiento el que le permite al *hombre* sentir la convicción de que es una “unidad” superior, mayor que lo somático o lo psíquico (o ambas juntas). La conciencia refleja no es otra cosa que esa parte del espíritu que actúa a manera de un “sentido interno” para que cada hombre vaya encontrando su propio camino, descubriendo y fundando su identidad personal, y, al mismo tiempo, que alcance una coherencia en el obrar para que su conducta y toda su vida tenga un *sentido* y no se fragmente o disperse. El sufrimiento y la capacidad de sufrir tiene para cada cual un mensaje, y en cada uno está descubrir sus huellas para comprender hacia dónde nos conducen.

***REFLEXIÓN TERCERA.***

***“EL DOLOR QUE ENSEÑA”***

(I Parte)

## Reflexión tercera. “El dolor que enseña” (I Parte)

### Valoraciones diversas del dolor y el sufrimiento.

Por empezar, es necesario dejar en claro que podemos analizar tanto el concepto de *dolor* como el de *sufrimiento* en cuanto “conceptos” (hablar de ellos en cuanto objetos de análisis) y como “síntomas”. Es más, nos resultará imprescindible recordarlo una y otra vez en nuestro estudio porque en virtud de sus contenidos y significados podemos correr continuamente la tentación de mezclarlos y confundir sus significados.

Existe dolor en tanto y en cuanto existe quien lo padezca, lo mismo que ocurre con el sufrimiento, el cual -precisamente- alude al padecimiento propiamente hablando y a la conciencia que del dolor se tiene junto a sus consecuencias. En efecto, decimos que hablamos de “conceptos”. El dolor así por así, es decir, suelto y vivo por sí, como entidad concreta propia, no existe. Quienes entienden del tema aluden al *dolor* como una sensación de carácter endógeno cuya sintomatología se evidencia con cierta facilidad, y que está seguida de un sentimiento que puede explicarse sencillamente: como una respuesta “nerológica” del cerebro humano a esa sensación. Afirmación que científicamente puede respondernos algún interrogante, pero, al menos que seamos simplistas o nos conformemos con poco, difícilmente nos satisfaga. Es que siendo algo tan cotidiano, es como “escurridizo” para el conocimiento preciso por parte nuestra. Por otra parte, es tan personal, que el aporte que pueda llegar a hacerse por parte de cada individuo siempre será escasísimo... a no ser que exista quien pueda “aprehender” su hondura a quien realmente pueda transmitir su contenido acercándose lo más posible a su *valor* y *virtud*. De ésta afirmación nuestra encontramos el sujeto sufriente puede relacionarse con su dolor tanto de modo *científico* (sólo alguien que no esté en

sus cabales puede no interesarse por la fuente de su padecimiento y los medios técnicos para superarlo) como de modo *simbólico*, por el cual es posible alcanzar el sentido que se sigue del mismo para su propia existencia, como también un mayor y más profundo conocimiento de sí -como más adelante podremos constatar-. Así, tal vez, *científicamente* hablando no se halle cura, mitigación o consuelo; mientras que en la segunda forma es muy probable que por la experiencia de la vulnerabilidad podamos alcanzar los significados y viables -como auténticas- ayudas que por la vía *técnico-científica* no se obtienen.

El *dolor* no es meramente un hecho, una experiencia puntual. Toca a la misma existencia personal. A través del *dolor* se nos abren los abismos de la realidad personal y social permitiéndonos contemplar sus entrañas. En el momento de vivirlo nuestro ser se conflictúa, movilizándose nuestro interior y desencadenándose una serie de incertidumbres, dudas, temores, violencias internas y lo que en general acarrea una crisis. Es como de pronto el infierno nos abriese sus fauces para verlo como es. Todo nuestro ser tiende a quebrarse, y, de no resolverlo adecuadamente ese agujero tenebroso nos tragará; en cambio, si nuestros movimientos son discernidos para hallar las respuestas que corresponden, esa boca se cerrará, y, lo que hallamos contemplado nos habrá servido para llegar, de alguna manera, al fondo de los asuntos, es decir, para tener la posibilidad de alcanzar las esencias de la realidad. En otras palabras, podremos hacernos *sabios*. Podemos decir que cuando el *dolor* se hace presente se produce en la vida de la persona un *acontecimiento*.

El dolor y el sufrimiento son verdaderos “acontecimientos”. Vamos a profundizar en torno a las filosofías subyacentes en los modos de accionar frente a los padecimientos humanos. Al abordar no sólo la cuestión del dolor sino también al *dolor* mismo, deberemos -como ya veremos- tener en cuenta la dimensión simbólica del cuerpo humano, pues, de lo contrario, no será posible integrar el padecimiento en un ser humano integrado sino en alguien (o, mejor dicho, “algo”) considerado parceladamente, en donde se podrá quizá hablar de una medicina para los cuerpos, pero no para el hombre. Pero, del mismo modo, desconsiderando las habilidades científicas humanas tendientes a mitigar el sufrimiento, se caerá indefectiblemente en esas medicinas sustentadas en antropologías piadosas que se quedan pasivamente expectantes a que ocurra un milagro que demuestre que el dolor es “vencible”. De hecho, es importante destacar que dicho fenómeno de caer en suertes de fundamentalismos, es aplicable a todas las ciencias humanas.

Existen dolores morales, dolores psíquicos y dolores físicos. Nos es imprescindible hacer hincapié en la persona humana considerada como un *todo*, donde una parte afectada afecta necesariamente al resto. Como para argumentar mi hipótesis en torno a lo que muestran el dolor y el sufrimiento con significación positiva y constructiva, procurando no caer -por no ser éste el caso- en consideraciones que, generalmente se las lleva al terreno de lo religioso, es necesario tener presente el peso del concepto de *alma*, que tradicionalmente ha tenido infinidad de interpretaciones y finalidades en el campo propiamente religioso, teológico, filosófico, antropológico, psicológico, gnoseológico, etc., como debemos, asimismo, interiorizar sobre la dimensión simbólica del cuerpo (en nuestro caso, del cuerpo del hombre que padece), quisiera abordar las dos dimensiones básicas de la persona humana: el *psoma* (cuerpo) y la *psikhé* (alma)<sup>3</sup>, que viene a ser como la primera instancia en la que se despliegan los interrogantes de orden moral y existencial. Estas dos dimensiones tienen que ser siempre consideradas unidas, o, más bien, en una *unidad*. De este presupuesto se sigue el tipo de filosofía con la que consideraremos al hombre; demasiados ámbitos científicos dependen de esta visión, porque muchas veces, con la sana intención de estar al servicio del hombre, terminan por hacerle de algún modo daño, y un daño muchas veces irreparable, u omitiendo algún bien posible de alcanzar -en cuento que trasciende el mero síntoma o

---

<sup>3</sup> No podemos no tener presente que para los griegos también *pneuma* designa al alma en su realidad específicamente espiritual, aunque de suyo termina designando definitivamente al *espíritu* (el *ruah* de los hebreos). ... *Cuando no se ha distinguido entre ‘alma’, ‘psikhé’, ‘mente’, etc., de un lado, y ‘espíritu’ de otro, se ha hablado asimismo de “cuerpo-espíritu”, pero algunos autores han distinguido entre “alma” (o “mente” o “psikhé”) y “espíritu”. Conservamos la designación tradicional para simplificar, pero entenderemos por ‘alma’ cualesquiera procesos psíquicos o mentales: sensaciones, o sentimientos, de placer o de dolor, deseos, actos de voluntad, pensamientos, etc.* La distinción de José Ferrater Mora la hacemos propia para los fines de nuestra reflexión (cfr. J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, T I., Ed. Ariel, Barcelona 1999, ed. Revisada, pg. 760).

Desde siempre, la noción de *cuerpo* ha sido relacionada en forma de diada ya sea con el *alma*, con el *espíritu*, con la *psíquis* y con la *mente*. Para lo relativo al entendimiento, los griegos utilizaban el término *nous*, con lo que no entraban en conflicto alguno el específico ámbito de lo psíquico con el del alma en cuanto realidad espiritual. Habida cuenta de tales distinciones, insistimos en el ser humano como un “todo”, del mismo modo que existe él una interacción de sus sistemas psico, neuro, inmuno y endocrinológico, donde la atención a uno requiere la noción de la presencia de los otros.

aspecto a reparar<sup>4</sup>. Necesitamos afirmar que el cuerpo (*psoma*), con toda su fenomenología, posee una dimensión simbólica, porque lo que muestra (ya sea por sus goces, ya sea por sus padecimientos) nos remite a una realidad que trasciende su misma materialidad, y que, en definitiva, es en donde podemos encontrar el *sentido* al padecimiento. Esto podría ser una manera de llegar al alma (*psikhé*). Así como el pensamiento aristotélico para referirse al hombre (*sustancia completa*) hablaba de la unión de dos *sustancias incompletas* (el “cuerpo” y el “alma” o “principio vital”), siendo el alma el principio que “anima” al cuerpo, el pensamiento hebreo posee la particularidad de resaltar al “alma” (*nefesh*, “ser viviente”, el elemento que le da la vida al hombre); de suyo, para el pensamiento hebreo, caracterizado por la ausencia del dualismo *alma-cuerpo*<sup>5</sup>, la persona humana es el alma que se comunica a través de la “carne”, que en el Antiguo Testamento se designa, al igual que el cuerpo, con el término *basar*: por la carne como por el cuerpo el hombre se expresa, mientras que el alma designa a la persona humana. Este pensamiento puede sin duda ubicar en su punto ideal para alcanzar a comprender lo que se quiere expresar al tener presente la *dimensión simbóli-*

---

<sup>4</sup> Las diversas posturas a lo largo de la historia en torno a la existencia a no de las dos realidades son comúnmente agrupadas entre los *dualistas* y los *monistas*. Desde muy antiguo, filósofos como Pitágoras (s. VI aC) y Empédocles (s.V aC) consideraron una realidad inmaterial y vital preexistente al cuerpo, y que perdurará a pesar de la muerte y corrupción corporal; de esta forma, el alma entra y sale del cuerpo, siendo su origen divino. Desde esta perspectiva, el cuerpo es una suerte de cárcel para el alma; y la misión del hombre es, precisamente, liberarla de su encierro tras su purificación en esta vida y una progresiva contemplación filosófica de la realidad. Este dualismo lo continúa Platón (ss.V-IV aC), para quien el alma consistía en una realidad inmortal esencialmente y *separable*, que anhela liberarse del cuerpo (en donde recuerda y añora las ideas contempladas en el “mundo de las ideas”) para regresar a su origen divino y volver a vivir entre las “ideas” que existen en ese mundo inteligible). Absolutamente menos idealista, Aristóteles (s.IV aC) reelabora el dualismo con su teoría *hilemórfica* (*hile*, materia; *morphé*, forma, es decir, lo que informa a una materia determinada para darle su significado y sentido específicos; en un ser vivo el alma es el “principio vital” del cuerpo). Neoplatónicos son Plotino (205-270), quien estudió en qué forma puede el alma estar unida al cuerpo, teniendo presentes las doctrinas aristotélicas; San Agustín (354-430), para quien el alma es una *intimidad personal*, una entidad espiritual que piensa y se conoce a sí misma; Descartes (1596-1650), con su famosa distinción “*res cogitans*”-“*res extensa*”; Malebranche (1638-1715), quien agrega a la distinción cuerpo-alma la propiedad de esta última de ser una sustancia unida a Dios; Leibniz (1646-1716), quien considera ambas realidades a manera de dos relojes que, desde una armonía preestablecida, funcionan independientemente uno respecto de la otra. En la Edad Media, la teoría hilemórfica de Aristóteles resurge y domina el pensamiento occidental mediante la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino. Existen muchos otros, pero no tendría sentido enumerarlos y diferenciarlos para nuestro caso. En general, para el *dualismo* el cuerpo y alma son independientes ontológicamente a pesar de que existe una correspondencia entre ambos, como entre los procesos mentales y los corporales.



ca del cuerpo, y entender adecuadamente lo que se manifiesta a través de un padecimiento.

### **Valoración simbólica por el lenguaje.**

Para desarrollar esta unidad de la persona humana acorde a una lenguaje más actualizado y entendible según nuestra terminología, los tipos de dolores mencionados los delimitaremos como “dolores físicos”, propios del cuerpo, y “dolores psíquicos”, más bien propios de la *existencia* con sus interrogantes y búsquedas de significados. El orden moral que experimenta amenaza a su orden y equilibrio, y al que se le exige sacrificio, con todos sus movimientos y afecciones produce inquietud interior interviniendo, de alguna forma en esta segunda acepción. Aunque más que probable es que como consecuencia el cuerpo sienta también un cimbronazo.

Al hablar del sufrimiento de un cuerpo que padece (lo cual supone una previa experiencia del mismo en la conciencia de quien lo vive) no podemos prescindir de la *dimensión simbólica* si queremos hablar de “toda” una persona que *sufre*, como un ser integrado existencialmente. De lo contrario, necesariamente, caemos en lo que se llaman

---

<sup>5</sup>... *el hebreo establece la economía de la dialéctica forma-materia, y, correlativamente, atribuye a lo sensible un poder de significación que constituye un lenguaje universal. Análogamente, la antropología hebrea se caracteriza por: 1. la ausencia del dualismo alma-cuerpo. Las consecuencias de ello son considerables; basta considerar todo lo que implica, desde el punto de vista metafísico, epistemológico, psicológico e incluso biológico en el dualismo platónico, para prever la inversión de puntos de vista que produce una concepción no-dualista del hombre, como, por ejemplo, la que sostiene en el aristotelismo tomista. 2. la presencia de una dimensión origina, absolutamente ignorada en las filosofías y específica de la aportación bíblica: el ruah, que los Setenta tradujeron por pneuma, y que vuelve a tomar el Nuevo Testamento bajo este término (...) Esta dimensión nueva introduce una dialéctica irreductible a la antinomia platónica alma-cuerpo, dialéctica que rige las relaciones entre el hombre y esa parte sobrenatural que hay en él y le llama a un destino naturalmente imprevisible e inesperado, y que los profetas señalan con la distinción entre el hombre, que es una “alma viviente”, o, lo que es sinónimo, “carne”, y el “espíritu”. (Tresmontant, Claude, *Ensayo sobre el Pensamiento Hebreo*, Taurus, Madrid 1962, pgs. 125-126). (...) La antropología bíblica ha introducido una dialéctica original -la “carne” y el “espíritu”- que no tiene relación alguna con el dualismo platónico alma-cuerpo, puesto que el concepto bíblico de “carne”, basar, sarx, corresponde poco más o menos, no al psoma platónico, sino al conjunto del “cuerpo” y del “alma”. (ibid. Pgs. 126-127).*

“reduccionismos”. Cuando una parte del cuerpo sufre, todo el cuerpo sufre<sup>6</sup>; como cuando un miembro de una familia o comunidad determinada padece, todo el resto se siente afectado. Ya veremos esta realidad aplicada a la ciencia, particularmente a la medicina: una cosa es atender a la persona; muy distinto es atender a un “cuerpo”.

Quisiera empezar, precisamente, con una afirmación de orden moral. En las búsquedas de razones de nuestros sufrimientos, en general lo que más nos hace sufrir es el evitar no dar en el clavo que nos los evitaría. Es decir, aquello de que “sarna con gusto no pica” nos vendría al dedillo. Existen un sinfín de dolencias individuales y sociales que tienen su origen en determinaciones mal tomadas y que, a posteriori arrastran consigo nuevas decisiones que enturbian más las aguas, según aquello de que “en la confusión todo se disimula”; y, a menudo son nuestras decisiones -las que necesitamos justificar para no reconocer el error- las que queremos tapar. Y esto se puede dar tanto conciente como inconcientemente.

A modo de ejemplo: estuve tentado de hacer algo que, en el fondo de mi corazón, dudaba que estuviese bien; es más: una vocecita me indicaba que no era lo correcto. Decidí dejarme llevar por mis sentimientos sin un serio discernimiento previo (quizá por estar atravesando un tiempo difícil, por estar realmente confundido, por experimentar ese siempre presente sentimiento de “merezco un respiro... un descanso... un parate”; en fin, un “merezco yo también *vivir la vida*”; por la razón comprensible que sea) y tomé el camino que me hacía feliz en ese momento y quizá hasta en otros inmedia-

---

<sup>6</sup> Contrapuestas a las teorías *dualistas* están las *monistas*: los “psicologismos” (en realidad todo se reduce al mundo interior que se manifiesta a través de la mente y sus procesos), los “materialismos” (la única realidad existente es la material, principio rector en la URSS desde la época estalinista), que se oponen absolutamente a cualquier tipo de fenómeno psicológico como de orden espiritual; o la unión del cuerpo con el alma al punto de que son una sola y misma realidad. En la actualidad, cabe destacar, esta filosofía en cuanto punto de partida de una concepción político-humanista del ser humano, va perdiendo seguidores y exponentes serios -aunque pueda tratarse de una realidad dormida hasta que la coyuntura histórica indique lo contrario-, pero se mantiene y crece en los ambientes científicas.

Antes que nada, acerca de las doctrinas *monistas* hay que decir que no resuelven los problemas planteados en torno a las afecciones psicósomáticas, lo mismo que ocurre con los que toman al hombre desde visiones reduccionistas. Ciertamente, una realidad afectada repercute en la otra. Al decir de J. Ferrater Mora, *las teorías monistas no solucionan, en puridad, el problema “cuerpo- alma”, porque presuponen que no hay ninguna dualidad entre ambos, y, por consiguiente, no ha, metafísicamente hablando al menos, un problema concerniente a la relación entre procesos corporales y procesos psíquicos. Sin embargo, en la mayor parte de los casos discuten el problema aquí planteado en términos que hacen suponer que puede hablarse de “físico” (o “fisiológico”, o “neurofisiológico”, o simplemente “neural” o “cerebral”) y de “mental”. Ocurre, sin embargo,*

tos. Pero la realidad fue que torcí mi camino, mi historia personal, mi destino; libremente hice un uso indebido de mi libertad. A partir de entonces todo se me fue complicando; primero racionalizaba mi decisión encontrando siempre para mí mismo (para autoconvencerme) un pretexto; así sentía siempre tener razón en todo; hasta me volví un entusiasta en todos mis emprendimientos (buena manera de tapar errores). Pero, con el correr del tiempo, las cosas comenzaron a no cerrarme; mis relaciones interpersonales las sentía afectadas; empecé a volverme agresivo por cualquier motivo, pero, especialmente, porque mis razones con concordaban con las mías. Lo que sucedía es que toda mi realidad se hallaba distorsionada: todo me salía al revés de lo que pretendía, o me parecía que salía al revés -y, quizá, estaba bien, pero ya dudaba de todo-. Me sentí perdido y comencé a pedir auxilio. Explicaba que andaba como a oscuras, confundido, que me parecía que las cosas no me salían bien, que me irritaban las maneras con que me miraban o decían las cosas... Seguramente todo eso contribuía y conspiraba contra mi estado anímico. Me perdí en el bosque, pero nunca quise, o ya no podía, ubicarme junto al arbolito donde comencé a perderme. Así, por libre elección, viví un infierno.

### **La autojustificación como mecanismo de defensa inadecuado.**

Así actúa un mecanismo de autojustificación de conductas equivocadas. Como el sufrimiento es una realidad universal e histórica, que abarca a todo hombre y a todos los hombres, conviene destacar que en la historia personal ocurre analógicamente lo mismo que en la historia de las sociedades, de las civilizaciones. Busquemos en la historia acontecimientos nacidos de decisiones de gobernantes o de ese tipo de gentes

---

*que en algunos casos se mantiene que se trata de modos de hablar. Ello equivale a un paralelismo e inclusive a un fenomenismo sin ninguna base ontológica dualista.*

*Es característico de ciertas formas de materialismo el sostener que los procesos psíquicos, o los llamados tales, se reducen siempre a procesos corporales y que, en todo caso, es posible hablar de los primeros en términos de los últimos. Los procesos psíquicos de referencia son reducidos a, o explicados en términos de, conducta. Este tipo de teoría adopta siempre una forma conductista y se opone a todo “mentalismo” (ibidem, pg. 761). Entre sus exponentes más importantes encontramos a Demócrito (ss.V-IV aC), quien explicó los fenómenos psíquicos materialista y atomísticamente. Desde el siglo XVIII adquieren las ideas monistas especial fuerza con el empirismo (Hobbes, 1588-1679; Locke, 1632-1704; Berkeley, 1685-1753; Hume, 1711-1776), el positivismo de Auguste Comte (1798-1857) en el siglo XIX, y en el siglo XX el neopositivismo (llamado también positivismo lógico o empirismo lógico) expresado en sus diferentes formas, donde se destaca el llamado “Círculo de Viena”.*

que dirigen el mundo y sus instituciones -visiblemente o desde lo oculto (que son los verdaderamente peligrosos...)- y que terminan implicando acciones colaterales nefastas o teniendo efectos no deseados (o sí, porque no les interesa el prójimo). Las brechas crecientes entre países desarrollados, subdesarrollados e infradesarrollados, como entre las mismas clases sociales dentro de cualquier sociedad, tienen su origen en decisiones signadas por intereses egoístas, de grupos pequeños que salen favorecidos. Pero no siempre son decisiones tomadas concientemente mal. Cuando una decisión de la que dependen situaciones posteriores o estructuras sociales es intencionalmente mala, hablamos de “*estructuras inmorales*”, en cambio, cuando son decisiones malas pero sin mala intención ni conciencia de los efectos malos hablamos de “*mecanismos perversos*”. Con el ser humano pasa lo mismo: frecuentemente toma decisiones equivocadas a conciencia (o, al menos, con conciencia dudosa, caso típico en el cual conviene abstenerse), pero otras veces no, sino que actúa acorde a las situaciones dadas -hasta de modo indeseado- y los efectos que tiene que soportar personalmente (y, eventualmente, hace soportar a otros) son absolutamente injustos.

Como sea, desenmarañar esta madeja aparentemente irresoluta requiere de caminos distintos, e, intentar hacerlo pero sin inteligencia ni prudencia (es decir, sin sabiduría) significa conflictuar más las cosas. Entonces, vencer este tipo de *situaciones dolorosas* (justa o injustamente motivadas) requieren de otros caminos, de un tacto especial para descubrir salidas que no necesariamente tienen que ver con una vara mágica que vuelve todo a su estado de pureza original, sino a descubrir nuevos significados, cambios de actitudes, transformaciones ontológicas en la persona que padece las consecuencias, mejoras en los modos de pensar y de sentir, de mirar la realidad, etc. El dolor vivido a modo personal termina convirtiéndose, en caso de que ocurra lo que recién decíamos, en un acontecimiento que le significará al pensamiento mismo una nueva experiencia transformadora. La manera de pensar y ver la vida será distinta. Sin embargo, algo más a tener en cuenta es que estos males pueden tener coto y curarse cuando se reconoce al verdadero mal causante de tanto sufrimiento; no es una tarea sencilla, pero, del mismo modo que por haber evitado un conflicto momentáneo tomé equivocadamente la salida fácil, concatenando un desbarajuste creciente, de esta forma, por difícil que resulte señalar el error tal cual fue, se sigue un creciente sentimiento de tranquilidad y bienestar -a menudo a pesar del sufrimiento eventual-. Llegar al origen de los males es llamar sin anestesia al mal originante por su nombre. Es lo que hace un

médico para sentir las condiciones de poder curar determinada enfermedad: diagnosticar acertadamente es *nombrar* al mal que aqueja al paciente; sólo entonces podrá actuar convenientemente y con tranquilidad, aunque duela “decir” el diagnóstico y aplicar la medicina que corresponda.

El *dolor* no nos muestra nada si no es a través de la objetivación que del mismo hacemos de él cuando nos acontece, o de lo que nos llega por quien nos transmite que lo está padeciendo. Hecha esta distinción podremos con mayor facilidad comprender lo que decimos cuando el *dolor* como el *sufrimiento* algo nos “muestran” (primera acepción del concepto “enseñar”). No podemos decir, por ejemplo, que sean “dignos”; digna es la persona que los lleva con la frente en alto, que les da batalla o que, si no se los puede ya vencer, los supera encontrándoles un *sentido* -el cual significa una “instancia superadora-. Aclarado este punto, veamos que significa, según la primera acepción a la que hacíamos referencia, que el dolor “enseña”.

### **Epifanías del *sufrimiento*.**

Cuando la realidad del dolor alcanza al ser humano, éste se le pone de *manifiesto*, el hombre lo experimenta, lee su mensaje en su propio ser y lo interpreta. Es así como se hace presente a su conciencia. Algo nos quiere decir; no significa que se hace padecer con el fin de decirnos algo; simplemente se lo vive y, sufriendolo -esto es, en presencia de nuestra conciencia-, a diferencia de lo que ocurre con cualquier otro ser creado, experimenta simultáneamente como imperativo categórico desvelar su razón. La conciencia misma del dolor padecido hace que el dolor mismo aumente. Vivido en hondura y plenitud -que, lastimosamente, es la forma de captarle todos sus significados y profundidad-, se percibe una suerte de quiebre en el que no se sabe que vendrá después, una suerte de “desnudez existencial”, de situación sin salida. Es esto lo que llamaríamos “experiencia límite”. El corazón oprime, la garganta se cierra, las lágrimas se empecinan en no salir para descomprimir aunque sea un poco la angustia reservada. Todo esto se *sufre*, y, sin embargo, seguimos adelante como con ceguera. Pero no es nuestro andar ciego: por más que no se haga manifiesta explícita y claramente, la *esperanza* en estos momentos cruciales está resultando significativa.

Este punto relativo a los *momentos cruciales*, a manera de disyuntivas que

van apareciendo a lo largo de toda nuestra vida, estarán presentes durante todo este trabajo, pues su elucidación es esencial para la comprensión del sentido del sufrimiento humano con sus significativos mensajes.

Seguramente resulte imposible que el dolor y el sufrimiento nos muestren algo positivo. Pero es posible a través del vehículo o instrumento del que se sirve para mostrar sus virtudes o, paradójicamente, sus *bienes*. Porque así como nos resulta chocante y hasta repulsivo aquel que quedó marcado por el sufrimiento con resentimiento, del mismo modo, el testimonio y el ejemplo de muchos que padecen dolores lacerantes nos edifican, nos estimulan, nos traen paz (aunque en el fondo deseemos no beber su mismo trago). Una cosa es ver “sabios”; también vemos -y ¡es tan distinto!- “amargados”. Los primeros son verdaderos testimonios de vida, desde quienes podemos hablar de una “valorización ejemplar” del sufrimiento, vislumbrar una axiología del padecimiento. El ser humano puede vencer su dolor mucho antes de ser curado: puede vencer su dolor a través de su *dignidad* durante el sufrimiento. Como ya dijimos: es personalísimo como es personalísima la capacidad de ser uno digno; todo pasa por el corazón que guarda cuidadosamente este contenido que es intransferible. Un tercero, un interlocutor, por más sabio y comprensible que sea, por profundo en su capacidad de atisbar significados, no puede alcanzarlo: es simplemente “intransferible”. De todos modos, aunque no abundan, este tipo de sabios existe, y si alguno es encontrado por uno de éstos, su modo de mostrarte que te entienden y de aconsejarte no es a través de las palabras, sino de su *mirada*, también lavada por lágrimas, y a través de sus gestos. No nos quitan nada de un sufrimiento que es personalísimo y que está para ser vivido sin atenuantes, pero “animan” y convencen del sentido de la *espera*.

### **Triunfo sobre la carne sufriente.**

Necesito hacer hincapié en esta afirmación de que el hombre puede vencer al dolor antes de que éste sea curado; es más: se produce internamente un sentimiento de que si bien es necesario curar el mal que lo aqueja, lo importante está ya alcanzado. Comprender esto es importante, no sólo para todos nosotros, aquejados de uno u otro modo, con mayor o menor intensidad, por un determinado conflicto que nos hace sufrir, sino, sobre todo, para quienes tienen a su cargo la tarea de acompañar a quienes sufren, ya sea para prevenirles dolores en ciernes, ya sea para sanarlos, ya sea para consolarlos

o aliviarlos: la cuestión del dolor y del sufrimiento trasciende lo meramente científico, lo psicológico técnicamente entendido; toca con igual o mayor fuerza las fibras de lo espiritual, lo moral; tiene que ver con lo filosófico en cuanto horizonte existencial personal (y social). No considerar este punto, al dolor desde esta perspectiva, es el error de las tendencias tecnocrático-cientificistas... que precisamente son una filosofía, una manera de ver e interpretar la vida. Si no se llega al fondo de lo humano de este asunto, y no se asume la ineludibilidad del problema del dolor para nuestra naturaleza (lo que de ningún modo significa dejar de luchar, porque, como decía, hay que combatirlo, porque hay dolores que son evitables e innecesarios, pero pensar y creer en un mundo sin dolor es infantil; no existe).

También es absurdo e inhumano no darle batalla al dolor. Pero aquí se pretende hacer comprender algo que es mucho más profundo, y que, si no lo alcanzamos de alguna manera, no sólo nos quedaremos en la perezosa periferia de la comprensión del ser humano en su totalidad, sino que, sobre todo, fracasaremos en cualquier intento de encontrar una solución al problema, o cualquier solución será falaz o narcotizante: al paciente le estaremos privando de hallar en el sufrimiento los mensajes que éste puede brindarle para su sentido de vida. Podría seguir sonándonos sádica esta interpretación, pero, en realidad, hay una visión amorosa.

Llegados al corazón de estos significados, todos los demás intentos a los que hacíamos referencia se ubicarán en su justo punto; entonces, se podrá sentir dolor por no haber podido solucionar un problema o, al menos, calmarlo. Será éste el caso de quienes luchan de corazón por consolar en este mundo desequilibrado e injusto en la distribución de bienestar y felicidades.

Pero está también ese otro sentimiento de fracaso impotente e infecundo que, en realidad, golpea la soberbia de quienes pretenden erradicar absolutamente el problema del dolor de este mundo por distintas razones:., porque de algún modo les significa un cachetazo a su bienestar (ya sea por sentir de alguna forma culpa, ya sea por un complejo culposo aunque no tengan culpa alguna, ya sea porque se sienten corresponsables del sufrimiento ajeno), o porque sus ecuaciones científicas y la lógica de su ilustración en el tema no les termina de cerrar -y, entonces, buscarán nuevas recetas que vayan justificando sus fracasos en el camino de sus prácticas terapéuticas-. Esto suele ocurrir cuando en el profesional se carece de lo más importante: la *miseri-cordia*. Han pasado a ser -o han sido siempre para él- más importantes sus teorías y

libros que el libro que significa la vida misma, en especial el *ser humano* mismo. Observan al ser humano como parados en un pedestal, como si éste estuviera -de hecho así lo consideran realmente- en condiciones inferiores, por allá abajo. Ocurre en médicos con respecto a sus pacientes; en economistas respecto de sus políticas llenas de números y estadísticas donde las personas resultan ser variables de ajuste; ocurre en empresarios con respecto a sus recursos humanos; con el capataz respecto a sus obreros... Ocurre con la clase dirigente en general en relación a aquellos a quienes debieran servir. Etc.

### **Abordar adecuadamente el *misterio* del dolor.**

La búsqueda -con su eventual encuentro- del contenido real y significativo del dolor, junto al corazón del sentido del sufrimiento, tanto por parte de quien padece como por parte de aquel que acompaña, es algo que, como decíamos, abarca todas las áreas del quehacer humano transversalizadas, de alguna forma, por cierta dimensión pedagógica en cuanto a que cabe que el *acontecimiento* del sufrimiento se transforme en la relación tensional “enseñanza-aprendizaje”. El dolor puede convertirse en el maestro si el doliente acepta ser discípulo, asumiendo al sufrimiento como *proceso de enseñanza-aprendizaje*.

En todos los ámbitos humanos existe padecimiento y seres solidarios que se acercan a poner su mano, de alguna manera, sobre la herida para sanar o calmar. Precisamente, tras abordar la relación entre el sufrimiento y el *mal*, reflexionaremos acerca de la dimensión sanadora de la solidaridad. En realidad, todos tenemos capacidad de congobernarnos. Sin embargo, por las características del presente trabajo, y por tratarse de personas abocadas especialmente al dolor y su resolución, quisiera discurrir más particularmente respecto a la llamada “relación *médico-paciente*”. Efectivamente, en toda relación establecida en orden a calmar cualquier tipo de dificultad, carencia de salud como de amor, soledad, angustia, ignorancia, dolores psíquicos como morales o espirituales, existe cierta “función medicinal” por parte del que quiere ayudar, como también existe un carácter de “paciente” por parte de quien procesa una pena. En la concreta relación médico-paciente, el tratamiento del tema es más específico por cuanto que hablar de “medicina” debiera significar hacer referencia a la ciencia más humana y humanista, y, por tanto, el peculiar ámbito en el que todo médico debiera alcanzar más



que nadie el meollo del sufrimiento con su núcleo de *esperanza*.

La vocación del médico se traduce en vivir en contacto directo y constante con todos los sentimientos y pasiones que se desencadenan a partir del dolor; es decir, convive con el sufrimiento expresado en sus múltiples facetas. Pero también con la esperanza, con los frutos de sus propios sacrificios que, las más de las veces, no caen en saco roto; y si, en apariencia así ocurriese, puede desentrañar del corazón del sufrimiento sentidos que logran que, por más que los cuerpos dolientes no se curen, los hombres sufrientes se sanen. Como ningún otro profesional, debiera tener ojos contemplativos, es decir, una mirada que observe desde el respeto, la misericordia, la comprensión y la piedad. Un médico, para ello, no necesariamente cursa la materia más importante: la vivencia propia del dolor. Sin embargo, no estaría nada mal que esté preparado para eventuales fracasos y para la contingencia que supone la naturaleza humana y sus imprevistos e imperativos sin resolución. El paciente necesita encontrar en él a alguien que le transmita seguridad y tranquilidad; no le hace bien sentirse ante una “deidad” que lo puede resolver todo. Es que a un médico se lo prepara para el éxito en el mejor de los sentidos, para la “vida”, y no puede “fracasar”... no se prepara para la “muerte”. También habría que considerar en este punto relativo al contacto constante con el sufrimiento humano que hay quienes frente al fenómeno de tanto y excesivo dolor terminan endurecidos, así como quienes acaban absolutamente vulnerados y sumergidos ellos mismos en el *sinsentido*.

El paciente no es un “objeto” para el médico, sino el “sujeto” principal de sus atenciones y desvelos. Científicamente hablando podrá tratarse de objeto la enfermedad tratada. No obstante, experimenta un momento necesario de soledad (diversa a la experimentada por el paciente) en la que deberá hacerse de algún modo *uno* con la penuria tratada. En la teoría del conocimiento se dice que se *conoce* cuando el que conoce logra en su entendimiento la unidad y adecuación más cercana posible entre la capacidad de conocer y el objeto conocido. También existe una afirmación muy antigua que dice que “*conocer es amar, y amar es conocer*”. El médico necesita (del mismo modo que un terapeuta del dolor) ese momento de encuentro con el padecimiento, para intentar “conocerlo”, diagnosticarlo, y procurar curarlo. Se encuentra “a solas” con él; inclusive, tal vez muchos necesiten o quieran -por algún motivo- entrometerse, y opinen, y él tenga que aceptar que así ocurra, tener paciencia y, con la mejor cara o con las mejores palabras poner distancia mientras hace “oídos sordos”. Porque necesita estar

“solo”. Porque así como quien sobrelleva la aflicción vive en *soledad* su experiencia, el médico se sumerge en una experiencia similar, aunque individual, privativa y original.

Respecto a este punto, conviene tener presente que no lo ayudan ni la distancia que supone colocarse por encima del paciente, de modo de no considerarlo como un igual en dignidad y humanidad, como tampoco ese intento de “compenetración” tal que, llevada a un límite, queda sumergido en la impotencia que suele implicar la lástima, o las relaciones distorsionadas en mayor o menor grado por no saber -o no querer- poner distancia. Así, una *empatía* bien entendida supone ingresar en ese espacio que media entre el médico y el paciente, que no es ni de uno ni de otro, o, más bien, de ambos al mismo tiempo, y en el que se construye la comprensión, la amistad; es decir, donde existe la posibilidad de materializarse el *amor*, por obra de la verdadera piedad.

Y así como quien sufre, según la hondura de su padecimiento, su sensibilidad y capacidad personal de conocimiento, percibe una suerte infierno vivencial, el específico contacto del médico con la humanidad en su herida, lo lleva a descender -también según su peculiar capacidad- a un infierno. Es lo que llega a vivir sobre todo a través del padecer inocente de hombres y mujeres, de niños, de toda una sociedad sufriente. La experiencia de su mano posada sobre la llaga de la humanidad en su profundidad escalofriante, paradójicamente debiera ser el bálsamo para su corazón, para su conciencia a la hora en que se encuentre con su almohada. Porque intentó hacerse cargo de la humanidad sufriente más que de un eticismo que le permita tener tranquila su conciencia, sentarse a tomarse un whisky cómodamente y echarse a dormir tranquilo merced a no haber faltado a ninguna ley, ni jurídica ni “moral”. Es la diferencia que distingue a estos dos tipos de hombres: los que se *trascienden* saliéndose fuera de su interés personal abocándose a los demás sin medir costos individuales, y aquellos otros que, o en nombre de su honorable profesión o de sus intereses particulares no son capaces de jugarse a fondo por el rostro sufriente. Un buen médico carece de momentos de absoluta paz moral; alguna inquietud o turbará. Esa tensión interna es la que debe darle paz, pues es capaz y se ha animado a descender al infierno tan temido.

Templar el espíritu en y por el tratamiento de la miseria de la humanidad de cada hombre y de la sociedad entera es, en definitiva, lo que lo lleva a encontrar la paz en medio de esa inquietud referida. Allí está el meollo paradójico: la paz interior verdadera es la fraguada en la agitación propia de la intranquilidad, no la intranquilidad de una conciencia en el fondo escrupulosa, miedosa, leguleya o permanentemente perpleja,

sino la que se siente sacudida desde sus propios cimientos porque a lo mejor se ensució las manos intentando limpiar la herida ajena. Entonces, la conciencia en permanente tensión fraguante, primero a través de un sentimiento interno que la pacífica insinuándole que “hizo lo correcto” -a pesar de la apariencia que indica lo contrario-, y después por la templanza adquirida e incorporada como hábito, a pesar y en medio de los desconciertos siente paz. Mientras que, por el contrario, quien pretende vivir con la conciencia en paz, termina con la inquietud propia de los egoístas, que por no descender al infierno del otro, finaliza sumergido en el propio, por más justificativos y racionalizaciones que lo calmen.

### **Cuerpos dolientes, hombres sufrientes.**

Existen ciertos tipos de medicina, de agentes salud y de técnicas abocadas a poner sus logros al servicio del ser humano ocupándose del enfermo como si su cuerpo fuese un “objeto”: se observan los síntomas, se lanza un diagnóstico y se prueba con un remedio o un calmante; en su visión la persona no se manifiesta como un ser humano en cuanto “sujeto” que vivencia un *sufrimiento*.

Detrás de esta sociedad analgésica que vivimos actúan filosofías técnico-científicas, como agazapadas y al acecho, que han logrado separar al dolor del mosaico de toda la existencia, siendo que ocupa un lugar tan esencial como venimos diciendo. Para esta visión del ser humano, yo diría un tanto “utilitarista” (aunque de modos más o menos concientes, o más o menos solapados) el dolor no significa más que un obstáculo o molestia que atasca la prosecución de sus conquistas, golpeando -en muchos casos- su propio orgullo. El dolor, como el sufrimiento, es parte de nuestra economía de vida, y, por mejor buena voluntad que exista por parte de quien pretende ocuparse de la llaga ajena, si no se alcanzan los mensajes venidos desde las profundidades del padecimiento a través de la carne misma y que, espero, se dirigen a la carne del hombre, no habrá palabra significativa alguna (más bien que “repuesta”) que alcance los contenidos hondos. Por otro lado, considero que la única respuesta debiera ser el *silencio*, del cual ya hablaremos. Sí; cualquier palabra está de más, la aceptación no sólo de que no se sabe qué decir, sino, además, de que no hay “qué” decir.

## Las metáforas de la carne sufriente hacia la reconquista de los sentidos.

Uno busca ciertamente respuestas. Y considero que la única respuesta debiera ser el *silencio*, del cual ya hablaremos. Sí; cualquier palabra está de más, y se acepta no sólo que no se sabe qué decir, sino, además, que no hay “qué” decir. Si nuestro corazón se pone así, no digo “respuestas”, pero sí, al menos, a partir de comenzar a vislumbrar como lucecitas, pero que provienen del *sentido* transmitido por el sufriente, muchas veces sin que él mismo se percate siquiera, y que nos iluminan por dentro. Entonces, lo más probable es que no surjan las respuestas que quisiéramos tener (para entregarle a él y para nosotros mismos), pero sí palabras adecuadas al cuadro, a la situación, palabras de aliento, de esperanza; y no siempre se trata de palabras salidas de la boca; también de una mirada, del silencio mismo, de alguna manera de posar la mano por la herida; porque, entonces, estamos acariciándole el alma y llevándole calidez. Se está dando así la com-pasión, la con-miseración, la auténtica con-dolencia. Puedo, personalmente hablando, atisbar la forma de *sentir* tanto los cuerpos como las almas que experimentan soledad, desamparo, desnudez.

Sin duda no faltarán quienes afirmen que se trata de palabras poéticas, utópicas. Esos cuerpos y esas almas conocen el exilio, y, si alguien dice que sólo a nivel orgánico pueden hallarse (o no) respuestas, lo empujan aún más a su destierro<sup>7</sup>. La experiencia de exilio es la del desgarró; es un proceso interior en el que la situación vivida lleva a un instante en el que lo más probable es que se produzca un *quiebre*. Dicho quiebre puede ser negativo (porque es cuando el hombre se pierde y, a menudo, no puede recuperarse) o positivo, que significa como el punto de flexión de la catarsis

---

<sup>7</sup> “Habremos conocido muchos ‘muertos en vida’, gente cuyas heridas jamás cerraron y que ya no son los mismos, ya sea porque caminan en continua amargura, ya sea que lo hacen sin sentido alguno, a la deriva. Otros hasta se quitan efectivamente la vida. En cambio, el exilio puede ser asumido como lo que debería ser realmente: un proceso de crecimiento, de purificación, de des-velo de sentido real de todas las cosas.

“La experiencia de exilio es la del desgarró; es un proceso interior en el que la situación vivida lleva a un instante de quiebre. Dicho quiebre puede ser negativo (porque es cuando el hombre se pierde y, a menudo, no puede recuperarse) o positivo, que significa como el punto de flexión de la catarsis que se produce.(...) Habremos conocido muchos “muertos en vida”, gente cuyas heridas jamás cerraron y que ya no son los mismos, ya sea porque caminan en continua amargura, ya sea que lo hacen sin sentido alguno, a la deriva. Otros hasta se quitan efectivamente la vida. En cambio, el exilio puede ser asumido como lo que debería ser realmente: un proceso de crecimiento, de purificación, de des-velo de sentido real de todas las cosas”. (H. Linari, *La Mirada a través de las Lágrimas*, Ed. Triunfar, Córdoba 2000, pgs.96-97).

y autoconocimiento que se produce, y que consideraremos luego. Por ahora nos basta tener presente que se lo vive como una experiencia indecible, indescriptible, como un oscuro punto negro ubicado en el absoluto límite extremo de la prueba. Es esta la más cabal expresión de la experiencia de la inclinación a los diversos semblantes del suicidio y su estímulo interior, donde el alma vive su criba más definitiva. La persona que lo ha vivido procura no recordarlo porque su sola imagen punza el corazón produciendo una tristeza profundísima, por más que su opción halla sido la correcta al cabo del quiebre. Estamos hablando de algo casi imposible de explicar porque se trata de una situación que supera totalmente a la imaginación.

Es necesario reconquistar el significado del *dolor* y del *sufrimiento* y su lugar en el mundo y en la vida de las personas. Lo dicho anteriormente implica una “pérdida *axiológica*” de gran envergadura porque le quita al hombre la posibilidad de manifestar valores que sí le evitarían problemas e impedirían los sufrimientos que sí son innecesarios. Debería de aceptarse la dimensión simbólica del cuerpo humano y las metáforas de la carne (como diría Rosa Montero) porque, si se sabe mirar, manifestarían una serie de valores y virtudes que en los datos de la evidencia inmediata nos pueden resultar absurdos y hasta ridículos. Y esta pérdida axiológica se da por considerar que no existe en torno al problema del dolor otro valor que no sea el de poder (y tener que) ser vencido. Mejor dicho, en realidad para quien procura que el ser humano no sufra, es ciertamente el “primer valor”. Al dolor hay que vencerlo. Pero, ¿qué significa y supone “ser vencido”? ¿Qué se necesita para lograrlo?

En primer término, es requisito concebir la carne como palabra que transmite un mensaje, sentir que el cuerpo mismo habla, como tratándose de un lenguaje al que hay que ponerle especial atención para leerlo; luego, vence el mismo sufriente cuando se logró internar en los profundos significados de su propio dolor y sufrimiento. El agente de salud que alcanza a atisbar lo que el enfermo o quien padece alguna dolencia logró comprender o concebir, entonces está también venciendo al dolor, lo cual le ayudará en su acompañamiento a otros sufrientes para hallar sentidos que no son visibles a simple vista. Pero lo único que importa aquí es el desvelamiento del sentido por parte del que sufre, porque dispara un ejercicio interior que, inclusive, lo termina cambiando por fuera; es como si en su vida hubiese descubierto no ya un sentido simplemente, sino el deber del cumplimiento de una misión que lo realizará de un modo distinto al esperado.

Des-velados por sí mismo los valores, comienza un proceso por el cual estos empiezan a aflorar haciéndose evidentes. Los ojos de quien contempla el *dolor* desde fuera, entonces, descubren otras realidades hasta entonces desconocidas: paciencia, justicia, mansedumbre (una mansedumbre creciente), bondad individual (también creciente), serenidad, independientemente de los “males” del enfermo como pueden ser su auto-referencialidad, su excesiva dependencia junto a una simultánea agresividad, etc. Dichos valores hechos virtudes al convertirse en actitudes se desarrollan en la medida en que se realiza algo difícil de digerir por quienes se preparan para combatir el flagelo del dolor (de modo especial en estos tiempos analgésicos): la *aceptación*, punto a considerar al que le daremos la importancia medular de nuestro trabajo. ¿Quién desea *sentir* en una sociedad que no quiere sentir y a la que le sobran argumentos para evadirse o anestesiarse?

La pérdida axiológica del sufrimiento se da porque nuestros tiempos es algo una situación compartida con otros fenómenos de la modernidad; efectivamente, estamos tratando con una pérdida de valores que es más bien generalizada (baste como ejemplo la pérdida de valores que llevan los jóvenes, como el significado de los símbolos patrios), aunque, evidentemente ataque en primer lugar y con más saña a aquello que aqueja a nuestra carne. La escisión a la que hacíamos referencia desde la visión de una filosofía que prescinde de la condición de *sujeto* de la persona, objetivándola, aleja al dolor de sus significados e implicancias a lo moral y a lo cultural (al *ethos*). Nuestra cultura cultiva prevalentemente lo banal. Cuando aprendamos que la evasión de la interioridad -como ámbito al que nos lleva de modo especial la metáfora del sufrimiento carnal y espiritual- es producto de una visión errada de lo que es una cultura del bienestar mal entendida (la de los cuerpos “perfectos”), descubriremos también que por duras que resulten las secuelas y los alcances de una afección dolorosa, tanto la causa como las consecuencias (expresadas dolorosamente) nos habilitan a relacionarnos con ellas significativamente, es decir, que se nos rebelen con un *sentido* para nuestra existencia y descubriremos realmente a nosotros mismos. Quienes racionalizan contra esto mediante su filosofía técnico-cientificista mal entendida suelen desmerecer los aportes culturales y religiosos. Unos lo hacen a conciencia; otros, producto de su impotencia (porque están “preparados” para vencer al sufrimiento pero se sienten nadar contra corriente); otros cambiando imperceptiblemente, como vencidos por el bombardeo publicitario y tecnológico manipulado por las ideologías con poder para

hacerlo. Sin embargo, esta realidad no necesariamente pasa por una ideología de signo “agnóstico”. Excepto de los bien intencionados (que también abundan dentro de esta manera de concebir las ciencias al servicio del hombre), el resto está signado por una suerte de *hipocresía*, ya sea personal como institucionalizada.

En síntesis, ¿qué se le puede decir a la persona que padece lo *indecible*? ¿Qué se dice a sí mismo quien vive su llaga en carne viva? ¿Cuáles son y en qué consisten, cómo llegan los mensajes venidos de lo profundo del padecimiento? Las respuestas deben ser halladas como si se tratara de encontrar los mensajes existentes detrás de un símbolo. Por eso hacemos hincapié en la dimensión simbólica de la carne; las respuestas nos deben llegar desde la carne del hombre y debieran dirigirse a la carne misma.

Cuando hablamos de la carne doliente, del sufrimiento que puede atravesar al ser humano, se trata de la persona particular que padece al igual que las bastas zonas signadas por el hambre, la miseria, por el hombre considerado sin más como un “animal”; muchedumbres abandonadas como piel que cae al suelo cuando pica y uno se rasca. Sin duda algunos tendrán encallecida el alma y ya ni siente (lo cual lo hace más miserable), pero ya no la “desesperanza” sino la “desesperación” es lo que padecen. Por eso es que cuando hablamos de progreso, no es tal si no abarca a todos los hombres y a “todo el hombre”, esto es, que no quede pisoteada la dignidad de ninguno. Paradójicamente, esta miseria coloca sobre el tapete la verdadera *condición humana*, por más que procuremos taparnos los ojos.

### **Sobre el silencio en el dolor.**

Existen diversos tipos de *silencio*. Sin duda conoceremos experiencias que cada “yo” experimenta como un *exilio* que amordaza el espíritu y oprime el corazón en mayor o menor grado. Y cuántos sufrientes andarán haciendo su procesión delante de nuestras narices sin que nos percatemos de ello. O sin que lo vivamos como corresponde, con ternura: gente que pide a gritos auxilio y misericordia con voz imperceptible, al lado de nuestros oídos ocupados en cosas importantes; la mujer que quedó sola, abandonada o viuda, mirando de pronto vacía su casa... u otra casa, que no es la que vio progresar, sin comprender qué ocurrió y en qué momento; el hombre “fracasado”, sin trabajo, que sentado a la mesa contempla sus hijos masticando la miseria por la que

deben atravesar “por su culpa”; los “echados” o “arrancados” de un instante al otro de todo aquello que gestó, construyó y amó; hombres y mujeres equivocados que aceptaron e hicieron su odisea, y cuando movidos por el arrepentimiento anhelan volver a entrar en la casa de donde salieron se les cierra la puerta para que mastiquen su escarmiento; los padres de hijos con discapacidad... los niños y adultos con discapacidad (mejor dicho, con distintas capacidades); los ancianos echados a un costado de la familia o depositados en algún sitio donde no molesten (cuando quizá ellos mismos se encargaron de cuidar a sus antepasados); los que lo perdieron todo (sobre todo los que lo perdieron todo sin causa que lo justifique); los hijos de las guerras; los enfermos y tantos otros discriminados o humillados por quienes sienten por ellos lástima disfrazada de compasión...

Existe ese otro silencio, al que hacíamos referencia más arriba. Se trata de la actitud reverencial (por definirlo de algún modo que se le acerque significativamente) ante quienes padecen situaciones como las recién descritas. En esos casos, hablar aparece como algo proveniente de alguien frívolo, incapaz de pasar un poco más allá de la periferia del sufriente porque vive, precisamente, en su propia superficialidad. Es éste un *silencio contemplativo*, porque necesita acallar sus sentidos externos para procurar otear en las profundidades de los seres sufrientes.

Hay también un silencio que es el que se necesita para que las palabras que salen de la boca sean sensatas, no sandeces; que apunten a construir y a unir, no a destruir y dividir. Es el *silencio* que necesita un médico, o un enfermero, o cualquier terapeuta preocupado por sanar heridas para que sus palabras sean las adecuadas para consolar, que es el silencio que va acompañado de la *paciencia* y la *ternura*<sup>8</sup>. Frente al que sufre y los síntomas a menudo auto-referenciales y tendientes a la agresividad, al desahogo o al estado quejumbroso, no puede atinar a aconsejar nada -como posiblemente tampoco comprenda- quien no se toma el tiempo ni el trabajo necesarios para “atender” y “entender”, es decir, quien no posee *paciencia*. Por tanto, tampoco experimentará como fruto la *ternura*. Este silencio es como el espacio imprescindible para crear el ámbito del consuelo donde pueden brotar las palabras que se acomodan a la circunstancia del que sufre.

Pero existe, asimismo, un *silencio* propio de quien tiene miedo de aceptar y hacerse cargo del dolor ajeno porque se siente superado; o de aquel que procura no ser

---

<sup>8</sup> Cfr. JM. Bergoglio, *Reflexiones Espirituales, sj*, Ed. Diego de Torres, San Miguel 1987, pg.158.



alcanzado por un padecimiento por no “mancharse”, contaminarse, como si mirase con asco; es éste un silencio como idéntico actitudinalmente al verborrágico que no para de hablar para no sentir. Y en este mismo nivel de silencio está el que opina como para alentar, pero sin comprometerse, o aquel que tiene cierto sentimiento culposo de ver al otro sufrir mientras él está bien. Como también es el silencio del que se siente desorientado y sin saber que hacer, pero no por ignorancia sino porque se desentiende.

Existe, finalmente, otro *silencio*, y que de algún modo está emparentado con lo dicho recién; es de carácter dramático, donde el lenguaje simbólico de la carne se manifiesta cruda y -para muchos- cruelmente. Es, precisamente en este punto, donde hasta al entendimiento más simple capta la dimensión simbólica del cuerpo humano. Y es que un padecimiento, unos más que otros, nos evidencia nuestra contingencia. Y a esta realidad no hay cómo esquivarla. Efectivamente, no sólo nos muestra nuestra limitabilidad (realidad que nos hermana y que no distingue clases sociales) sino que nos evoca, con distintos grados de evidencia, la *muerte* que nos saldrá al encuentro. Ante esta verdad todos nos cuestionamos por el sentido personal de toda la existencia. Pero es precisamente aquí la oportunidad de hacernos “la” pregunta capaz de abarcar toda nuestra existencia, es decir, la más significativa.

Este momento impone un silencio distinto, descubriendo al hombre ante la posibilidad de mirar para otro lado y negar su condición de *ser-para-la-muerte* -como decía M. Heidegger-, y ante continuar existiendo con sus responsabilidades despreocupándose por algo que por el momento no viene al caso considerar, o ante el evento que puede darle un auténtico y coherente significado a sus quehaceres y responsabilidades, es decir, vivir “auténticamente”. De hecho, nada fastidia y mortifica más al principio de identidad que la experiencia del dolor. Esta certeza que muchos la viven como un agobio que hay que enfrentar porque nos hace sentir *esclavos* de una carne que se deteriora con el correr del tiempo, significa la posibilidad de vivir con el espíritu plenamente libre. Dicho sentimiento de liberación interior puede, paradójicamente, ser transmitido al exterior mediante el lenguaje de la carne. El mismo sufriente, que vive en su propio silencio la realidad de la condición carnal en decadencia, puede des-velar esta otra realidad hasta ahora oculta o negada. La instancia del dolor como evocadora de *muerte* pone, asimismo, en movimiento un mecanismo que podríamos caracterizarlo como *moral*: se pone en juego nuestra propia verdad interior, la capacidad de aceptación del propio ser, la presencia de los datos de la propia conciencia que intima y

advierte, o bien, estimula y confirma. A partir de ese instante la existencia podrá ser llevada con un mayor o menor peso, como una pesada carga o como un trabajo ligero.

Cuántas veces habremos dicho o sentido decir *no somos nada*; más allá del sentido de semejante afirmación, en mayor o menor grado de optimismo o pesimismo y de acuerdo a la circunstancia, lo cierto es que estamos ante una vivencia existencial y subjetiva, vivida desde dentro. Esta vulnerabilidad percibida en y a través de todos los sentidos de algún modo “incomunica” al que tolera la tribulación. Que se sientan de pronto los vínculos interpersonales y con el mundo rotos coloca al hombre como en situación de reflexión, de encuentro consigo mismo. Pero hay también aquí un estar parado frente a una disyuntiva: o la alternativa angustiante (hasta que la realidad misma lo inclina a “entregarse”) del sentir la impotencia de la incomunicación, o vivir el tiempo como un espacio ideal y silencioso para encontrarse con la verdad que nadie más que el que está padeciendo puede “decir” ni explicar. Las mismas consecuencias pueden ser dolorosas. Esta suerte de “tragedia” (no necesariamente llamada así en sentido negativo) no la vive únicamente un enfermo; también la pasa quien hace frente a una injusticia o padece a causa de una mentira; por ejemplo, alguien que de no se prende a un ilícito o que se niega a formar parte de una organización destinada a cometerlos, o que cambia su tenor de vida cuando un grupo o comunidad se corrompe. Su conducta, entonces, irrumpe con violencia porque rompe esquemas que se fueron armando y que, a menudo, son difíciles de señalar por su sutileza, y, por lo tanto, molesta. Implicar {a, pues, una forma de incomunicación muy dolorosa, y, su sola presencia cuestiona hábitos y costumbres formados imperceptiblemente, haciendo que su relación con el entorno se estropee. Evidentemente a partir de allí la vida misma y su visión cambiará. Ha sido ésta una criba propia del *silencio* al que ha sido empujado por ser fiel.

Ambos testimonios, el del enfermo como el de aquel a quien le toca vivir una situación de prueba en sus relaciones con su circunstancia, son testimonios de *atribulados*. En definitiva su carne habla de lo mismo; su lenguaje expresa lo que llamábamos “indecible”. Son testimonios: siempre existirá en el entorno al menos uno (aunque suelen ser más, porque muchos se ocultan) que aprehende el mensaje, que logra ser *enseñado*, que habrá aprendido la lección más importante de su vida a través de la más elocuente de las palabras: el *silencio*.

***REFLEXIÓN CUARTA***

***“EL DOLOR QUE ENSEÑA”***

(II Parte)

## Reflexión cuarta

### “*El dolor que enseña*” (II Parte)

#### ***Enseñanza como acción pedagógica.***

Toda esta gente dedicada a la salud, física, psíquica, espiritual, etc. son ciertamente los espectadores primeros y, por decirlo de una manera ambigua, privilegiados del sufrimiento vehiculizado a través de las personas. Pero a todos nos ha tocado, de modo más o menos directo, estar en contacto con gente sufriente. Uno mismo habrá sido espectador vivencial de su propio sufrimiento. En éste último sentido ya consideraremos la dimensión pedagógica del sufrimiento, el aprendizaje. Ahora necesitamos objetivarlo para poder contemplar en él lo que pretende manifestarnos. Lo primero que debemos tener presente es que, como decíamos, nos lo muestra a través de gente concreta que sufre, de situaciones dolorosas, dentro de las cuales puede encontrarse la nuestra personal. Luego ver qué nos provoca. La contemplación de las virtudes que el sufrimiento puede mostrarnos supone precisamente de un “ejercicio” que tiende a sensibilizarnos progresivamente y en el mejor sentido del concepto.

Para este ejercicio no sirve de nada la “lamentación”. Debemos distinguir entre la *compasión* y la *pena*, y entre la *conmiseración* y la *lástima*. Las primeras posturas de ambas diadas suponen un movimiento como de ternura, un sentimiento que brota desde lo más profundo de las entrañas moviendo a intentar hacer algo, sin ningún otro interés que el amor. Las otras dos, pena y lástima, suenan más bien a posturas eticistas, o, en el supuesto caso de sentir algo, no existe un movimiento al compromiso serio; a lo sumo a un compromiso propio de quien quiere sacarse un sentimiento de culpa de encima o de un miembro de algún grupo asistencialista que le agrada figurar como hombre o mujer de bien. En cambio, *con-pasión* significa ponerse junto a quien está

padeciendo (pasión), del mismo modo que *con-miseración* supone aceptar y cargar la miseria del otro haciéndola parte de uno mismo. Para poder observar lo que el dolor pretende “mostrarnos” es necesario tener presentes estas distinciones. Unos tienen los ojos limpios para poder “mirar”; los otros no.

Quizá, por otro lado, aclarar este punto no solamente nos sirva para distinguir maneras de considerar o interpretar el dolor humano, sino también para juzgar el espíritu e interés con que se lo hace. Recordemos que en sí mismo podríamos hablar del dolor como si se tratase de un *ente de razón*, porque no existe separado de un “sufriente”. Para procurar elucidar nuestro problema debiéramos de entrar a su ámbito de consideración como quien hace su entrada a un recinto sagrado, es decir, debe hacerse con mucho respeto, desprejuiciadamente, con la mente y el corazón limpios. Es más, sin el sentimiento previo de “*la experiencia me dice...*”; en éste punto se torna imprescindible la máxima humildad, entrar vacíos, como sin conocimientos ni experiencias previas. No hemos visto nada. Lo que hayamos podido ver nos debe servir ahora de ejemplo. Al cabo de este ejercicio, en todo caso, reconsideremos todo nuestro bagaje de experiencia y nuestra sabiduría en torno al dolor (que, en muchos casos, no debe ser poca). Pero la experiencia de la contemplación de un sufriente y la consideración de los mensajes que vehiculiza no es sino una experiencia moral, más precisamente “espiritual”.

### **Aprendizaje en la tensión contrastual.**

Nos resultará conveniente retomar el concepto del carácter “contrastual” resultante de la *esperanza* y el *dolor* presentes en la vivencia del sufrimiento al que hacíamos referencia al hablar de la esperanza más arriba: ... *en cierta forma queda planteada una tensión contrastual (que de algún modo abre más la herida, encarniza vivamente el sufrimiento haciéndolo más conciente) entre lo que debería ser pero no es -ausencia, carencia de ser, sentido de vacío y/o contradicción en la existencia personal; soledad, sentimiento de desamparo...- y lo que se espera que sea... la esperanza está, como agazapada, oculta, esperando paciente y al mismo tiempo ansiosamente ser descubierta. Está escondida como un corazón que late en un pecho, porque de lo contrario nos desmoronaríamos y no intentaríamos absolutamente nada... La esperanza es como el “hilo conductor” de la no-resignación a la situación negativa. El problema se puede percibir en ese instante en el que uno se tienta de bajar los*

*brazos (renuncia pasiva a la búsqueda de sentido) o de patear el tablero (renuncia activa, o, más bien, “re-activa”). Y, sin embargo, allí permanecemos, “con alguna esperanza”.*

Tal vez interiorizando en dicha *tensión contrastual* podamos atisbar aquello que son como imágenes ejemplares que, más que llenarnos los ojos -los encargados de reflejar nuestras emociones- nos llena el alma. Así como en la herida abierta se percibe una esperanza (evidentemente cumplida si es que se cierra), al contemplar -de la manera que decíamos más arriba- el sufrimiento en quien lo porta podremos sentir la *injusticia* del dolor, lo cual nos remite a la *justicia* a través de la actitud de quien sufre sin razón pero, sin embargo, con dignidad. Cuántas veces nos decimos o preguntamos: ¿por qué éste hombre, mujer, niño o pueblo tienen que padecer esto si no lo merecen?... ¡Si hasta nos queda un sabor medio amargo al ver el sufrimiento aún en aquellos de quienes decimos “se lo merecen”! Lo *malo* que se padece nos manifiesta lo *bueno* que lo padece; por el *culpable* sufre el *inocente*, y aunque no exista culpabilidad alguna que señalar -aunque a menudo uno mismo padece las consecuencias de las decisiones que tomó, con o sin mala intención-, respiramos siempre *injusticia e inocencia* en quien está pasando su mal trance.

Podríamos decir que estamos hablando de posturas frente al dolor. Pero ya dijimos que, sea porque el dolor actúa a manera de disparador de nuestras mejores o peores actitudes, sea porque nos dejamos enseñar por él... sea lo que sea, el cuadro contemplado es el mismo; inclusive sufrimiento y sufriente suelen contemplarse como una misma realidad, inseparablemente. Dijimos que lo que causa dolor nunca puede ser bueno en sí mismo (excepto para el masoquista que disfruta con él). Pero, independientemente de estas actitudes virtuosas de vida frente al acontecimiento del dolor, el dolor mismo nos “muestra” algo más, lo más importante: su dimensión sanadora y creadora. En este punto podremos vislumbrar con claridad objetiva la virtud a la que nos invita y nos trae.

Decíamos que el dolor como el sufrimiento buscan enseñarnos algo. De suyo no poseen voluntad propia, pero nosotros podemos *aprender* y *aprehender* de ambos. Para disponernos a recibir su enseñanza se torna necesario primero que podamos “aprehender” lo que puede manifestarnos. Generalmente desfilan por en frente de nuestras narices un sinfin de gestos, y muestras que van desde una invitación a la dignidad, la entereza, la aceptación generadora de disposiciones creadoras del espíritu humano,

etc. Pero, primariamente, y sin irnos a bucear en sus profundidades fenomenológicas, el dolor nos “muestra” que algo no está en su sitio, que algo está enfermo. Actúa a modo de advertencia.

Esto es fácil de comprenderlo aplicándolo a nuestro cuerpo; pero no resulta tan simple para explicar realidades tan “inexplicables” como el dolor y el sufrimiento innecesario, absurdo e inesperado -precisamente por lo absurdo-. Es lo que todos nos cuestionamos (o deberíamos cuestionarnos) con enfermedades incurables, terriblemente dolorosas, por ejemplo, en los niños; esa especie de *muerte de santos inocentes*; situaciones traumáticas, daños heredados de mayores, deformidades genéticas, etc. etc.

### **Algunos sentidos de padecimientos injustos.**

Voy a intentar, respetuosamente, otear en sus sentidos, y quizá tener el atrevimiento de tirar unas líneas para su eventual comprensión. Porque hay situaciones dolorosas que creamos o promovemos los mismos seres humanos (olvidémonos del pobre Dios a quien solemos apuntarlo como chivo emisario de lo que no comprendemos), no siempre concientemente, porque generalmente lo hacemos sin intención. En éste punto, el mal moral juega un papel protagónico. La dificultad está cuando no está a la vista ninguna explicación; algo se dio simplemente naturalmente (suena hasta mezquino decirlo así), y lo único que nos queda es buscar y hallarle una razón de ser.

A menudo sufrimos sin un dolor previo, sin causa aparente. Quizá alguien avezado deba de ayudarnos a encontrar una raíz que permanece oculta; quizá se trate de algo que nos lleve un buen tiempo descubrir. Otras veces las causas son en realidad ajenas a nosotros mismos. Muchas veces sentimos dolor interior sin poder definir de dónde proviene el sentimiento, pero es real y está, y tenemos certeza de estar en nuestro sano juicio; percibimos cosas, olemos el mal, que algo no está en su sitio y que una atmósfera de injusticia impregna todo un ambiente. Algo no está en su sitio; lo experimentamos detrás de nuestra piel y nos llega al alma; va más allá de una ironía, de un comentario mordaz, de un sarcasmo; se percibe por sobre una mirada que no nos gusta porque contempla con perversión o envía mensajes destructivos. En su momento hablaremos de la envidia como una poderosa fuerza destructora de vínculos y relaciones

sociales que termina por objetivarse en las realidades concretas que nos tocan vivir a diario.

Todos estos dolores existen; son objetivos, reales; no podemos mirar para otro lado con el pretexto de que “no posee rigor científico” ni “es serio”. Estos sentimientos son buenos, aunque nos hagan sufrir, porque se tratan de *advertencias*, manifestaciones más o menos evidentes que pueden servirnos para diagnosticar desde una persona hasta una realidad compleja.

Existe un texto que me gusta utilizar cuando tengo que hablar sobre el tema del dolor. Pertenece a una periodista filósofa española, Rosa Montero. Me tomo el atrevimiento de transcribirlo en su totalidad:

*Hace tiempo coincidí en Soria, España, con un grupo de científicos, todos gente estupenda y con esa capacidad metafórica y poética que encierra dentro de sí la buena ciencia. Uno de ellos, el biólogo Carlos Belmonte, me habló de una terrible enfermedad cuya existencia ignoraba y que consiste en la imposibilidad de sentir el dolor. Hay niños que, por un problema neurológico, nacen genéticamente insensibles al dolor físico. Todos mueren muy jóvenes y no porque la enfermedad sea degenerativa o letal en sí misma, sino porque esa insensibilidad los coloca en un riesgo perpetuo. Son niños que se apoyan en estufas hirvientes y se abrasan de ese modo sin darse cuenta; que padecen múltiples infecciones porque no advierten (ni curan) las heridas que se hacen. Y que sufren constantes necrosis, porque al sentarse o tumbarse no notan que con esa postura están interrumpiendo de manera fatal la circulación de un brazo o una pierna. Al no experimentar dolor, los niños se maltratan a sí mismos hasta la muerte<sup>9</sup>.*

Hasta aquí el hecho de la existencia de una enfermedad que, paradójicamente, consiste en la incapacidad de sentir dolor con las terribles consecuencias que acarrea. Entonces, comienza a considerar el error, manifestado de tan diversas maneras a lo largo de toda nuestra historia, de tergiversar sus sentidos y significados, en el fondo porque implican molestia. No sólo había que evitarlo: una forma de “evitar” lo inevitable, y no solamente permitir cargar al paciente con su sufrimiento sino, además, hacerlo cargar con motivos culposos -con el fin de salvaguardar la entonces cuestionada bondad de Dios que permitía tal padecimiento- que justificaran el dolor. La ignorancia (no la estu-

---

<sup>9</sup> MONTERO, Rosa, *El Dolor*, Diario El País, Madrid 1995.



pidez) humana atraviesa toda nuestra historia, y lo que no comprende prefiere congelarlo inventando mitos para que su moral descansa tranquila. Ya veremos que hay dolores necesarios, pero que existen otros que son absolutamente innecesarios, contra los cuales tenemos que luchar. No podemos obviar que vivimos en una sociedad “analgésica”; sin embargo, los tipos de padecimientos actuales son distintos, seguramente producto directo del haber hecho de la huida del dolor una obsesión.

### **El dolor también es bueno.**

Antiguamente se toleraba más el dolor. ¿Es eso bueno o malo? No es bueno ese “refriegue” que en las narices de los menores hacen los experimentados mayores, pero habrá que reconocer que para cierto tipo de dolores estaban más curtidos. No es justo comparar; es más, hasta resulta anacrónico. Cada tiempo con sus propias cosas y características. Los peligros, ya veremos, son más profundos, de otro tipo, con filosofías peligrosas que sustentan posturas que, en virtud de una anestesia para el dolor, terminan por atrofiar al ser humano... en nombre y defensa del ser humano.

*Todos sabíamos que se podía morir de dolor, físico o psíquico, porque hay daños que son más grandes que nosotros mismos y que acaban con nuestras ganas de vivir, pero morir por falta de dolor resulta de primera algo chocante. Sobre todo en nuestra sociedad occidental, que ha hecho de la huida del sufrimiento una bandera. En épocas pasadas el dolor formaba parte sustancial de la existencia: era una poderosa manifestación de los enigmáticos designios de los dioses. Fue hace muy poco, apenas un par de siglos, cuando empezamos a pensar que quizá sufrir tanto no fuera obligatorio, ni moral, ni necesario.*

*En 1847 se descubrieron las propiedades anestésicas del éter, un avance científico que revolucionó el mundo de la cirugía (antes se abrían barrigas y amputaban piernas en vivo), pero que aun así fue recibido con notable polémica: los simples consuelos de la anestesia, esto es ahorrarle al paciente una tortura indescriptible, eran conside-*

---

<sup>10</sup> Ibidem.

---

*rados por algunos un atrevimiento pecaminoso, una rebelión contra la voluntad divina.<sup>10</sup>*

Pero, como ocurre con un péndulo, de un extremo hacia el otro el hombre desplaza sus racionalizaciones acerca de lo inaccesible para lo que trata de comprenderse miedosamente o con superficialidad. La postura, al menos, resulta ser “humana”, aunque nunca desaparecerán las reacciones fundamentalistas que tienen miedo a los cambios, aunque el costo sea el bienestar del ser humano y su felicidad: su conciencia ley moral no les permitiría dormir entonces tranquilos:

*Después empezaron a morir los dioses y el sufrimiento extremo comenzó a ser visto como lo que es, un daño ciego y absurdo; y los humanos nos lanzamos a buscar antídotos, curas, aturdimientos. Aún así, en la reticencia que muchos médicos muestran todavía hoy a la hora de dar calmantes a los enfermos terminales o crónicos asoma la oreja ese prejuicio religioso ancestral, el viejo y cruel mito de que el dolor, todo dolor, tiene un sentido y un lugar. Y no, no es cierto. Hay sufrimientos colosales que son tan espantosos como inútiles. Aprovechemos el desarrollo científico y evitemos el dolor físico siempre que sea posible. Pero al compás de esta búsqueda de remedios contra el daño del cuerpo, nuestra sociedad ha ido también desarrollando una ansiedad neurótica por librar el ánimo de toda zozobra y hasta de la inquietud más pequeñita. La publicidad, las comedias de televisión, la literatura y el cine de consumo nos ofrecen la visión de un mundo sin arrugas, sin inquietud ni deterioro. Como si la vida fuera sólo felicidad, compacta, continua, interminable, una eterna jarana. Cegados por el fulgor de los anuncios (y por su modelo de paraíso idiota), hoy le exigimos a la existencia lo imposible: ser dichoso todos los días, todas las horas, todos los minutos, y no padecer ni el más mínimo dolor. Pero todas las vidas, hasta las más afortunadas, están llenas de sinsabores, de pérdidas, de pesares. El malestar forma una parte sustancial de la vida, como la risa; y si no experimentas el primero, dudo que llegues de verdad a saber reírte.*

*Pensando en todo esto recuerdo ahora lo que contaron Belmonte y los demás biólogos en Soria y me maravillo una vez más de la sabiduría del cuerpo, de las profundas metáforas de la carne. Esos niños insensibles al dolor terminan muriendo porque no saben protegerse. En ciertas dosis, el dolor nos enseña, nos educa, no informa de lo*

*que no funciona dentro de nosotros y de lo que hay que cuidar. El dolor nos despierta y nos hace movernos para que nuestras piernas no se pudran (ni nuestras ideas, ni nuestros sentimientos), porque hay inquietudes fatales que conducen a la necrosis (y las distintas variedades de muerte). Sí, siempre que se pueda hay que evitar el daño, que es el dolor desordenado, el que carece de un lugar en nuestra cabeza, el dolor inútil y perverso, tanto de la carne como del corazón. Pero también hay que vivir sabiendo que el sufrimiento existe y que nos completa y nos corresponde.*

*El niño que padece esa insensibilidad genética es una criatura incapaz de cumplir la función fundamental de todo ser vivo, que consiste justamente en cuidar de sí mismo y en procurar sobrevivir. En esto ese niño es un ser incompleto: sin dolor no está entero, no es persona. Y hasta tal punto no es, que muere pronto. Su carencia lo enferma y lo aniquila; por no sentir dolor, ese niño es terriblemente desgraciado. De lo que se deduce que, paradójicamente, el dolor nos puede hacer felices. Conviene recordarlo en los ratos sombríos<sup>11</sup>.*

El dolor no solamente nos indica que algo no está bien. También *nos educa*, que es uno de los puntos precisos a los que queremos llegar. Evitamos caer en esa progresiva pérdida del significado y expresión simbólicos del cuerpo (que incluye necesariamente al dolor), como también en la incapacidad de atrevernos a adentrarnos en el sufrimiento (el propio y el ajeno) para alcanzar sus “metáforas” significativas, logrando averiar seriamente nuestra sensibilidad y capacidad de condoleremos... ¡Qué tremenda analogía con lo que experimenta nuestra sociedad occidental de modo particular!<sup>12</sup>. La *indiferencia* es un rasgo distintivo en nuestra época, por lo cual aún menos nos preocuparemos por atender al sentido simbólico de un cuerpo sufriente, ya sea el de una persona como el *cuerpo social*. Es, entonces, la experiencia del dolor, del comprensible como del incomprensible, el signo de que debemos abrir los ojos y salir del letargo que nos impide ser *sensibles*.

Ahora bien; el dolor indica tanto que algo no está en su justo sitio como

---

<sup>11</sup> Ibidem.

<sup>12</sup> Pero si tenemos que buscar qué es primero, si la experiencia personal o la social que ejerce su influjo en el individuo, es decir, si es primero el huevo o la gallina, no lo podremos descifrar con facilidad, aunque, sin duda, remontarnos al origen nos mostrará que nace dicha incapacidad nace en el corazón del hombre particular.

también el proceso por el cual eso que no está en su sitio se reubica. A veces me pregunto si el tallo del árbol que tiende a crecer torcido no sufre al ser apuntalado y acompañado por una “guía”. Tal vez de entre las cosas más importantes que supone el dolor está el re-conocer (evidentemente dentro del abanico de determinadas dolencias, obviamente) que existe algo nuestro fuera de lugar o que quiere salirse de sitio. Este reconocimiento supone una especie de *aceptación* de lo que se está padeciendo, como quien asume que padece de algo -sin ningún tipo de disfraces- para poder iniciar un tratamiento, que será ciertamente doloroso, pero cargado de una esperanza que crece a medida que se van viendo mejoras. Así las cosas, el dolor es expresión tanto de una enfermedad como de una curación. En ambos casos es bueno. Malo sería saber de la enfermedad o aquello que no ocupa su sitio dentro del “orden” natural y normal y no hacer nada por remediarlo.

Enseguida veremos diversos tipos de males que se padecen (entre muchos otros), pero cabe adelantar que determinados padecimientos nos los buscamos nosotros mismos con nuestras determinaciones mal hechas: poseemos naturalmente tendencias, pero también poseemos libre albedrío y voluntad; todo lo que existe es bueno, pero no todo necesariamente, por más bueno en sí mismo que resulte, es bueno para mí. Existen un sinnúmero de posibilidades agradables y placenteras, que pueden darme felicidad en un determinado momento de mi vida o en determinadas circunstancias; sin embargo, si opto por ellas en contraposición a otras opciones que tienen que ver con mi proyecto de vida, quebrando de esta forma (por más oculto que intente tener las nuevas opciones) opciones que son más abarcativas y que, quizá, no estén pasando por buenos momentos, entonces estaré quebrando mi historia. Quizá se tornen necesarios los cambios, pero éstos deben ser realizados con serenidad, madurez y discernimiento y no bajo la influencia de la pasión o de cualquier otro tipo de ofuscamiento, que son momentos en los que cualquier decisión estará signada por la duda y la perplejidad. En un quiebre de este tipo en el que seguimos la tendencia de nuestros deseos sin discernimiento ni consideración calma de consecuencias, lógicamente terminaremos por sentirnos mal, por sentir *dolor*, con la oculta o expuesta conciencia de que una piedra está en la planta de nuestro zapato y que en nuestra garganta hay un guijarro que ni tragamos ni lanzamos para fuera. Entonces estamos *sufriendo*.

## Una *axiología* relativa a la lucha contra el dolor y el sufrimiento.

Eliminar este sufrimiento implicará otro sufrimiento: aceptar el error y la “enmienda”, es decir, el enderezamiento de lo que estaba puesto a crecer de manera torcida. El *dolor* es, pues, clave en la corrección de un mal. Esto de la *corrección* es como el “meollo”. Lo dificultoso esta -como ya lo veremos- en todas aquellas situaciones de absoluta injusticia en las que aparentemente el inocente con su dolor corrige maldades ajenas... o no corrige maldades morales, sino que se trata como de gritos sordos, angustiosos, por la vivencia de males naturales (por ejemplo genéticos) y de los que no se tiene culpa ninguna, pero que sí son gritos existenciales reclamando ser “corregidos”... A veces creo que la impotencia que experimentamos buscando soluciones imperiosamente necesarias -si realmente somos movidos desde las entrañas- es de los sufrimientos más sordos que existen porque es como si todos los sentidos que aparentemente alcanzamos sí o sí terminan cayendo en el vacío, en la nada del sinsentido.

En síntesis, el dolor indica “desubicación” y/o “tránsito” hacia la ubicación. Nos corregimos, corregimos, nos dejamos corregir, es decir, enderezar, curar, sanar, hallar sentidos que hagan vencer al dolor moralmente. El “enderezamiento” del hombre (como la guía de la planta) para que lo que está mal ubicado, o todo él si está existencialmente mal ubicado, se coloque en su justo medio produce dolor. Cuando uno mismo hace algo malo, resarcirse (redimirse) produce dolor e implica dignidad.

Aquí llegamos, paradójicamente, a un punto importantísimo en la consideración del sufrimiento que -como decíamos y repetiremos una y otra vez- no podemos considerar independientemente del sufriente, a no ser que nos interese considerarlo filosóficamente como concepto o científicamente con su significación sintomatológica. En la vida nadie puede afirmar no haber tomado decisiones erróneas que lo llevaron a vivir consecuencias tristes, en mayor o menor grado; también, a no ser que hablemos de alguien que vive su vida superficialmente, no creo que alguien pueda decir con certeza que nunca sufrió. Sí hay sufrimientos más intolerables que otros. Pero todos pasamos de algún modo por esta suerte de criba existencial. Quizá algunos lo hayan pasado por alto, es decir, que sucedió y punto, a otra cosa, para seguir adelante. Pero no profundizó. También están los que a la más mínima lastimadura experimentada se hacen todo un mundo.

### Condiciones de aprendizaje.

Vivir una situación de dolor a conciencia nos limpia la mirada; quien tuvo la grandeza de reconocer un error para salir adelante, quien supo ponerse en manos de quien podía ayudarlo realmente, tratarse una dolencia adecuadamente, esto es, vivir el dolor dignamente, podrá captar más a fondo los mensajes del padecimiento del sufriente.

La primera condición es la *aceptación*, tema que abordaremos especialmente en otro punto. Es éste el primer paso para vencerse, es decir, para purificar y limpiar el entendimiento y la voluntad de suposiciones, agregados, condimentos, falsos significados, etc. que el hombre (personal y socialmente considerados) a lo largo de su historia ha ido cargando, movido de la necesidad de hallar explicación. A esto me refería al hablar de la necesidad de poseer la mirada limpia. Con ella posiblemente podamos atisbar un elemento ejemplar manifestado en un sufriente.

Decíamos más arriba que poseemos naturalmente tendencias, pero también poseemos libre albedrío y voluntad; lejos de la intención de hacer “interpretaciones” acerca de las causas (porque no viene al caso) no podemos negar que la tendencia de nuestra voluntad es la de ser *rebelde*; esto tiene lógicamente sus pros y sus contras: no nos sometemos a lo que nos pueda dañar (física, psíquica, moral o socialmente), pero también podemos rechazar aquello que nos exige sacrificio pero de lo cual se siguen beneficios. A esta última rebeldía nos mueve nuestras tendencias hedonistas, el culto al individualismo (tendencia tan “humana” desde todos los tiempos, pero tan puesta de manifiesto en estos tiempos que proceden del post-modernismo y que G. Lipovetszky llama el *hipermodernismo*), y que, en nombre de la “felicidad individual” llevan al hombre a su autodestrucción, devenida de un progresivo como imperceptible sentimiento de “sinsentido”, hasta que éste se hace evidente haciendo explosión tornándose inmanejable y aparentemente incurable (porque lo propio del *sinsentido* es hacer caer al hombre en un círculo vicioso donde, al no encontrar ni aceptar salidas que están fuera de él, se cierra más, y si la salida se encuentra en sí, no siente la fuerza suficiente como para pedir o aceptar la ayuda de quien pueda sacarlo de su atolladero). A esto nos lleva la necesidad de vivir el placer como “huida” de la realidad y evasión del sacrificio significativo que siempre es fecundo.

Teniendo presente esta realidad podamos seguramente contemplar con otra mirada algo que rara vez -si es que nunca- hemos tenido frente a nuestros ojos. Cuando alguien sufre tiene necesariamente que someter su voluntad. Esto supone una lucha con uno mismo, por eso hablábamos de la aceptación como instancia previa al vencerse a sí mismo. Este ejercicio vale tanto para quien contempla el sufrimiento como para quien lo padece; es más, a quien lo contempla puede servirle para ayudar en su ejercicio al paciente mismo y ayudarle a encontrar un significado a su padecimiento. Hay aquí una concentración de dignidad tan maravillosa que no podemos dejar pasar por alto. Volviendo ahora al punto de la *rebeldía*, es lógico que quien contemple se rebele, como que se rebele -con mayor razón aún- quien está pasando por su trance amargo. Produce justamente *dolor* el esfuerzo por doblegar la voluntad personal que se rebela. El dolor es en este punto donde se hace sentir: experimentamos sentimientos encontrados al ir contra nuestros instintos y tendencias naturales, que, de seguirlos sin el discernimiento que es lo propiamente humano, terminaremos sufriendo aún más. La *aceptación* (que tiene que ver con la *re-signación*, es decir, re-significar un acontecimiento) y la *subordinación* de la propia voluntad a una razón, a la realidad, a la vida (o al sentido que se des-vele) significa la capacidad de entregarse uno a sí mismo, algo así como agachar la cabeza pero manteniendo la frente bien en alto. Es la contrapartida de la tendencia humana hedonista: la entrega puede ser una mera “renuncia”, es decir, agachar la cabeza pero aceptando la realidad bajando los brazos, como cayendo en una actitud pesimista, o puede ser una entrega “amorosa”, de esas propias de la gente que deja traslucir sabiduría a través de sus ojos, es decir, la entrega de ese tipo de personas que nos causan admiración y que le hacen sentir a uno “lo relativo que resulta en realidad todo aquello que uno considera absoluto e imprescindible”. Hay mucho de *belleza* en esto que se puede llegar a contemplar, pero para lo cual se torna necesario doblegar nuestro juicio que pretende saberlo todo.

Se trata de observar como reverentes un evento de entrega personal cargada de *ternura*, de sencillez, de pureza original, de un sentido solidario que solo comprende quien así lo vive, y de capacidad de salir de sí. Es contemplar el núcleo abisal en el que radica la *sabiduría* en su esencia más pura. Es que nos cueste poder entender que un sufriente es también víctima de las injusticias y los males ajenos; al analizar el tema del “mal”, tan íntimamente relacionado al del dolor y el sufrimiento, quizá lo comprendamos un poco mejor; pero es como si los males morales de la humanidad se “objetivaran” en alguien que pasa a ser como un chivo emisario. Estos ejemplos abundan, porque esta-

mos hablando de toda una gama de sufrimientos que va desde el más leve (aunque significativo) de los sometimientos de la voluntad propia hasta el más cruel e injusto de los martirios.

Antes de seguir adelante, es necesario evitar dejarnos apabullar por estas realidades, porque no son las únicas existentes; es más: no es “la” realidad; son elementos que participan como parte de ella. Si no se aclara esto daría la sensación de cargar con un serio peso de “pálidas”, y se haría inevitable el agobio de la incertidumbre y el pesimismo.

### **Metáforas de la carne y lenguaje simbólico.**

Tenemos ahora, llegados a este punto de consideración, que intentar separar la *contemplación* respecto de lo *contemplado*, quien observa y considera el sufrimiento respecto de aquel que sufre. Hemos visto puntos en común, de encuentro, como si el dolor y el sufrimiento fueran realidades tan abarcativas que se hacen presente en toda la realidad, la de cada individuo y su ámbito de vida... como si se tratase de una verdad atmosférica, envolvente, que nos hace experimentar nuestro sentido de precariedad y provisionalidad en el mundo. Se puede considerar el dolor en uno mismo; se lo puede también considerar en otro. La experiencia nos hace ver la realidad como “es” y nos invita a vivirla sin tapujos ni disfraces. Pero no debemos olvidar que, en primer lugar, nuestro estudio apunta más que nada a que el sufriente encuentre a su dolor un sentido, y luego a que le encontremos el lugar que ocupa el dolor en la sociedad, en la historia, en el mundo, lo mismo que el bien y el mal. Y, como decíamos, el ejercicio comienza en el interior de cada uno, acorde al carácter de intransferibilidad sagrada del dolor de cada uno.

Una persona que sufre vive una gran pena, que, evidentemente, se intensifica con la conciencia de vivir en pena. Puede dejarse aplastar, desmoronarse con ella, o puede seguir adelante con su mochila interior, con su nudo en la garganta del corazón. Es aquí donde más advertimos que el sufrimiento es una especie de subjetividad doliente donde lo único que es posible es procurar hallarle sentido a lo que en apariencia no lo tiene.



Y, así como a manera de contraste podíamos percibir cierta admiración y belleza en la vivencia dolorosa, así como la bondad en enseñarnos (señalarnos) que algo no está derecho o en su sitio, el conocimiento interno de su realidad posee otro rasgo de positividad: nos hace tener los pies en tierra, nos ayuda a salirnos de nosotros mismos para que la realidad se encargue de destruir nuestros subjetivismos enfermos diseñados por el individualismo que nos caracteriza. Como recién advertíamos, es muy distinto vivir la pena cargada y aceptada como una mochila (es decir, no con la aceptación que re-significa la vivencia, sino con la que significa “renuncia” en el peor de los sentidos, la que nos invita a bajar los brazos y simplemente soportar) a vivirla con un *sentido*.

Poder apelar a todo este lenguaje simbólico a través del cual nos hablan los cuerpos sufrientes posee la capacidad de decirnos mucho hablándonos en voz baja pero con profundidad; nos cuenta sobre la realidad, dificultosa para nuestro entendimiento, acerca de la condición humana y los determinismos de la carne. Nos manifiesta un *hogar* sagrado donde encontrar de modo testimonial la presencia sanadora del *abandono* (¡no en cuanto dejadez, sino “entrega confiada”!), el *triunfo* sobre el sufrimiento a través de la paz y la serenidad del alma que transparentan los ojos de este ser misterioso que se ha hecho sabio. Esa carne que sufre es paciente en sus dos acepciones: en la de quien debe ser atendido, y en la de quien serenamente espera. Esa carne que sufre, padece “liberada”. Es la obra de arte que nos habla del *artista* que plasmó lo imposible, sabiendo (de “sabio”) plasmar en el lienzo de sí mismo lo que aparentemente no existía porque estaba oculto a los ojos comunes, a los de todos nosotros.

Es en este punto donde comienza la otra dimensión: desde los datos enseñados en cuanto “mostrados”, viene la enseñanza que produce el aprendizaje a partir del sufrimiento, haciéndole manifestar en plenitud su sentido.

### **Desentrañar los mensajes de los cuerpos sufrientes.**

Frente a lo que nos supera, como vemos, nuestras respuestas pueden ser muchas y variadas. Sentimos, ciertamente, una desproporción abismal entre la realidad observada y nuestra capacidad de respuesta. La distancia no es la que existe entre quien está atendiendo y quien está padeciendo. Se trata de lo profundamente hundidos

que se encuentran los contenidos (propiedades edificantes, valores, virtudes presuntos) del cuerpo que sufre. ¿Cómo desentrañar sus esencias? Todo esa capacidad se esconde, como veíamos, en *silencio*, en un mudo silencio. Se puede -hasta cierto punto- alcanzar, pero sólo hasta cierto punto, porque -lo repetimos otra vez- el dolor como el sufrimiento son intransferibles. Alcanzar los *hondos sentidos* depende de la actitud de quien se pone al servicio. En su cuasi-plenitud sólo puede alcanzarlo quien está padeciendo. El otro elemento es captar la carne en su dimensión simbólica: ella nos llevará a donde queremos llegar, o, dicho de otra manera, nos pondrá de manifiesto los mensajes edificantes.

Entonces, las distancias se acortan: la de la capacidad de entender y lo entendido, la del sufriente y su dolor, la del médico y el paciente. Nacen nuevas relaciones y medios de comunicación con los significados a tener en cuenta. El culmen está dado al producirse (como ocurre muchas veces) una suerte de simbiosis entre ambos polos relacionales.

Concretamente, en la búsqueda de *sentido* por parte de la persona que carga con su dolencia, al darse este acercamiento se propicia claramente un *autoconocimiento*. Es el momento de ir alcanzando su propia sabiduría. Su propio cuerpo doliente lo remite a sus capacidades, esas que sólo saltan a la luz ante las experiencias límite. Por supuesto, esto conduce a la aceptación, y, en cierto modo, la aceptación promueve esta percepción a través de la propia carne de actitudes y capacidades que estaban latentes. Está descubriendo de su propio cuerpo la *dimensión simbólica*. Llegado a éste punto es cuando la persona vence su propio sufrimiento.

Preguntarse por el *sentido* del sufrimiento significa en el fondo ir al encuentro de los mensajes y manifestaciones que traen luz. Esta acción de “desentrañamiento” de algo que es tan inaccesible configura la demanda proveniente del corazón y entendimiento de la razón última de los “por-qué”. Como hemos señalado, hay “por-qués” tan misteriosos como inaccesibles (no me gusta llegar afirmar que resultan “tan imposibles”, porque bajo es signo del *escándalo* por la existencia del sufrimiento humano se cae en simplismos o actitudes o ideologías soberbias como atropelladoras) pero a los cuales es más posible llegar por medio de otro interrogante, posiblemente más significativo en lo inmediato, que apunta directamente a la búsqueda de sentido existencial para la propia vida, y que llega, asimismo, mediante el lenguaje simbólico de la carne: la razón de los “para-qué”.

A propósito del ejercicio de *desentrañar* significados, es llamativamente más complicada su comprensión para aquellos que resultan ser -supuestamente- menos ignorantes. Como siempre, solo quien posee humildad en el corazón, simpleza y procura alejarse de las complicaciones e los caminos que buscan y emprenden, alcanzan con más rapidez y con mayor profundidad (pues lo hacen con “sentimiento”) que el intelectual jactancioso o altanero que, supone él, tiene todas las respuestas. Precisamente es este tipo de intelectuales y científicos el que experimenta mayor “escándalo” frente a esta realidad ineluctible. *“Solamente tiene ‘sentido’ aquello que tiene explicación; lo que pasa es que quien es ignorante diseña razones, mitos, inventa religiones y filosofías que den razón a lo que no la tiene”*: así piensa este devenido y todopoderoso intelectual. El “escándalo” no es más que una barrera autoimpuesta por el hombre, la excusa conciente o inconciente para no llegar a desentrañar lo que puede una pregunta bien hecha acerca de esto que estorba. Y no es ni científico ni intelectual quien no se anima a preguntar haciéndole frente a la verdad.

En el encuentro paradójico entre el hombre que vive con sencillez (que no es lo mismo que un “bobo” que no se pregunta por algún sentido) y la verdad del dolor y el sufrimiento se puede vislumbrar la luz, como ya lo expresamos, en torno a las esperanza que pueden percibirse en medio de aquellas situaciones que llegan a su límite extremo, esos puntos de crisis, ese estar sumergido en *la más negra sombra de la noche oscura*. Ya lo vimos; no nos lo puede explicar ni responder adecuadamente nadie por el carácter de intransferibilidad de los padecimientos; sólo metafóricamente los puede atisbar quien no lo ha vivido. La respuesta debe ser “vívida”, ya sea por el atribulado, y, de alguna forma, por quien se preocupa y ocupa de él, aunque la experiencia será totalmente diversa y vívida desde su propio “yo”, con otra significatividad.

El hombre, desde la peculiar posición en la que se encuentre ante la realidad del dolor, debe estar dispuesto a enfrentar situaciones de este tipo para descubrir personalmente la respuesta, es decir, la razón última. Ese dolor, más aún, la angustia que implica encontrar la razón, la tiene que vivir cada uno, y no la puede explicar, como ya lo hemos dicho, nadie más. Sólo, tal vez, podrá intuirlo alguien a través de la mirada de quien ya lo haya vivido y es capaz de transmitir cosas profundas.

Para desentrañar los significados es ineludible valorar el espíritu con el cual se para ante el dolor. Partamos de la base de que nadie, absolutamente, es quién para dar la “respuesta” a quien está padeciendo. Generalmente se desespera en hallar y dar

respuestas quien vive su propia situación “culposamente”. Hay quienes hasta padecen, en tal sentimiento de culpa, un complejo mesiánico. Es como si dijera ‘te ayudo porque no soporto ver que sufras mientras yo me encuentro bien’; habremos conocido “salvadores” que, por ejemplo, decidieron convertirse (disfrazarse) en pobres no por un servicio específico -aunque así pareciera- sino para que su conciencia les permitiera dormir tranquilos (con el correr del tiempo, seguramente, terminarían con una computadora en su ranchito para contar su experiencia de pobre), o lo que es peor, que han utilizado el disfraz de pobreza por poder y ambición; de esto último tenemos sobrados ejemplos. Pero volviendo al complejo de mesías, tanto en el mundo de lo social, como en el de la ciencia, y más propiamente la medicina como ámbito concreto de contacto cotidiano y constante con el sufrimiento, cuántos han abrazado este tipo de vocaciones observando al que sobrelleva un penar con una mirada que dice *no soporto ver sufrir a la gente*. ¿No será, más bien, que no se soporta el dolor ajeno como si se tratase de una lacra irritante para el entendimiento?. Detrás de muchos devenidos “buenos samaritanos” existe este espíritu que los deja tranquilos el haber ayudado, como una manera de que el sentido del sufrimiento no golpee las puertas de la conciencia sacándola de su descanso.

Anteriormente hablamos de la diferencia que hay entre la lástima y la compasión. Sentir “lástima” habla más de la soberbia de quien pregunta por un dolor no aceptado que del interés genuino por lo ajeno. El sentimiento de lástima es una caricatura del de la compasión, una burla; es un rostro hipócrita y superficial, propio de alguien que pasa por el camino de la vida y observa o intuye el sufrimiento, pero sin detenerse para ser interpelado por él y reflexionar desde el compromiso de todos los sentimientos involucrados.

Haber desentrañado los significados existenciales y actitudinales escondidos en el dolor implica acompañar en *silencio*, sin alardear, respetando el santuario que es el dolor del otro o el propio dolor (del que posiblemente querramos huir o disfrazar, o cambiarlo por otro mediante el recurso a la propia inventiva y automedicación).

No se puede decir que sean “buenos” o “dignos” la pobreza, la enfermedad, el sufrimiento, el desamparo. Son buenos o dignos quienes los asumen y afrontan con dignidad y sabiduría. En tal sentido sí nos sería lícito decir: ‘el dolor, la enfermedad, la pobreza, son caminos de dignidad, de bondad, de sabiduría, para aquellos que así lo entienden y reciben. Estos, en éste gesto, ya son sabios, y al final terminan encarnando

a la sabiduría misma. Sobre esta dimensión más pedagógica del sufrimiento nos detendremos luego.

En realidad, desde su propio juicio, el hombre es incapaz de abarcar la existencia ajena y su sentido en totalidad, por una parte, debido al límite de la propia capacidad subjetiva y que, por tanto, llegar a la objetividad perfecta es imposible; en segundo lugar, por la dimensión de intrensferibilidad de la vivencia de quien padece la pena. ¿Qué puedo saber yo si el que padece, con su sufrimiento silencioso, no es feliz percataándose de la realización en sí mismo de “sentidos” que yo no alcanzo a comprender, potencialidades que se desarrollan haciéndolo acercar a la verdadera sabiduría de la vida? Por eso, cada uno, “en sí”, puede elaborar, trabajar y resolver el particular mensaje y la enseñanza que el dolor le trae. Nadie más puede meterse en él.

Y aquí podemos llegar al meollo de la capacidad de captar (sólo en la medida de lo posible), percibir, y sacar significados del corazón de la pena ajena: es la “compasión” el único camino, como ya lo hemos advertido. Y, por otro lado, es el antídoto - además de la contracara- del “escándalo”. La mirada “contempla” el sufrimiento como doloroso misterio; se pregunta ‘por-qué’, pero desde la aceptación humilde, desde un “no comprendo” que no abandona el reconocimiento de que existe una explicación a pesar del propio límite que hace inaccesible el entendimiento. En el fondo, es esta facultad el ejercicio virtuoso de la *esperanza* y la certeza o confianza de que existe allí, que no se deja ver como adrede, algo bueno que ignoro como se manifestará, pero que se manifestará.

Lógicamente, en quien sufre, su propia conciencia con su capacidad personalísima de introspección es capaz de llegar no solo de manera adecuada a los significados y al sentido que su dolor puede tener para la propia vida, sino además sumergirse hasta lo más profundo de los abismos que guardan su dolor. El dolor se siente; padecerlo es sufrir. Los abismos no se tienen presente, aparecen como ausentes; pero si la capacidad de sufrir uno siente que puede aumentar (como de hecho aumenta) es porque dichos abismos están entrañados en el sufrimiento. Es únicamente el que sobrelleva y digiere su pesar.

Esta suerte de “descenso” es también posible en el observador, pero de modo absolutamente diferente. El corazón que se compadece desciende al sufrimiento, a ese espacio oscuro incomprensible, que también implica un descenso al conocimiento de

sí, al grito interior impotente. Quien se compadece y asume las consecuencias de la compasión sufre, no 'frente' al dolor ajeno, sino 'con' el dolor ajeno, por todo lo que implica, lo que lo ocasiona y lo que en él incide.

## ***REFLEXIÓN QUINTA***

“EL SUFRIMIENTO Y *EL MAL*”

## Reflexión quinta

### “El sufrimiento y *el mal*”

#### **No necesariamente es malo el dolor.**

No resulta ciertamente sencillo relacionar directamente el mal físico con el mal moral. Hemos visto de qué manera también el dolor -un mal físico- es bueno en el sentido de que nos está indicando que algo no anda bien; aún en dosis razonables -nos decía Rosa Montero-, el sufrimiento espiritual o moral también nos reditúa beneficio, no sólo para no anquilosarnos sino, sobre todo, para evolucionar. Ahora bien: existe un dolor pasajero y un dolor permanente, crónico. En el primer caso, generalmente, el dolor es un síntoma, mientras que en el segundo ya se ha tornado, en un sentido amplio y abarcativo, en una enfermedad, porque, además del dolor mismo, moviliza resortes de todo tipo, desde lo personal hasta en todo aquello que implique la relación con el medio; diríamos más bien que se trata de una sintomatología persistente convertida en una enfermedad a tratar de forma paralela a aquello que la provoca. En este último caso es evidentemente un mal, ya sea para el organismo (en su unidad psicósomática), ya sea para el espíritu. Recordemos que el hombre es una totalidad y que no podemos parcelarlo.

Si corriendo tropecé y me quebré, es evidente que sentiré dolor. El mal no es el dolor, es la quebradura; luego experimento el dolor, que vivo como malo, pero en realidad me está indicando un verdadero mal. Por algún problema más complejo y de fondo, como podría ser una osteoporosis, de por sí dolorosa y donde la cura será más complicada, el dolor se prolongará; el síntoma es lo que molesta y se convertirá en un acompañante indeseado. Es este caso alguien debe acompañarnos, no sólo para hallar el modo de tolerar el dolor, sino de elaborarlo para ser sobrellevado significativamente. Mien-



tras cura el hueso, tengo que curar las lastimaduras psíquicas, morales, espirituales que deja el dolor cuando es agudo y persistente, continuo. Aquí el dolor tiene que ser tratado como cualquier enfermedad. Se ha convertido en un mal. A este respecto, actualmente la medicina distingue entre *dolor agudo* y *dolor crónico*, donde el primero es el síntoma mientras que el segundo debe ser tratado como verdadera entidad nosológica. Así lo afirma el Dr. Demetrio Barcia Salorio:

*El dolor crónico es el que trae graves problemas a quien lo padece y dificulta en su tarea de vivir. En 1986, la “Asociación Internacional para el estudio del Dolor” insistió en señalar que, cualquiera que fuera la forma del dolor crónico (recurrente, persistente o progresivo), junto al intenso sufrimiento que él produce se aprecia un daño dramático en la vida familiar y en la ocupación del ocio. El enfermo, atacado constantemente por el dolor y los repetidos fracasos de la terapéutica, experimenta casi siempre algún tipo de desesperación y desesperanza, y no es infrecuente observar en él síntomas depresivos, ánimo triste, pérdida del interés por las cosas, agitación, insomnio, sentimientos de culpa e ideas de suicidio. Este dolor crónico, tan próximo a la depresión, es el que lleva al sufrimiento y han analizado los filósofos y al que se refieren las posiciones culturales<sup>13</sup>.*

Resulta prácticamente imposible deducir de un mal moral un mal físico, como si el mal físico fuese consecuencia directa de una mala elección. De hecho, en el caso mencionado es una cuestión de “mala pata”. Lo mismo que afirmar que el dolor es una consecuencia directa de una elección mal hecha en el uso del libre albedrío, puesto que el dolor advierte que en el organismo algo no está bien (como en un organismo social el padecimiento de una injusticia por parte de alguien o de muchos indica cosas que no están bien hechas). Sería tan ingenuo como fantasioso imaginar un paraíso tal como nos lo presentan y pintan algunas sectas religiosas para atraernos, o como determinados fundamentalismos religiosos nos lo enseñan al proyectar idealismos en la concepción del mundo para el hombre en sus orígenes.

Ahora bien: dolor experimenta el mundo animal (no quiero entrar en el tema acerca de si las plantas experimentan emociones). La cosa cambia al hablarse de sufri-

---

<sup>13</sup> Barcia Salorio, D., *Sobre el dolor y el sufrimiento humano. Actitudes y límites éticos de su tratamiento*, “Conferencia de clausura del III Congreso de Psiquiatría, Interpsiquis”, Murcia 2002. El Dr. Barcia Salorio es Catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Murcia, España.

miento, donde en rigor se da únicamente en el ser humano e interviene directamente la conciencia, que ocupa en su elaboración un sitio único. Sabemos que hay animales más inteligentes que otros, y que “sufren” más que otros. ¿Quién no ha tenido la experiencia de una mascota querida que somatiza, por ejemplo, la ausencia prolongada de sus amos?. La conciencia como dato específico del hombre juega un rol protagónico. Según transita su sufrimiento, el hombre elabora su propio dolor. Si su corazón está limpio, evidentemente lo elaborará de una manera positiva; si está sucio o culposo lo hará de manera negativa, porque la vida misma se le presenta diversa a causa de que según su corazón y sus intenciones mira la vida. Aquí, pues, hallamos una primera aproximación en la relación “mal físico-mal moral”. Ya iremos dilucidando el mal moral como un acto antes que un estado, un acto malo que provoca un estado malo; es decir, un “tiro” errado... no haber dado en el blanco por una decisión que tuerce en definitiva el camino que hace a un hombre realizarse significativamente. Pero afirmamos que puede convertirse en un estado, y, como tal, predispondrá negativamente a quienes estén de alguna forma involucrados con él.

Otra aproximación. El mal moral indica e implica un desorden, del mismo modo como lo hace el mal físico. Mal aquí lo entendemos como carencia, tergiversación de sentido, ausencia de un bien debido, etc. Un mal de un tipo puede llevar al otro: el mal físico puede afectarnos en la relación con el mundo, con los demás hombres, con nosotros mismos, si no lo abordamos convenientemente. Nos puede amargar, resentir, llevar a insultar, maldecir, renegar. El mal moral implica un desorden en el que la conciencia se desacomoda. Sabemos que conciencia moral y psicológica están intrínsecamente ligadas. Es más, para muchos autores se trata de una misma realidad pero bajo distintas funciones o distintas perspectivas de consideración. Pero no es ahora el caso para profundizar en esto. Sí es el caso considerar que la conciencia desacomodada repercute en la psiquis y es muy probable que termine en una afección física por efecto psicosomático.

Ya advertimos, por otro lado, una unidad *basar-nefesh* en el pensamiento hebreo, el cual se diferencia del dualismo griego claramente, donde el alma y el cuerpo son dos entidades diferentes, aún bajo la perspectiva aristotélica de las dos sustancias incompletas que unidas conforman al hombre como sustancia completa. Pero además, el pensamiento hebreo supera al griego con la aparición de *ruah*, es decir, el espíritu que le otorga al hombre un sentido trascendental. Probablemente si quisiéramos captarlo

según una visión más bien de tipo griega según los comienzos de nuestra era cristiana, sería similar a la diferencia entre dos conceptos diversos de “vida”: el *bios* y el *zoé*, es decir, la vida en sentido meramente biológico -es a lo que tiende una visión puramente biologista- y la vida que caracteriza al hombre y distingue al hombre de cualquier otro ser vivo, y que trasciende lo meramente racional: lo espiritual, la capacidad de buscar y hallar el sentido de la propia existencia, la razón de ser, el sustrato ontológico peculiar y diverso al de cualquier otro ser viviente; la capacidad de realizarse y realizar, de autotranscenderse en el mundo y en los demás, etc. El tiempo ha ido identificando alma con espíritu, porque la *psijé* -traducción- griega del hebreo *nefesh*, dejó de definir al principio vital para reducirlo al ámbito de la psiquis tal como la entendemos hoy. Y, por otro lado, *ruah* es una entidad superior a *nefesh*, y viene a implicar la participación en la vida de Dios.

### **Relación entre el *sufrimiento* y el “mal moral”.**

Un desorden a nivel espiritual porque -un mal moral aguijonea no sólo a la conciencia sino al espíritu contra el que arremete- afecta asimismo a la unidad psomapsijé, por lo cual resulta comprensible que una elección moral mal realizada comience desviando el destino de la persona<sup>14</sup>, y de allí se extienda por influjo o afectación relacional hacia los demás.

Simultánea y posteriormente asistimos a todos los mecanismos de ocultamiento del mal cometido: racionalizaciones, autojustificaciones, todo lo que sirva para tapar, conciente o inconscientemente, el error. El único consiste en la sinceridad, porque pone al descubierto el mal y la mentira. Sin embargo, una vez instalado, a medida el tiempo transcurre sin la aplicación de una sanación, se enquistaba aún más y se adueña de la persona primero y de las situaciones luego, a través del enrarecimiento y distorsión en las relaciones. Y se instala más cuando hace metástasis e invade circunstancias humanas, instituciones, familias, sociedades, culturas, procesos históricos, etc. Es como si el

---

<sup>14</sup> Libertad supone responsabilidad, y notábamos que cuanto más cultivada se encuentra la conciencia, cuanto mayor es la conciencia de las derivaciones de las elecciones, mayor es asimismo la capacidad de ver y saber, y, por lo tanto, menos esclavo de la ignorancia. Así, las determinaciones son en realidad más libres y hacen más responsable es el sujeto (cosa más dura de aceptar). Lo paradójico es que uno para sentirse realmente libre no tenga que sentir compromiso alguno y deba ser “esclavo” de la ignorancia; el conocimiento termina siendo molesto.

mal que comenzó con un acto del libre albedrío en realidad hubiese existido siempre y, aprovechándose de la libertad humana, como un virus hubiera hecho su ingreso en el cuerpo de la humanidad. El mal se alojó como una existencia en sí misma, utilizando a las personas, pero como poseyendo vida independiente. Y todo lo avería. Porque los sistemas diseñados por el ser humano para justificar sus malas conductas afectan a ellos mismos y a terceros del modo dicho. Así vemos cómo el mal físico también puede tener origen en el libre albedrío mal utilizado. El mal moral originado por una persona se convierte en un mal originante de efectos dolorosos; siempre ocurre así, por más que existan males muy evidentes del mismo modo que otros pasen absolutamente desapercibidos.

Numerosas religiones y filosofías de vida encuentran en el mal moral la razón o respuesta al sufrimiento. Ya hemos considerado que el dolor es también un bien; es difícil, pues, absolutizar esta afirmación, porque significa caer en el simplismo de hallar una respuesta a mano que nos resuelva inquietudes que desvelan al hombre desde siempre y que configuran una madeja de realidades difícil de descifrar. Urge ubicar el problema en su real contexto y delimitarla<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Considero interesante transcribir en este punto una nota del Dr. Scott Peck relativa a las posturas acerca de la naturaleza del *mal*, para que nuestra reflexión sea más completa: *Hay tres grandes modelos teológicos del mal diferentes, que podríamos llamar modelos “vivos”. Uno es el no-dualismo del hinduismo y el budismo, en que el mal se ve simplemente como la otra cara de la moneda. Para que haya vida debe haber muerte; para que haya crecimiento, decadencia; para que haya creación, destrucción. En consecuencia, el no-dualismo considera que la distinción entre el bien y el mal es una ilusión. Esta actitud ha penetrado en sectas supuestamente cristianas tales como Christian Science y el Course of Miracles recientemente difundido., pero es considerada una herejía por teólogos cristianos. Un segundo modelo sostendría que el mal es distinto del bien pero que, de todos modos, es una creación de Dios. Para dotarnos de una voluntad libre (esencial para crearnos a Su imagen y semejanza) Dios debe permitirnos la opción de elegir equivocadamente y, de esa manera, al menos “permitir” el mal. Este modelo, que denomino “dualismo integrado”, fue apoyado por Martín Buber, quien se refirió al mal como “la levadura de la masa, el fermento puesto por Dios en el alma, sin el cual la masa humana no leva”. (Good and Evil, Charles Scribner’s Sons, New York, 1953, pg.94). Al gran modelo final, el del cristianismo tradicional, lo llamo “dualismo diabólico”. Aquí el mal se considera no como la creación de Dios sino como un espantoso cáncer que escapa a su control... (Scott Peck, M., *El mal y la mentira*, Emecé ed., Buenos Aires 1988, pg.47. Traducción de Alicia Steimberg). Cabe hacer una aclaración de carácter teológico, si bien muchas precisiones podrían además hacerse en torno a este tema, pero que no vienen ahora al caso: a Dios no se le escapa del control el mal, como un cáncer que todo lo va tomando. Para alcanzar a comprender en su justo sitio, con sus límites y alcances, la problemática del mal es imprescindible tener presente la realidad de la libertad intrínseca a la naturaleza humana. Es un punto que abordaremos precisamente en esta reflexión.*

A lo largo de nuestra existencia vamos superando múltiples crisis. Las crisis siempre son dolorosas si las vivimos como deben ser vividas, a saber, sin huidas de ninguna especie, sin empequeñecerlas como tampoco agrandarlas en esa suerte de victimismo necio. Algo que ya hemos mencionado y que resulta necesario sostener una y otra vez, como afirmación central del presente trabajo, es que en travesía existencial significativa, un ser que padece se ubica en un sitial privilegiado, contra todo lo que se piense. Al reflexionar acerca de la *situación de despojo* ahondaremos más en este asunto.

### **Padecimiento como experiencia crítica.**

Ya reflexionamos acerca del “mundo interior” de cada persona, la cual resulta inaccesible para cualquier otra persona, por mejor buena intención con la que se acerque pretendiendo curar, aliviar o consolar. Existe una porción de cada ser humano absolutamente personal, referida a su exclusiva intimidad; absolutamente nadie tiene acceso a ese núcleo, abisal e íntimo y que es el sustrato de una elaboración de las problemáticas que a cada cual le salen al cruce y a las que debiera hallarle la peculiar significatividad para la propia existencia. Muchos seres, con la mejor buena voluntad y deseos de ayudar, podrán opinar, proponer o ensayar recetas, cambios, etc, sin siquiera atisbar las múltiples e infinitas aristas que conforman todo ese entramado del mundo interior del ser humano llamado “conciencia”. La última palabra es de cada cual, y frente a esta realidad en realidad difícil de aceptar como fascinante chocan todas las pretensiones humanas por hallar sentidos y solución, porque cada individuo es irrepetible y único. ¿Qué puedo saber del dolor de una viuda en un velorio, donde las palabras sobran y la mejor compañía es el silencio? Por mejor psicólogo que sea, o médico o pastor, ¿hasta qué punto puedo vislumbrar lo que un padecimiento está significando para ese sujeto en ese momento, cómo lo elabora y qué significa en el concierto de su propia existencia? Evidentemente la peculiaridad de cada dolor -que entraña el *padecimiento* con alcances, algunos probablemente conocibles, mientras que otros no- trasciende absolutamente la estructura psicofisiológica individual. Cada persona, como depositaria de una significatividad específica, es única para desvelar el misterio que es su propia vida. ¡Y cuántas veces habremos visto sufrimientos ingentes contemplando asombrados que implicaban una sanación, en otro aspecto distinto al esperado, como

un “mal” del que se sigue una bien! ¿No será más bien que lo que se pone de manifiesto no es otra cosa que nuestra necesidad para mirar la vida y la limitación e incapacidad para descubrir lo que cada cosa significa en su lugar preciso, opuesto a lo que deseáramos que en realidad fuera? Y, sin embargo, a menudo es ese el motor que nos empuja a buscarle respuestas convincentes al problema del dolor y del sufrimiento humanos: la *necesidad*.

Esta afirmación no resulta menor dentro del camino que planteamos en la búsqueda de un sentido para el sufrimiento y el dolor humanos; la conciencia del individuo afectado es la única que puede encontrar las respuestas adecuadas, y esto ocurre si es él mismo el que quiere lograrlo. Sabemos que la vida misma le plantea la inquietud -por tratarse de esos cuestionamientos que aparecen de manera imperiosa-, y sabe que de no responderse a este interrogante existencial la vida continuara desabrida e insípida. Pero la respuesta será de él y no de otro. Habrá sin duda quien le podrá aconsejar e intentar una guía. Insisto en esto, porque nadie puede, de hecho, guiar, porque eso significaría indicarle un camino que sólo él puede “des-cubrir”. Si se le podrá decir: “creo que en esto o esto otro te estás engañando”... o “no te mientas”, o “sí, creo que la cosa va por aquí”; o bien confirmarle en alguna determinación de la que se sigue un sentimiento interno de paz y bienestar que barre con cualquier confusión. Todo esto se llama *discernimiento*.

Cabe aquí también hacer mención respecto a que esta “intimidad más íntima” de cada persona es el ámbito único desde donde puede brotar la genuina esperanza. Se espera algo, que algo que nos hará sentir realizados llegará en el momento oportuno, justo. Pero hay que destacar que la esperanza verdadera habla de algo que exactamente no se sabe de qué forma llegará, ni cuándo, ni cómo será su rostro; simplemente sabemos que vendrá. Si supiésemos en qué consistirá, o cómo y de qué manera se realizará, tendríamos una “seguridad”, de suyo, por tanto, no sería propiamente “esperanza”, pues uno espera sobre todo en momentos de oscuridad; la *esperanza* es una suerte de misteriosa certeza abrigada en el fondo del corazón en medio de las incertidumbres, sosteniéndonos y manteniéndonos en pie, velando. No es el sueldo que “espero” al comenzar el mes, o la fecha de mi cumpleaños, que sé con seguridad que llegarán (a no ser que medie otro problema). Aquí esperar significa creer; no es el “espero” escéptico de esas persona que son aves de mal agüero, sino que supone fidelidad durante la expectativa anímica de cada uno, que le mueve a sentir y decir “esto va a mejorar”, o “las

cosas saldrán bien”, o bien, “ya comprenderé porque las cosas se dieron así y descubriré lo que significan para mi vida”. Ya de por sí desde el preciso momento en que se abriga este sentimiento, es decir, que se comienza a sentir “esperanza”, de algún modo el cumplimiento de lo esperado -y que, como decíamos, no tiene un rostro específico- se adelanta, es decir que se encuentra ya con uno y sirve como de bálsamo para el espíritu. Y el tiempo del cumplimiento suele coincidir con una coyuntura esencial dentro de los significados para la vida del hombre: en el momento de hallar una respuesta para algún doloroso interrogante suelen confluír otro tipos de respuestas y significados existenciales que hacen no sólo al comportamiento humano, sino, además, a los quehaceres diarios; pareciera como que absolutamente todo tiene sentido, o que todo se mostrara con un sentido nuevo que ensambla todas las piezas sólida y coherentemente.

Era necesario profundizar en este excursio ya que lo que iremos planteando ahora habla de problemáticas humanas que tocan directamente a la conciencia de cada uno; conciencias que son únicas e irrepetibles.

Si decimos que el mal moral implica directa o indirectamente un trastorno o desorden, el padecimiento de una injusticia o de un sufrimiento, al momento de situacionarnos ante el dolor estaríamos entre medio de ambas instancias: por decirlo de algún modo, entre el golpe y la golpeadura (o moretón). Paramos ante las infinidades de situaciones dolorosas e injustas que la humanidad padece, como también ante las nuestras, significa la posibilidad de experimentar tanto el sufrimiento como la mano más o menos oculta que lo provoca.

Llevemos ahora este razonamiento al momento más íntimo y profundo de un padecimiento personal: quizá no solamente nos halleemos ante la posibilidad de aprender a sobrellevar con dignidad el sufrimiento, e inclusive hallarle un sentido y descubramos cierto cambio ontológico en nuestra interioridad, sino que, además, se nos abran los ojos en relación a lo que es la fuente del dolor, y que nadie nos la puede explicar o definir, y que podríamos percibir como “mal” en uno mismo y el “mal” en sí mismo, aún en aquellos casos que el dolor fuese un síntoma natural como consecuencia de otro desorden. Muy probablemente nada tenga en relación a un hecho moral, pero la experiencia nos remite a la existencia del mal y el daño que causa, no sólo en el mundo, sino a uno mismo y en él a la humanidad entera; es como percibir la realidad del mal y del dolor en el mundo a través de la vivencia en la carne propia. En cada uno se da entonces la posibilidad de resignificar el sufrimiento y convertir la experiencia negativa en algo

positivo y, aunque parezca descabellado, de alguna manera "sanar" a la humanidad y el mundo.

### **El "punto crítico" que redime.**

Sin duda se trata éste de un momento único, una "oportunidad" única. La cuestión del mal operante en el mundo y del sufrimiento injusto no es algo comprensible desde lo intelectual; se lo percibe con todo el ser, como si éste se tratara de una antena parabólica capaz de captar las razones, las causas y efectos, la realidad misma, involucrando todos los sentidos externos e internos de la persona. El ser puesto es esta situación no puede explicar lo que siente porque su espíritu se encuentra amordazado; su voluntad y entendimiento en plenitud se descubren envueltos en un remolino formado de sentidos existenciales, para que la persona termine absorbida por el corazón mismo del mundo, dentro del cual -y en primera instancia- se encuentra su propio mundo interior, donde se cruzan los poderes ocultos del bien y del mal, de la belleza y el espanto, de la felicidad y la tristeza amarga, de la esperanza y el sinsentido absoluto. Todo esto es inenarrable; pero quien lo asimiló dejándose asimilar por este movimiento centrífugo ha logrado penetrar en el corazón de los sentidos. Será por eso que existe gente que transitó la odisea, que supo hacer su descenso a los infiernos logrando seguir adelante para no estancarse en ellos, y que hoy podemos ver llenos de una serena felicidad y sabiduría.

A pesar de todo esto y de lo personalísima que es la elaboración de cada sufrimiento, superando toda necesidad y soberbia, el sufrimiento ajeno nos llama intentar acercar nuestro oído para escuchar al dolor. Llegamos a un punto que no es sencillo de describir, porque si bien es cierto que existe ese momento de elaboración en absoluta soledad y silencio, no es menos cierto que el que padece necesita ayuda, y está en uno, guardando el debido respeto, descubrir en qué forma debe hacerlo; quizá sea acompañándolo en silencio. Porque quien sufre, aún puesto en sí, es decir, vuelto plenamente hacia su propia interioridad, encuentra con quién y en quién abrirse en medio de su pasión: su silencio personalísimo es comunicable, y llega a quien se le acerca como de modo reverencial. Éste tal vez deba decir las palabras que encuentre adecuadas; tal vez la palabra sea una simple caricia o palmada; tal vez el silencio mismo que se torna receptáculo del silencio sufrido.



El sufrimiento, ya sea el eventual como uno más definitivo, puede ser comprendido a la luz de la existencia entera de la persona, como si fuese una importante pieza de un rompecabezas. En realidad no es sino al final de la vida cuando uno puede ser capaz de comprender, precisamente a la luz de toda su existencia realizada, las piezas particulares, es decir, lo que significó cada una para el conjunto de la vida. En tal sentido, todo sufrimiento trae a la persona un mensaje. Pero, a la inversa, a través de cada pieza uno puede ir vislumbrando paulatinamente el sentido final de su existencia; tal tránsito de vislumbramiento se convierte en el sustrato ideal para saber discernir a cada instante lo que conviene y lo que no, porque las decisiones tomadas de esta manera se ensamblan con coherencia, y es posible advertir que de pronto se hizo un movimiento errado que cambia el rumbo y lo pierde.

Como todo hecho de la vida, de modo especial el momento crítico tiene un sentido:

*Se trata de un sentido potencial, es decir, un sentido que necesita ser actualizado justamente por la persona en cuestión, que se siente invitada a escuchar la “llamada” que parte de él. Además del sentido concreto, se da obviamente un sentido general. Pero cuanto más general sea el sentido, tanto menos aprensible será. Por algo hablamos también de un sentido “último”. Pero el sentido concreto de una situación concreta se relaciona con ese sentido final como una escena se relaciona con toda la película: vislumbramos su sentido conforme nos aproximamos al happy end, pero a condición de que vayamos reteniendo el sentido de cada escena hasta llegar al final. Debemos, pues, estar atentos, por una parte, y aguardar; por otra, en la sala de cine hasta el final de la proyección, y en la vida, hasta la “hora de nuestra extinción”<sup>16</sup>.*

En la búsqueda del sentido existencial de cada persona se da una *tensión*: desde el sentido último -cada vez aprehendido con mayor claridad si se está en el camino correcto- es posible comprender con mayor nitidez los sentidos particulares y sus ensambles, a la vez que el sentido último se descubre y conquista en cada hecho particular, donde el momento crítico resulta ser el más significativo porque encierra en sí la totalidad de la tensión misma.

---

<sup>16</sup> Frankl, Viktor E., *El hombre doliente*, Herder, Barcelona 1987, pg.71.

La tensión contrastual a la que hacíamos referencia se torna esencial en la búsqueda y descubrimiento del sentido, porque donde dicha búsqueda se reduzca a uno de los polos, la vida personal queda “renga”; y es así como devienen los fundamentalistas de la vida. En efecto, el hombre es *el ser que decide siempre lo que es*, pero no a través de una realización anárquica, atomizada y despersonalizante, sino bajo el hilo argumentativo de una vida significativa. No faltarán detractores de esta verdad, que en el fondo no confían en el ser humano, y, sin darse cuenta, de algún modo hasta lo desprecian. Quien no vive como piensa termina pensando como vive, y la realidad es que ambas se van dando y alimentándose juntos. Ciertamente existen aquellos que van por la vida como “bola sin manija”, a los tumbos, y critican a quienes tratan de llevar un orden tildándolos de “estructurados”. Pero también están los del otro extremo: todo tan planificado y ordenado que ni bien la vida, tan imprevisible, le hace trastabillar, toda su estantería montada sobre el pánico a vivir libres termina por el piso.

Vale destacar, dentro de esta misma línea de pensamiento, que la honda dramaticidad de esta tensión está entrañada dentro de cada elección de vida: toda persona debe realizar su existencia conforme a un designio; su historia está íntimamente ligada a su propia naturaleza y el rumbo que persiga debe ir en consonancia con este designio natural personal, en donde perdido el rumbo se desvirtúa el fin al cual se orienta su ser entero y su comportamiento. Cualquier elección, cualquier determinación y -por ende- cada acción que realice, por pequeña e insignificante que parezca, guarda el mismo drama que se presenta evidentiísimo en la lucha dada cuando la persona sufre. Con mayor o menor conciencia, con o sin conciencia, cada uno de estos actos supone una lucha; el ser humano está a cada instante luchando; su vida misma entera es lucha y drama, porque construirla con significatividad y coherencia es una tarea permanente a la que también permanentemente tratamos de escaparle. Es más; la necesidad de distendernos que sentimos a cada rato, los deseos de bajar los brazos, de elegir nuevos rumbos, hasta de descansar y dejar las cosas “para mañana” lo demuestran. Hasta la prosecución de una felicidad auténtica conlleva esta desgastante realidad.

Sin duda así presentado, o leído de buenas a primeras, puede resultarnos chocante por lo pesimista. Pero esta es la verdad, y cuando el hombre lo asume como tarea natural se vuelve llevadera y le evita caer en lo que sí se convertiría en auténticos

problemas; porque la felicidad fácil, la libertad de hacer “lo que se me viene en gana” - sin discernimiento-, los goces rápidos exentos de sacrificios terminan tarde o temprano siempre en tristeza, desencanto, pesadumbre, angustia, y todas las formas que toma el fracaso, que no es más que una muerte en vida. Asumir la tarea que a “simple” vista parece tediosa y pesada en realidad simplifica la vida y nos hace sentir libres.

Sí; todas éstas son luchas. Pero no son en realidad otra cosa que manifestaciones concretas de una sola lucha que es la vida entera. Descubierta esta verdad que da sentido a nuestra existencia, no sólo experimentamos una honda alegría en nuestro interior; la alegría se trasmite, la risa es genuina y nacida en el alma, comprendemos la diferencia esencial entre alegría fresca y alegría superficial (la que comúnmente llamamos *chacota*).

Todas nuestras determinaciones, como decíamos, se sustentan en una ilación argumentativa vital donde el solo hecho de correrlos apenas nos roba algo de felicidad. ¿Qué guía nuestras opciones? ¿Qué ilumina nuestro discernimiento?

Volvamos a la consideración de la tensión contrastual entre los sentidos particulares y el último sentido, entre cada elección o actitud frente a la vida puesta de manifiesto en momentos determinados, las elecciones más significativas y esenciales, y la última elección en la que comprometemos todo nuestro ser, como ocurre al hombre ante la muerte.

### **Datos fenomenológicos del *mal moral* en la sociedad.**

Desde siempre la investigación del mal y su naturaleza ha incomodado al hombre porque señala aspectos existentes realmente que ponen de manifiesto su lado oscuro. A nadie le gusta reconocer su defecto, muchísimo menos su maldad, lo cual supondría sinceridad, la que, a su vez pide humildad.

*... la naturaleza del mal es molesta, no sólo para los sujetos que se ha decidido investigar<sup>17</sup>, sino para los investigadores mismos. Si hemos de estudiar la naturaleza de la maldad humana, es dudoso que podamos separarnos claramente nosotros de ellos; lo más probable es que nos encontramos estudiando nuestra propia naturaleza. Sin*

---

<sup>17</sup> Es decir, la muestra tomada para ser analizada y posteriormente estudiada.

*duda, esta molestia potencial es una de las razones por las que hasta ahora no hemos logrado desarrollar una psicología del mal<sup>18</sup>.*

Podríamos referirnos a una suerte de sistema espiritual inmunológico que nos habla de una incapacidad de “reconocimiento”, y que se trata de algo más profundo que cualquier dato científico. Desafortunadamente, al hablar del mal moral entramos en un terreno propiamente especulativo, y el mundo reclama hechos concretos, datos, estadísticas, resultados constatable empíricamente que den razón de los comportamientos. En realidad, lo que se tiende en el fondo es, como ya dijimos, a “justificar” por medio de racionalizaciones realidades injustificables; pero lo que hacemos, precisamente en razón de la misma justificación, es no “reconocer” lo que no tiene justificación. Pero, no obstante, la realidad misma que podemos constatar nos indica sobradamente, a través de sus fenómenos emergentes, que el *mal*, esa cosa inasible, existe y causa situaciones injustas, sufrimientos, y toda suerte de “males” (en el sentido de realidades indeseadas):

*¿No vemos por todas partes la inhumanidad del hombre para el hombre, en guerras despiadadas, en asesinatos y violaciones, en la explotación despiadada del débil por el fuerte, y en el hecho de que el espectáculo de las criaturas torturadas y dolientes haya caído con tanta frecuencia e oídos sordos y en corazones duros?<sup>19</sup>*

Sin embargo, sigue siendo cierto que la contundencia de tal evidencia depende en la mayor o menor medida de la fe o del sistema de valores por parte de quien la sostiene. Desgraciadamente, planteadas como están las cosas en el orden científico, cualquier especulación no deja de ser precisamente eso: una “especulación”, es decir, a lo sumo una hipótesis, y, como mucho, será aceptado como materia opinable.

Pero la malicia no siempre se objetiva de manera tan evidente. A mi criterio, lo tremendo y terrorífico no radica en las objetivaciones, que en definitiva son los dolorosos resultados, sino en el proceso de su actuación, porque se trata del caldo de cultivo de las situaciones dolorosas y de las injusticias. Mientras no se erradique la mata del mal, éste seguirá haciendo estragos, al tiempo que procurando curar “males” y causa-

---

<sup>18</sup> Scott Peck, M., op. cit. pg.228.

<sup>19</sup> Fromm, E., *El corazón del hombre*, edición del Fondo de la Cultura Económica Argentina, Buenos Aires 1990, pg. 12. Traducción de Florentino Torner.

dos, si bien es algo necesario absolutamente, la malicia continuará realizando daño invariablemente.

Por otro lado, la malicia actuante es evidentemente “evidente”, y sin embargo, en el comienzo de su accionar permanece bien escondida hasta que comienza a manifestarse, no sólo a través de sus objetivaciones, sino por medio de su accionar mismo tramposo y falaz. También esto de su dimensión oculta puede ser detectado por ojos más perspicaces, porque menudo la malicia se disfraza de bien o de cosa buena, y es ésta la mejor manera de pasar desapercibida. Peor aún es en el caso de las gentes que ante la sociedad se presentan como grandes filántropos, hombres y mujeres de bien, y que en medio de tanta beneficencia logran tapar pasiones ocultas como la soberbia, el orgullo, la envidia, los celos, la necesidad de ostentar su caridad, y todo propósito larvado pero a la larga destructivo. Pero no solamente logran tapar sus intenciones torcidas, sino que además -y lo que es peor- están convencidos de son agentes de bien. Entre este tipo de personas también están los que son de algún modo acusados por su conciencia, pero el aguijón logra ser tapado con formalidades, cultos, normas y leyes bien cumplidas, pertenencias a grupos de bien, etc. Son personas que alguien tildó de *“bien educadas pero de malas costumbres”*. Son gente que engaña y que se “autoengaña”; se trata de una suerte de “fuerzas ocultas” contra las cuales es tan difícil batallar que hasta se torna imposible. Cuando los males son visibles, palpables, pueden ser tratados; en cambio, cuando vienen escondidos o con trampa, la sutileza es tal que es como pelear a oscuras. Pero existe algo que caracteriza este tipo de acción y a las personas que las encarnan: cuando alguien con mirada perspicaz y profunda logra detectarlos y los señala, no existe fuerza más destructiva que la de ellos, porque saben que su verdad (que es la mentira) ha sido puesta en evidencia; entonces, hasta con formas intelectuales, se muestran tal como son y actúan de manera primitiva.

La propiedad a la que hacíamos referencia de mantenerse escondida, y que aún en los casos en los que se muestra visible comienza de forma soterrada, es la semilla que deviene en un “mal” que adquiere dimensiones más grandes, abarcando grupos, instituciones, sociedades, etc., y que analizaremos en las siguientes páginas. Baste por el momento la afirmación de que se puede hablar de un mal moral colectivo, en primera instancia, como un concepto analógico al del mal moral individual, pues de hecho es la persona el único sujeto moral responsable de sus elecciones y acciones. No obstante, cuando el mal actúa y comienza a extenderse como una metástasis, trascendemos el

mero concepto analógico para penetrar en un mal que nace en uno o varios individuos para terminar instalándose en un grupo, como si se tratara de una prolongación. De este modo, un grupo puede actuar como si fuera todo junto una persona, un sujeto. Pero insisto en esto de que sólo e sujeto moral la persona individual, por más que podamos afirmar (a modo de “calificación”) que una situación o determinada institución sea *inmoral*.

Respecto a la malicia colectiva, vuelvo a citar al Dr. Scott Peck:

*Desde hace muchos años pienso que los grupos humanos tienden a comportarse en forma similar a los individuos humanos, excepto en un nivel que es más primitivo e inmaduro que lo que podría esperarse. Por qué es así -por qué el comportamiento de los grupos es notablemente inmaduro<sup>20</sup>-, por qué son, desde un punto de vista psicológico, menos que la suma de sus partes, es una pregunta que no estoy capacitado para responder. Pero de una cosa estoy seguro: hay más de una respuesta. El fenómeno de la inmadurez en el grupo está -para usar un término psiquiátrico- “sobredeterminado”. Esto significa que es el resultado de múltiples causas<sup>21</sup>.*

En la conformación de los males situacionales como institucionales, que hacen de “circunstancia” para un individuo, los medios de expansión del mal son los males llevados a cabo ya sea por comisión como también por omisión. Es posible hablar de “responsabilidad colectiva” únicamente en cuanto suma de responsabilidades individuales. En tal sentido existe siempre una *corresponsabilidad* que implica, de algún modo, una suma de faltas o hechos inmorales provenientes de sujetos concretos y determinados, por más que se escondan detrás de una entidad vaga que les permite permanecer en el anonimato. Es la forma ideal para que un individuo *pase la carga moral a otra parte del grupo* (... de modo que) *no sólo el individuo abandona su conciencia, sino que la conciencia del grupo como un todo puede llegar a fragmentarse y diluirse hasta dejar de existir<sup>22</sup>.*

---

<sup>20</sup> A esta actitud en nuestra tierra la calificamos de “patota”, refiriéndonos a una masificación que refiere falta de personalidad.

<sup>21</sup> Scott Peck, M., op. cit. pg.230. En nota a pie de página refiere que este tema “merece que se le dedique mucha reflexión e investigación. Es un tema específico no sólo para la maldad grupal en general -como si eso fuera poco-, sino crucial para la comprensión de todos los fenómenos del grupo humano, desde las relaciones internacionales hasta la naturaleza de la familia.

<sup>22</sup> Idem, pg. 231.

Asimismo, Peck analiza el problema de la malicia grupal tomando como muestra el caso de los crímenes de MyLai, con sus atrocidades y encubrimientos, llevado a cabo por la Fuerza de Tareas Barker. Precisamente el delito es catalogado como “de encubrimiento”. El motivo principal de dicho encubrimiento fue el *miedo*, sobre todo el miedo a quedar rotulado como “soplón” quien denunciase los hechos de Vietnam, condenándose al ostracismo: *Para un civil norteamericano común el ostracismo puede no parecer algo tan terrible. Si a uno lo echan de un grupo puede entrar en otro. Pero recuerden que un militar no es libre de incorporarse simplemente a otro grupo (...) de manera que está clavado al ejército...*<sup>23</sup>.

El acto de encubrimiento puede ser más o menos consciente, porque, además del miedo existen otros muchos factores condicionantes que, a su vez, pueden hacer que el actor sea más o menos culpable. A menudo se sienten cosas que paralizan al individuo para no terminar de decidirse a obrar según una conciencia recta: confusión, sentimientos de perplejidad, dudas, incertidumbres, la experiencia del “vacío grupal” o colectivo como de cualquier situación que ejerza presión sobre la voluntad y capacidad de determinarse. Se dan esa especie de fuerzas invisibles que resultan imposible de precisar, que están en el aire y que condicionan seriamente a las personas afectadas. A veces uno no sabe en dónde está parado y frente a sus narices pasan hechos o situaciones hasta crueles sin que se pueda apenas pecar, y viene a caer en la cuenta cuando la maldad ha sido ya consumada. Es por ese motivo que quizá muchos cambian de actitud, o de opinión, o se animen a hablar o actuar de modo distinto una vez concluido el hecho. Esa situacionalidad incierta que puede vivir un individuo, intangible e inexpresable, es lo típico de la malicia, lo que mejor puede representar una atmósfera absolutamente invisible, que todos reconocen y, sin embargo, nadie puede señalar con certeza.

La pregunta de fondo es si todos estos hombres que cometieron crímenes o bien los encubrieron se convirtieron en malos o ya eran malos de antemano. De alguna manera está respondido, porque así como generaron una situación asesina y espantosa, o se encontraron de pronto en una situación que en circunstancias normales hubiesen desechado, del mismo modo la vida les presenta la posibilidad de resarcirse, por más que colectiva e históricamente se los siga tachando de “malos”.

---

<sup>23</sup> Idem, pg. 232-233.

Erich Fromm plantea el interrogante fundamental del pensamiento filosófico y teológico de occidente en los términos de *si es el hombre fundamentalmente malo y corrompido, o es fundamentalmente bueno y perfectible*<sup>24</sup>. Antes de presentar su hipótesis, expone las principales posiciones históricas.

Según Fromm, el Antiguo Testamento no toma posición respecto a la corrupción radical del hombre, sosteniendo que el acto de *desobediencia* de los primeros padres es la condición para el conocimiento de sí mismo por parte del hombre, y viene a significar el primer paso del hombre hacia la libertad; afirma, asimismo que dicho acto no es llamado “pecado”, y que, por el contrario, estaba en el designio de Dios, por cuanto sólo siendo expulsado del Paraíso ha sido capaz el hombre de *desarrollar sus potencias humanas y de alcanzar una armonía nueva con el hombre y la naturaleza como individuo plenamente desarrollado, en vez de la armonía anterior en que “todavía no” era un individuo*<sup>25</sup>. Según el concepto mesiánico profético, el hombre no está fundamentalmente corrompido, aunque la capacidad de hacer el bien no prevalece necesariamente. A modo de ejemplo coloca el proceso de endurecimiento del corazón del faraón, el cual, paradójicamente, ante las evidencias presentadas por Dios -las que no sólo implicarían la libertad del Pueblo de Israel, sino la de su propia interioridad- se va paulatinamente cerrando. Es decir, un corazón que no se deja ayudar, curar, por el contrario termina endureciéndose. El Antiguo Testamento es claro al asociar, una y otra vez, al bien con la vida y al mal con la muerte. Será el hombre quien elija entre estas dos fuerzas en pugna dentro de su propio corazón.

Fromm presenta luego a la desobediencia inicial investida de un poder tal que corrompe al hombre fundamentalmente, considerándola de este modo como “pecado”. La gravedad del pecado ha sido tal que corrompió la naturaleza inmediata y la de todos los descendientes, con lo cual, por sí mismo, jamás podrá el hombre librarse de ella, de

---

<sup>24</sup> idem, pg.14.

<sup>25</sup> Ibidem. Esta visión es discutible en cuanto que su permanencia en el Paraíso no niega la *libertad*. Es más, pone de manifiesto una adhesión a Dios brotada de la libertad por cuanto es plenamente consiente de las consecuencias que depararía el acto de *desobediencia*; por tanto, el hombre era responsable de su accionar. En la presente reflexión haremos alusión a la relación directa entre libertad-conciencia-responsabilidad. Existen decisiones que de alguna manera nos “atan” y que han sido tomadas en el ejercicio pleno de la libertad, y el hecho de cambiar de orientación conductual –en virtud de la dimensión cambiante del ser humano en cuanto ser libre y autodeterminante- a partir de una determinación no significa en modo alguno que lo decidido previamente haya estado mal. Pareciera deducirse de la lectura que el hombre puede ser plenamente feliz, por cuanto puede realizar



no mediar la gracia de Cristo obrada en virtud de su encarnación, muerte y resurrección. Pelagio atacó con su doctrina “voluntarista” esta posición en el s.IV, mientras que Lutero ahonda tanto en la radicalidad de la corrupción natural y maldad humanas, que éstas permanecen a pesar de los méritos de Cristo. La tendencia en el Renacimiento y luego la Ilustración sostendrán que la maldad del hombre no es sino el resultado de las circunstancias, por lo que el hombre no tenía en realidad que elegir<sup>26</sup>.

Tomando como punto de partida esta importancia fundamental de la libertad humana, Fromm plantea su proposición, mostrando lo más profundo del corazón del hombre como lugar donde se gestan no solamente los actos, sino además los hábitos y las actitudes:

*... así como se necesitan armas para hacer la guerra, se necesitan las pasiones del odio, de la indignación, de la destrucción y del miedo para hacer que millones de hombres arriesguen la vida y se conviertan en asesinos (...)*

*Escogeré tres fenómenos que, en mi opinión, constituyen la base de la forma más maligna y peligrosa de la orientación humana; son el amor a la muerte, el narcisismo maligno y la fijación simbiótico-incestuosa. Las tres orientaciones, cuando se combinan, forman el “síndrome de decadencia”, el que “mueve al hombre a destruir por el gusto de destrucción”, y a odiar por el gusto de odiar. En oposición al “sin-*

---

con plena libertad su existencia, únicamente después de su rebeldía. Se entiende la finalidad de la afirmación de Fromm: el hombre que realmente actúa movido desde su propio corazón, es decir, de manera significativa, y no atado a leyes, o cerrado en sus propios miedos por “miedo a la libertad” (título de otra obra suya), puede realizar plenamente su felicidad. Sin embargo, es necesario destacar para no caer en ambigüedades, que alguien puede vivir plenamente su felicidad y realizarse a conciencia permaneciendo fiel, libremente y no por imposición, con sentido, a alguien como también a una norma, una ley o a una institución, sin que ello suponga una atadura que lo esclaviza. Es como terminar condenando a alguien que no se ha divorciado porque -supuestamente- de esa forma no es libre y no puede realizar en plenitud su felicidad. Existen “fidelidades” que son, más bien, fruto de la cobardía; pero las hay también, y mucho más de lo que quisiésemos suponer, “fidelidades” auténticas y colmadas de sentido, que hacen crecer y hacen también al hombre sabio. Por otro lado, cabe destacar que aunque directamente no se señale al acto de desobediencia como “pecado”, no basta ni es suficiente el que sea tratado como tal para calificar de esa manera su rebeldía. Por un lado, la acción habla por sí sola, y la enseñanza global (y no reducida a este hecho puntual) es contundente, como es contundente el enojo de Dios. No obstante estas observaciones que considero oportunas (E. Fromm no es, de hecho, un exegeta) es claro el mensaje que nos quiere dar, ubicando al bien y al mal en su capacidad de autodeterminarse. Para Fromm, el hombre no está corrompido radicalmente.

<sup>26</sup> Cfr. idem, pgs. 15-17.

*drome de decadencia" describiré el "síndrome de crecimiento", que consiste en el amor a la vida (en cuanto opuesto al amor a la muerte), el amor al hombre (opuesto al narcisismo) y la independencia (opuesto a la fijación simbiótico-incestuosa). Sólo en una minoría de individuos aparece plenamente desarrollado uno u otro de los dos síndromes. Pero es innegable que cada individuo avanza en la dirección que ha elegido: la de la vida o la de la muerte, la del bien o la del mal<sup>27</sup>.*

El mal existe. Si históricamente han existido innumerables detractores contra esta inequívoca verdad, igual o más fuerte es la realidad de que culturas, religiones y filosofías históricas serias y de peso lo han afirmado, y, por más que pretendamos taparnos los oídos ante esta realidad, allí afuera están las infinitudes de muestras como contundentes evidencias. Sin embargo deberemos sostener que todo comenzó en una libre decisión individual. La propuesta de Fromm tiene el valor de afirmarse sobre la verdad de la libertad y fiel al pensamiento israelita; su filosofía pareciera descansar sobre la indicación de Yahweh a su pueblo antes de entrar en Canaán: "*Mira: Yo pongo hoy ante vosotros bendición y maldición. Bendición si escuchais los mandamientos de Yahweh vuestro Dios que yo os prescribo hoy, maldición si desoís los mandamientos de Yahweh, si os apartais del camino que yo os prescribo hoy, para seguir a otros dioses que no conocéis* (Dtr. 11, 26-28. Cfr. también 30, 15 y ss.: "... *Yo pongo ante ti hoy vida y felicidad, muerte y desgracia...*"). Elegir el bien es vivir; elegir el mal significa morir, tesis que Fromm desarrollará con los conceptos de *necrofilia* (amor a la muerte) y de *biofilia* (amor a la vida)<sup>28</sup>. En el tránsito existencial de cada persona está la posibilidad de llevar a cabo su destino acorde a su capacidad de discernimiento, el cual le permite realizar su felicidad; ahora bien, si su opción es equivocada lo que conseguirá será desencanto, tristeza, desazón, etc; en su sentimiento de desesperanza y sequedad buscará caminos falsos, felicidades mentirosas con las que saldrá a lo mejor del apuro, pero que lo depositarán en un sinsentido creciente, hasta sentirse absolutamente perdido... Eso es la "muerte". Los mandamientos no son una imposición; están significando la posibilidad de que cada cual construya su felicidad y viva el Paraíso. A ello se refería Viktor Frankl al definir al hombre como *el ser que siempre "decide" lo que es*<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> Idem, pgs.18-19.

<sup>28</sup> Cfr. idem, pgs.36 y ss.

<sup>29</sup> Frankl, Viktor E., *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1979, pg.86.

El mal moral posee poder destructivo; degrada a la humanidad, la encerrada en cada persona y la de todo el género humano. Su poder es tan inmenso que resulta casi imposible no afirmar que es inconmensurable. Pero como es algo propio de este mundo que habitamos, y que es contingente y limitado, podemos decir apenas que es algo así como un poder ilimitado en este mundo limitado. En otras palabras, resta un espacio para la esperanza. Terminaremos viendo, hacia el final, las plenas reservas humanas que trascienden dicha contingencia y limitabilidad en ejemplos de hombres únicos y admirables, convocantes desde su propio ser manifestado en acciones y actitudes. Porque así como existe una honda solidaridad en el mal, y que nos desespera haciéndonos sentir impotentes, existe una honda solidaridad en el bien, que generalmente nos resulta más difícil de advertir que la imperceptible solidaridad en el mal. Considero importante tener esto en cuenta a lo largo de esta reflexión, a manera de telón de fondo, para estar bien ubicados ante las posibles inquietudes que se nos vayan planteando.

El mal moral se expresa y asienta en nuestro mundo a través de estructuras sociales inmorales, mecanismos perversos, relaciones corrompidas o tergiversadas en su sentido último, y situaciones injustas como inmorales.

Demás está decir que el ser humano es un ser inmerso en el mundo, el *yo y su circunstancia*, del que nos hablaba Ortega y Gasset. En un ámbito sano resulta menos complicado ser moralmente bueno; la cosa cambia cuando uno está involucrado en un ambiente sucio. Más que hablar de un hombre “situado”, lo cual hace referencia al hecho de estar ubicado o en relación, hay que hablar del hombre como un ser *situacionado*, porque, al hecho de estar situado hay que agregarle el hecho mayor que significa la experiencia vivida internamente, es decir, la situación por la que atraviesa o se le hace pasar. Se trate de la circunstancia que se trate, ésta es generada por el ser humano. Y padecida.

Diferenciamos *estructura social inmoral de mecanismo perverso* por cuanto en el primero media la premeditación en la acción mala, mientras que el segundo es consecuencia de nuestra incapacidad para conducir un problema, por la limitación propia de nuestra condición humana, por algún defecto, etc, pero que, de ningún modo media deliberación en el mal.. Sin embargo, sea del modo que sea, la situación que se crea genera injusticias y sufrimiento.

### El «círculo vicioso» del mal moral.

Es más que posible relacionar el discurso del “mal moral” con las instituciones y normas sociales que deberían de asegurar los derechos fundamentales de la persona, regulando las necesidades básicas de todos y cada uno de los individuos, como también las relaciones interhumanas. El entramado de las relaciones humanas es tan abarcativo, universal y profundo, que cualquier acción buena como mala de una parte de algún modo repercute en el todo, así como el todo ejerce su influjo en la parte.

Por lo dicho, en las estructuras sociales inmorales podemos percibir un *círculo vicioso*. Si las consideramos con detenimiento, podremos contemplar un movimiento circular con tres *momentos*, a saber, *generativo*, *objetivo* y *dispositivo* del mal; estos tres momentos o estadios coinciden con las tres características principales de una estructura corrompida que no es otra cosa que el ser *fruto* de males morales personales de uno o de muchos, como también *nudo* de relaciones interpersonales ya deterioradas por el mal (y que le otorgan consistencia), y *suma* de males personales (*lugar* donde estos se asientan y cristalizan, y no mera resultante ni vaga entidad).

Lo peculiar de operatividad del mal moral como realidad subyacente a la corrupción de una estructura social es el *instalarse*, *crecer*, *justificarse* (tema ya abordado), y *contagiarse*. Esta realidad no sólo subyace, sino que también antecede al circuito vicioso que tratamos. Se da, efectivamente, una correlatividad entre el movimiento constatable empíricamente a partir de los fenómenos negativos de la realidad, y el movimiento metafísico-trascendental propio de la actuación del mal moral. No se trata, por lo tanto, simplemente de dos niveles analógicos de consideración sino, además, de dos aspectos de una misma situación, donde existe una realidad mucho más honda que no se *descubre* a simple vista, y que sin embargo se manifiesta en signos bien concretos.

La circularidad se especifica en la relación persona-sociedad y el mutuo influjo de sus conductas. La estructura es un *entorno* en el que el individuo realiza su existencia; sin embargo, la estructura es creada y existe por los individuos. La persona es siempre primera, y el mal, por generalizado que está, no anula en ningún modo la responsabilidad personal. Un problema está cuando la libertad personal es puesta en un entorno, por decirlo de alguna manera, “podrido”, de manera forzada, o las circunstan-

cias la han ido sumergiendo allí mismo. Por eso se habla a menudo de estructuras sociales o situaciones “que llevan a obrar inmoralmente”, cuando en realidad nunca anulan la libertad, como también de estructuras o situaciones que implican injusticias y dolor.

Las estructuras, al tiempo que provienen de males morales personales, “facilitan” el obrar mal. El mal moral se consume en *mediaciones*; aún el más personal e imperceptible recae en estructuras sociales en virtud de la dimensión relacional a la que hacemos mención, y se da en ellas. Esta *consumación* puede realizarse *directa* o *indirectamente*: directamente, por el estructurarse de las relaciones interpersonales inmediatas (el individuo vive en relación a otros individuos, y dicha relación puede ser virtuosa, viciosa -o inmoral- o indiferente); indirectamente, porque el individuo vive en relación con estructuras sociales (culturales, sociales, políticas, económicas, religiosas, etc.).

Una estructura o situación inmoral no es un dato natural, tampoco es el resultado de una evolución de «algo» anónimo (un sustrato, una vaga entidad, como supondría una visión de orden colectivista), sino que es el resultado de una acción histórica. La *conducta ética* juega un papel importante en la relación persona-sociedad precisamente porque la conducta moralmente buena o mala se plasma en ordenamientos sociales, como pueden ser la legislación o los sistemas económicos, que a su vez tiene su repercusión en la conducta del individuo<sup>30</sup>.

Vista así la *estructura* o *situación*, con sus tres estadios, considerados desde un nivel tanto objetivo como subjetivo<sup>31</sup>, y en relación a la persona, supone una *circularidad* que puede ser virtuosa o infectada, y donde descubrimos una «*reciprocidad*» entre ambos, en una «acción doble» de *efecto-influjo* (*efecto* de actos humanos, e *influjo* de la institución sobre la persona). De esta forma, podemos hablar de un «círculo virtuoso» si la relación es virtuosa, o de un «círculo vicioso», si la relación está viciada.

---

<sup>30</sup> Por cuanto un sistema o determinada legislación a la que se sujetan individuos pueden tornarse inicuos, se hace asimismo necesario que exista una *ética* que ordene y regule las conductas de las instituciones, por más que estas no sean de suyo sujeto de actos morales.

<sup>31</sup> Al mismo tiempo, cada uno de los *estadios* de la circularidad podemos considerarlos en los niveles *subjetivo* y *objetivo*, es decir, desde el lugar en el que tienen su principio y fundamento que es el ámbito de las personas, y desde la estructura misma que es la objetivación negativa de lo primero.

El mal moral vuelto círculo vicioso, “lesiona” la razón, la voluntad, la libertad y las acciones de las personas. Si nuestra reflexión es sincera debemos conceder que posee una honda dimensión social, ocasionando de algún modo una deformación en el mundo y una tergiversación de la historia. Es indudable que el orgullo y el egoísmo de las personas *pervierten* el ámbito social y afectan las relaciones objetivas.

Así llegamos a los tres estadios del segundo movimiento de la “circularidad” del mal en las estructuras sociales, correlativos con los anteriores<sup>32</sup>: a) es *generativo*, puesto que males morales personales engendran *estructuras inmorales*; b) es *objetivo*, puesto que el mal moral se objetiva en el ámbito social con sus estructuras; c) es *dispositivo*, porque ofrece nuevos estímulos para obrar mal. Los tres elementos constitutivos de la tensión *persona-sociedad* están asimismo supuestos en la misma dinámica del proceso evolutivo del mal moral y su asentamiento en la sociedad.

Finalmente, por cuanto que nos encontramos ante *objetivaciones históricas* del mal moral, realizadas no meramente en estructuras sociales como puede ser una institución o determinado sistema de leyes, sino también en sustratos susceptibles de corrupción como son un “tiempo”, un “espacio *moral o espiritual*”, un “ethos”, una “cultura”, una conducta colectiva -precisamente primordiales en el orden del ser y del tiempo, de los cuales lo anterior son el ámbito físico en el que se concreta-, vale aclarar que podríamos hablar de dos maneras diversas de concebir las estructuras: una *tangible*, cuyos contornos son bien definidos; la otra, por lo moral e inmaterial, podríamos calificarla como meramente *situacional*. Esta última, no alude simplemente a una dimensión más oculta de la *tangible*, sino a situaciones que sin dejar de ser *concretas* no poseen límites institucionales o legales clara y estructuralmente determinados. Con el concurso de los individuos y por su proceso envolvente, el mal se cristaliza en la sociedad influyendo en las conductas particulares.

### **La honda solidaridad en el mal como esencia del *mal estructural*: La acción corruptora del mal moral.**

¿De qué manera enferma y contagia el mal moral?

El mal no es *primariamente* un estado-al que con el transcurrir de su acción en

---

<sup>32</sup> Instalarse, justificarse y recrearse (contagiarse).

el tiempo podríamos hasta cosificarlo- sino un acto. Pero una vez asentado sí produce en el individuo un *estado*. Asimismo podemos hablar de una *estructura de pecado*, en cuanto que se puede tratar de una *suma* de males morales personales como también un ámbito preciso en el que se asientan y cristalizan males morales personales como si se tratara de un *substrato* enfermo, en estado de malignidad, no en cuanto sujeto de actos morales, sino como un cuerpo –como podría ocurrir, por ejemplo, con un cuerpo institucional- corrompido.

Para comenzar, digamos que el mal moral supone un estado de alienación del hombre de sí mismo, es decir, una progresiva ineptitud de permanecer en sí mismo y de gozarse en la verdad. Por más que no lo reconozca, el individuo alcanzado por su acción corruptora se atomiza, primero internamente, para que, una vez corrompida la raíz de su operatividad, termine corrompida su operatividad, disgregándose; a la larga, la distracción en la que cae al salirse de su centro se convierte en una imperiosa como ansiosa necesidad a la que se esclaviza. Precisamente, si habláramos en términos de “pecado”, nos diría Santo Tomás<sup>33</sup> -y lo retomaría hoy Piepper- que consiste en “errar en el blanco”, errar en el objetivo del obrar y pensar requeridos por el ser personal para su plena y auténtica realización, esto es, salirse del sitio apropiado, adecuado y natural, fuera del cual el devenir personal cobra un nuevo rumbo o sentido para perderse, y desde donde luego resulta difícil retomar el sendero si no media humildad, sinceridad y reconocimiento del error. Con sus concientes e inconscientes mecanismos de engaño, las apariencias externas que estimulan el placer de los sentidos, la vanidad –tan cultivada por nuestra era de la manipulación- junto al orgullo, se van haciendo más intensos, para terminar imponiéndose a la llamada proveniente de la verdad y de la bondad.

A partir de un proyecto *individual*, que prescinde de los derechos y necesidades ajenas, terminando por desensibilizarse, comienza a producir un mundo de mal y tiranía a su alrededor, para terminar suscitando una reacción en cadena del mal al estar dotado de ese poder siniestro, o bien, al menos, con su pasividad no impide que el mal se extienda y de algún modo hasta lo fomenta.

Con lo visto hasta el momento, y considerando la acción del poder del mal, tanto en una persona como en una situación -en virtud de dinámica propia- podemos

---

<sup>33</sup> *Suma Teológica*, I-II,72,1-2. Ver también I-II,75,1. Cfr. Josef Pieper, *El concepto de pecado*, Barcelona, Herder, 1979, pgs- 23 y ss.

afirmar que éste entraña como un espíritu malo, contagioso, que es *enfermedad y enferma*. Nace del egoísmo -que es la falta de amor-. Se extiende del mismo modo que un cáncer busca acomodarse a situaciones y circunstancias. Primero toma posesión de personas concretas para luego utilizarlas en su afán de pudrir situaciones, estructuras; primero, como enseguida veremos, aleja al ser humano de la verdad progresivamente aprisionándolo en una red cada vez más cerrada de confusiones generadas en la mentira que halló en él un intermediario, de errores y de extravíos. Divide al hombre en cualquier sentido que se lo mire y termina tiranizando, porque el egoísmo de uno excita el egoísmo de otros a los que congrega, al tiempo que implica el dolor, la angustia, la tristeza y la opresión -interna o externa- de otros en quienes repercute.

De esta manera, una situación como una estructura humana corrompida se la puede percibir al modo de un ambiente enrarecido, pesado, al que luego llamaremos *kakósfera*. La puede haber originado una determinada actitud egoísta así como el acto de quien se ha dejado corromper por la acción de un mal o mentira a la que se adhirió y que ha justificado para no reconocerla. Pero una *estructura maligna* supone ya el mal asentado, cristalizado, o la corrupción de muchos. Es como el caldo de cultivo ideal para que su acción corruptora siga avanzando.

### **Objetivaciones sociales del mal moral.**

La noción de situaciones injustas, a través de las realizaciones que el hombre crea (o encuentra ya existentes), abarca los sistemas negativos llevados a cabo en virtud de un descontrol devenido de la mera limitación del hombre como aun daño moral premeditado, implicando *daño* tanto para el funcionamiento armónico y equitativo de la sociedad (inquietud hacia afuera) como para los individuos que en ellas deben realizarse (inquietud hacia adentro).

Ya sea que hablemos de una *estructura inmoral* como de *mecanismo perverso*, la realidad nos muestra un mundo dividido, y en la raíz se esconde necesariamente la acción del mal humano en cuanto acción de contenido moral, ya sea como consecuencia de un acto determinado en la configuración de un sistema sucio, ya sea como *misterio de iniquidad*.

Cualquier tipo de acción que desconsidere sus consecuencias morales, como



puede ser el mismo daño moral, como el material o el físico a un tercero, hiere más o menos profundamente de acuerdo al grado de la materia y de la intención con que se la realice, pero también depende de las dimensiones de sus consecuencias y alcances; sin embargo, se debe tenerse en cuenta el grado de sensibilidad por parte de quien los padece.

Lo inmoral procede del egoísmo, y acercarnos a las *estructuras* o *situaciones injustas* nacidas del hecho inmoral, de algún modo nos permite desprivatizar la consideración de la moralidad de los actos, es decir, que un hecho -por más individual y privado que sea- posee una dimensión social y alcances que son colectivos. Efectivamente, podemos darnos cuenta de qué manera se *objetiva* también fuera de nosotros. Ciertamente somos cada uno los primeros lastimados, por cuanto la acción mala nos desvirtúa y desvía de un destino que ya viene supuesto en nuestra naturaleza personal, y que también involucra a la *libertad* individual cuando de ésta se hace el uso que corresponde, es decir, no le que a uno se le venga en gana realizar, sino lo que concorra para su bien y felicidad auténtica. Sin embargo, la mayoría de las veces no caemos en la cuenta de los efectos que dichas acciones traen aparejados. Con él creamos situaciones dolorosas, generamos injusticias, provocamos desapercibidamente estados de cosas que pueden dar pie a distintos tipos de discriminaciones; con él damos muchas veces comienzo a los circuitos referidos, los propiciamos o los alimentamos; podemos también mover a otros a obrar mal o a colocarlos, al menos, ya sea en graves disyuntivas como situaciones de perplejidad.

Cuando dicha *objetivación* se realiza en estructuras sociales, la tiranía con que actúa el mal moral se hace más evidente como también sus alcances: aunque el hombre crea que puede conducirla o dominarla, la realidad indica lo contrario. Desde el vamos no existe ninguna institución humana perfecta; pretenderlo resulta utópico, forzarlo tiránico; puede, en todo caso, acercarse en mayor o menor grado a lo ideal. Cuando la injusticia descansa tranquila en una institución o situación creada (de esas atmósferas densas que se perciben o respiran en determinados sitios y momentos), sin que exista preocupación por cambiar la circunstancia, ésta resulta ser ya ingobernable; gobierna el mal, el egoísmo humano. A lo sumo, se podría, por ejemplo -dentro de los términos de la buena intención de quien dirige una institución o una situación determinada- conducirla con discreción y prudencia, conciente de los mecanismos injustos o perversos que se asientan en el individualismo y la indiferencia como también en los límites humanos con los que se tiene que mover.

### **Carácter *generativo* de las estructuras inmorales e injustas.**

Las estructuras injustas son «*fruto*» de los actos del hombre, al mismo tiempo que provocan frutos de injusticia. Cuando las acciones que las producen son *deliberadamente* erradas dichas estructuras las llamamos “inmorales”, por cuanto para que de suyo un acto sea considerado bueno o malo moralmente hablando debe de existir, además de una materia mala, la intencionalidad de realizarlo y, antes que la intención, el conocimiento de que “eso” está mal.

Al mismo tiempo que son *generadas*, los datos objetivos indican que también *generan* -»facilitan»- más acciones inmorales, o colocan al hombre que de pronto se encuentra envuelto en ellas en la incómoda situación de optar sin un panorama limpio y despejado. *Generan*, asimismo, toda clase de injusticia.

Pero aún donde existen situaciones injustas derivadas de errores no premeditados, el mal moral también interviene, aunque no de manera inmediata, sino “mediatamente”. Este punto resulta más complicado explicitarlo. Las “limitaciones” propias de la condición humana hacen que, a menudo, con las mejores intenciones los actos deriven en situaciones injustas no deseadas. Dichas situaciones, sin que provengan de una mala intención, movilizan las pasiones de quienes las padecen, y, muy a menudo, mueven a las personas a tener que diseñar mecanismos para evadirse del conflicto (mal moral en cuanto *omisión*, es decir, no comprometerse), para no sufrirlo sea al precio que sea, como también a aprovecharse de la situación recurriendo al método que consideren efectivo, independientemente de su moralidad<sup>34</sup>. Es decir, no existe deliberación humana en su nacimiento, sin embargo colocan a los seres humanos que se involucran en su mecanismo en situación de riesgo o en “peligro de”. A estos sistemas que involucran creadas conductas e intenciones humanas los llamamos *mecanismos perversos*. Si extendemos la consideración de semejante situación, ya sea hacia atrás en el tiempo, ya sea hacia delante, la misma circunstancia del *ser situado* al que hacíamos referencia se encuentra más amenazada, y su limitación propia de su condición aumenta, se agudiza. Recordemos que, a más conciencia, más responsabilidad, y –paradójicamente- más libertad que compromete; y, a la inversa, cuando la cir-

---

<sup>34</sup> Sí viene, por razón de su culpa moral, a ser agudizado el conflicto situacional y a producir efectos negativos, como *privación* de un estado de cosas más justo, un orden y una armonía que no se perdía porque el hombre era limitado.

cunstancia obnubila o limita, existe menos conocimiento, por lo tanto, menos conciencia, menos responsabilidad, y, por supuesto, menos libertad. Si tuviésemos, pues, que considerar si en un sistema perverso, en un “desorden” de cosas, ha sido primero la injusticia o mal instalado el que ha movido al hombre a actuar mal, o si fue el mal moral anterior al la situación perversa (generadora de injusticias y de sufrimientos), no tiene relevancia en este momento. No obstante conviene aclarar que el mal, lo mismo que el bien, sale del corazón de un hombre, y es allí donde comienza el circuito a funcionar. Pero, planteado una vez el estado de cosas como está, lo primero o lo segundo habría que referirlo más a un tiempo de orden *ontológico* antes que cronológico. De esta forma, mal moral y sufrimiento se informan mutuamente, se compenetran y entrelazan en sus discursos. El hecho moral forma parte esencial en la historia del ser humano y en el sitio donde realiza su existencia.

Al hablar de *mecanismo perverso* tenemos que remontarnos a la limitación humana en su raíz, pero una limitación ciertamente lastimada por el egoísmo. Y tanto en un mecanismo perverso como en una estructura inmoral aparece este egoísmo, objeto muchas veces de un hombre que busca defenderse de las arbitrariedades de un sistema injusto, ya sea de modo equivocado como correcto; pero también es cierto que vivimos en un mundo en donde lo más común es el vivir en ellos pretendiendo usufructuar la situación, aumentando o manteniéndola disimuladamente; y estamos, en este caso frente a una conducta que es alimento continuo de iniquidad.

En dicho mecanismo el egoísmo actúa al mismo tiempo como causa y efecto, y es su engranaje principal, el eslabón primordial en una cadena opresora que pareciese nunca agotarse. Decimos que en un *mecanismo perverso* la raíz la encontramos en la humana limitación... ¿cuántos se sirven de la *limitación humana* para crecer económica o socialmente, o para mantenerse en su lugar sin que nada los cuestione?; ¿cuántos se excusan en ella para no comprometerse en buscar un orden social -y personal- más justo? En mecanismos perversos se apañan hombres y estructuras sociales, y como derivación, recostada en ellos encontramos a la mala intención y la malicia misma, con lo cual hombres y estructuras pasan a participar del orden inmoral a conciencia.

Las estructuras sociales inmorales, por otra parte, demarcan los límites de un *contorno social inmoral*; guardan aspectos en los que no se realiza la *justicia* a causa de las intervenciones de la libertad humana. Al hablar de ellas aludimos a pequeñas o grandes estructuras: una familia, un círculo en el que las personas se nuclean para un

fin específico, una empresa, una institución, un sistema de gobierno, un sistema económico, etc. Además puede no sólo reducirse a un señalado núcleo social, sino que su sistema está en condiciones de abarcar, tocar o ejercer su influencia en otros.

En otra reflexión, al ahondar en un tema que ya hemos soslayado, el del traspaso del punto límite o crucial, profundizaremos la cuestión de la *crisis* y su importancia en la modelación de la conciencia como corazón de la realización personal. No obstante cabe ahora hacer alusión a este aspecto como momento esencial en el desarrollo tanto de la persona como de las instituciones (que también pasan por crisis).

Efectivamente, se trata de un momento “crucial”: en un espacio y tiempo imaginario se entrecruzan la esperanza con la desesperanza, el bien con el mal, la maldad que daña y degrada con las realidades que lastima y hace sufrir cuando debieran ser sanas y felices. Se trata de un auténtico cruce de fuerzas en medio del cual se encuentra situada la persona que las padece desolada, sola, porque sola tiene que decidir. Es un verdadero tiempo subjetivo de sufrimiento en el que la conciencia ocupa el principal sitio en la elaboración y resolución de la crisis, para desentrañar los significados en la propia vida.

Cada individuo posee la capacidad de vivir significativamente el padecimiento del penar dentro de su peculiar economía de vida, desde su conciencia; por lo tanto la respuesta es personal. Lo mismo ocurre en las crisis institucionales; son momentos en que todas las piezas se acomodan dando origen a órdenes nuevos si los cambios supuestos en las decisiones son los adecuados. Evidentemente, en este caso, la trama es más compleja por la cantidad de elementos que la componen.

### **Algunas concreciones del mal moral.**

¿De qué manera se concreta el mal moral y se instala en las relaciones humanas? El ser-humano es un *ser-estructural* o un *ser-intrínsecamente-comunitario*. Vista la manera de estructurarse peculiar del hombre, se puede advertir cómo una estructura social puede ser virtuosa o corromperse conforme pase el tiempo. Para que el mal comience a extenderse como si se tratara de un cáncer es necesario el consentimiento por parte de las partes que conforman la estructura; sea del tipo de concreción humana que sea, el mal no se extiende si no existe una complicidad tácita por parte de las partes

involucradas; primero está la incitación, que no necesariamente es siempre explícita, antes de caer ante ella. Cuando una parte cuenta con la aceptación de la otra, ya comienzan a asociarse en una trampa, en la mentira larvada. Un *hilo imperceptible*, que quizá se pueda respirar aunque difícilmente se precise, da fuerza a la predisposición que un sujeto tiene para determinado mal; progresivamente, las personas se van dejando absorber por los hilos de una acción maliciosa, bajo el signo de la “necesariedad” de la toma de opciones que son malas, superfluas, o absolutamente innecesarias para ellas.

Aunque muchas el hombre se encuentre de repente en medio o ante una situación densa y difícil de enfrentar, las estructuras sociales no se corrompen así por así, de la noche a la mañana. El proceso de corrupción se toma su tiempo, aunque apenas encuentra una grieta abierta penetra con toda su fuerza. Comienza muy sutilmente por la mentira para luego, convertida en *presión social*, empieza a formularse de manera explícita esgrimiendo como valores una serie de conductas en realidad malisiosas, y que llevan al hombre a vivir en situaciones que son falsas. Si bien el modo de concretarse la mentira suele ser muy evidente, generalmente sabe disfrazarse invirtiendo los sentidos de las acciones desde la intencionalidad. A modo de ejemplo, cuántas veces detrás de una forma de ser respetuosa se esconde la indiferencia o la cobardía; o detrás de la alegría en el rostro y forma de desenvolverse, el miedo o la mediocridad perezosa. Asimismo, no deja de ser común el saciar el afán de venganza confundiéndolo con un acto de *justicia*; y cuántas veces el ser altruista tiene un trasfondo de posesividad. Así, la realidad se tergiversa; lo malo parece bueno, y viceversa; la potencia con que se despliegan las concreciones humanas, aunque sean iguales, en virtud de la intencionalidad operante terminan en fines diametralmente opuestos. Una vez que el asentimiento para el mal es colectivo, el consentimiento implícito requiere de un mínimo de instigación. Como dice el dicho popular, “mal de muchos consuelo de tontos”.

En estas formas de *tergiversación*, se nos presenta la inversión de los valores de modo sistematizado. La tergiversación es posible reconocerla en la forma con la que se expresa en determinadas personas que pensaban de una manera y hoy lo hacen de otra; cómo se han tenido que mentir a sí mismas. Con sinceridad, lo podemos reconocer en cada uno de nosotros mismos. Sin embargo, de modo análogo se expresa en las sociedades; pero cuando la masa nos absorbe convirtiéndonos en parte de ella, no resulta sencillo advertir como malo lo que la sociedad nos presenta como bueno. Las comunidades humanas tienden a calificar como valores lo que no son otra cosa que sus

propios intereses egoístas. Como ocurre en cada individuo, también en la sociedad tiende el mal a solaparse, a esconderse y a justificarse.

Y, hablando acerca de las estructuras humanas, hoy asistimos precisamente a una *desinformación estructurada*, al manejo de la opinión pública y a la manipulación de los servicios supeditados a los intereses particularistas e ideológicos. Asistimos, asimismo, a una *violación del mercado*, que ya no es más la confluencia libre de intereses de las dos partes, sino el mero interés impuesto por los que ostentan el poder, desde una pequeña o mediana empresa hasta una multinacional. Creyéndose en una economía de libre mercado, el individuo que vive en medio del forcejeo de los intereses creados es cómplice de una economía de violación.

Lo peculiar de los tiempos que vivimos, con la tergiversación a la que hacíamos referencia, es que no sabemos dónde pisamos; no podemos precisar o demostrar de ningún modo si lo que vivimos es malo o no, al tiempo que sabemos que está mal. Respiramos un mal que no podemos asir. Esta atmósfera podemos definirla como *kakósfera*, y está configurada a través de mentalidades, que cuaja muchas veces en *leyes*, que resultan ser efecto no de un reparto de poder equitativo, sino de las ideas que un grupo seguidor de una cosmovisión determinada quiere imponer al resto de la comunidad. Tenemos así los autoritarismos, las ideologías que gobiernan y conducen en un marco de *legalidad* y no hacen en el fondo otra cosa que ejercer una *tiranía* bajo las apariencias de bien. Y esto se puede dar en cualquier nivel institucional. La *kakósfera* está diseñada de tal manera que no se puede señalar al malo lo que está mal o es origen de mal, y si se lo reconoce no se lo puede demostrar; entonces, la injusticia sale triunfante. Es la impunidad que aspiramos, el sufrimiento moral que nos penetra sin que podamos hallar un antídoto eficaz contra su mentira. A veces es diseñada por personas u organizaciones ocultas, mientras que otras, se va dando como naturalmente, sin premeditaciones, sino por la acción de fuerzas que se movilizadas a partir de las necesidades humanas de supervivencia que no siempre miden las consecuencias dolorosas provocadas en el prójimo. Siguiendo esta línea de pensamiento puede resultar más accesible la comprensión de la relación “mal moral-sufrimiento”, hilando relaciones humanas, conexiones, y las correspondencias entre realizaciones, como también profundizando en los alcances de las consecuencias de acciones y decisiones que discurren por todo este entramado social conformado.

Sí, el mal termina por ser una entidad con un poder difícil de medir en este

mundo limitado. Existe, corrompe y degrada a la humanidad. Su acción solapada termina cristalizando en situaciones y hechos bien concretos. Cuando se realizaba no lo podíamos señalar con alguna convincente prueba. Una vez realizado, el mal es tan evidente que lo difícil es no reconocerlo; pero entonces es ya demasiado tarde; es tarde cuando las concreciones tienen ya un determinado rostro. Los intereses creados que de modo más o menos directo y evidente involucran o rozan las estructuras humanas generan también *necesidades establecidas* o *necesidades creadas*. Análogamente a las falsas necesidades personales -que hacen, por ejemplo, drogadependientes-, encontramos las *necesidades sociales*, mucho más complicado para *desintoxicar*. Vemos así asociaciones ilícitas, el armamentismo, la dependencia del petróleo, las guerrillas, como también los innumerables casos donde funciona una retórica de la solidaridad con las víctimas y ayuda arriesgada a los maltratados. Sin darse cuenta, las comunidades se ponen a caminar por un sendero de degradación de lo humano.

Será tal vez esto último lo que mejor califique al proceso del mal moral: un *proceso de degradación*. La degradación estructurada nos puede conducir al interior de un aspecto de la malicia, el del desarrollo de dicha degradación. Las estructuras que el mal ha logrado degradar son los rostros que dicho mal ha asumido, los ámbitos concretos en los que se encarna y los medios apropiados para continuar su camino.

### ***Estructuración del convivir humano.***

Existe una íntima relación entre la *interioridad personal* y la *estructuración en el mal moral*. Toda la convivencia humana se estructura a través de relaciones, y el *resultado* más profundo de este entramado relacional es la “manera” en que se estructura la realidad de las relaciones humanas (interpersonales, sociales), más que la “cantidad” de realizaciones o estructuras humanas. Dicha *realidad* queda conformada por una suerte de mundo interpersonal hecho de encuentros y desencuentros, de acuerdos y desacuerdos, de confianza y de desconfianza, de posibilidades y de imposibilidades. Asimismo, la forma de estructuración de las relaciones crea funciones, roles y deberes, restringe la interpretación y los acuerdos que participan en la estructuración, y conduce las formas de realizarse a través del consentimiento de las partes. Ahora bien, cuando dichas relaciones quedan signadas por el mal moral, en el mal continuarán estructurándose los modos de convivencia. Pero siempre se dará referido a la *interioridad personal*.

Si -como advertimos- toda relación se inserta en un contexto de relaciones, dependiendo o influyendo unas sobre otras, la *estructuración en el mal moral*, su influencia sobre las personas o su dependencia sobre ellas, se puede comprender sólo a la luz de un fenómeno más complejo, como es la estructuración de la existencia personal dentro de la estructuración de la convivencia social; el interior personal recibe el influjo de una acción exterior, del mismo modo que de su actitud, que proviene de su interioridad, ejerce su influencia. Propiamente podemos hablar de *mal moral* refiriéndonos a la interioridad personal, que involucra a la conciencia, la libertad y responsabilidad en la decisión. Por otro lado, la malicia moral personal implica siempre una dimensión de relacionalidad, que comporta un resultado interpersonal objetivo.

Del mismo modo como cada individuo va realizando su libertad personal, de tal manera que las decisiones que toma lo van orientando y condicionando de manera positiva o negativa, en el influjo mutuo de las libertades estas condiciones asumen una especie de potencia de interacción recíproca, de tal forma que en la mediación de la *relacionalidad*, por medio de la participación de muchos en determinada mala intención, toma cuerpo la eficacia histórica del mal personal a través de la manera de estructurarse la convivencia humana.

Son los hombre quienes *crean* su mundo a su propia imagen y semejanza; haciéndose como dioses, la intencionalidad con que ellos *cultivan* la tierra tiene como fruto un mundo con obstáculos, límites y determinaciones que terminan golpeando a la libertad de cada uno, porque la responsabilidad de cada uno se da en el interior de la dinámica histórica de una vida que está socializada. Al mismo tiempo, todo este entramado que queda conformado por la complejidad de relaciones intersubjetivas sitúa a las personas, o, mejor dicho, *situacionan*, generándose otra suerte de dependencia, más profunda y que hacen al ser mismo de cada hombre.

Dicha relacionalidad, así como nos permite acercarnos a la causa y origen ontológico del mal social, puede también indicarnos el camino para generar estructuras justas, solidarias, sanas, donde el principio y fundamento no se encuentra sino en el corazón de cada ser humano.



*REFLEXIÓN SEXTA*

**“LA DESNUDEZ EXISTENCIAL”**

## Reflexión sexta

### “La desnudez existencial”

#### El verdadero exilio.

“*El verdadero exilio de Israel en Egipto fue el que aprendieran a soportarlo*”<sup>35</sup>. Es sabido que todo hombre necesita de contención para su vida. La contención es una especie de cobijo bajo cuyo amparo alguien puede sentirse seguro, ya sea a través de otra persona que lo acompañe y le brinde tranquilidad y resguardo, ya sea a través de una institución en la que siente cuidado, o inclusive las mismas realizaciones personales tendientes a ofrecerle protección y serenidad. Cuando la *contención* es acompañada de la calidez que brinda el afecto mayor será la seguridad experimentada. Cuando este circuito de contención es cortado, el individuo se siente sólo, desamparado... *desnudo*. Es la razón por la cual resultará incomprensible de buenas a primeras que el sentimiento de *desnudez existencial* nos permita terminar haciéndonos sentir más seguros, por la vía de la independencia personal.

Víctor Frankl, en su obra *El hombre en busca de sentido*, nos habla dentro de una de las fases dentro del campo de concentración de Auschwitz, de la “existencia desnuda”. Lo que allí describe, según mi criterio pobre en materia de la *logoterapia* es el comienzo de la experiencia de *desnudez existencial*. El proceso que sigue explicando con el correr de sus páginas sí nos depositan en esa experiencia *última*, de contingencia en estado puro, en el ser humano sufriente. Es así que lo que denomina “existencia desnuda”, si bien es un estado avanzado de desolación (de la que hablaremos en la próxima reflexión), es como el estado de *desnudez existencial* en sus comienzos (si bien cabe destacar que el avance en el estado de desnudez depende de la capacidad de sufrir

---

<sup>35</sup> Buber, Martin, *Cuentos Jasídicos, Los Maestros continuadores*, tomo II, Ed. Paidós, Buenos Aires 1978, pg.186.

de cada uno y del sentido que puede encontrarle en cada estadio evolutivo del proceso).

Frankl describe a la existencia desnuda como *nuestra única posesión*:

*Mientras esperábamos a ducharnos, nuestra desnudez se nos hizo patente: nada teníamos ya salvo nuestros cuerpos mondos y lirondos (incluso sin pelo); literalmente hablando, lo único que poseíamos era nuestra existencia desnuda. ¡Qué otra cosa nos quedaba que pudiera ser un nexo material con nuestra existencia anterior? Por lo que a mí se refiere, tenía mis gafas y mi cinturón, que posteriormente hube de cambiar por un pedazo de pan. A los que tenían braguero les estaba reservada todavía una pequeña sorpresa más. Por la tarde, el prisionero veterano que estaba a cargo de nuestro barracón nos dio la bienvenida con un discursito en el que nos aseguró bajo su palabra de honor que, personalmente, colgaría “de aquella viga” -y señaló hacia ella- a cualquiera que hubiera cosido dinero o piedras preciosas a su braguero. Y orgullosamente explicó que, como veterano que era, las leyes del campo le daban derecho a hacerlo. Con los zapatos hubo también sus más y sus menos. Aunque se suponía que los conservaríamos, los que poseían un par medio decente tuvieron que entregarlos y, a cambio, les dieron otros zapatos que no les servían. Pero los que estaban en verdadera dificultad eran los prisioneros que habían seguido el consejo aparentemente bien intencionado que les dieron (en la antesala) los prisioneros veteranos y habían cortado las botas altas y untado después jabón en los bordes para ocultar el sabotaje. Los hombres de las SS parecían estar esperándolo. Todos los sospechosos de tal delito pasaron a una pequeña habitación contigua. Al cabo de un rato volvimos a oír los azotes del látigo y los gritos de los hombres torturados. Esta vez el castigo duró bastante tiempo<sup>36</sup>.*

El proceso, más que despersonalizante, des-humanizador continuaba con estadios que reflejan toda la tortura interna procesualmente: la vivencia del sinsentido existencial, las tentaciones de suicidio, la *apatía*<sup>37</sup>: “... le habían obligado (a un mu-

---

<sup>36</sup> Frankl, Viktor E., op. cit. pg. 25.

<sup>37</sup> Frankl define la *apatía* como el estado de “muerte emocional”: *Aparte de las emociones ya descritas, el prisionero recién llegado experimentaba las torturas de otras emociones más dolorosas, todas las cuales intentaba amortiguar. La primera era la añoranza sin límites de su casa y de su familia. A veces era tan aguda que simplemente se consumía de nostalgia. Seguía después la repugnancia a que le producía toda la fealdad que le rodeaba, incluso en las formas externas más*

chacho de 12 años que no tenía ya zapatos) *a estar en posición de firme durante horas bajo la nieve o a trabajar a la intemperie con los pies desnudos. Se le habían congelado los dedos y el médico le arrancaba los negros muñones gangrenados con tenazas, uno por uno*”. La *apatía* es precedida por otros sentimientos desolados: “... *Asco, piedad y horror eran emociones que nuestro espectador no podía sentir ya. Los que sufrían, los enfermos, los agonizantes y los muertos eran cosas tan comunes para él tras unas pocas semanas en el campo que no le conmovían en absoluto*”<sup>38</sup>. Sin embargo, al decir de Frankl, la insensibilidad apática permitía al prisionero rodearse de una especie de caparazón protector.. Llegaba un momento en que no eran los golpes lo que más hería, sino un dolor más profundo: el sabor a injusticia que los precedía, los “basureos” tendientes a denigrar a los prisioneros, los insultos, ¡la mentira encarnada en el sadismo de los encargados, fueran de las SS, fueran “capos”.

El filósofo judío Emmanuel Levinás define de manera crudamente realista la realidad del sufrimiento: “*El dolor humano se constituye en la tragedia de la soledad en su estado más puro*”<sup>39</sup>. Asumir el sufrimiento humano en su real dimensión, tal como lo reflexionamos anteriormente, coloca al ser humano en situación de desamparo, es decir, lo *aisla* en un marco perturbador de soledad del cual no puede escapar. Pero esto, que parece ciertamente irreductible e invencible, nos permite más tarde tener acceso a algo que en el momento del amordazamiento interno parece imposible de superar: la *mismidad* del propio *ser*. Por más que la persona se descubra inundada de sufrimiento, como sumergida en un océano de dolor, un imperceptible hilo de esperanza le indica que en ese mismo dolor está la vida. En cada situación de desamparo -como lo es el sufrimiento- no sólo la existencia aparece cuestionada; se es posible, precisamente, dar un paso más allá del *sí-mismo* para comprometerse con sentido con la vida misma, y, de este modo, trascenderse descubriendo nuevos significados, que, en realidad, estuvieron siempre, mas nuestros ojos se hallaban deshabituados para alcanzarlos. El sufri-

---

*simples (...) Una de las prácticas favoritas consistía en destacar a un recién llegado en el grupo encargado de limpiar las letrinas y retirar los excrementos. Si, como solía suceder, parte de éstos le salpicaba la cara al trasladarlos entre los desniveles del campo, cualquier signo de asco por parte del prisionero o la intención de quitarse la porquería de la cara merecía cuanto menos un latigazo por parte del “capo”, indignado ante la “delicadeza” del prisionero. De esta forma se aceleraba la mortificación ante las reacciones normales. (idem, pg. 31).*

<sup>38</sup> Idem, pg.32.

<sup>39</sup> Levinás, E., *Totalidad e infinito, Un ensayo sobre la exterioridad*, ed. Sígueme, Salamanca 2000, pg.307. cfr. tb. *La voluntad y el tiempo: la paciencia*, pgs.250-252.

miento supone para la persona una suerte de *descenso* infernal constituido como de círculos concéntricos a un significado que ha de ser descubierto si se lo asume como es debido. Situacionado en un círculo descendente, como si se tratase de un proceso espiralado ya bien avanzado, el ser humano trasciende el significado exterior que es el dolor mismo para sumergirse en lo que el sufrimiento tiene realmente de tremendo: el mal es *moral*, y duele más que el físico, porque hace sentir despiadadamente la impotencia y la desnudez; se siente que la vida misma es cruel, que “Dios es sádico”, haciendo percibir que todo, absolutamente todo, no sólo carece de sentido sino, más aún, se vuelve atormentadamente atroz.

Lo que siente la carne y el alma lacerados es un sentimiento de exilio, que han sido expulsados del mundo, y, como consecuencia prácticamente imposible de manejar, se sienten sin confianza en sí mismos, en sus capacidades, que su propio cuerpo para lo único que sirve es para experimentar la soledad. Sin embargo, como resulta inexpresable la honda pena personal, una vez terminada la hora de la pena, todo lo demás que sucede en el mundo, aún la dimensión sufriente, se torna “expresable”. La *incomunicabilidad* de quien atraviesa tiempos de estas características termina por convertirse en “fuente de comunicación”, que permite expresar lo inexpresable, y, por añadidura, la conciencia de que puede ser expresado sólo aquello que ha de ser expresado. Es la experiencia peculiar de una vida llevada bajo códigos espirituales. Es así la vida espiritual misma.

Es de sumo valor el rescate que Frankl hace del recurso a la vida interior del prisionero. Obviamente, de seguro no todos estarían en condiciones de hacerlo; pero se trata del espacio en el que uno podía cobijarse para sentirse a resguardo: *“A pesar del primitivismo físico y mental imperantes a la fuerza, en la vida del campo de concentración aún era posible desarrollar una profunda vida espiritual. No cabe duda que las personas sensibles acostumbradas a una vida intelectual rica sufrieron muchísimo (...), pero el daño causado a su ser íntimo fue menor: eran capaces de aislarse del terrible entorno retrotrayéndose a una vida de riqueza interior y libertad espiritual”*<sup>40</sup>. Bajo esta realidad que trascendía la crueldad que absolutamente todo lo atravesaba, pudo evocar a su mujer, para luego aferrarse a su imagen, después de que alguien gritara *“¡Si nos vieran nuestras esposas!”*. Frankl concluía acertadamente:

*“Real o no, su mirada era más luminosa que el sol del amanecer”*

---

<sup>40</sup> Idem, pg.44.

*cer. Un pensamiento me petrificó: por primera vez en mi vida comprendí la verdad vertida en las canciones de tantos poetas y proclamada en la sabiduría definitiva de tantos pensadores. La verdad de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre (...) la salvación del hombre está en el amor y a través del amor. Comprendí cómo el hombre, desposeído de todo en este mundo, todavía puede conocer la felicidad -aunque sea sólo momentáneamente- si contempla al ser querido. Cuando el hombre se encuentra en una situación de total desolación, sin poder expresarse por medio de una acción positiva, cuando su único objetivo es limitarse a soportar los sufrimientos en la amorosa contemplación de la imagen del ser querido. Por primera vez en mi vida podía comprender el significado de las palabras: “Los ángeles se pierden en la contemplación perpetua de la gloria infinita”(…) Los hombres permanecían silenciosos, con el cerebro entumecido. Mi mente se aferraba aún más a la imagen de mi mujer. Un pensamiento me asaltó: ni siquiera sabía si ella vivía aún. Sólo sabía una cosa, algo que para entonces ya había aprendido bien: que el amor trasciende la persona física del ser amado y encuentra su significado más profundo en su propio espíritu, en su yo íntimo. Que esté o no presente, u aún siquiera que continúe viviendo deja de algún modo de ser importante. No sabía si mi mujer estaba viva, ni tenía miedo de averiguarlo (durante todo el tiempo de reclusión no hubo contacto postal alguno con el exterior), pero para entonces ya había dejado de importarme, no necesitaba saberlo, nada podía alterar la fuerza de mi amor, de mis pensamientos o de la imagen de mi amada. Si entonces hubiera sabido que mi mujer estaba muerta, creo que hubiera seguido entregándome- insensible a tal hecho- a la contemplación de su imagen y que mi conversación mental con ella hubiera sido igualmente real y gratificante: “Ponme como sello sobre tu corazón... pues fuerte es el amor como la muerte” (Cantar de los Cantares, 8,6)<sup>41</sup>”.*

Meditaciones y palabras soberanamente esperanzadoras en medio de la oscuridad más negra.

### **La sensación de la nada.**

La experiencia de la *desnudez existencial* llega a su culmen con el “sentimiento

---

<sup>41</sup> Idem, pgs.45-47.

de *nada*”. No un simple y mero escepticismo<sup>42</sup>, ni relativismo<sup>43</sup>, como tampoco es ese sentimiento que frente a pesadas adversidades a uno lo lleva a bajar los brazos desinteresándose absolutamente de todo lo que requiere su responsabilidad. El sentimiento de *nada* está inserto en medio de la búsqueda del hombre de su propio sentido existencial, es decir, es una instancia en medio de su tensión hacia un punto futuro que lo llama desde delante de sí manteniéndolo en tensión, y, en dicha tensión se percibe como en estado de *suspensión*. Nada en absoluto pareciera tener significado, pero, sin embargo, se mantiene con entereza porque sabe que su razón no tiene razón, por más que todo indique lo contrario. Al mismo tiempo, todo lo circundante pareciera permanecer como en estado latente, e, inclusive, muchas de las situaciones que van deviniendo durante este período parecieran burlarse de uno. El ser humano se siente sólo, en un helado desamparo, incomprendido (por más que existan quienes lo comprendan).

Previo a este sentimiento suele suceder que el individuo experimente irritabilidad por una suerte de confabulación del mundo contra él; esto lo observa con los restos de fuerza que siente que le quedan, hasta que no le quedan restos. Entonces, es como si se entregara a lo dispuesto por el destino; pero la *re-signación* puede ser buena, positiva, como mala y destructiva. En el segundo caso el individuo en realidad no se resigna, sino que “renuncia” al sentido bélico que debiera signar toda existencia humana; mientras que en el primer caso, se da verdaderamente una “re-signación”, es

---

<sup>42</sup> El *escepticismo* es un movimiento filosófico de la Grecia del siglo V a.C., cuya terminología deriva de *skeptesthai*, que significa “examinar”. Esta doctrina niega la posibilidad de alcanzar el conocimiento de la realidad, como es en sí misma, de manera independiente a la consideración de la mente. Su significado devino en la “duda” de lo que es considerado comúnmente como verdad así como de la validez misma del conocimiento humano. Fueron escépticos la mayoría de los Sofistas, entre quienes encontramos a Gorgias y Protágoras. Su pensamiento está reflejado en sus máximas “el hombre es la medida de todas las cosas” y “nada existe, y si algo existe, no puede ser conocido”. El verdadero iniciador de esta corriente ha sido Pirrón de Elis, quien afirmaba que se pueden dar razones tan buenas a favor como en contra de cualquier proposición filosófica.

El mayor escéptico moderno fue el filósofo empirista escocés David Hume (sXVIII), quien puso en duda la posibilidad de demostrar la verdad de las ideas sobre el mundo externo, las relaciones causales, los acontecimientos futuros, o de las entidades metafísicas como el alma y Dios.

<sup>43</sup> El *Relativismo*, como corriente filosófica no tan radical como el escepticismo, entiende que es imposible que existan verdades que sean absolutas. Como éstas no existen, según los relativistas sólo se puede conocer de manera indeterminada y en relación al contexto y circunstancia de esas verdades. Consecuencia de esta manera de pensar, la ética relativista supone que no es posible considerar algo que sea bueno o malo absolutamente; es decir, que no hay “relaciones” absolutas respecto de la bondad o la maldad, las cuales, en realidad, dependen de las circunstancias en las que la acción se circunscribe.

decir, se re-significa una situación que aparece como mala, ya sea por la sublimación (ver lo positivo en lo adverso), ya sea por la esperanza de que aquello tiene un sentido por el momento oculto, pero que en el tiempo debido se manifestará, o que de aquello que es doloroso seguramente surgirá algo positivo. Lo característico de este estado es, como decíamos, la soledad. De lo dicho podemos deducir diversos tipos de soledad: unas buenas y otras malas, porque a veces el amordazamiento, ya sea impuesto por circunstancias externas como internas, ya sea auto impuesto, resulta fecundo, pero otras es destructivo.

Existen soledades desgarradoras producidas por el abandono de los más queridos, hasta de los más entrañables; su ausencia se hace presente de repente, motivada quizá en lo que pareciera ser una locura por parte de quien lo padece. Sentimientos muy cercanos a estos son los duelos por pérdidas irreparables; a veces por la ausencia de algún ser amado, y mayor es el duelo cuanto más intenso haya sido el amor. Existen otros duelos distintos: los que se viven en el transcurso de la crisis y una vez terminada, es decir, cuando ya se ha aceptado que no se continúa en el antiguo orden de cosas en el cual nos sentíamos bien, y que algo vino a cambiar la situación; en algún momento, tarde o temprano, se agradecerá a aquello que motivó la pérdida, lo que significó un desgarramiento desde el instante en que se dejó de ser un niño para pasar a ser un hombre. En grado sumo es este sentimiento cuando se está ante la realidad de la muerte: es entonces cuando el hombre repara que está en verdad absolutamente sólo; o se sume en la angustia y posible desesperación, o asume positivamente esa angustia para hacer su entrega, como confiado, a lo que resulta inexorable.

Sabemos que la experiencia más desgarradora de la soledad cuya agudeza pone de manifiesto la *desnudez existencial* es la del abandono. El abandono tiene sabor a traición; en efecto, los afectos, el círculo más cercano a la persona abandonada de gente desaparece, como desaparecen las circunstancias contenedoras. Entonces se está realmente sólo. Llevado el abandono al extremo, ni siquiera está presente aquella compañía que, por más que la situación hiciera a la persona vivirla en soledad, sabía que “allí estaban” sus fieles amigos, por más que su dolor resultase intransferible y debiera pasarlo sólo... A pesar de todo, allí están. En la vivencia de *desnudez existencial* no existe compañía alguna; el sufrimiento es desgarrador y es una daga helada clavada en la moral, acompañada de un sentimiento de rechazo, vacío, miedo y angustia. La persona es invadida por un efectivo *rechazo*, y hasta, sin desearlo, vivencia una especie de



paranoia, donde siente que todo está confabulado en su contra. Y por más que sea una situación sobredimensionada por las circunstancias que le tocan vivir, no por eso deja de ser bien certera y eficazmente hiriente. Hasta pareciera perseguirse a sí mismo, porque al estado de culpa que suele caracterizar estos estados, se le suman una autoestima por el piso y un autocastigo, como si se terminara por sentir merecedor de tanto dolor.

Si llegado a este punto de sentimiento de *nada* el ser humano es capaz de encontrarse consigo mismo y dialogar en su interior con su interior, entonces estaremos ante una soledad enriquecedora, creadora, fecunda; allí el hombre se encuentra consigo mismo y es capaz de descubrirse, reconociendo sus propios límites y falencias, sus defectos y errores (concientes e inconcientes), porque se trata de un tiempo único y privilegiado, donde está tan sólo que no tiene por qué demostrar nada a nadie ni aparentar nada; es como es, y en ese preciso momento distingue que en realidad no es *nadie*, pero se mantiene en pie porque su interioridad avizora que sí lo es, y que de ese estado o circunstancia puede emerger todo lo bueno que, si bien se manifiesta durante el proceso (pues en caso contrario los sentimientos negativos descriptos lo destruirían sumergiéndolo en un sentimiento de culpa insuperable), en determinado momento se pondrá de manifiesto en su esplendor, no para ser ostentado, sino utilizado con confianza y humildad para bien.

*Cuando nos toca vivir alguna situación difícil, a veces sucede que el silencio no es un acto de virtud. Simplemente se nos impone por sí mismo, no nos cabe opción. En tales situaciones, cualquier rebelión o desahogo que uno pretenda queda amordazado por una impotencia visceral (...). Entonces toda carne debe guardar silencio. A lo más se dan acotaciones, precisiones, pero resulta imposible explicitar una visión de conjunto<sup>44</sup>.*

Impuesto por circunstancias o autoimpuesto, se alcanza la fecundidad del silencio que vive en el corazón de la soledad cuando se llega a lo más recóndito de las oquedades del alma. Se torna un ejercicio necesario en la vida personal, como también

---

<sup>44</sup> Bergoglio, J.M., *Reflexiones en esperanza*, ed. Universidad del Salvador, Buenos Aires 1992, pg.143. "...resulta imposible explicitar una visión de conjunto" hace referencia a la imposibilidad de tener al alcance de la mano las palabras precisas que abarquen adecuadamente la visión, la intuición o la percepción que se posee y que resulta realmente totalizante y abarcativa, permitiéndole a la razón el ejercicio de un juicio recto.

en las dimensiones relacionales. Por ejemplo ocurre con una pareja: la crisis es capaz de movilizar los resortes que llevan al silencio; precisamente en esos momentos en que lo más necesario y urgente es guardar silencio y tener paciencia, las más de las veces es cuando más se habla, y se hablan palabras que son sandeces: verdades a medias o fuera de contexto, o dichas con ira (lo que las convierte en mensajes peores que la mentira misma), se exterioriza todo tipo de agresividades... se es incapaz de asumir el tiempo difícil con la sabiduría que dicta una soledad que no se tolera. Es eso mismo lo que pasa en la vida personal cuando se está llamado al silencio: recurrimos a los mil modos de huida, pero no nos hacemos cargo del peso que la soledad nos presenta, y que si fuésemos inteligentes en esos momentos en lugar de arrebatados los veríamos como carga ligera, y encontrar pronto una salida. Y lo que se da en la vida de pareja es extensible a la vida en comunidad, una familia, una sociedad, una institución, etc.

### **Soledad y *silencio*.**

Pero a esta *soledad* que significa alcanzar lo más íntimo de nuestra intimidad (San Agustín) se la puede abrazar aceptando sacrificios que terminan macerando el corazón en la misericordia (por asumir las miserias propias y aceptar también las ajenas). Este descubrirse buceando en la propia interioridad por obra y gracia de la asunción de la soledad permite al individuo encontrarse con que realmente no está sólo. El filósofo judío Martín Buber lo explicita de modo insuperable: “*Pero la soledad, ¿no es también ella una puerta? ¿No se revela, acaso, una visión inesperada en el silencio del aislamiento? El trato consigo mismo, ¿no puede tornarse misteriosamente trato con el misterio?*”<sup>45</sup>. A propósito del encuentro con la intimidad personal por la vía silenciosa, asumida como camino de veracidad, o aceptada cuando nos la imponen las circunstancias (aunque, no obstante, su elaboración puede alcanzar la misma significatividad), un autor espiritual contemporáneo nos dice:

*Las verdaderas palabras se fraguan en el silencio. Más aún, el núcleo mismo de la palabra tiene que ser silencioso. El silencio anida en el corazón de la palabra si ésta es verdadera. Y la palabra, una vez pronunciada, vuelve al abisal y fecundo silencio del que salió (...). El*

---

<sup>45</sup> Buber, Martín, *Eclipse de Dios*, ed. Sígueme, Salamanca 2003, pg.148.

*silencio nos enseña a hablar, da fuerza a la palabra, la cual -por ese silencio que entraña- no es mero ruido (...). El silencio nos enseña a hablar porque mantiene en nuestro interior el fervor (...), la atención (...). Al respecto Dídaco de Fórtice dice: "Cuando se deja continuamente abierta la puerta de los baños de vapor, el calor que se halla en el interior se escapa rápidamente; lo mismo el alma, con el deseo de decir muchas cosas, disipa el recuerdo que tiene de Dios, por la puerta del discurso, aun así cuando todo lo que diga sea bueno. Después de esto, el intelecto, aunque desprovisto de ideas apropiadas, se disipa en una gran cantidad de pensamientos confusos, a quienquiera lo desee oír (...). Las ideas de valor evitan siempre la charla inútil y no pertenecen a la confusión ni a la extravagancia. El silencio oportuno es precioso, pues él es madre de los pensamientos más sabios" (Filocalia). En otra parte habla de "avidez de silencio" del corazón que quiere cuidar la vida divina dentro de sí (...). Cuando en el hablar falta el núcleo del silencio uno termina por ser corrompido por el espíritu del mundo, armamos tienda en el mundo. Entonces saboreamos ese sentimiento interior de fracaso que es el rastro típico que deja en el corazón la abundancia de palabras..."<sup>46</sup>..*

Vivimos un mundo acelerado que tiende a su destrucción por la competencia desleal y descarnada. Sin embargo, en medio de él moran hombres y mujeres justos y bondadosos que optan por los referidos retiros; cuando decimos retiros no nos referimos simplemente a los tiempos más o menos prolongados que proponen diversas religiones para encontrarse consigo mismo o con un Ser Supremo, sino, además, al amordazamiento autoimpuestos por una necesidad de veracidad que sustente y hagan creíbles sus palabras y acciones. Respecto a estas situaciones que decimos pueden tratarse de retiros autoimpuestos por una necesidad de veracidad que sustente y hagan creíbles nuestras palabras y acciones en medio de un mundo acelerado que tiende a su destrucción, y por donde buscan realizarse auténticamente, en sus *Cuentos Jasídicos*, citando el Talmud (Julín 89 a) Martín Buber dice: "*El mundo descansa sobre aquel que, en la hora del conflicto, se reduce a sí mismo a la nada y no profiere una palabra contra quienes lo odian*"<sup>47</sup>. A dicho justo, de acuerdo a la coherencia se su propia existencia, no le interesará apropiarse de los elogios que merecería, porque eso es

---

<sup>46</sup> Bergoglio, J.M., *Reflexiones espirituales*, Ed. Diego de Torres, San Miguel 1987, pgs.154-155.

<sup>47</sup> Buber, Martín, *Cuentos Jasídicos, Los Maestros continuadores II*, tomo I, Paidós, Buenos Aires 1978, pg.67.

propio de quienes gustan ostentar sus buenas obras y recibir halagos. Con ese sólo gesto, borrarían con su codo lo plasmado con su mano. Sin embargo sí existen los que advierten sus obras: los de corazones profundos y miradas agudas, que a su vez son de esa misma talla; pero hay otros que lo advierten porque esa acción destruiría su torcida intención. Efectivamente, el mal también contempla con agudeza, pero con una agudeza destructiva. Por eso Buber habla de “quienes lo odian”; el justo es “odiado”.

Decir que su soledad es sana compañía, su amiga y consejera es sabio si le sirve como punto de partida para volver a entregarse a su entorno con significatividad y generosidad; en caso contrario, es una expresión más -diría que la peor- de egoísmo. Se puede, en efecto, estar sólo, por obra de las circunstancias que empujan a alguien a estarlo, o por propia elección, porque se buscan espacios donde es sano “retirarse” para encontrarse en soledad consigo mismo durante tiempos más o menos largos. Saber vivir estos retiros con sabiduría permite a la persona no sentirse desamparado, en soledad, a pesar de estar sola. Como decíamos, es éste el mejor camino para conocerse, descorder la cortina de las propias capacidades y saberse sano, porque en lo que cada cual lleva de virtud se está sano, pero, además, es asimismo sano reconocer en qué se debe cambiar porque no se está sano; asimismo le permite tomar conciencia de la totalidad de su *ser*, advirtiendo aquellas zonas de sí que comúnmente pasan por alto. Esto significa que desde un conocimiento pleno de sí, de sus propios anhelos, deseos, pasiones, límites y capacidades, puede tener dominio de sí.

Sentimientos de *ausencia*, de *nada*, de *soledad*, del llamado a *silencio*; todos se concentran como si se trataran de muerte, y, sin embargo, aunque de a ratos querramos realmente estar muertos, nos hablan de vida; son como una semilla que tiene que animarse a ser arrancada del árbol o simplemente caerse para morir en la tierra y así poder convertirse en una vida nueva que la trasciende, que es más que ella misma. Pero la sensación cierta del *desarraigo*, del sentimiento de la *caída*, el terminar ensuciados por la tierra nos están poniendo de manifiesto la realidad de la *desnudez*, de la cual no es posible escapar si se quiere ser fecundo. Habrá vida; hay esperanza; pero el cáliz de la *desnudez* y del *desamparo* hay que beberlo ineludiblemente.

## Las malas soledades.

Pero existen también soledades destructivas, como, por ejemplo, las devenidas de la falta de proyectos de vida. La soledad del *aburrimiento* existencial es más que cualquier aburrimiento por “no saber qué hacer”. La mata de este sentimiento hay que encontrarla no en un “no saber qué hacer” en un tiempo determinado, tampoco en una mera falta de iniciativa (aunque en este último caso algo tiene que ver con la razón última), sino en una *pereza* que es más que la simple tentación de no querer hacer nada. Tiene que ver con la *apatía* que deviene no del sufrimiento, sino de la desidia, del desencanto nacido generalmente de las propuestas que va entregando a vida. En el fondo subyace la soberbia, el sentimiento de estar parado en un pedestal superior a todo, y desde donde el individuo se vuelve superior a todo, no porque realmente lo sea, sino porque así lo siente. Esta clase de gente juzga a todo su entorno, a los demás; es incapaz de “hacer” y no “deja” hacer a los que quieren ser útiles.

Un individuo con tales características carece de razones que impulsen su existencia significativamente, y, en el fondo, como -conciente o inconscientemente- es incapaz de tenerlas, no deja que los otros las tengan; ello significaría entrar en contradicción con su *modus operandi*; la humildad es algo infinitamente lejano como para comprenderlo; mucho más para aceptarlo y asumirlo... y dar estar dispuesto a dar el paso para hacerse cargo de deseos que cobija su corazón y que, sin embargo, su orgullo ciega. En tal sentido, no se puede no sentirse *sólo*; este tipo de personas creen que creen en él; se ubican en críticos, convocan adeptos -tan obtusos como él, pero más mediocres aún, por cuanto ni siquiera poseen la iniciativa de un proyecto destructivo; simplemente se suman a él-. Pero, según lo considerado más arriba, como la justicia produce frutos que, si bien no resultan ser inmediatos, terminan por mostrarse, los supuestos amigos (los adeptos), finalmente lo abandonan. A éstos que abandonan no podemos tildarlos de “traidores”; significaría atribuir al mediocre una prerrogativa de capacidad de convocatoria que en realidad no posee; no se merece tener “traidores” en su bando de mediocres. También es cierto que el sujeto caracterizado por la falta de *proyectos vitales* no siempre porta una bandera. Un estandarte es el símbolo de una actitud bélica, sea de signo positivo o negativo; también los malos portan estandartes que hacen las veces de distintivos que son llevados con orgullo.

Generalmente el mediocre no siente orgullo por nada; es un tibio, se mueve en la medianía. Sea como sea, quien carece de proyectos de vida, en el sentido que fuere, está condenado a vivir en soledad, aún en el primer caso mencionado, en los momentos

en que aún no ha sido abandonado. El aburrimiento no será sino un estadio posterior a una sumatoria de intentos por *ser* alguien; el aburrimiento puede ser un estadio inmediato únicamente en el perezoso, el tibio, aquel que no conoce el deseo de superación, o en quien dicho deseo dura nada, exclusivamente el tiempo que necesita para ser tenido en algún momento en cuenta.

Sin embargo, a menudo precede esta situación personal algún defecto de índole psicológico o espiritual (si bien los casos mencionados poseen pesados elementos psicológicos y espirituales). Me explico: suele ocurrir que detrás de una falta de proyectos de vida se esconden no sólo temores o miedos; la *timidez* suele ser madre de faltas de compromisos simples como complejos, pero en todos los casos “serios”, serios por lo que implican y lo que suponen. La timidez no siempre es un defecto; es también un mal moral, vuelto tal cuando se tiene conciencia del mismo y se prefiere mantenerse en ese estado pues evita conflictos, circunstanciales o de aquellos que aparecen intentando cambiar el curso de una existencia insignificante. En este tipo de personas subyace algo mucho más profundo: la imposibilidad nacida en el *orgullo* personal de encontrarse consigo mismo, con sus límites y posibilidades (frente a lo que suponen las “posibilidades” personales se tapa los ojos porque le exigiría asumir capacidades que le harían trabajar), con sus propios temores y valentías, son sus anhelos, sus amores genuinos... con sus afectos. Esta incapacidad defendida por sí mismo a lo que dé lugar no le permite reconocer sus capacidades, su propia “fuente de vida”, lo que podría mantenerlo en pie verdaderamente.

Ahora bien: si reconociera su falencia y debilidad, la asumiera pudiendo encarar su vida de manera significativa, descubriría que ahora a su vida se le presentan *peligros*, pero se trata de conflictos que indican que verdaderamente existe en él vida, y no la paz de los sepulcros, ese “*permanecer y transcurrir*” del que nos canta Eladia Blázquez. No todo individuo quiere encontrarse consigo mismo. Desde lo más profundo significaría descubrir que “no se es perfecto”; bajo el signo de la ostentación, como del autocastigo -que en el fondo lamente no ser como se querría ser para ser tenido en cuenta como le gustaría- se presenta la tentación del *narcisismo*. ¡A ver si todavía salen a la luz sus defectos y debilidades!.

También éste es el fondo que subyace en las actitudes de quienes no quieren salir a flote en su propia existencia, y que toda su vida dependen de los demás (por más que critique sus decisiones si no las comparten). Así tenemos gente que no trabaja (y

no porque no pueda), que no estudia, que no se hace cargo de su familia; que no puede ser feliz “por miedo a la infelicidad”. Sí, existe gente insatisfecha por miedo, precisamente, a la *insatisfacción*.

### **Pero de toda soledad se puede aprender.**

No obstante se da algo curioso: en muchos de estos casos, la experiencia de la angustia puede resultar salvadora: por falta de proyectos también se experimenta soledad, y es allí donde el solitario “que se las buscó” puede asimismo encontrarse con su ser vacío y, por tanto, con la necesidad imperiosa de realizarse desplegando sus capacidades. Si no se anima, entonces, como ya en otra parte lo hemos notado, no se levanta más y puede caer en algún tipo de suicidio. Otras veces, la soledad es una elección orgullosa y arrogante que impide al individuo abrirse a otros seres, a conocerlos y salir a su encuentro, generar relaciones, realizar proyectos comunes; y, a menudo, se llega hasta adormecer caprichosamente las capacidades personales, a esconder los propios talentos movido por una cuestión de orgullo.

En la reflexión anterior mencionábamos el estado del hombre *situacionado* en la experiencia de *ruptura*; todo lo ve derrumbarse, los logros de sus esfuerzos, sus construcciones, sus búsquedas... absolutamente todo deja de tener sentido, y su existencia se hace añicos. La sensación dominante es la de un alma hecha jirones, y los deseos dominantes son los de bajar los brazos y desaparecer de la vida. Si la esperanza, aún en medio de la oscuridad, permanece intacta -aunque más no sea nominalmente, como un dicho acerca de algo que debe ser cumplido porque “*dicen* que no defrauda”-, surgirá algo nuevo, como -decíamos- “brota una flor de en medio de un pantano”:

*La semilla que se siembra en la tierra debe deshacerse en pedazos para que el germen del grano pueda brotar de ella. La fuerza no puede renacer hasta que se instala en lo más profundo del secreto. Desnudarse de la forma, revestirse de la forma: eso se hace en el instante de la nada absoluta. En la cápsula del olvido crece la fuerza del recuerdo que es la fuerza de la redención. En el día de la destrucción esa fuerza yace en lo más hondo, y crece. Es por eso que en ese día nos sentamos sobre la tierra...*<sup>48</sup>

---

<sup>48</sup> Buber, Martin, op.cit., tomo I, pg.178. Cfr. Ibid. pg.159.

Lo importante resulta ser no quedarse *estancado*. Es el tiempo propicio de una creatividad genuina y auténtica, porque la persona, habiendo pasado por el encuentro con su más honda y singular intimidad, distingue claramente su ser *único y distinto* que lo hace verdaderamente independiente, capaz de generar acciones y realizaciones que sólo él puede y no otro; que su lugar en el mundo puede ser ocupado tan sólo por él, y, por tanto, lo que cree tiene que ser creado por él y por nadie más. Lo definíamos como “la experiencia fascinante de la creatividad, que nos arranca de la ciénaga para, de pronto, descubrirnos en aires frescos y puros, impidiéndonos estancarnos en el dolor...”.

No puede bajo ninguna especie otra manera de que exista vida interior, esto es, vida espiritual, si no media en la existencia una prueba que acrisole al propio ser que la vivencia. No se trata de un sadismo del destino, mucho menos de Dios -si es que creemos en él-. Precisamente la afirmación de Martin Buber acerca de que el mal era también una creatura de Dios en la anterior reflexión la criticábamos porque, si bien tiene la fuerza de explicarnos el sentido que puede tener en cada una de nuestras vidas para hacernos evolucionar, nos termina mostrando un Dios que es sádico en el fondo.

En la vida no se nos presenta “una” prueba, sino una cantidad de ellas, y, generalmente se trata de una serie significativa en el contexto de un proceso signado por lo que definíamos como *tensiones contrastuales*. No todo es dolor; quien sólo repara en la dimensión de sufrimiento de la vida, no solamente termina amargado y resentido, sino que no sabe leer en ella los fascinantes mensajes que la hacen significativa y coherente. El dolor y el sufrimiento, la “prueba”, son más que un “condimento” o el indicativo de que hay algo desacomodado o en lo que hay que mejorar o cambiar; son precisamente signos de que hay vida, de que hay amor, y, sin ellos, es imposible la realidad que mantiene la existencia ordenada en sí misma y hacia un fin: la *esperanza*.

### **Conocimiento de sí.**

Todo este conjunto de realidades abarcativo de la existencia humana vivifica interiormente al ser humano y le regala vida espiritual. Sin embargo, paradójicamente, puede ser leída la vida en tales términos únicamente por aquel que la ha transitado asumiendo todos estos costos complejos y penosos, sobre todo quien los ha llevado



hasta el extremo o no ha anestesiado su sensibilidad con cualquier receta hallada a mano para entumecer su capacidad de comprensión. Sirva, una vez más, como ejemplo, las contundentes conclusiones de un conocedor del dolor y del hombre sufriente, que no aprendió nada de esto fuera del libro de la vida:

*... la última de las libertades humanas -la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias- para decidir su propio camino (...) Dostoyevski dijo en una ocasión: "Sólo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos" y estas palabras retornaban una y otra vez a mi mente cuando conocí a aquellos mártires cuya conducta en el campo, cuyo sufrimiento y muerte, testimoniaban el hecho de que la libertad íntima nunca se pierde. Puede decirse que fueron dignos de sus sufrimientos y la forma en que los soportaron fue un logro interior genuino. Es esta libertad espiritual que no se nos puede arrebatarse, lo que hace que la vida tenga sentido y propósito. (...) El sufrimiento es un aspecto de la vida que no puede erradicarse, como no pueden apartarse el destino o la muerte. Sin todos ellos la vida no es completa<sup>49</sup>.*

La libertad con todos sus condicionantes (cosa que, para la *libertad* con todo lo que supone, suena contradictorio) es el *espacio* de la vida espiritual, así como la vida espiritual, interior en cada individuo en mayor o menor grado, es el *tiempo* de la libertad. La libertad se la conquista, y es tal, si se asumen las responsabilidades y las inquietudes con que nos visita y contradice, a veces hasta lastimándonos, aunque, paradójicamente, esos golpes del destino no son otra cosa que medicina que nos cura, porque nos devuelve a la limpieza primigenia, o, si se prefiere, a la limpieza que debió ser desde siempre y a la que estamos llamados.

Asumirlo es conocerse a sí mismo, y poder decir que se conoce en profundidad la naturaleza del ser humano. Y, al mismo tiempo, sentirse con el derecho -y tenerlo de hecho- de convertirse en una suerte de médico para la llaga viva de cada hombre y de todo el género humano:

*... La bondad humana se encuentra en todos los grupos, incluso en aquellos que, en términos generales, merecen que se les condene. Los límites entre estos grupos se suponen muchas veces y no debemos inclinarnos a simplificar las cosas asegurando que unos hombres eran*

---

<sup>49</sup> Frankl, Viktor, op.cit. pg.70.

*unos ángeles y otros unos demonios (...). De todo lo expuesto debemos sacar la consecuencia de que hay dos razas de hombres en el mundo y nada más que dos: la “raza” de los hombres decentes y la “raza” de los indecentes. Ambas se encuentran en todas partes y en todas las capas sociales. Ningún grupo se compone de hombres decentes o de hombres indecentes, así sin más ni más. En este sentido, ningún grupo es de “pura raza” y, por ello, a veces se podía encontrar, entre los guardias, a alguna persona decente<sup>50</sup>.*

Ya nos encargaremos de distinguir adecuadamente la absoluta diferencia existente entre la vida a nivel psicológico y la vida *espiritual* estrictamente; confundirlas como si se trataran de una misma realidad, o aceptar a una en despecho de la otra, significa caer en reduccionismos y no aplicar medicinas adecuadas al interior del hombre que las requiere. Vivimos, desgraciadamente, en un mundo que niega el *orden espiritual*, y eso le está ocasionando daños irreparables. Será tema para luego. Baste ahora con concluir la presente reflexión con la última conclusión de Frankl respecto del exilio en el campo de concentración, que define de cuerpo entero no sólo a un hombre con alto vuelo intelectual, sino, antes que eso, de profunda vida espiritual:

*La vida en un campo de concentración abría de par en par el alma humana y sacaba a la luz sus abismos. ¿Puede sorprender que en estas profundidades encontremos, una vez más, únicamente cualidades humanas que, en su naturaleza más íntima, eran una mezcla del bien y del mal? La escisión que separa el bien del mal, que atraviesa imaginariamente a todo ser humano, alcanza a las profundidades más hondas y se hizo manifiesta en el fondo del abismo que se abrió en los campos de concentración. Nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer al hombre quizá mejor que ninguna otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración<sup>51</sup>.*

A continuación pretendo profundizar en el hecho en lo que, de alguna manera, signaría la desnudez existencial, y que viene a ser como la peculiaridad que la hace tremenda. El hombre que la atraviesa vive física y emocionalmente en “tinieblas”. Se

---

<sup>50</sup> Ibidem, pgs.86-87.

<sup>51</sup> Ibidem, pg.87.

trata de la *desolación*.

Sin embargo, la *desolación* coloca efectivamente al ser humano en el sentido más profundo de la *desnudez existencial*: lo coloca en su propia *soledad*, donde descubre, aunque muy dolorosamente, que es único e irreplicable desde lo profundo de su conciencia; que es idéntico a sí mismo y absolutamente diverso a los demás (aunque igual en dignidad). Esta experiencia dolorosa de *irreductibilidad* personal le permite no sólo encontrarse consigo mismo, sino, además, con el mundo que lo circunda con sus propias necesidades, lo cual le permite reconocer que el despliegue de sus capacidades personales no solamente lo realizan a él mismo, sino al sentido final del todo.

Y en la reflexión octava fijaremos los ojos del alma en ese umbral que debe el ser humano buscador de sentido existencial traspasar para colocarse puramente en la verdad. El proceso nos descubre una *agonía*, el preciso instante del traspaso del umbral es un *punto crítico*.

## *REFLEXIÓN SÉPTIMA*

### **DESOLACIÓN Y LUCHA ESPIRITUAL**

## Reflexión séptima

### Desolación y lucha espiritual<sup>52</sup>

La imagen de la desnudez está íntimamente relacionada a la del polvo; las cenizas sobre la cabeza del compungido es una imagen bíblica que retoma la liturgia penitencial: “*Recuerda hombre que eres polvo y que al polvo volverás*”<sup>53</sup>, poniendo de manifiesto nuestra finitud y contingencia humana. Según la costumbre judía, como acto de reparación o penitencia, pero -además- de duelo, el penitente echaba sobre sí polvo o cenizas, en muchos casos precedido de la rasgadura de sus mantos. La *desolación* está más que caracterizada en la reflexión precedente en la que hacíamos alusión a la desnudez existencial. El ejemplo del justo Job es el que mejor nos describe una situación de desolación para empezar a atisbarla. “*Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré*” (Jb.1,21.a). El sentimiento profundo es de oscuridad y amargura: “... *Mi aliento se agota, mis días se apagan; sólo me queda el cementerio. ¿No estoy a merced de las burlas, y en amarguras pasan mis ojos las noches?* (Jb.17,1-2)<sup>54</sup> .

“*No encuentra consuelo*”, “*no hay consuelo posible*”... “*está desconsolado...*”, son expresiones que se nos escapan para calificar situaciones por las

---

<sup>52</sup> Cfr. Ignacio de Loyola, *Obras completas, Reglas para discernir de la Primera Semana*, BAC, Barcelona 1978, pg. También ver Fiorito, Miguel Ángel, *Discernimiento y lucha espiritual*, Ed. Diego de Torres, San Miguel 1985. Voy a sustentar en gran parte mi reflexión en torno a la *desolación* en la *Reglas de discernir* de Ignacio de Loyola, padre y maestro del discernimiento espiritual, intentando adaptar lo que considere apropiado a un lenguaje que pueda servir a toda persona interesada en el tema en toda su profundidad, sin importar credos, gentes e fe y no creyentes en nada, condiciones sociales... trabajadores e intelectuales en la vida cotidiana, estudiantes, etc. La *desolación* nos sobreviene de distintas maneras y con diversa intensidad en todos lo hombres. Asimismo, en aquello que aparezca un aspecto estrictamente religioso, lo obviaré de ser posible, o bien, lo adaptaré a términos significativos universales.

<sup>53</sup> Liturgia del Miércoles de Ceniza.

<sup>54</sup> Las citas están tomadas de la versión castellana de la Biblia de Jerusalén.

que pueden atravesar seres queridos. Esta gente está atravesando por la experiencia de la *desolación*, y la desolación, en sí misma, es difícil de explicar. Podemos intentar definirla, describirla, hallarle sus posibles causas -cuando las tiene-, e insinuar consejos para cuando alguien o alguno mismo la atraviesa. Lo que sí es necesario aclarar antes que nada, es que nada tiene que ver con lo que conocemos como *depresión*. Me explico.

### **Psicología y vida espiritual.**

Una cosa es la *desolación* que vivencia el individuo apoderándosele de todo su ser, y otra los sentimientos que sobrevienen a ella. Es importante hacer esta distinción porque, a manera de ejemplo, un sentimiento tal como un sentimiento de falta de sentido no es lo mismo que una desolación, y, sin embargo, la desolación suele ser el caldo de cultivo o la mejor raíz para el sinsentido. La situación de *desolación* no es sino un “mar de fondo” del cual emergen otras situaciones dolorosas que tienden a confundir a quien las padece. Los síntomas pueden ser calmados, paleados, controlados o disminuidos; pero lo que debe ser atacado es la situación de fondo, la *desolación*.

Síntomas emergentes de la desolación son la *pereza*, ver todo *oscuro*, no hacerse cargo de la realidad que nos demanda trabajo, evadirnos de la realidad a través de los llamados provenientes de los bajos instintos que se colocan por encima del juicio recto y de la razón informada por el bien y la verdad; la mente se encuentra errante por pensamientos bajos... lentamente todo va perdiendo sentido hasta llegar al punto del absoluto desgano. Pero, al mismo tiempo que las luces interiores se van apagando, el corazón se siente constantemente inquieto; como no se comprende lo que pasa ni por dentro de uno ni en el entorno, el alma se siente angustiada, sin respuestas, las cuales son buscadas por caminos equivocados que, siempre, conducen al individuo a estar mucho peor. Así se cae en un círculo vicioso, del cual no resulta sencillo salirse de él; no se cree en nada ni en nadie, ni siquiera en uno mismo; uno termina desesperanzado, poniéndose agresivo, sumamente triste, etc. Es fácil de advertir que cada uno de estos síntomas, presentados como enfermedades espirituales, no pueden ser abordados uno independientemente del otro, sino que hay que ir al fondo del asunto, la *desolación*.

Por ella, todo nuestro ser vaga perdido como seco, triste y desamparado, con

permanentes pensamientos relativos a destrucción, a saber, a terminar con lo que uno mismo empezó, o a aniquilar por medio de comentarios los proyectos ajenos porque, en realidad no está en condiciones de comprenderlos, además que nos asalta la sensación de que estamos olvidados del mundo, que no se nos tiene en cuenta, y hasta se nos persigue; que nada de lo que hacemos tiene valor ni sentido.

Ciertamente, los síntomas son muy parecidos a los que padece un depresivo; varía el ámbito ontológico de concreción; y no es éste un dato menor, puesto que contra la desolación, a pesar de tratarse de algo más hondo y sustratal, se puede pelear, mientras que ante una realidad relacionada específicamente con lo psíquico, se necesitan a menudo alternativas externas para darle pelea: el depresivo conciente puede pelearle a su enfermedad; necesita ayuda -igual que el desolado- y, las más de las veces, requiere de medicación específica que lo cure o bien lo contenga. En ambos casos la elaboración es personal; es el paciente quien descubre el origen ya sea de la depresión, ya sea de la desolación. Sin embargo, en la *desolación* entramos en otro terreno de elaboración, pues se la vence literalmente “batallando” contra ella; inclusive, es una *puesta a prueba* que nos fortalece y, paradójicamente, nos prepara para futuras batallas existenciales.

Cabe aclarar que no es mi especialidad la psicología; comprendo más en profundidad el ámbito de lo espiritual. No estoy en condiciones de detallar aspectos que no manejo, pero para poder alcanzar significados asociados a la vida del espíritu humano es importante referirlos fenómenos psicológicos, o bien, diferenciarlos de ellos.

Las siguientes consideraciones apuntan a afirmar el concepto de *desolación*, puesto que su sustancia aparece instalada en la realidad del sufrimiento. El depresivo es un ser sufriente, y -paradójicamente- su enfermedad, que pasa por la psiquis, puede ser también elaborada y sobrellevada significativamente por su espíritu. Resulta de suma utilidad poder advertir la diferencia entre el nivel psicológico y el espiritual, así como los momentos en los que interactúan, asocian o alejan. Cuando la ciencia no estaba avanzada era común atribuir fenómenos relacionados con lo psíquico a motivos espirituales o metafísicos. Un error parecido resulta de reducir a lo estrictamente psicológico aspectos que lo trascienden.

Hace unos cuantos años conocí a una mujer que creía estar poseída por un espíritu malo, y vivía echada en el sofá de su casa sucia. Insistía con que había sido mala en su vida y ya el diablo estaba en ella haciendo que no hiciese nada. El sólo hecho

de limpiar aunque más no fuera su casa cada tanto y superficialmente, así como el de levantarse a calentar la pava de agua para tomar mate cuando yo llegaba a visitarla, indicaba que padecía de algo más que un simple demonio de la *pereza*. No sabía por dónde abordarla para que entendiera que su problema no era de ningún modo espiritual, sino psicológico; hasta que un día le pude soltar sin anestesia un “*mire, señora, lo que usted necesita es ir a visitar a un psiquiatra, no un exorcista*”. Cuando el fervor religioso se pasa de rosca -no me refiero a la mentalidad fanática- es factible ver demonios hasta sentados sobre el botiquín del baño; se pierde noción de la realidad, y si se padece una situación como la de esta buena señora, se termina por atribuir al diablo una depresión que debe ser abordada por otro lado. Contra lo que esperaba (la pava de agua hirviendo sobre mi rostro), se puso a llorar; me preguntó si en serio creía que no tenía un demonio, y, cuando asentí, se llenó de alegría, preguntándome si no conocía algún especialista que pudiese ayudarla. Le prometí que al sábado siguiente le llevaría uno. A las pocas semanas ya abría las ventanas permitiendo que la luz ingresara en su casa, ahora sugerentemente limpia.

Conocí, asimismo, un caso llamativo: un hombre que padecía de depresión crónica y que, sin embargo, superó la *desolación*. Algún científico de razonamientos reductivos y rápidos pensará que se trata de una estupidez. Este hombre depresivo tomó conciencia de su patología y se animó a llamarla por su nombre, a partir de lo cual pidió ayuda; y, curiosamente, pidió ayuda a un especialista, pero además solicitó un acompañamiento de parte de una persona espiritual. Nunca pudo superar su depresión, y dice él que es capaz de sobrellevarla como si se tratara de cualquier otra enfermedad, y que su padecimiento lo ofrecía para que sus nietos creciesen sanos. Lo que hizo no es sino darle un sentido a su sufrimiento, y sentir que para algo servía le hacía experimentar verdadera *consolación*, cuyos emergentes son contrarios a los de la desolación, porque entonces siente sentido a lo que hace, alegría interior, deseos de hacer bien las cosas, esperanza, sensibilidad emotiva y profunda hasta por los detalles más simples, y, sobre todo, una profunda paz. Parecieran contradictorios los síntomas que presenta la consolación con respecto a los de la depresión... Ocurre que van por carriles diversos y se experimentan en dimensiones distintas: las primeras en la psiquis, mientras que las segundas en el espíritu, que es una dimensión más profunda que la psiquis, si bien pueden llegar a interconectarse, influirse y hasta condicionarse.

Traigo a colación este caso, como podría traer tantos otros, para explicar que



es tan común confundir estados depresivos y eufóricos con demonios, como negar que en el ser humano existe una dimensión espiritual con toda una compleja problemática que ningún científico o especialista en el mundo de la psiquis puede solucionar. No podría determinar si en el caso referido la depresión era consecuencia de su manera escrupulosa de vivir su fe, o se trataba de una enfermedad antecedente, a la cual luego la disfrazó inconscientemente de “diablo”. Sólo sé que unas cuantas charlas con mi amigo psiquiatra, más la ayuda de la medicación que no debía dejar de tomar, hicieron su trabajo. Sucede que la línea que divide ambos campos es demasiado delgada y sutil. Tienen como común denominador a la *tristeza*.

Es tan importante distinguir el ámbito espiritual del psicológico, como también alcanzar los puntos en común para evitar confrontaciones estériles, reduccionismos anacrónicos, e impedimentos de eventuales complementaciones que persigan el bienestar interior del ser humano.

Antes de introducirnos más de lleno en los temas referidos a la *desolación* y a la *depresión*, considero conveniente profundizar, partiendo de los presupuestos antropológicos abordados en la reflexión acerca de “el mal y el sufrimiento”, en los terrenos propios de uno y de otro, la línea delicada que los divide, los límites y alcances de ambos estados, y, finalmente, concluir con una reflexión en torno al tema del “lenguaje *mítico*” como sistema de sanación servible tanto al ámbito psicológico como al espiritual.

Desde los comienzos de nuestra era, y fieles al pensamiento griego de los últimos dos siglos antes de Cristo, los pensadores sabían que existía un hombre *psyjichós* y otro *physichós*; el mal es experimentado en uno u otro ámbito, como también se sabía acerca de la influencia de una dimensión sobre la otra, lo cual expresa a las claras una *unidad*. Tratar sobre este punto es algo muy delicado; ¿dónde están los límites de uno y el comienzo del otro? Para abordar estos puntos necesitamos, antes que nada, tener la mente abierta para evitar caer en fundamentalismos que nos cierran a la verdad que intelectualmente nos libera. Existe una interrelación entre el ser físico y el ser espiritual; tenemos conocimiento acerca de enfermedades de índole psicossomático. A menudo un mal a nivel espiritual, así también como el psíquico, termina por afectar al ser físico. Y, a la inversa, hay males físicos tan agudos que repercuten en la resistencia espiritual y la afectan.

Muchos pensadores contemporáneos prefieren distinguir el “alma” del

“espíritu”, mientras que otros los identifican al momento de hablar de un sustrato para los sentimientos hondos. Es que, recordemos, el término *nefesh* (principio vital) fue traducido por la septuaginta como *psijé* (alma). De suyo psiquis es una realidad distinta a la del alma, no obstante los sentimientos y voliciones atribuidos al alma por los antiguos son hoy claramente asignados a la psiquis, terreno abordado por psiquiatras y psicólogos. La antropología hebrea otorga al alma un sentido mucho más profundo donde duermen las capacidades afectivas, volitivas e intelectivas superiores más abisales, las cuales despiertan y emergen con una raigambre más profunda, intensa y definitiva, mostrando que el hombre no es mera realidad física. A la hora de tener que hablar de espíritu, personalmente lo voy a identificar con el alma; en este campo hay variaciones de criterio aún dentro de cada religión. El ámbito psicológico, si bien aparentaría ser un estrato intermedio entre ambas dimensiones, lo vamos a atribuir a la realidad física. No está demás, por otro lado, advertir que muchas veces que un especialista en cuestiones de psiquis atiende y cura aspectos espirituales, aún sin creer en ellos; y, del mismo modo, sucede que personas espirituales, atendiendo a aspectos específicamente espirituales, se encuentren realizando verdaderas psicoterapias.

Si recordamos la reflexión relativa al *mal* y el *sufrimiento*, podremos afirmar que, así como hay enfermos físicos y psíquicos, los hay también *espirituales*. Si todo enfermo pretende ser curado es *conditio sine qua non* reconocer que necesita ayuda, y más eficaz podrá volverse el tratamiento si llama a su enfermedad por su nombre, sin vueltas ni anestias, en el caso del enfermo espiritual esta condición es aún más necesaria; el orgullo, la arrogancia, la vanidad, la soberbia no sólo ubican a la persona enferma espiritualmente sobre un pedestal de superioridad, sino que la encierran aún más en sí misma. La humildad, la sinceridad, son el único camino de sanación y el parate al proceso corruptivo. Los defectos o enfermedades espirituales resultan ciertamente más difíciles de reconocer, y el desarrollo de la curación, en todas sus etapas, requiere de mucha valentía. En este punto cabe destacar que una auténtica vida espiritual requiere de lucidez psíquica; más tarde vendrá la lucidez de conciencia moral, que es el nexo con la vida espiritual.

Sí, ciertamente hoy contamos con más y mejores herramientas para sacar a un paciente de su mal psíquico o espiritual. Sin embargo, para hacer justicia y evitar menospreciar los sistemas de abordaje de estas problemáticas, quisiera hacer mención de métodos de los que los hombres de la antigüedad se servían para tratar a quienes

padecían de estos males, y que tienen que ver con la palabra y el incentivo y estímulo al autocontrol; cuanto más de fondo resultaba el mal atacado, las capas superiores se corregían. Los antiguos monjes (tratemos de quitarle cualquier connotación religiosa, observando en ellos a especialistas del mundo interior de las personas) sabían abordar dificultades.

Seguramente el tipo de enfermedades mentales profundas y crónicas no podían ser tratadas y medicadas como se lo puede hacer hoy; sin embargo, sabían de maneras de abordarlas para mitigar, al menos, sus efectos, así como también se han llevado a cabo enormes excesos, no sólo durante los comienzos de nuestra era, sino a lo largo de toda la historia de la salud mental. Basten como ejemplos castigos y torturas aplicadas en los antiguos “manicomios”, como por ejemplo los cuartos preparados para aislar a los enfermos, las camisas de fuerza, etc. Lógicamente aquí no existe terapia espiritual que valga, y, antiguamente, a enfermos de esta clase se les atribuía una posesión demoníaca. El común denominador de los malos tratos tanto para los enfermos psíquicos como para los espirituales no era sino la “ignorancia”. Aún hoy tenemos que tener la humildad de reconocer que todavía somos ignorantes, que en materia científica como religiosa debemos ser humildes si realmente queremos evolucionar.

La *ignorancia* es lo que más caracteriza el primitivismo humano, y tantas muestras de que la humanidad está en pañales siguen siendo el hambre, las guerras, centenares de epidemias generadas a partir de experimentos, y todo emergente de la injusticia que sufren los seres humanos en nombre del progreso, que es una evolución muy mal concebida. Uno ve el pasado y piensa: “¡*Qué ignorantes que eran!*”. Habría que considerar como nos calificarán las generaciones venideras si, con suerte, evolucionan como es debido. Hoy no somos menos “ignorantes” que antaño; es más, los elementos que nos ha brindado el progreso nos condenan más, porque hasta hace años la falta de herramientas y elementos de juicio podían justificar de alguna manera semejante ignorancia. Hoy no tenemos pretexto más que nuestra limitabilidad humana no reconocida.

Para abordar los dos aspectos humanos, el espiritual y el psicológico, por sus *similitudes*, se utiliza un lenguaje en muchos sentidos común. Es ese el motivo por el cual, de alguna manera, el especialista en una de las dos dimensiones toca, aún sin perseguirlo explícitamente, a la otra. En ambos casos, lo que se experimenta es un mal. Por la *palabra* tiende el especialista a llegar al corazón del mal que aqueja.

Tanto antiguamente como hoy, lo que ha de ser rescatado como elemento eficaz de sanación es la *palabra*, y el lenguaje utilizado como medio para llegar al corazón del paciente, produciendo movimientos internos precisamente en la zona en la que se movilizan los sentimientos, deseos, pasiones, y todo estado anímico. Al padecer un mal determinado se sufre; la *palabra* ataca a ese punto para llevar al interior de la persona bienestar. El principio de la ética biomédica de la piedad dice: *Si no puedes curar, calma; si no puedes calmar, consuela*; en todos los casos la palabra guarda eficacia. El mal padecido a través del sufrimiento está signado por una especie de desencanto, la tristeza se hace presente; y, recordemos que cuando el sufrimiento se vuelve (a causa de alguna enfermedad) crónico, también ha de ser tratado como una enfermedad. Y, hoy como desde tiempos antiguos, el lenguaje apuntala al sufriente, busca sosegarle en su tribulación, e intenta llegar al meollo del problema combatiendo al *mal*. Generalmente durante el desarrollo de este proceso de cura, se transita por la *desolación*; y digo generalmente por cuanto existen personas que, como el ejemplo considerado, han logrado encontrar en y para su enfermedad un significado que, de alguna manera, les inspira consuelo: sufren pero no son infelices. Suena absurdo.

El hombre experimenta, como ya hemos visto, un *mal* que trasciende los dolores y sufrimientos mismos que el mismo mal produce. Dicha experiencia no es vivida como “mera *experiencia*”, sino que el individuo, conciente o inconscientemente le plantea una lucha; nadie en su sano juicio puede quedarse de brazos cruzados en estas situaciones. Hablamos de un *combate*, pero de un combate más hondo que el inmediato. Es decir, se trate de un mal físico, psíquico o espiritual, en los tres campos se pelea; sin embargo se da en un nivel más profundo y relativo al espiritual, un *combate* distinto y único, porque en los tres casos se vivencia también en el corazón: es, efectivamente, allí donde sentimos la tentación de bajar los brazos, donde podemos tomar fuerzas para seguir adelante, movidos por algún sentido (como pueden ser los hijos, la familia, el trabajo, etc.), donde experimentamos descorazonamientos, sinsentidos, esperanzas, deseos de luchar, etc.

Y uno dice “en el corazón”, que viene a ser “en el fondo del alma”, que viene a ser “en el espíritu”. Es la lucha que se percibe más entrañable. Es un combate que se da en nuestro interior contra lo que vivimos como “fuerzas” que habitan dentro nuestro. Los antiguos monjes vivían estas luchas como si trataran con seres que habitaban por los aires, como si allí se diera el mundo espiritual, a pesar de que tradiciones mucho más

antiguas, como las judías, colocan el ámbito de lucha en el interior de cada ser humano; ejemplo de ello son los salmos, considerados tanto por creyentes como no creyentes de auténticos y más completos compendios de sentimientos y pasiones humanas; por ellos desfilan todos los estados de ánimo, y en todos se pide auxilio. Pero los monjes hacían una analogía entre las atmósferas reales y las del interior: para vencer a los enemigos que provocaban los males haciendo sufrir al hombre, era necesario aislarse en soledad para encontrarse con el mundo del silencio, donde se entablan las batallas contra el mal. Retirarse al desierto significaba descender a las propias profundidades del ser donde se encontrarían con sus enemigos, pero donde también hallarían a las fuerzas del bien que los acompañarían.

### **Lenguaje mítico.**

He aquí el espíritu y poder de la palabra que tan bien conocían estos hombres: colocan en una entidad negativa, maligna, dentro de la astucia de un demonio, del mismo modo que hoy, especialistas espirituales o psicológicos, nombran de algún modo específico los ardidés, estrategias y resistencias que encuentran en la persona a la que pretenden ayudar. La lucha llevada a cabo en las “atmósferas” -o mundo no sensible- hoy es claramente ubicada en el interior de las personas; antes eran demonios que tentaban mediante alguna debilidad o propensión a determinado mal, acompañados de ardidés; hoy se busca entablar batalla con las propias trampas que cada ser humano erige para no ser alcanzado por una sanación que siempre resulta molesta. Quisiera aclarar con esto que no pretendo expresarme en contra de la existencia del diablo; mi objetivo es que alcancemos el significado y los alcances del uso de una palabra bien empeñada que consigue desenmarañar los engaños donde se fundan confusiones, sufrimientos, mentiras -no siempre concientes- y enfermedades que se interrelacionan y que tienen que ver con los niveles no sólo psíquicos sino también morales. En todo caso se requiere de una terminología poderosa para hacerle frente a fuerzas que doblegan y atormentan nuestros comportamientos que debieran ser normales. Dicha terminología, el uso de la *palabra* acorde a la sanación profunda, pudo ser expresada a través del “lenguaje *mítico*”: luchar contra el “espíritu maligno” responde a un lenguaje mítico, o, al menos, la lucha contra el *maligno* encuentra su correlato en el lenguaje mítico. Quizá algún agnóstico o mente suspicaz lo interprete como una ingenuidad; lo cierto es que

nombrar los males con claridad es la manera adecuada de encontrarles el antídoto con igual claridad.

Hoy se está volviendo al lenguaje mítico. Debido a un excesivo y dañino racionalismo que corrió de su sitio a la experiencia mítica es que también se han perdido valores. Hay mitos que encierran un poder transformador, creativo, fundacional de actitudes personales y colectivas. El mito es algo mucho más que un simple cuentito para explicar lo complicado para explicar; el mito encierra verdades, y el mito es una forma real con que una verdad también se encarna. El peligro se da cuando lo que es mito se lo convierte en hecho verdaderamente histórico, cuando en realidad sucede que hechos históricos se transforman en mitos cuando contienen y tienen el poder de transmitir a generaciones venideras tradiciones y verdades, por ejemplo, de un pueblo. Hubo un momento evolutivo en el que necesariamente se debió pasar “*del Mito al Logos*” (Mircea Eliade), a la historia vivida y real, a las verdades sustentadas en la razón y explicadas racionalmente por las palabras. Mas el culto a la razón sepultó la magia (en el mejor de los sentidos) del mito, aquella capacidad de hacernos entender cosas con simpleza y sin argumentaciones sofisticadas.

Hemos construido un mundo complicado, y hoy nos estamos dando cuenta de ello. Y hoy estamos volviendo al lenguaje mítico en la pretensión de reencontrarnos con los simple, verdadero, bueno y bello... ¡Si en definitiva no es sino esa la *palabra* que nos sirve de bálsamo!, esas cualidades que nos liberan y significan una paño reconfortantemente fresco para nuestros dolores del alma, y un sosiego para los físicos. Volver al mito es recuperar un lenguaje que haga retroceder el carácter desgastante y aniquilatorio del nominalismo moderno que le chupó las esencias a las palabras hasta dejarlas vacías de sentido, logrando de ese modo que ni transmitan sentimientos ni valores. El lenguaje mítico es una forma de expresión eficaz; las metáforas y alegorías que encierran, sus parábolas, son capaces de hacernos comprender y llegar al corazón, cosa que la palabra expresiva de la razón nominalista no termina de lograr.

Respecto al choque interpretativo, emanado lógicamente de la ignorancia, quisiera referirme al caso de las vivencias *místicas*, que ponen de manifiesto la complejidad de la línea que divide el aspecto psicológico del espiritual. Como hemos de abordar de lleno el tema de la *tristeza*, a manera ilustrativa nos van a servir de mucho los ejemplos. En efecto, ¿dónde está el límite de lo ocasionado por la vivencia de un espíritu e intelecto elevado que produce, por ejemplo éxtasis, arrobamientos, levitaciones, y en

muchos casos terminan como descoyuntados, con signos de epilepsia? El científico le encontrará de inmediato una explicación convincente: sustancias que están faltando por prolongados ayunos, o por determinada obsesión, o por algún problema de índole neurológico. Es cierto que estos casos con tales causales existen más que frecuentemente. Pero... ¿y qué ocurre con los casos genuinos de misticismo y elevación espiritual?

Asimismo se da comúnmente lo contrario: hombres espirituales que de cualquier fenómeno estrictamente físico hacen su lectura espiritual, como por ejemplo, si alguien padece un mal es porque determinado mal moral/espiritual se lo ha provocado. Así también es que existen problemas físicos producidos por experiencias místicas. Pero es precisamente por todo esto a que apelo a no negar de plano ninguna dimensión de las que conforman al ser humano para no caer ni en fanatismos ni en reduccionismos que absolutizan su propia visión en desmedro de otras posibles verdades. Adueñarnos de la verdad con cierto fanatismo (y existen pruebas de peso tanto para un lado como para el otro) significaría caer en el peor de los males morales: la *arrogancia*, la *soberbia*. Es indudable que, desde donde uno está parado va a hacer su juicio, o, como decía Descartes, *todo depende del color del cristal con que se miren las cosas*. Para saber hace falta humildad. Sócrates, indignado por la soberbia sofista en boga -tan especializada en el manejo del lenguaje para convencer y envolver- y diferenciándose de ella se atrevió a afirmar *Sólo sé que no sé nada*.

### **Sintomatologías.**

Evidentemente hoy poseemos una cantidad de elementos y métodos científicos para diagnosticar acertadamente acerca de enfermedades que, por decirlo de alguna manera, antes se atribuían a “demonios”. El oligofrénico de hoy es el endemoniado de ayer. De todas formas no se puede de plano desmerecer lo que la ciencia, la filosofía, e inclusive la teología manejaban para ayudar a pacientes afectados por alguna patología.. Las presuntas *visiones* eran producto de prolongados ayunos que hacían a la persona desvariar, o movían al individuo al ayuno. Uno suele juzgar duramente el pasado, por cuanto el progreso trae consigo vías para elaborar empíricamente las problemáticas, y porque “sólo es cierto lo que puede ser constatado empíricamente”. Aquí convendría recordar las palabras de Montalembert citadas por von Balthasar: “*Para juzgar el*

*pasado habría que vivirlo y para condenarlo no habría que deberle nada*"<sup>55</sup>.

Explicitar estas salvedades y poder distinguir adecuadamente nos permite encarar el tema de la *desolación* distándolo de la *depresión*, cuyo denominador común encontraremos, aunque expresado de forma diversa, en la tristeza.

La depresión es una enfermedad, crónica o pasajera, más o menos aguda, que puede ser tratada terapéuticamente, o, llegado el caso, una medicación puede controlarla. Implica ciertamente un bajoneo anímico, y es precisamente en ese punto donde se puede emparentar con la *desolación*. Sin embargo, esta última no afecta directamente a la psiquis, sino al *espíritu* de la persona que la padece. Si bien ya hemos considerado la diferencia entre el nivel psíquico y el espiritual en la tercera reflexión, trataré de ejemplificar mejor una y otra a fin de comprender mejor sus diferencias. Asimismo, cabe destacar que una *desolación* puede devenir en *depresión*, también si no se la sabe tratar. También es la ocasión para hacer algunas consideraciones en torno al tema de la tristeza, porque así como existen tristezas lógicas, buenas -porque pueden significar un oportuno desahogo-, así también hay tristezas que lentamente aniquilan al sujeto que las padece.

Comencemos describiendo a la *depresión*, lo cual nos permitirá más tarde diferenciarla claramente de la *desolación*. Se trata de un trastorno mental que conduce al individuo a sentirse no sólo triste, sino, sobre todo, inútil, en permanente estado de culpa, sin interés por algún proyecto vital, a pesar de que en etapas no muy avanzadas se posea como "proyecto" deseos de salir de tal situación, lo cual permite pedir el auxilio adecuado. La *depresión* puede ser seguida de síntomas tales como alteraciones en el apetito, falta o exceso de sueño, castigarse en su propio cuerpo, en su propio ser, falta de deseos placenteros, etc. Nadie se encuentra inmune a esta posibilidad; sin embargo es más factible que sea vivida en ciertos períodos del ciclo vital, como ante giros o cambios inesperados, tales como la muerte de un ser querido, el desempleo, el fracaso de un proyecto, etc. Las alteraciones en el comer, en el dormir, en el cuidado de sí, el desgano, la ansiedad que se vuelve difícil de controlar, etc, son síntomas de algo mucho más complejo y profundo, que puede encontrar su nacimiento, por ejemplo, en problemáticas neurológicas, endocrinológicas y, propiamente, psicológicas. Es también común hallar cierta predisposición genética, como puede ocurrir con la propensión a la *depresión* en miembros de una misma familia.

---

<sup>55</sup> Von Balthasar, Hans Urs, *El complejo antirromano*, BAC., Madrid 1981, pg.3.



La peculiaridad es un cambio notorio en el estado de ánimo; básicamente dicho estado consiste en un trastorno depresivo, permanente o a través de episodios. En el caso del maníaco-depresivo se da una alternancia entre momentos de depresión evidente con momentos de euforia o exaltación, a las que se llaman *manías*.

A diferencia de la tristeza normal, o la del duelo, que sigue a la pérdida de un ser querido, la depresión patológica es una tristeza sin razón aparente que la justifique, y además grave y persistente. No siempre que una persona padece de períodos depresivos, es conciente de su tristeza; sin embargo, en algún momento tiene que percatarse de lo que todos -excepto él- advierten, a través de su desconcentración en su tarea común, su comportamiento perturbado en líneas generales, su desgano y decaimiento, falta de interés, etc. En fases más avanzadas comienzan a avisarse ideas de suicidio, las cuales pueden llegar a llevarse a cabo trágicamente, o bien realizarse de otras maneras que aniquilan al individuo partiendo desde la falta de interés en proyectos que comúnmente mantienen en pie al común de la gente, hasta las adicciones o las distintas maneras de lastimar su propia carne y espíritu. A menudo, el depresivo tiende a agudizar su conflicto psicológico como forma de llamar la atención para ser considerado o como pidiendo auxilio.

Los períodos maníacos son más tramposos; el individuo puede esconder su enfermedad, no solamente porque resulta sutil, sino porque mientras dura su euforia se siente bien, sobre un pedestal; es todopoderoso y los demás no tienen -para él, está claro-, capacidad de comprender lo que él si puede. Pero, cuando deviene su estado en depresión, muchas veces se vuelve culposos, sintiéndose una basura merecedora de todos los castigos. En el maníaco el ánimo, a diferencia del depresivo, está por las nubes, es excitable, y se pasa de revoluciones hasta el punto de la irascibilidad. Habla demasiado, plantea exuberantemente sus ideas hasta el punto de ofender sin darse cuenta quizá. En muchos casos excede lo común respecto de sus actividades sexuales, laborales, relacionales, aunque paulatinamente se desconcentre también, pierda el normal juicio, hasta caer nuevamente en la fase depresiva.

La *desolación* está referida a un ámbito ontológicamente más profundo; abarca el ánimo de la persona al igual que la depresión, pero lo hace a partir de lo más íntimo de su ser, no de su psiquis sino de su alma (cfr. reflexión tercera). Mueve a la inacción y a la pereza, y sin embargo, la persona puede sublimar la situación y salir airosa.

Contra la *desolación* no puede ni un psicólogo cualquiera, como tampoco

cualquier psiquiatra; tampoco puede doblarla medicación alguna, y los consejos que se puedan dar serán generalmente ineficaces. Inclusive muchas personas avezadas en temas espirituales no están capacitadas para ayudar a quien la está padeciendo. Ni Sócrates, ni Cristo, ni Buda, ni ningún exponente de la vida espiritual que haya servido a la posteridad para el seguimiento de una línea de conducta y que haya pasado por el estado de *desolación* le fue facilitado ningún medicamento; sí han sido tildados de cerrados, necios o locos, ya sea porque se salían de los parámetros normales o bien eran simplemente adelantados a su tiempo. Nuestra última reflexión tratará acerca de este tipo de personas, “desubicadas” para su mundo, como hoy existirán también tantos “desubicados” que con su ejemplo nos señalan nuestra propia “ubicación” existencial.

Los hombres de bien, los que pelean por causas nobles y justas, pasan necesariamente por la *desolación*, y no por eso están con la “depre”; siguen adelante porque creen en su causa. En grados evidentemente menores, y en las simplezas de todos los días, sin proyectos quizá tan ambiciosos como los de estos hombres geniales, también nosotros somos puestos a prueba a menudo en nuestros principios y nuestra conducta criticada. Quizá nos tenga sin cuidado; no lo creo; esto de que “nos tiene sin cuidado” puede durarnos un tiempo tal vez lo suficientemente largo; sin embargo, procurar crear en el espíritu una suerte de “cayo” para que nos resbalen las opiniones ajenas pueden traer efectos colaterales como la insensibilidad y hasta la soberbia. Cuando llega el sufrimiento es necesario escucharlo... no por nada golpea la puerta de nuestra existencia. En mayor o menor grado, todos somos puestos a prueba por la *desolación*, y, sin embargo, sentimos la capacidad de luchar y no bajar los brazos a pesar de esa oscuridad que nos invade. Y no es que estemos deprimidos; como tampoco significa que estemos en una fase maníaca porque en un momento experimentemos un gozo profundo llamado *consolación*, el cual nos mantiene el ánimo alto junto a deseos de trascendernos en los demás y nosotros mismos a través de lo que hacemos.

Mucha gente buscó en terapias y medicamentos ayudas para salir de su estado de *desolación* sin conseguir otro resultado del que le saquen dinero de su bolsillo y terminaran cerrándole la puerta con el pretexto de que “no sale de su pozo porque no pone nada de su parte, no se deja ayudar”. Detrás de tantos fracasos profesionales está el fundamentalismo agnóstico que no puede reconocer que existe otro campo distinto al científico, del mismo modo que existen los fanáticos religiosos que se empecinan en torturar al ser humano sin querer reconocer que hay alternativas científicas más aptas

para sacar de su sufrimiento a la persona, y gente preparada para hacer aquello para lo cual el religioso no está preparado ni capacitado.

Una de las características más llamativas es la falta de sentido en todo lo que se emprende; no es tan sólo que las cosas que se hacen carecen de sentido sino que absolutamente todo lo percibido, experimentado o hecho no tiene sentido. No se trata de “partes” sino de una “totalidad” que engloba todo comportamiento posible: los pensamientos, los deseos, los sentimientos y las acciones. Todo el *ser* está como a oscuras y en absoluta soledad.

### **Desolación, melancolía y tristeza.**

Hay que destacar que en la vida espiritual la desolación puede darse según distintos grados, en mayor o menor profundidad, y a raíz de diversas causas. En el desgano peculiar se experimentan deseos e impulsos hacia las cosas bajas en muchos de los casos, si bien, en estados más avanzados, hasta éstos desaparecen, porque no se tiene ganas de nada; manifiesta, entonces, a la desolación devenida en *desidia*.

En la quinta reflexión relacionamos al *sufrimiento* con el *mal*. Existen desolaciones que aparecen de repente, sin motivo alguno de nuestra parte; simplemente, como reparábamos con el hecho del sufrimiento, indica que algo debe ser corregido porque no está funcionando como debiera o se encuentra fuera de lugar. Sin embargo, existen otros casos en los que la causa está verdaderamente en uno; es uno el que erró por omisión o comisión y se desordena el sentido de su devenir existencial: entonces aparece la desolación. No obstante, en este punto será necesario detenernos en algo que ya hemos considerado: la manera con la que el *mal* tiende a cristalizarse y justificarse. Esto significa que difícilmente cuando alguien realiza algo malo a conciencia quiera o tenga fuerzas para reconocerlo; inclusive, cuando algo es hecho mal sin conciencia, si de pronto ésta despierta, también se necesita valor para un reconocimiento que se torna difícil de aceptar.

Es también necesario advertir que cuando a la desolación no se le presenta batalla se cae en algo más profundo y lastimoso que la mera *desidia*, porque entonces la persona tiende lentamente -aunque cada vez más rápidamente- a necrosarse ontológicamente. También hemos considerado este punto en la quinta reflexión al hablar

del proceso de corrupción. Lo peor de ello es que cuando se transita por un camino errado con o sin conciencia, el sentimiento de insatisfacción es también creciente y para sortearlo comúnmente recurrimos a alternativas que nos brinden el placer y la felicidad que no sentimos por no recorrer la existencia de modo significativo, acorde a nuestra naturaleza y con un fin trascendente.

En los tiempos de desolación, o durante el tiempo que dure una desolación, se aprecia una pesadez profunda colmada de fastidio y amargura; una sequedad inunda toda el alma hasta el punto de impedir sentirla. La persona desolada es como si deambulara por la existencia con los sentidos embotados, o peor aún, ausentes; por más que mire camina a ciegas, todo el tiempo anda con un nudo en la garganta como a la espera de que en el momento menos pensado estalle en llanto, aunque a veces, la desolación es tan vasta que se quisiera llorar como para sentir que se siente o como simple desahogo, pero ni siquiera eso funciona... no hay lágrimas. Tinieblas densas penetran todos los recovecos del ser durante períodos prolongados, y uno se pregunta *por qué semejante oscuridad*. Quienes han atravesado verdaderas y prolongadas desolaciones tienen la plena certeza de que el dolor moral es infinitamente más tremendo que el físico, pues el sinsentido lacera como sádicamente y a uno no le queda sino agachar la cabeza y seguir aguantando los golpes existenciales mudos. También lo comparan con la sensación de la claustrofobia de quien está atravesando un negro y asfíxico túnel sin visos de final y como si nunca hubiese tenido comienzo; se mira alrededor y se está absolutamente sólo, no hay nada... ni siquiera está la nada; todo ha desaparecido, no solamente el sentido de las cosas y situaciones. Es una noche sin estrellas, amarga.

Una especie de ansiedad por nada perturba al alma desolada. Y perdura. Generalmente a la desolación le siguen enfermedades corporales, somatizaciones: se sienten jaquecas, duele o se cierra el estómago, vienen náuseas, diarreas, vómitos, que en el fondo no son sino formas de intentar evacuar el *vacío* que se experimenta. Otro

---

<sup>56</sup> El término *melancolía* deriva del griego *mélaina*, negra, y *kholé*, bilis o bilis negra (atrabilis). Se refiere a un estado emocional caracterizado esencialmente por una profunda tristeza. Según una teoría fisiológica antigua, se decía que el estado de salud de las personas dependía del equilibrio de cuatro *humores*: bilis negra, bilis amarilla (o roja), sangre y flema. Por ejemplo, a lo largo de la edad media era muy difundida la llamada *caracterología humoral*, de la que se pueden encontrar muchos escritos de hombres espirituales refiriéndose a ella, buscando medios espirituales que pudiesen normalizar el estado anímico si éste se encontraba desequilibrado, o hasta aconsejando tipos de

sentimiento característico de la desolación es la *melancolía*<sup>56</sup>. La persona melancólica suele poseer un carácter triste y taciturno.

La *melancolía* es algo más que un estado resultante de la desolación, o un “estadio” dentro de la desolación en cuanto proceso. Es mucho más profundo que eso; se vaga por el sinsentido; es como la tristeza en su pico máximo y más peligroso. A la melancolía la acompañan el sentimiento de cansancio; comienza a faltar el apetito y las ganas de dormir; las fases de la ilación del pensamiento se debilitan y mezclan; progresivamente decrece la capacidad de comunicación con el entorno y comienzan los trastornos relacionales, hasta de aquellos más elementales y cercanos. En casos extremos, ante la evidencia de que no se puede salir de ella, la desesperación es tal que la melancolía deviene en una fuerte tentación de suicidio.

Heridas espirituales profundas pueden haberla provocado, o quizá la lastimadura no haya sido tan profunda, sino que, simplemente, la persona que la padece atraviesa por una situación donde sus defensas, ya sean físicas, psicológicas, morales o espirituales, se encuentran absolutamente bajas. Cuando el carácter de la lucha es espiritual es imprescindible señalarlo y encararlo como tal, porque podría quebrarse el imperceptible hilito que media entre el dolor espiritual y la patología psicológica, pasándose de la melancolía a la *depresión*. Los especialistas afirman que es muy común caer en una psicosis maníaco-depresiva tras haber atravesado un estado melancólico. La melancolía es el puente ideal entre la desolación y la depresión. Sostienen también los especialistas que las personas obsesivas están más predispuestos a la melancolía. En este ámbito interno de la persona todo pareciera confabularse en su contra; y es la melancolía como el nexo maléfico entre los mundos diseñados por la mente humana, por un lado, y la dimensión espiritual, por el otro.

Bien podríamos considerar a la *melancolía* como el umbral a atravesar para pasar de la desolación a la depresión; y, en el corazón de la melancolía anida la *tristeza* que mencionábamos al comienzo de esta reflexión, la cual, de no presentársele batalla en lo inmediato, fácilmente deviene en una patología difícil de superar. En el depresivo ocasional la tristeza está presente pero resulta más sencillo superarla, mientras que en

---

comida y bebida que equilibraran lo que, a su criterio desestabilizaba el estado del espíritu. Por ejemplo, de acuerdo al predisposición y predominio de una sustancia sobre la otra, el espíritu se bandeaba hacia un lado u otro, lo cual implicaba el estado psicológico de cada persona; por ejemplo, si era colérica, sanguínea, o flemática, caracterologías que aún hoy suelen ser utilizadas para calificar determinados estados anímicos.

el crónico está enquistada maliciosamente, y pareciera disfrutar sádicamente con el padecimiento del individuo, a quien, lentamente, va pulverizando, y lo va encerrando en sí mismo hasta el punto de transformarse en inexpugnable. El especialista que asume a este tipo de pacientes le cuesta mucho alcanzar su sanación -cuando lo logra-, como también le resulta dificultoso al menos mantenerla a raya.

Volviendo a la *desolación*, ésta termina siendo un ahogado grito de auxilio en medio de un páramo desierto. Hemos hablado de cómo es que se manifiesta. Apenas hemos esbozado cómo se causa y, si existen medios para combatirla -que, obviamente, existen-, cuáles son y de qué manera deben ser utilizados. Pero, antes de llegar a estos puntos, y aprovechando la consideración en torno a la *melancolía*, estimo oportuno ahondar en esto que hemos descubierto como denominador común de la desolación y la depresión, con sus diferencias y similitudes: la *tristeza*. En efecto, la *tristeza* se convierte en la reina y señora de ambas, es decir del pobre individuo que la padece.

La *tristeza* se experimenta como un fracaso existencial, ya sea dado en un tiempo relativamente corto, preciso y específico, accidental, ya sea en un tiempo prolongado, profunda y sustancialmente; cuando la persona siente frustrados sus deseos la experimenta, y, cuanto más sólidos y sustanciales sean dichos deseos, cuanto más arraigados se encuentren en su corazón, más duro será el sentimiento de frustración, y, por ende, de tristeza. Suele, asimismo aparecer al cabo de momentos de excesivo enojo, ira; porque, pasado ese lapso de tiempo en el que se está fuera de sí, sobreviene una sensación de vacío y pena que se afincan en el alma.

Pero lo curioso de la *tristeza* es que tiene la propiedad de aplastar de tal manera a quien la padece, que lo hace sentir incapaz de hacerle frente; no hablemos siquiera de vencerla. El espíritu apenado queda como sumergido en su padecimiento y, además, tiende a hundirse aún más, dejándose abatir por el desaliento. Porque también es propio de la tristeza enangostar al corazón hasta dejarlo asfixiado.

Otra particularidad de la *tristeza* es no querer mirar hacia delante, hacia el futuro, ni a cualquier instancia superadora de la crisis. Estanca a quien la sufre en su propio tiempo, o bien, si quiere salirse de su propio tiempo será mirando hacia atrás, hacia el pasado, hacia lo que “*debería haber sido pero no fue*”, hacia “*lo que no se hizo y debió ser hecho*”, hacia tiempos anteriores que fueron mejores. Entonces, como es lógico, no hallará salida, pero porque en el fondo no quiere salirse, ya sea por

comodidad, por pereza, por temor al riesgo, o, simplemente, a reconocer que puede plasmarse en nuevos horizontes hechuras superadoras. Esta curiosa peculiaridad de la tristeza de negarse a los horizontes futuros no se expresa solamente en ese aferrarse a los hechos del pasado que, por lo supuestamente más gratificantes, resultan mejores que los presentes -y que, por lo tanto, nunca podrían ser superados-, sino apearse a los momentos ingratos, pues de esa manera alimenta la tristeza y, con ella, la excusa para no salir al ruedo de la vida.

Es típico en tiempos de tristeza no estar con los pies en tierra, y sí con la mente en cualquier cosa, pensando y pensando, pero fuera de la realidad. El *triste* se siente desorientado y desubicado, y ese “pensar y pensar” carece en realidad de toda lógica, y, lógicamente, termina agobiando a la misma inteligencia hasta dejarla con la sensación de vaciamiento. Y así el ser termina deambulando a oscuras.

Evidentemente existen tristezas buenas, siempre y cuando no se exageren y perduren en el tiempo más de lo normal y conveniente. Hay tristezas, como ocurre con los *duelos*, que deben aparecer y cuya finalidad es la purificación interior; el llanto purifica; purifican las lágrimas vertidas por el ser querido que ya no está, o por aquel que veo sufrir sin sentido aparente; purifican las lágrimas que se derraman ante una injusticia, la experimentada en carne propia y ajena; limpian el corazón las lágrimas que reconocen el error cometido, y es un acto de grandeza cuando se es capaz de llorar por equivocaciones no sólo personales sino, también, las cometidas (por comisión u omisión) por terceros, y cuyas consecuencias sobrellevan inocentes. ¡Cuántas personas han sido curadas, en su interior y a partir de su interior, habiendo podido soltar el nudo que las ahogaba y llorar!

Pero hay un tiempo para el duelo; si persiste, lo que era bueno y auténtico, se transforma en malo y mentiroso. Muchas veces es más fácil quedarse revolcado en el fango de la *tristeza* antes que levantar la cabeza, ponerle el pecho a la vida y salir adelante. Es por este motivo que muchos relacionan a la tristeza en este estadio con la pereza, la vagancia.

Habiendo, pues, considerado la tristeza, nos es posible encontrarle el punto débil a la desolación a los fines de hacerle frente. Para hacerle frente a la tristeza y echarla del corazón hay que tener en cuenta que pueden existir medios para sortearla momentáneamente, pero si no se la encara con decisión y sabiduría, pasado el tiempo

de anestesia, a pesar de haberse tratado de una acción bien intencionada, la tristeza arremeterá con mayor fuerza. Lo que uno de nosotros suele hacer con algún amigo o conocido que encontramos desolado, es invitarlo a salir, a cenar, a beber, al cine... acompañarlo para que no esté sólo o esté sólo lo menos posible; quizá le regalemos algo que sabemos le gusta.

Si bien hay momentos en que estas cosas son imprescindibles -pero siempre dentro del marco de toda una suerte de tratamiento tendiente a contenerlo mientras dure el padecimiento-, éstos no dejan de ser consuelos pasajeros las más de las veces. La persona desolada volverá a su soledad, o bien, aún acompañada se siente sola. La misma naturaleza es sabia, y “sabe” que existen tiempos de necesaria soledad, y que, en soledad, la persona puede reencontrarse consigo misma, con su ser, y hasta puede llegar a sentir molestia en las buenas intenciones de los amigos. Nunca olvidemos lo que decíamos en otras reflexiones: el sufrimiento y sus mensajes son algo “intransferible”, y hay que aceptar, aunque nos duela, que así debe ser. Nosotros mismos estando tristes habremos sentido esa necesidad de estar solos, no sólo por la molestia que pudiese significarnos en tales momentos la cercanía de alguien, sino porque, naturalmente, sondeamos mundos internos, mensajes incomprensibles hacia fuera nuestro... buscamos respuestas, motivos de la tristeza, y algún remedio amigo que llegue a nosotros como por encanto porque ya no tenemos fuerzas para seguir buscando.

### **Una propuesta para enfrentar a la desolación.**

Seguramente, con lo dicho, no estén jamás de más los intentos por calmar el dolor, por lo que aquellos consuelos de los que hablábamos sirvan como paños de agua tibia en la frente ardiente. Pero eso tiene que realizarse al mismo tiempo en que se intenta llegar a la raíz de la tristeza, para identificarla y señalarla con un nombre... como cuando descubrimos a alguien que ha ocasionado determinado daño y sabe bien esconderse: cuando se lo identifica y señala, se lo expone, se lo pone al descubierto, tras lo cual, o se entrega asumiendo los costos que posiblemente lo rediman, o huye. Pero ya no está más. Los antiguos monjes, especialistas en los temas del espíritu -como ya hemos

---

<sup>57</sup> La palabra “antirrhética” es un medio propuesto por el monje Evagrio Póntico para evitar males espirituales que invadan al alma, e, inclusive, para sanarla. Se tratan de palabras utilizadas con sabiduría, extraídas generalmente de las Sagradas Escrituras. Su método está expuesto en su obra *Antirrhethikon*.



dicho-, llamaban a esta palabra sanadora *Antirrhethika*<sup>57</sup>.

Por eso el *desolado*, si bien debe combatir en soledad su propia batalla, sea por la causa que fuere, es preciso que abra su corazón a alguna persona *espiritual*, o conocedora de las cosas profundas del corazón humano; no esos “especialistas” que lo único que hacen en realidad es echarse incienso a sus teorías o posturas filosóficas o psicológicas, sino esa otra, la que es grande porque no se hacen notar, y que realmente sienten aquello del *Sólo sé que no sé nada*. Son éstas las personas con autoridad para hablar, para encontrar y *transmitir* la palabra sabia y adecuada, la *antirrhethika*. Ellos dirán las palabras justas, las que se adecuan a los males en cuestión; a veces no dirán nada: su palabra es el *silencio* elocuente; otras, darán alguna lectura apropiada. Conocedores del corazón, saben llegar a él suavemente, sin lastimar.

Pero, ¿cómo llegar a la raíz? ¿Cuáles son las causas por las que se puede estar *desolado*? Antes de responder a esa pregunta, y acorde a lo propuesto por el citado especialista en *discernimiento espiritual*<sup>58</sup>, debe tenerse en cuenta que se está en un período en el que debe asumirse el “trabajarse en la *paciencia*<sup>59</sup>”. La *desolación* es un tiempo de trabajo, caracterizado, al igual que la *consolación*, como

... un estado intenso: por estado, entendemos la permanencia, por un tiempo notable, de la gracia o la tentación; y por intenso -como es natural- queremos subrayar su intensidad más allá de lo normal. En forma más transitoria y menos intensa, se trataría solamente de una moción o ‘pensamiento’ (EE. 32), y no un estado<sup>60</sup>.

La *paciencia* a la que nos referimos no se limita a un mero “aguante” durante lo que dure la *desolación*, como agachar la cabeza, soportar los golpes de la vida y seguir tirando hacia delante como para no aflojar. Es mucho más profundo. Como Fiorito dice, puede tratarse tanto de un estado como de un lapso transitorio en el que se me cruzó un pensamiento o un sentimiento que me dejó mal, triste; es como cuando decimos que “*algo aquí no termina de cerrarme*”, indicio de que no es bueno o que en la materia de discernimiento algún cabo suelto hay. Pero nosotros estamos abordando específicamente el tema de la *desolación* en cuanto “estado”, y, durante el tiempo (generalmente prolongado) que ésta dure, trabajarse en la *paciencia* significa saber que

---

<sup>58</sup> Ignacio de Loyola.

<sup>59</sup> *Ejercicios Espirituales (321), Regla de discernimiento n° 8*. Op. cit.

<sup>60</sup> Fiorito, Miguel Ángel, op.cit., pg.138.

estamos moviéndonos en un terreno apto para cometer macanas, en el que tenemos las defensas morales, espirituales, psicológicas, y hasta las físicas, por el suelo. Es tiempo “para cometer *errores*”. Y, lo que es peor: si los cometemos y no nos percatamos, o nos podríamos percatar pero no lo reconocemos, entonces nos hundimos más aún, y la salida se torna más difícil; como si se quisiera salir de la arenas movedizas en las que nos hundimos.

Paciencia, humildad; saber que viene tiempo de *soledad*, pero que debemos saber pedir ayuda. Y, como se trata de un período y estado de turbación apto para hacer las cosas mal, ya de por sí la tendencia es a hacerlas mal; entonces, con cuánta más razón no será correcta cualquier salida que busquemos ante tanta desesperación. De allí el consejo de Ignacio de Loyola: “*En tiempo de desolación, nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba en la anterior consolación*<sup>61</sup>”. Esto quiere decir, que cuando se está mal, cuando se ve todo negro, cuando lo que hacemos y cuanto nos rodea tiene aroma de muerte, no hay que tomar nuevas determinaciones ni cambiar de rumbo, si es que lo que me mueve a intentar hacerlo es presuponer que lo que en algún momento decidí no estaba bien en realidad, y por haberlo elegido terminé como me encuentro Ignacio de Loyola es claro (y sabio) en su consejo: si lo decidiste durante un momento en el que te encontrabas bien, la duda e incertidumbre de ahora tienden a destruirte, más que el mero hecho de no seguir adelante con tu emprendimiento.

Posiblemente tengas que renunciar al propósito, o hacerle algunas enmiendas; pero lo sensato es hacerlo cuando las aguas se calmen, veas con más tranquilidad, y tus decisiones estén signadas por la alegría y la paz interior. No es sino un llamado a la *perseverancia*, a ser constantes a pesar de la adversidad. Si a pesar de la prueba uno sigue adelante, no solamente se temple, sino que aprende a distinguir las acciones significativas a través de señales que le tiran en contra, y que, corrido su velo, aparecen otras señales que le van orientando con *sentido* por la vida. Es decir, que se puede *sentir* con *sentidos interiores* (llámense intuición, premonición, certidumbres, etc) que se transita por el camino que debe ser transitado, eligiendo correctamente lo que *debe ser*.

Pero Ignacio de Loyola va más allá aún: “... *dado que en la desolación no*

---

<sup>61</sup> *Ejercicios Espirituales (318), Regla de discernimiento n° 5. Op. cit.*

*debemos mudar* (es decir, “cambiar”) *los primeros propósitos, aprovecha mucho el mudarse intensamente contra la misma desolación*”<sup>62</sup>. Decíamos que en momentos de desolación nuestra tendencia es a hacer lo incorrecto, a “meter la pata”; es más, nos sentimos movidos a hacer cosas malas, como responder a los bajos instintos o buscar algo embriagador para evadirnos del mal rato. *Mudarse intensamente contra la misma desolación* significa algo más que un simple “contenerse” mientras duran los deseos de hacer lo malo (o no hacer lo bueno), sino, además, hacer justamente lo contrario. Siento ira, y, por lo tanto, ganas de gritar a un ser al que en realidad quiero... pues entonces, ir y abrazarlo, besarlo. No deseo ayudar a alguien por siento que no se lo merece: proponerle mi ayuda y quedarme más tiempo del justo y necesario si me la acepta. No quiero trabajar (porque la desolación promueve la pereza precisamente): trabajo el doble.

¿Se trata de una actitud voluntarista, estoicista? No, aunque pueda parecerlo; es una actitud que mueve a la esperanza. Sabemos que un conflicto interior tiene que llegar necesariamente a su punto *extremo* antes y para ser resuelto. Es eso llegar a la raíz del mal. Pero si, mientras tanto, bajé los brazos, el mal me habrá liquidado, y ya hemos visto hasta qué puntos podemos llegar si no nos prevenimos y antepone un coto a las insinuaciones que se nos presentan internamente durante la desolación. No es un gesto estoico, es simplemente decirle al mal: *No me vas a vencer; te voy a vencer yo*.

Tenidas en cuenta estas consideraciones relativas a la *desolación*, finalmente nos queda responder a las causas que la motivan. Quiero resaltar que no me estoy refiriendo a la *depresión* ni a algún abordaje de tipo psicológico, ni -mucho menos- médico. Se trata de llegar al núcleo para encontrar el consejo (la palabra *antirrhetica*) acertado<sup>63</sup>.

Decimos que nos sentimos bien, *consolidados*, en tiempos en que lo que hacemos no carece de *sentido*; nuestro transitar se manifiesta significativo en todos nuestros quehaceres, como si todo concurriera en un punto lógico y estuviera en su sitio justo, ordenado a un fin, y un fin que es bueno. Pero la vida tiene sus nubarrones; cuando ese trabajar ordenado se vuelve rutinario, hasta tedioso, vienen las ganas de no hacer nada, o bien, cuando algo se sale de ese “orden” y no nos entra en la cabeza cómo es

---

<sup>62</sup> Ibidem, EE. 319, *Regla de discernimiento n°6*.

<sup>63</sup> Cfr. ibid. EE. 322, *Regla de discernimiento n°9*.

posible que ahora no le encuentre sentido a esto que supuestamente estaba bien. También aparece, como es lógico, el cansancio, ya sea por el trabajo mismo, ya sea por la monotonía que el mismo significa. Entonces bajamos los brazos; de allí a la pereza no existe prácticamente espacio ni tiempo; luego viene el aburrimiento, luego el sentimiento de descorazonamiento... la decepción... el desencanto. La *desolación*. He aquí una primera causa. En otras palabras, *no hacer lo que se debiera*. Es ésta una causa originada en nosotros mismos; conciente o inconcientemente nos la hemos buscado, y la encontramos. Ante esta causal la *desolación*, paradójicamente, puede significar un estado de potencial reparación; esto puede ser así sólo siempre y cuando el desolado re-conozca su mal o error, para lo cual necesitará de mucha humildad para entrar en la intimidad que sólo brinda el recogimiento interior. Aceptar estar desolado es aceptar estar *sólo*. Un soberbio jamás lo aceptaría. ¿Quién se rendiría ante sí?

Otras veces la causa es, por explicitarlo de alguna manera, una *prueba*. De hecho se trata de una prueba. La desolación, aún esa que nos hemos buscado es una prueba. Pero se convierte en verdadera *prueba*, con “origen” en *otra* prueba, cuando nos viene sin haberla buscado, sin haber hecho -al menos en apariencia y a conciencia- nada para que así ocurriera. Puede tratarse de una enfermedad, de la experiencia de algo injusto, inmerecido; la falta de trabajo; impotencia de ver que no podemos llevar algo a nuestra mesa para que los hijos llenen el buche; la muerte de un ser cercano... Incontables posibilidades que entumescen al corazón, anulan al entendimiento y amordazan nuestra boca. Los ojos se nos han secado. Aquí también sólo es posible hallar *razones* desde la soledad que implica el carácter intransferible del sufrimiento, con sus mensajes tan personalísimos. En este punto habría que pararse del otro lado de la pregunta en torno del sufrimiento; porque, por más buena intención que aparente, si se escarba un poco -como en alguna parte ya comentamos- nos persuadiremos de que detrás del “por-qué-hay-sufrimiento” existe una dosis de omnipotencia, porque de algún modo no se acepta la contingencia: ¿sufro, realmente, por el dolor del otro? o, más bien, ¿sufro porque existe sufrimiento (y puede tocarme a mí) y el mundo no es perfecto como quisiera?. Colocarme del otro lado de la pregunta significa tener la humildad de reconocer que es imposible encontrar una respuesta que sólo puede hallar quien padece; significa situarme de alguna manera en el lugar del otro, y aceptar que quizá él sí, en virtud precisamente del sufrimiento, llegó a conocer una respuesta que no admite explicaciones ni halla palabras para hacerlo, simplemente porque no se necesitan. Sonará mentecato lo que voy a decir, pero pienso que a veces, en el fondo, hasta se puede oler un dejo de envidia en quien no vive el dolor y lo cuestiona.

### **Ámbito y logro del combate interior.**

Pero otras veces, si bien tampoco nos hemos buscado la *desolación*, ésta nos visita. Al comienzo, aturdidos, no podemos entender qué pasa, por qué nos sentimos así. Sin embargo no es sino el comienzo. Entonces comienzan las preguntas sin respuestas. Recién después de haber tocado fondo, ¡abrimos los ojos!, entendemos. Se dio también una suerte de prueba, pero, en este caso, diferente. Porque así como el dolor es un síntoma de que algo no está en su sitio, o bien, de que algo tiene que cambiar para mejor, para “evolucionar”, así también la desolación nos va marcando qué cosas no andan bien. Tratándose de un *estado*, se trata de algo aún más profundo, con verdaderos alcances existenciales. Porque entonces toda nuestra vida, como todo nuestro *ser* se nos replantea para re-acomodarse y evolucionar. Pensaba que transitaba por el camino correcto; de pronto todo se tiñó de gris oscuro; no es porque necesariamente estuviera haciendo mal las cosas. Las estaba seguramente haciendo bien, o bien intencionadamente; pero tuve que caer en este estado para darme cuenta que sin la crisis hubiese seguido siendo “el *mismo*”, haciendo “más de lo mismo”. A través de las crisis no solamente se madura; además se profundiza en el *sentido* de las cosas, en los *sentidos* que esconden en sí, en los *significados* de las acciones personales, comprendiendo cada vez con mayor claridad que todo confluye en un punto, y que todas las acciones de todos los seres convergen en un término, un *término* que otorga a todo lo existente una *unidad* y un *sentido trascendente*.

Pero ¿en qué consiste de suyo ese proceso de interioridad irreductible y transformador de la persona en soledad y desolación? El encuentro consigo supone un proceso realizado en lo profundo de su propio abismo, y conforma la *esencia* de su *salto ontológico* (cuya peculiaridad consiste en transformarse pero permaneciendo el mismo). O quizá es que, precisamente, des-vela su esencia.

A partir de lo expresado en las causas de la desolación, y en su captación como proceso, nos queda concluir que dicha transición de encuentro con-sí-mismo comprende tres momentos o estados progresivos: re-conocimiento (*anagnóresis*), arrepentimiento (*metanoia*), y cambio (*epistrephe*).

*Reconocimiento* no necesariamente de errores o males morales, porque, como

vimos, no siempre en la base de la desolación están presentes estas debilidades (que, por otro lado, son expresión de *libertad*). Significa re-conocer, *distinguir* lo que no está en su sitio y debe ser reordenado, que también es un mal, por más que no sea moral, porque nos hace sufrir.

*Arrepentimiento* no debe ser necesariamente interpretado religiosamente. En el caso de la equivocación, premeditada o no, como del mal moral, arrepentirse significa también tener la *grandeza* de la aceptación del error y, en caso de que así corresponda, saber pedir perdón.

Y, finalmente, el *cambio*, hacia el cual los estadios anteriores están orientados. Si no se produjera el mismo, los otros no tendría sentido. Pasada la lucha, el ser humano triunfador no es ya el mismo. Es un cambio silencioso; la misma persona lo siente, pero, además, lo advierten los de su entorno. Se trata de un triunfo sereno; el signo de que se ganó una batalla o una guerra absolutamente diferente a cualquier otra es que no es ostentada; no hace falta levantar brazos ni gritar victoria, no es “triumfalista” pues el que pasó por el trance sabe que no hay de qué festejar; descubrió su contingencia, pero, gracias a ésta, alcanza el conocimiento interno de hasta dónde puede llegar el hombre en esta lucha distinta, seguramente más difícil que cualquier otra porque es necesario sumergirse al campo más complicado e incierto: el de su propia interioridad, hasta entonces imprevisible. Y con armas distintas, absolutamente no convencionales, difícil de ser aceptadas y tomadas.

Ignacio de Loyola culmina dándonos un consejo sapientísimo para el momento del triunfo, es decir, de la *consolación*: “... *el que está en consolación, piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando fuerzas para entonces*”<sup>64</sup>, para luego advertirnos: “... *procure (...) pensar cuán poco es en el tiempo de desolación...*”<sup>65</sup>. Con esto no sólo persigue que no nos sintamos seguros de nosotros mismos, pero, sobre todo, que no bajemos la guardia. Un soldado que vence su batalla más difícil, sabe bien que no será la última, y que la siguiente, por la preparación y conocimiento adquirido, será más profunda, siempre ordenada a un sentido último.

---

<sup>64</sup> Ibidem, EE. 323, *Regla de discernimiento n°10*.

<sup>65</sup> Ibidem, EE. 324, *Regla de discernimiento n°11*.

*REFLEXIÓN OCTAVA*

**“AGONÍA Y PUNTO CRÍTICO”**

## Reflexión octava

### “Agonía y punto crítico”

Una vivencia que acompaña a la crisis a manera de “correlato” es la *desolación*. Cuando reflexionemos en torno al sentimiento de *desnudez* existencial ahondaremos más en ella, en sus significados y en los medios que pueden ayudarnos a sobrellevarla.

Cuando hay crisis hay desolación, así como cuando estamos desolados significa que hemos entrado en crisis. Esto último, que parece una obviedad, no lo es en la vida del hombre que busca realizar su existencia en forma significativa, es decir, procurando salirse de la medianía con la conciencia de que su paso por el mundo tiene algún sentido concreto que lo trasciende, que va más allá de sí, y que es importante no sólo para él sino para todo lo que no es él, como puede ser alimentar y promover lo bueno y creativo, evitar y combatir lo malo y destructivo, etc.

Porque sabemos que la crisis hace su aparición de repente, y somos concientes debió de haber un disparador que la puso en marcha, por más que no siempre sepamos de él, aunque debemos preocuparnos por sacarlo a la luz como parte de nuestra tarea de evolucionar y conocernos. Esa así que, en cuanto a dicho “disparador” resulta indispensable ahondar, para que el día de mañana sepamos precavernos convenientemente y no nos auto-destruyamos como muchas veces suele suceder sin saber a que se deben esos bajones, como esas ganas de bajar los brazos sin motivos aparente, o, simplemente, bajarlos porque ya no queremos hacerle frente, no sólo al motivo de la lucha, sino a esa porción de naturaleza nuestra que busca huir del conflicto.

La desolación, en cambio, no siempre es consecuencia de un hecho más o menos conciente que la provocó; las más de las veces nos encontramos en medio de ella como un navegante que estaba dormido y que, al despertar, se descubrió a sí mismo perdido en medio de un océano a la deriva.. La vida personal tiene un rumbo, el cual se realiza siempre y cuando la persona persiga cumplir su destino. Lo mismo ocurre con la



desolación: de pronto nos encontramos en medio de ella. Si en la vida hemos perdido el rumbo por elegir mal, ya sea premeditadamente, ya sea sin intención, no consumaremos nuestra debida felicidad.

Se puede estar desolado por hacer mal las cosas, por lo tanto, toda nuestra existencia entrará en crisis hasta que logre “reubicarse” como corresponde; pero este “haber hecho algo de manera equivocada” que nos tuerce el rumbo no siempre es fruto de habernos trampeado o haber eludido el planteo de nuestro destino personal. Otras veces nos encontraremos en medio de la desolación por algo más hondo -y que por eso mismo cuesta- precisar, aunque también indica que no estamos en el rumbo correcto: efectivamente, hacemos las cosas que creemos o suponemos buenas, que estamos caminando en el sentido justo; la desolación será entonces algo paradójico: su oscuridad nos ilumina, porque nos indica que no es por allí por donde debemos transitar; y, hasta descubrir el sendero que nos es propio y que nos personaliza permitiéndonos ser nosotros mismos, estaremos desolados, por más que paulatinamente vayamos saliendo de esa situación. Se está en crisis, y lo aceptamos porque asumimos que estamos en desolación y que tenemos la determinación de hallar y hacernos cargo del rumbo del propio destino.

Cuando se entra en crisis, la experiencia personal es la del desconcierto profundo, de sentirse desacomodado totalmente: primero en un ámbito inmediato a la percepción personal, algo así como determinada rutina, algo que normalmente hacíamos y que naturalmente nos salía bien, que ni siquiera poníamos en duda. Pero, de repente, nos sentimos descolocados; esa obviedad ya no es tal, sale mal -o distinto-, y no entendemos a qué se debe. Luego empezamos a percatarnos de que no es sólo eso lo que no está en su sitio... absolutamente todo se nos aparece mal o fuera de su lugar, que todo nos sale al revés, como si los hados de nuestro destino se hubiesen puesto de acuerdo y confabulado en nuestra contra.

Lo que estamos experimentando no es sino una suerte de *ruptura*; y es así, porque el orden que suponíamos establecido en nuestra existencia se rompe como por encanto, en nuestros quehaceres diarios, en nuestra historia personal, en el sinsentido que lo va paulatinamente invadiendo todo. Lo que antes veía mal ahora lo veo peor y sin solución. Comienza, entonces, a formarse un círculo vicioso, porque no sólo nosotros nos percibimos mal y vemos que las acciones caen en el fracaso, sino que, además, sentimos que los demás nos ven mal (nos vean así o no). Se quiere hacer pie y no se

puede. Se trata de la vivencia de la desestructuración.

Al hablar de *punto crítico* hablamos de lo que pareciera consistir en un cruce de opuestos: el bien con el mal, la belleza con el espanto, el coraje con el miedo, la justicia con la injusticia, la paciencia con la ansiedad destructiva y desbocada, la certeza con la incertidumbre, la fe con la duda, la esperanza con la desesperanza devenida en desesperación... el sentido existencial más hondo con el absurdo. La distancia entre la desolación y la consolación no se mide cuantitativa sino cualitativamente, pues el paso, si bien es expresado existencialmente, es *ontológico*. El ser personal es absorbido como por un torbellino de sentimientos inenarrables, nacido en el seno del abismo de lo humano, hasta caer en lo más alto de la cima de sus logros. Los opuestos vivenciados en este *punto crítico*, como ya en algún momento lo advertimos, son como términos en tensión; el individuo que lo vive, como una experiencia tremenda y vertiginosa, nota que son extremos que pueden acercarse hasta niveles infinitésimos, pero que en ningún momento se tocan; mucho menos pueden mezclarse. Se trata como de un torbellino de sentimiento y vivencias, muchas de las cuales no se las percibe a conciencia pero sin embargo se mueven y arremolinan en el interior del ser conflictuado. El más santo es el más tentado; el de ojos y mirada más penetrantes son los más propensos a querer huir; el de la alegría más genuina y profundamente fresca tiende a la tristeza amarga y oscura. Todo esto es lo que se vive cuando se intenta cargar acertadamente con las *rupturas*, que siempre son dolorosas si las aceptamos. Y si les escapamos, otro tipo de dolor nos atraparé, mucho más difícil de hacer que nos suelte.

Afirmar el hecho de un cambio de orden ontológico no significa que se pase a *ser* otro distinto. A menudo solemos decir de alguien que a pasado por alguna situación difícil que “está cambiado”, o bien, que “*es* otro”, que se lo ve *distinto*. Cabe decir que el sujeto no pasa a ser otro distinto, sino que sigue siendo el mismo; de suyo, la distinción referida no deja de ser un “modo” de decir que se lo ve cambiado; lo que ha ocurrido es que se ha realizado una perfección, del mismo modo que puede llevarse a cabo una “imperfección”, de la misma forma que algo se corrompe. La persona que es capaz de atravesar por una *crisis* valiente y adecuadamente despliega sus potencialidades como su propia naturaleza se lo exige. De hecho, todo aquel que no es capaz de desplegar sus potencialidades para realizarse según su capacidad natural, como quien no hace producir sus talentos al máximo, queda en la mediocridad y no puede ser plenamente feliz. A mayor realización, mayor felicidad. Esto significa “llegar a

*ser*” lo que “*se debe ser*”. Como lo que se experimenta en todo el ser en el momento crítico es una sensación de *ruptura*, vale la aclaración: se “rompe” dentro de uno algo, pero es la forma de expresar ese quiebre intenso y doloroso que nos empuja a esa especie de vacío existencial, de amargura y amordazamiento de toda expresividad; es decir, se afirma la “ruptura” en sentido figurado. La cosa es mucho más profunda, y tiene que ser así si queremos “llegar a *ser*” alguien, como “llegar a ser *algo*” en la vida, dejarles a nuestro hijos y semejantes algo, una parte de nosotros mismos, la existencia propia misma.

Se da un cambio; desde la aceptación en su estado final (que supone haber traspasado el umbral crítico) el cambio se expresará en todo el comportamiento del sujeto, a partir de un contacto directo con la realidad circundante, conformada por los elementos del mundo, las demás personas y todos los entramados relacionales, porque a partir de su experiencia de la *nada*, es como si todo pasara a ser desvelado en su justo sitio, el que verdaderamente ocupa en el concierto del cosmos; el *ser* personal mismo, de alguna manera, se hace uno con el resto de la realidad. La conducta, los discernimientos, las decisiones... todo experimenta una mutación madura signada por una humildad que hace sabio al individuo.

Los tiempos de crisis son ciertamente espacios privilegiados de creatividad. Se suele calificar a una crisis como una “oportunidad”; sería la oportunidad de poner las cosas en su debido sitio, pero, además, la oportunidad de hacer aparecer lo que permanecía oculto, capacidades escondidas; sería algo así como un período de reestructuración, pero reestructuración “enriquecida”, potenciada. Por más oscuro que resulte el tránsito de la crisis, éste es conducido de modo más o menos conciente por quien la padece. En efecto, aún a oscuras se camina con *conciencia de la oscuridad*, se transita con la capacidad de autodeterminación intacta, por más que no sea bajo la tutela de una finalidad clara, sino decidiendo según las circunstancias internas y externas se van manifestando y le van dictando. Al detenernos luego en el tema del discernimiento, veremos en la *paz* interior el signo más acabado de que una determinación es la correcta o que está en el camino correcto. Cabe también destacar que así como un período crítico se transforma en sustrato posible de creatividad, todo momento de creatividad no necesariamente seguidos de una crisis supone -sin embargo- una crisis: como la mujer cuando da a luz experimenta un gozo inefable y, no obstante, sufre, así en todo momento de creación, no obstante experimentar fruición, también se padece.

De lo que no queda duda alguna es que se percibe una “ruptura”, es decir, la experiencia de que todo se rompe. Pero igual de cierto es que de esa ruptura surge lo nuevo, como brota una flor de en medio de un pantano. Lo importante de esto es que el sujeto en crisis puede salirse de ella y no quedarse estancado; se trata de la experiencia fascinante de la creatividad, que nos arranca de la ciénaga para, de pronto, descubrirnos en aires frescos y puros, impidiéndonos estancarnos en el dolor, lo cual nos arruinaría para siempre. Lo más probable es que no nos podamos percatar a simple vista, pero todo estado crítico posee un correlato de *esperanza*. Es difícil hacérselo notar a quien le toca cargar con el dolor, aún para aquel que puede afirmarlo con conocimiento de causa (el cual, seguramente, porque conoce de qué manera se actualiza la *esperanza*, sabrá que el camino correcto es estar presente a través del silencio). La elaboración de la crisis es un proceso de *duelo* muy personal y que, como tal, debe ser realizado en soledad. De acuerdo a esta realidad, quien pretenda acercarse con mano amiga tiene que saber que es suficiente hacerlo en absoluto silencio; quien sufre sabe que necesita ser ayudado, pero lo que no puede saber es en qué puede consistir esa ayuda, lo cual hace a su dolor e impotencia más agudos todavía. Pero ver que allí se encuentra alguien que intenta comprenderlo resulta como un bálsamo que apaga en parte la sed que lo consume. El imperativo de soledad y silencio no menguan en modo alguno la importancia de la cercanía de algún buen samaritano que lo cobije.

La vida entera misma es crisis, puesto que todo sujeto está continuamente cuestionándose, buscando respuestas a sus inquietudes, como tratando de sentir el origen de la voz que desde lo más profundo de su corazón le está llamando; y esto ocurre hasta su muerte. Una vida llevada a cabo con significatividad presupone no sólo un continuo balance del devenir de la propia existencia, sino un estar continuamente elaborando dicho devenir y las concreciones creativas que brotan desde lo más profundo del propio ser. Dichas concreciones no se plasman únicamente en el plano de lo constatable exteriormente, a través de las manos o de decisiones de las que se siguen obras concretas; también se crean pensamientos fecundos, productivos; sentimientos nobles y de bien que generan círculos virtuosos; y, tanto dichos pensamientos como los sentimientos guardan en potencia el alumbramiento de cosas buenas, pero que, como todo alumbramiento, conlleva sus costos, su cuota de sacrificios. Si la vida entera es realmente significativa, la vivencia del padecimiento signa el transcurso total de la vida, y el ser humano que así lo experimenta puede estar seguro que deja una huella

indeleble para la posteridad.

¿De qué manera puede la persona que padece elaborar estas formas concretas de duelo? Ya hemos reflexionado acerca del hombre como un “ser situado”, ubicado en un contexto circunstancial tanto externo como interno que, si bien no lo predetermina (pues significaría afirmar que no estamos hablando de un sujeto “libre”), sí, al menos, lo condiciona en mayor o menor grado, lo cual implica una mayor o menor grado de responsabilidad en sus determinaciones y, por ende, en el ejercicio de su libertad. El ser en crisis es libre y, paradójicamente, no es enteramente libre al mismo tiempo. Cuando los momentos críticos llaman a nuestras puertas, se dan en nosotros dos cuestionamientos simultáneos: el primero es al motivo de nuestra inquietud; el segundo recae sobre cada uno de nosotros mismos; es así que, cuando hablamos de la búsqueda de sentido existencial para nuestra propia vida, estamos buscando respuestas que nos expliquen qué es lo que está aconteciendo exactamente y por qué; es decir, perseguimos los significados de aquello que nos inquieta, de la situación que provoca en cada uno, y del cambio mismo que provoca sustancialmente en nosotros (por más que parezca un simple hecho circunstancial).

Debemos hacer hincapié en que los períodos críticos no son puntuales, si bien es “puntual” el momento preciso y exacto en el que se traspasa lo que denominamos “umbral crítico”, esa instancia de sensación de quiebre en el que sentimos que es imposible seguir adelante y, sin embargo, “hay que seguir adelante sí o sí”, es decir, hablamos del punto crucial o crítico en que se debe dar el paso absurdo, o como sería mejor dicho, el paso “hacia” lo absurdo. Cruzar dicho umbral supone llevar adelante lo que no tiene explicación con una hipotética certeza de que, por más que no lo comprendamos, sí tiene sentido; es como un “salto” al *vacío*, cerrando los ojos y abriendo los brazos en absoluta docilidad. Es cuando el ser personal se percibe “uno” con la *nada*. El tiempo, entonces, si bien se lo capta como en sucesivas instancias, no es cronológico, sino más bien *ontológico*; no hay un cambio puntual: se da un paso en determinado instante que sí termina resultando “puntual”, pero se da en el medio de un proceso ontológico compuesto de muchas experiencias que requieren de elaboración meticulosa. Por otro lado, el momento crítico es tan agudo que podría llegar a dejar heridas, marcas. Por eso, independientemente de la elaboración del tiempo crítico, existe otra elaboración: la de las consecuencias que dicha experiencia trae aparejadas: las problemáticas abordadas son resueltas, pero requieren más tarde de un tiempo de

maceración pausada, paciente, tranquila, en donde las zonas del propio ser afectadas deben ser *reparadas*. Este proceso de *reparación* es también una elaboración crítica, aunque más descansada y bajo el amparo de la certeza de que lo que debía de ser alcanzado lo ha sido.

*REFLEXIÓN NOVENA*

**“LIBERTAD Y AUTENTICIDAD”**

## Reflexión novena “Libertad y Autenticidad”

### **Discernimiento e interioridad.**

Llegamos ahora a una instancia donde convendrá distinguir la realidad del sufrimiento, de por sí dramática, de la búsqueda de su razón en el concierto de la totalidad de la existencia personal, que también es dramática. Y digo “distinguir” porque, en la vivencia de estos casos dolorosos lo característico es precisamente el *dramatismo*. Ahora bien, si no discriminamos adecuadamente el dramatismo propio del sufrimiento del de la búsqueda de su significado para la vida personal caeremos inevitablemente en el hecho de mezclar cuestiones con sentidos y fines diversos en esa suerte de oscuridad por la que atravesamos. Se trata de dos dramas distintos, aunque ciertamente vividos en el mismo tiempo.

En la presente reflexión abordaremos el tema del *discernimiento* que difícilmente sea tenido en cuenta cuando se trata de acompañar a quien está padeciendo. Repetimos que el padecimiento posee un carácter intransferible, pues no podemos alcanzar (ni corresponde) su más honda intimidad, lugar donde se resuelven los interrogantes existenciales. En definitiva es él quien debe hacer uso del discernimiento; lo que, tal vez, esté en uno que quiere hacer algo en esos momentos dramáticos, es activar el mecanismo del discernimiento, ponerlo en marcha delicada, criteriosa y pedagógicamente y acompañarlo. Quisiera hacer hincapié en esto de “acompañar” porque todo aquel que se presente -como ya hemos dicho sobradamente, y que nunca estará demás para no perdernos por la natural tentación de la autosuficiencia tan natural en el ser humano- queriendo tender una mano al que atraviesa su tribulación, difícilmente lo tenga en cuenta. Y, como la elaboración y desvelamiento de sentido es tan personalísimo, lo



único que nos queda es, primero, intentar comprender para alcanzar al menos en parte el nivel de la compasión (con-pasión); en segundo lugar, expresar con humildad, a manera de mano tendida, la opinión acerca de si los cuestionamientos propios del proceso de elaboración parecen acertados o no, y si las decisiones brotadas de la personal elaboración aparecen como las más atinadas.

Esta referencia a la humildad es imprescindible, porque uno que quiere ayudar reconoce por un lado que no tiene la respuesta justa, porque, como decíamos, el problema es del otro, intransferible; muchos que se acercan no son sino lobos vestidos de corderos, que es como decir, un conjunto de gestos dadivosos y suaves (¡seductores y tramposos!) que esconden una importante dosis de soberbia sabelotoda. Pero, además, la persona que sufre, por más que no pueda expresar lo que vivencia en su soledad, puede sentir al menos contención y confianza si percibe en aquel que se la acerca preocupado por su llaga humildad. Para alguien que sufre no existe nada peor que sentirse invadida, porque equivale a experimentar un atropello a la propia intimidad y dignidad.

Hablamos de *discernimiento*. El que padece es quien debe discernir; el discernimiento es el camino en la búsqueda de sentido del sufrimiento. Decíamos que el sufrimiento guarda su propio drama; la lucha por hallar su significatividad guarda el propio, y, sin embargo, ambos se dan en un mismo tiempo. Urge separarlos, y urge no equivocarse el mensaje que trae a nuestra particular existencia el trance amargo por el que debemos atravesar. Como vemos, se trata de dos instancias distintas. En la elaboración de la crisis hay que andar muy despacio, se necesita ser muy pacientes. Como ambas instancias corren unidas se las vivencia como una, y la prudencia indica que no hay que darle espacio alguno al atolondramiento lógico que se puede experimentar queriendo salir ansiosamente de la situación. Es común apelar al “pensamiento mágico” ya considerado en reflexiones pasadas como salidas rápidas y fáciles, y que no hacen otra cosa que embarrarnos aún más.

El *discernimiento* supone precisamente *prudencia*, cautela, y la capacidad de distinguir las cosas para resolverlas adecuadamente, no sólo para salir del atolladero subjetivo en el que nos sumerge el sufrimiento o momento crítico, sino, además, para hacernos seres capaces de alcanzar significados a los que difícilmente sea posible llegar por la vía racional, porque éste involucra todo el *ser*. Una vez alcanzado el discernimiento y que nos hallamos servido de él para la comprensión de la situación dolorosa que nos visita sin habernos pedido permiso alguno, entonces lograremos

entender dos cosas esenciales para la conquista del significado de toda nuestra existencia y de cómo concurren en dicho significado general todos nuestros debates internos, opciones, determinaciones, acciones y emprendimientos: todo está amparado por un sentido.

Ya hemos aludido a que toda elección, esto es, toda permanencia existencial ante una encrucijada, por insignificante y superficial que parezca (cabe destacar que ninguna opción es superficial, porque las decisiones más pequeñas suelen engendrar cambios enormes con alcances no siempre sospechados; es que es uno mismo quien es limitado) entraña un carácter dramático. La vida entera del hombre en este mundo es dramática, y, con la misma capacidad y entrenamiento del que nos servimos para sortear cada crisis, sortharemos la crisis más significativa, la que de alguna forma guarda como el índice programático de las innumerables luchas de toda la vida. Para comprenderlo mejor: la crisis grande que supone atravesar por un padecimiento a partir del cual, sabemos, no seremos exactamente los mismos, encierra como la información genética de toda nuestra vida de lucha para des-velarnos, para alcanzar nuestro destino, en cuyo marco las elecciones que tomemos serán más acertadas. Es la razón por la que la tarea de *discernir* nos facilitará la comprensión no sólo de por qué el dolor, sino de qué sentido tiene mi estancia en este mundo, dentro de lo cual concurre sabiamente el estadio del sufrimiento.

### **Acepciones del término *discernimiento*.**

Al hablar de *discernimiento* hay que distinguir entre dos acepciones en su concepto: discriminar y distinguir para separar (como quien separa el trigo de la cizaña<sup>66</sup>), por un lado, y elegir apropiadamente, con sabiduría, lo que es bueno y que conviene. Este punto es importante en esto de querer aconsejar al que atraviesa por su trance doloroso, porque la experiencia de uno no siempre implica una posibilidad certera de ayuda para el otro; le ayudará quizá al sufriente considerar la intención y la buena voluntad de la ayuda; sin embargo, lo que es bueno para uno no necesariamente lo es para el otro. Es más: a menudo lo que ha servido de ayuda a uno ha herido a otro, porque

---

<sup>66</sup> La cizaña se caracteriza por su similitud con el trigo; en la parábola de la “Cizaña”, Jesús advierte que se corre el peligro de confundirla, no sea cosa que queriendo con buena voluntad arrancarla se termine por quitar el trigo.

deben ser considerados las situaciones con sus contextos, la naturaleza de la persona apremiada, su subjetividad, etc. Las dos acepciones aludidas del *discernimiento*, separación distintiva y elección de lo que es bueno y conviene, son traducidas por el griego en su versión de la coiné como *diakrino* para lo primero, y *doximázo* para la segunda. Ambas se traducen por discernimiento, pero significando aspectos diferentes. Bástenos saber que para elegir correctamente primero es necesario saber distinguir, separar, zarandear las situaciones que nos vienen dadas complicadas y que a oscuras aparecen mezcladas como si fuesen una.

En las situaciones de dolor y sufrimiento, seguramente de lo que uno menos tiene ganas es de ponerse a “considerar” cuestiones que parecen meramente especulativas como insignificantes, como detenerse a mirar si la pintura asfáltica de la barca resultó ser la más resistente en medio de la tormenta en momentos en que uno se debate entre la vida y la muerte. Sin embargo, se da necesariamente un momento en que la pregunta nos asesta el golpe exigiéndonos respuestas, y son precisamente los momentos críticos los que gestan las más significativas respuestas.

En las dos vivencias simultáneas (sufrimiento y elaboración crítica del mismo) podemos encontrar, como si se tratara de un patrimonio cromosómico en el que se encuentra programado biológicamente el futuro, el programa de lo que constituirá su tarea existencial: con el mismo modo de encarar un padecimiento hará frente a cualquier situación crítica que se le presente, y, viceversa, el sufrimiento por el que atraviesa signa intensivamente, aunque de modo peculiar e imprevisible, los particulares dramas que suponen sus opciones vitales y acciones.

Para discernir convenientemente es necesario experimentar desde lo profundo del corazón la *libertad*; pero esta libertad, a diferencia del “querer hacer lo que a uno le venga en gana”, consiste en estar absolutamente despojado de prejuicios, preconcepciones, deseos que obnubilan la mirada, obstáculos emocionales, afectivos que se convierten en impedimento para tener un juicio transparente y sano y poder así elegir bien, es decir, sin ataduras de ningún tipo. Una persona que experimenta este sentimiento posee una actitud frente a la vida que le permite ser realmente libre, como si no tuviese que rendir cuentas a nada ni a nadie; es dueño y señor de sí mismo, habrá alcanzado seguridad. Pero, sin embargo, el costo siempre será doloroso. En este camino, como ya lo hemos dicho, la persona que atraviesa por el sufrimiento, un enfermo -por ejemplo- se ubica en un lugar de privilegio. Ya lo abordaremos al reflexionar en torno a la cuestión de la

*desnudez existencial*, que supone el sentimiento de abandono, el despojo real y concreto, el alcance de la indiferencia en sentido positivo que le permite tomar adecuada distancia entre los distintos objetos de elección para no experimentar la presión que significaría una natural inclinación hacia algo más que a otro. Cuando alguien “no se siente *nada*”, está adelantado respecto de cualquier otra persona, porque se encuentra en un estadio avanzado de apertura hacia el porvenir, hacia el sentido verdadero de la vida, y de lo que ésta le pide a su propia existencia. Es importante interpretar bien este significado para no confundirlo con ese “sentirse *nada*” o “poca cosa” destructivos y despersonalizantes que empujan al individuo a la baja autoestima: ese no podrá dar ningún paso constructivo en su vida, necesitará ayuda, y no está bajo ningún punto de vista en condiciones de asumir ese silencio y soledad donde la persona se conoce a sí misma, se examina, *discierne*, y se hace capaz de autodeterminarse.

### **Opciones y naturaleza personal.**

Aquí cabe destacar que las opciones tomadas por cada persona están en línea con su propia naturaleza; un individuo obra de acuerdo a lo que es, de lo contrario significaría que su comportamiento es impostado, artificial, signado por la inautenticidad. Lo interesante en este punto está precisamente en que para ser *auténtico* y coherente, es decir, que sus múltiples opciones puedan estar ensambladas lógicamente y coherentemente, debe ser *fiel a sí mismo*. Ahora bien, para poder ser fiel-a-sí-mismo, tiene que saber lo que *es*, conocerse, saber *quién* es, de dónde viene y hacia dónde se dirige.

Volvemos a una tensión contrastual: cada cual sabe quién es y de qué manera se trampea cuando pretende mostrarse de forma diferente a lo que en realidad *es*; esto puede ser hipocresía si es que se imposita pretendiendo “ostentar” lo que no es, pero muchas veces la presión del medio, el medio a las burlas e ironías sociales lo empujan a “aparentar” una personalidad que no tiene, desde sus hábitos, maneras de desenvolverse, vestirse, comer, etc. En estos casos aludimos al *ser* natural de una persona que sabe lo que siente, cómo siente, que es verdadero en ella y qué falso. Pero, asimismo, existe una dimensión del propio *ser* que a lo largo de la existencia debe ser puesta de manifiesto, descubierta, y que debe ser “conquistada”. En éste sentido estamos hablando de una *tarea* existencial, porque con el correr del tiempo uno se percató de cosas que debió haber hecho y que sin embargo no hizo, o que no debió de

haber hecho algo de lo cual se siente arrepentido, o que debió de hacerlo de manera distinta. El ser humano en la medida en que va evolucionando también descubre lo que *es*, y, acorde a ese des-cubrimiento (es decir, a ese des-velamiento de sentido existencial) puede obrar de tal o cual manera, reorientar rumbos equivocados, desandar caminos mal andados, enmendar, reforzar, corregir, construir.

Porque sabe *quién es* y lo *qué es*, puede obrar en consecuencia, con significatividad y coherencia. Este des-velamiento de sentido le permitirá discernir cada opción de vida, pero, al mismo tiempo, este tránsito supone un aprendizaje que le permite, al mismo tiempo, des-velar su ser oculto, pasar sus capacidades personales propias de su naturaleza de la *potencia* (capacidad de “ser”) al *acto* (las capacidades que se realizan, que están *siendo* puestas en marcha para dejar de ser mera “posibilidad”).

La tensión expuesta se realiza en los términos de *ser* y *llegar-a-ser*. En esa tensión realiza cada cual su destino acorde a su peculiar naturaleza, y, en la medida en que lleve a cabo esta tarea personalísima, sin agregados ni imposturas, sin trampas, sin miedos que frenen o cambien su rumbo, tal cual lo que *es* y descubre que *debe-ser*, sentirá que las cosas están bien, se sentirá satisfecho y realizará su felicidad porque está actualizando su propia misión.

La evolución personal supone tanto una dimensión cronológico-operativa como una dimensión ontológica en la que el propio ser personal se realiza. Y la *disposición del espíritu humano frente a la verdad* debe ser conquistada, procurando alcanzar el origen en cuanto razón de ser de sus múltiples opciones, es decir, el principio y fundamento ontológico de su primera de su libertad.

### **Decisiones y orientación existencial.**

Una decisión bien tomada fortalece, construye, realiza la dinámica de ser- plenitud. La decisión mal tomada distorsiona algo más que el rumbo al que nos estamos refiriendo, y que denominaremos “camino conductual”, por el que en más los siguientes discernimientos y tomas de decisión no tendrán la misma fuerza, como tampoco serán manifestaciones de un sustrato operativo sano; el buen ser personal, por omisión o comisión, se irá debilitando, y la capacidad de discernimiento oscureciendo. Es más que un camino torcido; si hablamos de un sustrato operativo debilitado, como hemos

considerado en otra reflexión, estamos en el plano de un ser susceptible de ser corrompido. Lentamente, la persona se va corrompiendo.

Las decisiones vitales, sobre todo las brotadas de lo más profundo del espíritu humano, son “puestas-a-prueba”, en las que todo el ser personal viene a ser cuestionado; cuanto más complejas y profundas sean, como mayor sea el grado de totalidad existencial que compromete, el ser humano se experimentará vulnerable -a menudo hasta el límite- y contingente. La valentía y libertad son necesarias para vencer, precisamente, miedos, sustos o cobardías que invaden la decisión, trascender la perplejidad y las incertidumbres, y son *conditio sine qua non* para que la persona realice su existencia con sentido y orientada a su ser-en-plenitud. De esta manera puede el hombre contar con el sustrato necesario y el horizonte moral, no solamente para su buen obrar, sino, sobre todo, para un adecuado y maduro discernimiento ético, necesario para su realización en el mundo.

### **Horizonte del ser-personal en el dinamismo operativo.**

Ante la toma de una decisión todo hombre pone en juego su propia *dignidad*. La conciencia de la propia dignidad, su significado y alcances, ocupa un espacio clave tanto en el momento de la deliberación como de la opción moral. En efecto, en la medida en que evoluciona existencialmente, evoluciona su *conciencia de sí*, y, por tanto, de su valer y sentido en el mundo. Sus determinaciones se enmarcan en el contexto histórico de una madurez creciente, involucrando de manera cada vez mayor su ser-libre. Negociar en el plano de sus principios, de sus propias *creencias* (en cuanto sustrato de ideas), desertando del orden en el que se realizaba, no significa únicamente una falta de fidelidad, sino también bastardearse, esto es en el caso que justifique su mal y no señale su propio error, haciéndose humildemente cargo de su debilidad y conciencia de que “solo no puede”.

Cada instante en el que interviene su discernimiento, haciendo uso de su libertad, resulta ser una “prueba existencial” por la que o se avanza o se retrocede; es decir, suponiendo que se avanza, es un paso dentro de una evolución existencial gradual. Cada uno de estos pasos, al tiempo de abrir horizontes de conducta, ciertamente aclara panoramas, y se convierte en el comienzo de otra etapa que culminará en otra prueba existencial, y así sucesivamente. Esta evolución personal supone tanto una dimensión

cronológico-operativa como una dimensión ontológica en la que el propio ser personal se realiza.

El ser personal, moral o espiritual, ante una decisión se descubre parado ante la verdad. La verdad juzga al hombre que en su interior delibera una determinación; será ante una elección de vida, como ante el imperativo de un principio, creencia o convicción esencial de su persona que, asimismo, opera en situaciones de vida que no se presentan limpias, como cuando debe jugarse por una causa que es justa. En tales circunstancias, la verdad se hace presente interpeándolo.

### **Disposición del espíritu humano frente a la *verdad*.**

¿Qué puede proteger la línea de conducta signada por una concatenación de decisiones tomadas con coherencia? En primer lugar debiéramos ubicarnos en la *disposición* del espíritu humano frente a la verdad.

Y la *disposición* del espíritu humano frente a la verdad debe ser conquistada, alcanzando el hombre el origen, el principio y fundamento ontológico de su primera opción.

Cada una de estas instancias decisivas que resultan ser las elecciones, en consonancia con una conducta moral, manifiestan el momento *crucial* de encuentro entre la verdad que interpela al ser humano y la actitud que brota de su interior. Al término del discernimiento, el espíritu humano se dispone a la acogida de la verdad, y, con su aceptación, se produce la adecuación no sólo de su conducta, sino de todo su ser con la verdad misma. El ser personal se realiza bien y en plenitud por cuanto que la verdad lo libera de opacidades (proceso de *concienciación*), tales como prejuicios, preconceptos, fundamentalismos, ignorancias, confusiones, y todos aquellos elementos que enturbian el juicio y se sanan en una conciencia que se forma. La toma de conciencia de la realidad, simultáneamente con el desarrollo y profundización de los rasgos propios de la conciencia (auto-conciencia como *sentido crítico*, conciencia de la realidad como *sentido práctico*, y la conciencia de reciprocidad en la reflexión y la acción como *sentido solidario*) logran que la persona realice su existencia auténticamente, como “sujeto existente determinado” y personal. Esta línea de conducta presupone, asimismo, un humilde trabajo gnoseológico por el cual el espíritu que conoce se adecua a la verdad

conocida haciéndose uno con ella. La búsqueda de la verdad en todo (y no en parte) debe abarcar toda la existencia de la persona. Dicha dinámica no se queda en la mera limpieza del ser personal de sus opacidades sino que lo arrastra al ser-en-plenitud, comprometiéndolo con la verdad misma y la justicia; en definitiva, hace del hombre un “luchador” (sentido bélico de la existencia).

Esta dinámica operativa informada por todo el ser personal supone una conciencia y genera -al mismo tiempo- una conciencia que la protege, siendo el alma misma de su movimiento evolutivo. Hablamos de una conciencia humilde, sincera y activa, comprometida con la verdad y con la realidad, trabajando para que la unidad, la verdad, la belleza y la bondad del ser no se corrompa. En este punto cabe destacar que la realización de sí-mismo implica la realización del todo, en virtud de la misteriosa unión ontológica entre el ser, el destino y la historia personal con el ser, el destino y la historia universales.

Como punto de partida de la posible evolución o involución ontológica y moral, el discernimiento ocupa en toda decisión el lugar privilegiado. Se trata del elemento que nos sirve, tanto para llegar a la *opción fundamental* por la reflexión, como para decidir trabajar nuestro espíritu en la verdad como condición esencial para especulaciones limpias. Si no se está ontológicamente sano, los discernimientos tampoco serán sanos. Se da un círculo virtuoso entre la salud ontológica y el discernimiento moral limpio; ambos se implican y suponen.

Decimos que el momento de discernimiento es de prueba para el sujeto, cuyo acto decisivo involucra no sólo su obrar moral sino todo su ser, toda su existencia. Una decisión bien tomada fortalece, construye, realiza la dinámica de ser-en-plenitud. La decisión mal tomada distorsiona el camino conductual, por lo que en más los siguientes discernimientos y tomas de decisión no tendrán la misma fuerza, como tampoco serán manifestaciones de un sustrato operativo del todo sano; el buen ser personal, por omisión o comisión, se irá debilitando, y la capacidad de discernimiento oscureciendo. Por tanto, de la prueba de la opción saldrá fortalecido y debilitado; nunca se podrá decir “indiferente”, porque la indiferencia implica un no- compromiso que se convertirá en involución (o evolución de la capacidad dañina).

Ahora bien: en una toma de decisión errada interviene de modo importante la *intencionalidad* del operante; se puede no tomar la decisión o tomarla de manera



errada por una debilidad, por miedo, hasta por ignorancia, etc., y no podemos decir que haya una mala intención. Aquí, las facultades a las que nos referíamos recién, así como el buen ser -y el deseo de ser-en-plenitud- se frenarán, estancarán o bien, reducirán su velocidad evolutiva. Pero cuando media una intención torcida el “ser” mismo de la persona inicia un camino de corrupción; o bien, cuando no se reconoce el error (intencional o no), la debilidad o el mal moral, y -en cambio- se los justifica, el mal se cristaliza. En este no-reconocimiento o aceptación-de-sí hay también un grave germen de corrupción o distorsión existencial. La consecuencia aquí es más grave porque interviene la libertad plenamente.

Sobre la base de una naturaleza dañada no se puede discernir bien. Eventualmente se podrá tener el raciocinio frío o sereno para realizar bien un juicio, pero sólo un acto específico sobre un objeto puntual, y la decisión estará encerrada dentro de los márgenes estrictamente leguleyos, es decir, ni tendrán alma ni la proyección histórica que supone la posibilidad de una elección quizá mal tomada, pero surgida de una intención sana propio de los corazones generosos que, por el bien del otro son capaces de ensuciarse las manos (como un “buen samaritano”, quien no piensa en lo que puedan pensar u opinar sus compatriotas). Muchas veces una decisión ética (esto se advierte mucho en los problemas y situaciones dilemáticas en la ética biomédica) ‘aparentemente’ se sale de los parámetros tradicionales y de las normas pre-establecidas; y, si la operatividad del sujeto que discierne y actúa carece de profundidad y significación se transforma en un obrar “legalista”, “eticista” o “farisaico”. Eticista no es lo mismo que ético; es más, se contrapone. Lo que el hombre que discierne y actúa lleva con profunda significación en lo íntimo de su ser se pone efectivamente en movimiento ante la presencia del rostro que sufre<sup>67</sup>. Es éste el “ser-ético”.

El momento de discernimiento es, por tanto, tiempo de prueba: junto a la posibilidad de sucumbir ante ella está la de superarla (y superarse). A este tiempo vamos a denominarlo, precisamente, “puesta-a-prueba”, de la que se puede salir fortalecido, o bien, vulnerado. Si se da el paso hacia adelante se crecerá, y la virtud probada se consolida, como se consolida en bien realizado: el bien se consolida en la persona y en el cuerpo social.

Existen también, de acuerdo a la intencionalidad, matices en la fuerza del acto

---

<sup>67</sup> Cfr. Levinás, Emmanuel, *Totalidad e infinito, Ensayo sobre la exterioridad*, ed. Sígueme, Salamanca 1999, pgs.211-214.

y del obrar. Puede darse el paso hacia adelante a medias lo mismo que puede no dárselo, o darlo hacia atrás.

Dárselo a medias es peor, porque implica y genera confusión; la mentira se disfraza a través de excusas, de verdad, de bien y de compromiso. El ser humano no sólo no se juega, sino que lo oculta, lo tapa, como un enfermo que esconde su llaga. No se es sincero.

No dar el paso quizá resulte preferible a lo anterior, porque se perjudica directamente a uno mismo; se acepta la debilidad, la cobardía, y no existe un interés por disimularlo. Uno se repliega en sí y se autodestruye. Es, como el anterior, un modo de comenzar un camino de involución aunque con otro rostro, otras características, y otras manifestaciones.

Dar el paso hacia atrás viene a ser una traición más abierta: negar abiertamente la búsqueda personal de la verdad y el compromiso con ella y su causa, apelando a mil razones y justificaciones. Inclusive se termina necesariamente hablando mal y yendo en contra de aquello que se defendía -porque era fácil hacerlo en tiempos de bonanza- hasta que fue puesto en cuestionamiento, sometido a prueba.

La *valentía* consiste en vencer, precisamente, miedos, sustos o cobardías que invaden la decisión, trascender la perplejidad y las incertidumbres.

### **Dinamismo operativo y sentido existencial.**

El ser humano se realiza y evoluciona en posesión de una intención y conciencia de que quiere “llegar a ser”; podríamos decir, es protagonista -en gran medida- de su propio devenir; se conoce, sabe lo que es, hace, desea y puede ser. “*Es el ser que decide siempre lo que quiere ser*”, como nos decía Víktor Frankl. En la realización de sí juega un papel fundamental la libertad, que en realidad es la esencia de la autorrealización.

Ahora bien, ¿cuándo es el hombre auténticamente libre? En los actos de auto posesión, es decir, cuando lleva a cabo lo que quiere llevar a cabo y con conciencia de sí. Mayor será el grado de autoposesión y autodeterminación en tanto y en cuanto se libera o supera (situándose más-allá-de) de sistemas predeterminados y que intentan ser “determinantes”, tales como circunstancias históricas, sociales y culturales;

limitaciones personales psico-espirituales, etc. Es verdaderamente libre cuando es más-sí-mismo. A diferencia de los demás existentes, no sólo “deviene”, sino que “se hace”.

Haga lo que haga, desde lo más banal hasta la decisión salida de la elección más profunda y compleja, se construye a sí mismo. Ciertamente, cuanto más conciente y profunda sea la decisión, más se realizará, conformando su personeidad. Por pequeño que resulte ser su emprendimiento, su hechura existencial personal dependerá de su grado de conciencia, del nivel en que la acción compromete su existencia y en el que la realidad lo compromete a él.

Efectivamente, existe una graduación de autoposesión y autodeterminación, como en la profundidad de sus actos y elecciones, tanto en el nivel de la elección en cuanto tal y la decisión, como en la materia discernida (que puede ser de mayor o menor peso o valor para la existencia). Las decisiones pueden ser realmente insignificantes, pero hechas con enorme conciencia y libertad, del mismo modo con que sin mayores demandas de discernimientos se pueden emprender acciones significativas para la vida. Pequeñas cosas decididas lo pueden llegar a ser con tal conciencia y libertad (como un gesto muy simple que entraña un gran amor) que para la realización personal adquieren significados hondísimos. Estas realizaciones expresan, por un lado, una importante evolución interior; y, por otro, implican un crecimiento en la toma de conciencia de la realidad y su historia.

Para la autoposesión, el ser humano debe *trabajarse* al mismo tiempo que se desenvuelve en el mundo con sus determinismos. Cómo responde a los imperativos de la realidad y de su entorno, a los imprevistos, a las circunstancias producidas en el complejo entramado de las relaciones interpersonales, cómo se mueve en todo ese mundo impuesto procurando no sólo no dejar de ser-sí-mismo sino ser cada vez más-sí-mismo, es un desafío que exige, al mismo tiempo que educar reflejos y elaborar y resolver las experiencias, un *trabajo* sobre sí mismo, tomando conciencia de sus determinismos personales, sus limitaciones, desde el conocimiento y aceptación de sí, la lucha contra sus pasiones y egoísmos que acotan o anulan su libertad y toma de conciencia.

La autoposesión nos habla de “dominio de sí”, que equivale a decir *dignidad*, por cuanto se posee señorío sobre sí, como también nos habla de libertad, que, como considerábamos en otra reflexión, involucra necesariamente la verdadera toma de conciencia, y la asunción de la responsabilidad. Caracteriza a una persona que “no

duda” frente al tener que decidir aun ante la incertidumbre existencial del límite de la puesta-a-prueba. Para sobreponerse a este límite -que purifica ciertamente las intenciones del corazón humano-, la conciencia de dignidad es esencial, lo mismo que la memoria, y sólo así puede el espíritu pasar por la criba de la *desnudez existencial*. Aquí se presupone un *círculo virtuoso*: no es posible sin una autoposesión madura atravesar tal situación, y, a la vez, la existencia desnuda purifica y aumenta la autoposesión.

En muchas situaciones, el ser humano se halla en circunstancias en que, en apariencia al menos, está movido u obligado a la realización de actos que no fluyen de su decisión personal (prisión, esclavitud, torturas o acosos físicos o morales, miseria...), es decir, empujado a sacrificios por caprichos externos a él, no surgidos de su libre albedrío, intención y conciencia (como protagonista de la historia y de su historia personal). Y, sin embargo, su autoposesión es tal que dichos gestos adquieren significación personal que convierte lo impuesto en “decisión personal”, como si dicho gesto se descubre en el lugar que debe ocupar en el personal devenir, en su propia historia y en el “horizonte del todo”, como Tomás Moro cuando interiormente asiente una muerte que ya había aceptado por obediencia a una línea de conducta: la decisión brota de su “yo” más profundo:

*“Siempre me ha impresionado el episodio del último viaje de Tomás Moro; lo están llevando a la Torre de Londres en donde será torturado, y a lo largo del Támesis, en el silencio de la noche, exclama: ‘¡Me he decidido!’ ¿Por qué ha decidido precisamente en ese momento? Evidentemente, el arresto por parte de los enviados del Rey había suscitado en él turbación y desánimo, pero a un cierto punto de ese su último viaje, llega a la elección y decide jugarse la vida hasta el fondo por la pureza de su fe y de su honestidad. Lo concreto salta en el momento en el que la elección se convierte en decisión”<sup>68</sup>*

En este tipo de decisiones, donde la *parresía* (concepto sobre el que ya reflexionaremos) se hace presente con todo su poder actuante, el hombre se desviste de cualquier tipo de interés personal y, a manera de autoinmolación, se entrega por y para el bien de toda la realidad (el egoísmo corrompe; el desinterés purifica), ubicando su “momento personal” en la historia y bien universal.

---

<sup>68</sup> Martini, Carlos María, *La mujer de la Reconciliación*, ed. Paulinas, Bogotá 1992, pgs. 25-26.

## **Vector conductual.**

Existe un nivel en el obrar del hombre que, como vemos, aún libre, realiza a la persona sólo periféricamente; del mismo modo existen decisiones que brotan ya “naturalmente”, como hechas por costumbre. Aunque no con la profundidad que otras elecciones u operaciones realizan al hombre, también están enclavadas en el dinamismo operativo de la persona. Sin embargo, el reitero de actos deviene en hábitos, para que, finalmente, la persona sea buena o mala “naturalmente”. Aunque no tenga que preceder al acto el discernimiento con la misma intensidad de situaciones fuertes, el valor está en haberse conquistado una actitud o disposición del ser personal enderezado al buen obrar.

Discernimientos y decisiones más o menos profundas, costumbre o línea de obrar, suponen por parte de la persona un *dinamismo operativo*, que puede ser el resultado de “determinismos psíquicos” o bien constituirse en virtud de un entramado realizado en ella como fruto de elecciones sucesivas que la van trabajando.

Al final de un camino de conducta coherente, el individuo puede efectuar una *elección suprema*, en consonancia con las decisiones precedentes. Un sacrificio supremo puede ser llevado a cabo por quien ha ido evolucionando en una línea de conducta signada por opciones sacrificadas o despojadas de intereses particulares. Aquí se trata de una opción como punto culminante. Pero al comienzo de esta línea de conducta que se va labrando pacientemente existe una elección primera que mueve a aceptar poner el pie en tal dirección. Podríamos hablar de un *vector conductual* que abarca un género de opciones de vida, de algún modo “analógicas” y, ciertamente, graduales (porque crecen y se profundizan)

## **La “opción fundamental” y la desnudez existencia.**

No obstante, en la vida de una persona surgen cambios de orientación, como también momentos en que la deliberación exige tomas de posición que se escapan a los parámetros personales conocidos y de la línea de opciones establecida en su vida, provocado particularmente por urgencias (con significados e implicancias que superan las motivaciones del dinamismo operacional) que se agolpan ante el ser humano

exigiéndole soluciones inmediatas violentándolo hasta lo más profundo. Son situaciones de incertidumbre y perplejidad. En cierta forma, porque arrebatan al hombre la comodidad de su ser y la felicidad deseada, se convierten en circunstancias dolorosas.

Asimismo, aparecen momentos de profunda desolación en los que desaparece cualquier motivación, así como el horizonte del obrar personal (no se siente vocación, misión, orientación existencial, sentido vital), simplemente porque todo sentido se ausenta del horizonte de percepción.

En todos los casos, aún en esos momentos de nulidad de sentido sigue presente la *motivación esencial*: el deseo de “ser”; caso contrario la búsqueda misma de sentido y la angustia que significa no hallarlo no existiría.

Precisamente de este *anhelo* se toman fuerzas para seguir adelante y se toman decisiones. En dicho momento existencial el origen y el fin de la decisión está en ese anhelo. Es un punto que podríamos llamar de “el ser personal despojado”; la operatividad se encuentra, por decirlo de algún modo, virgen, porque el juicio de la razón no es aún exigido. En una experiencia límite como la del sinsentido, se puede descubrir el corazón de este *anhelo*, en cuanto está signada por la *soledad* y la *contingencia*, que arrancan al ser humano de la presunta “seguridad” del orden de las decisiones establecido en su vida, como si estuviese salido de la dinámica operacional. Esto es bueno: se purifica la capacidad de elección; la facultad de optar se ubica en el primer peldaño de la cadena en un orden ontológico, posibilitándole a la conciencia captar con una importante claridad la *situación primigenia* en la que se enclava esta nueva primera decisión, la fundante del orden de las siguientes cronológica y ontológicamente hablando. Pero no se trata simplemente de una “primera elección”; es aún más: es donde el ser humano mantiene enclavado su espíritu y puesta su mirada a modo de *ejemplo* (algo similar a las causas ‘ejemplar’ y ‘final’ en Aristóteles).

Por esta experiencia, el ser humano se sumerge en sí y en el significado último de su vida. Llegar a este punto significa una superación de todas puestas en situación de decisión; es como llegar a la fuente de la sabia que vivifica todo el árbol operacional.

Esta situación, que -aunque costosa- es positiva, a veces nos viene dada sin haberlo pretendido. Otras, en cambio, es el mismo hombre quien debiera buscarla o provocarla, para que su voluntad se encuentre auténticamente libre, quizá más inclinada a un aspecto determinado de su elección que a otro, pero buscando lo mejor, lo que lo

realiza sinceramente, sin engaños. Porque el ser-en-despojo busca el bien y la ayuda necesaria para alcanzarlo. Caso contrario se autodestruye, corrompe, “suicida”.

La instancia que describimos tiene que ser tomada como la posibilidad de orientar o re-orientar la existencia por parte del hombre. Así como puede orientarla en un sentido puede hacerlo en otro -aunque se decida por la inoperancia-; pero en alguna dirección se encamina.

En conclusión, y por más paradójico que suene, la verdad es que estos momentos decisivamente cruciales en la vida son en los que se realizan las opciones más libres y con claridad de conciencia, alejadas de cualquier orden que no sea el de la realización en plenitud.

*REFLEXIÓN DÉCIMA*

**“LIBERTAD E INDIFERENCIA ESPIRITUAL”**



## Reflexión décima

### “Libertad e indiferencia espiritual”

#### **Libertad en la era hipermodernista.**

Entramos en un ámbito diferente para reflexionar: el de la *indiferencia espiritual*. Nos es posible considerarlo adecuadamente al cabo de haber tratado a la libertad personal ligada necesariamente a la *autenticidad* y a la *responsabilidad*. Elegir no se trata de *elegir* cualquier cosa ante cualquier disyuntiva planteada; la libertad interior es un *estado* que capacita al hombre a hacer una correcta elección, lo que le conviene para su bien (lo cual supone la necesidad de que ningún tercero salga afectado), y no lo que “le gustaría hacer”. Porque, a menudo, se debe elegir, en nombre del bien, algo que no le gustaría o no le convendría de acuerdo a los parámetros del sentido común y sus propios intereses creados. Cuando estamos en el umbral de semejante perplejidad, entonces estamos ante la posibilidad de hacernos *indiferentes*. Tarea no sencilla, y, seguramente para muchos, absurda... No conviene.

Y no conviene sobre todo en los tiempos presentes que vivimos, hipermodernista, seudo-cientificista filosóficamente hablando, medio escepticista y medio nihilista; que pone en tela de juicio todo, bajo pretexto de un cuestionamiento falaz que origine ciencia y filosofía, para terminar confundiendo... Es un mundo que, aunque no se atreva a decirlo con todas las letras, está ávido de *contemplación*, harto de vacío y sinsentido, del gozo de lo material y de éxitos y logros fugaces, que pasan engañando nuestros sentidos para luego dejarnos absolutamente secos, desiertos, abandonados; y luego necesitamos ir por más, para terminar más hueros aún. Y tristes. Hoy es más difícil alcanzar la fidelidad y sinceridad que supone el ser *indiferente*, porque se predica todo lo contrario. Si esta *indiferencia* ha sido siempre difícil de

comprender (“comprender” con todo lo que significa), y hasta estoy seguro que al leerlo de primeras en el título debe parecer disparatado, en el mundo que nos toca vivir, que se mofa de lo que no comprende y le parece absurdo, más escabroso debe de significar. A lo mejor resulte ser este el punto de partida para una salida que debe ser espiritual, y nos arranque del mal de la *acedia*<sup>69</sup> que nos va asfixiando y consumiendo el alma de a poco.

Es una época colmada de dilemas existenciales y éticos, sin rumbo ni sentido, contrario al orden que considerásemos en reflexiones pasadas, y que experimenta -por tanto- necesariamente desconcierto y perplejidad, porque sus logros tecnológicos y científicos avanzan vertiginosamente sobre la tarea de la conciencia humana, la cual, por el contrario, necesita ir más despacio (a manera de “guardiana” de la integridad óptica y moral de la humanidad y su hábitat).

### **Las pseudo-filosofías: la *verdad* diluida.**

Hay que destacar que los logros y avances alcanzados, si bien han contribuido a estirar la esperanza de vida, han generado problemas morales y de derecho serios. Como la escisión producida y sus consecuencias son evidentes, como apremiados por el tiempo, unos luchan por buscar caminos humanizantes que frenen la autosuficiencia y prepotencia humanas, mientras que otros, siempre con justificativos “en-pro-de-la-humanidad”, están en constante pie de guerra contra todo aquello que consideren amenaza “antievolutiva”, acusándolo de ignorante o retrógrado. De esta manera, en su afán progresista, atacan cualquier elemento con olor (aunque más no sea leve) a religión, como también a toda filosofía que intente humanizar al mundo, escuchando los

---

<sup>69</sup> Concepto muy utilizado en la vida espiritual para referirse a una tentación que embota no sólo al entendimiento sino a todo el ser de la persona; es sensación *hastío*, de sofocamiento interior, desesperación, angustia, *desaliento*; como si toda el alma hubiese perdido su dulzura, su calidez, su ternura. Una manifestación característica es el esporádico o permanente estado de *ansiedad*. Comienza por una suerte de inquietud, de querer hacer algo aunque no se precise qué es lo que se desea hacer, pero ciertamente no lo que se debiera en ese momento, como si fuese un disfraz de la pereza. Continúa con es sentimiento de cansancio (por nada), luego viene el hastío y rechazo hacia el entorno, tal como sentir asco de las personas cercanas, descubrirles los defectos -ciertos o no-; luego se pone hasta por minucias quejumbroso, y, una vez que advierte que nada de eso tiene sentido, llega la *congoja* interior. Los monjes antiguos llamaban a la acedia también “demonio *meridiano*”, pues lo alcanzaba pasando el mediodía; entonces sentía que el sol se movía lentamente, que las horas no pasaban, y experimentaba hondos deseos de huir.

verdaderos reclamos del corazón del hombre, donde, obviamente, se origina la genuina alegría. Estos temerosos del humanismo -a menudo disfrazados de humanistas- podemos bien denominar *fundamentalistas científicos*. Les tiene sin cuidado, en realidad, si el alma existe o no; lo que los enceguece es el odio a cualquier tendencia espiritual; por tanto, su búsqueda no es “de la verdad”, sino que persiguen aniquilar lo que no puede ser científicamente probable. Siempre tratarán de *ignorantes*, carentes de rigor científico o de cordura espiritual a quienes afirmen que existe otra realidad diversa a la material. Por supuesto existen excepciones en científicos que no creen en lo metafísico o trascendental, que resultan ser sumamente delicados y respetuosos.

En un mundo así, a cada ser humano se le hace más complicado encontrar su propio rumbo y sentido, porque el vacío existencial dado en el corazón del hombre se traslada, de manera más que analógica, a toda la comunidad humana y viceversa, con lo cual se genera un círculo vicioso que está signando el devenir de nuestro presente. Valga como ejemplo la irrupción urgente de la *bioética*, principal expresión de una necesidad de respuestas para una sociedad perpleja que no encuentra certezas cuando las necesita, para lo cual requiere de la integración de disciplinas tan diversas como la biología, la medicina, la filosofía, la sociología, el derecho, la psicología y hasta la teología según sus variadas expresiones. Así se intenta responder a los novedosos, múltiples y vertiginosos interrogantes que los avances científicos y tecnológicos han generado.

En semejantes terrenos de debate han avanzado las antropologías de corte *seudo-científicas* (a las que nos referimos), según las cuales el único criterio práctico para hacer o dejar de hacer es la mera “factidad”: si se “puede”, pues entonces también se “debe”. De igual modo han aparecido antropologías de corte *filosófico-evolucionistas*, que huyen de conceptos profundos como el de la “constancia” y la “estabilidad” por confundirlos con aquello que sí niega y evita a la evolución: la “estaticidad”.

Ambas filosofías constituyen una huida del concepto de espíritu, del mismo modo que atacan cualquier indicio de carácter trascendental.

En otros órdenes del quehacer humano también manifiestan desconcierto las éticas aplicadas a la política, la economía, el medio ambiente, y hasta la misma educación. Existe, asimismo, una urgencia cada vez mayor por encontrar consensos en el terreno de los *derechos humanos*, que indica, no sólo la necesidad de descubrir los puntos en

común a través de declaraciones universales exigidas por un mundo que se globaliza, sino, sobre todo, de sortear tantos cortocircuitos que se intentan ocultar.

En la multiplicidad de opiniones, lo que se termina diluyendo es la *verdad*: todo es opinable, determinado por la interpretación de tal o cual; desaparecen dolorosamente las sustancias, es decir, lo que posee valor auténtico y permanente a pesar del devenir de los tiempos, y lo que sustenta el accionar de las gentes son palabreríos, formas huecas, simbologías ambiguas que permiten al hombre pasar el momento, urgente aunque hueco, como si se tratara de puertas abiertas para que toda la existencia se colme de vacío y sinsentido.

Todo habla del descontrol de una realidad que se le escapa de las manos al hombre, quien, en teoría y paradójicamente, todo pretende dominarlo. Y, por lo general, cuando alguien distinto al común del medio se presenta con alguna propuesta seria (porque su vida es seria), se lo silencia escondiendo o discriminándolo. Eso hace que muchos que podrían aportar diagnósticos sanos o señalar senderos buenos no quieran hacerlo. En esto nos detendremos más tiempo en la penúltima reflexión. Aquí conviene recordar -aunque nos duela aceptarlo- que todos nos aprovechamos de los tiempos de confusión, y, de alguna manera, los alimentamos para sacar alguna ganancia: “*A río revuelto, ganancia de pescadores*”, como reza el refrán.

Este mundo que nos toca, al igual que el momento histórico que debemos protagonizar, está signado por el desconcierto, una pérdida que es peor que la de los significados: la de los *valores* (y para peor, ahora decir que pasamos por una “crisis de valores” se ha puesto de moda, por lo cual cualquier hijo de vecino, bueno o malo, lo puede afirmar y quedar bien); abundan diagnósticos y recetas para aplicar, devenidos de intelectuales que, más bien, razonan para sí y no sinceramente para los demás.

### **Verdad y contemplatividad.**

Esta circunstancia existencial requiere de otro tipo de *sabiduría*, que -por cierto- no es nueva, sino “perdida”; alguna vez fue valorada, porque, recordemos, conciente o inconcientemente el mundo está ávido de contemplatividad; se trata de la *sabiduría* de quienes buscan el bien ajeno y ser virtuosos.

En momentos cruciales en que las culturas tecnocrático-cientificistas avanzan avasallando al hombre en los aspectos que verdaderamente lo muestran evolucionado, sin preocuparles el *tiempo* -el cual aparece de su lado-, quienes son concientes del peligro que se cierne son urgidos por el tiempo, al mismo tiempo que el método de combate les exige precisamente “*tiempo*”. La tensión interna está dada entre la exigencia de paciencia que manda la prudencia, y la urgencia del momento que reclama “no perder el tiempo”.

El denominador común de la pérdida de rumbo y sentido, desplazada a las expresiones ontológicas y morales, es la *mentira*. El fin último y definitivo de la filosofía consiste en la búsqueda de la *verdad*, con el objeto de que el hombre, fiel y a través de ella, se realice hallándole u sentido a toda su existencia. La *mentira* es la principal causa de los errores morales, así como de la lastimadura óptica de todo lo existente, porque le robó el sentido generando confusión y desorden. Pero así como el origen de este mal está en el corazón del ser humano, porque es allí donde se asientan sus deseos, también desde ese punto, es decir, desde la *verdad* del corazón no corrompido, se debe partir para alcanzar el *buen ser* y reconstituir los tejidos sociales. Si el hombre “existe” por fuera de la *verdad*, cargará irremediamente con un sentimiento de *insatisfacción*, de que algo no anda bien, aunque no pueda determinar “qué”.

El *buen ser* conservado en virtud de la fidelidad a la *verdad* es, en un sentido, previo a toda decisión moral, y habita fundamentalmente en el interior del hombre. En otro sentido, se alcanza a través de los actos; es decir, que el hombre “es” y “llega a ser” desplegando y actualizando sus potencialidades. El meollo está en que la *mentira* afecta al *ser* antes que a las conductas. La corrupción del *ser* comienza por la afectación de la intención como base de las decisiones, y se extiende a la acción, al tiempo que la acción afligirá al *ser*.

Frente a la exuberancia progresista se torna sumamente dificultoso limpiar la razón y la voluntad humanas de opciones falaces y elementos que enturbian el juicio, muchas veces bajo pretexto de darle consejo. Sólo puede realizar un discernimiento ético fiel a la *verdad* la persona que realiza su existencia bajo la tutela de un horizonte moral ordenado al *bien* siguiendo el eje de la *verdad*. Un discernimiento no es mero ejercicio intelectual motivado por posibilidades objetivas de elección; en él se involucra toda la persona, y todo el *ser personal* queda afectado. El discernimiento y ulterior decisión se realizan en la *interioridad* y se funda en el deseo de bien obrar de la persona

y, si es correcto, afianza y consolida el *buen ser*. Con esto estoy afirmando que propiamente un *discernimiento* no puede de suyo ser hecho por quien no persigue poseer vida interior, y si realmente siente que está capacitado para realizarlo, aunque crea que no le interesa tener vida interior, la tiene. En definitiva es esta vida la que conduce la vida exterior. Si a una persona se la conoce por sus frutos, la vida que lleva pone ciertamente de manifiesto su *ser interior*.

La búsqueda del *ser interior* no implica un repliegue del ser humano en sí mismo, sino, más bien, una apertura. Se sorprenderá del parentesco, los paralelismos y las cantidades de elementos analógicos en relación al mundo exterior en orden a la realización existencial de uno y otro; ya decíamos que en el fin del orden del ser humano y del cosmos encontramos una *unidad*... el género humano, como decía Teilhard de Chardin en su obra *El fenómeno humano*, camina hacia un estado de perfección signado en la *unidad*. Desde su interioridad el hombre puede abrirse al llamado a la unidad, a la unidad en sí mismo (que tiene que ver con una coherencia de vida que impide que se disgregue), a la unidad con los demás, como a la unidad con el resto del cosmos (aquí surge también como imperativo categórico el llamado *ecológico* a cuidar su hábitat). Por otro lado, cosmólogos, astrónomos, biólogos, físicos, matemáticos, que profundizan sus conocimientos a través de la investigación, se asombran ante el fascinante fenómeno de lo *uno* y lo *múltiple*, es decir, la relación óptica existente entre la singularidad de cada ser, único e irrepetible, con la unidad a la que tienden. Si por la senda de la evolución pasamos la película de la existencia hacia atrás, en los orígenes descubrimos la unidad; todos partimos de lo mismo (teoría del “big-bang”; la generación de la vida; etc.). Al mismo tiempo, todo se resignifica en un punto de unidad, desde donde la naturaleza misma exige respeto, y que los intereses particularistas de cada ser humano tienden a atomizar. Esta relación tensional *unidad-multiplicidad* es algo que consideran los filósofos desde muy antiguo.

Antes de sumergirnos en la *interioridad* referida, cabe destacar a manera de síntesis, que la geométricidad de los avances humanos generan la sensación de *vértigo*: el hombre avanza dominando toda la existencia; tiene derechos sobre ella, pero se olvida que también tiene, en la misma medida, deberes; puede servirse de la naturaleza, pero no “ultrajarla”. El *vértigo* se da cuando experimenta hasta placenteramente su capacidad y poder, y en su marcha hacia la evolución científica ya no *discierne*; es como si “le diera para adelante” sin medir consecuencias ni efectos adversos, con

anteojeras, obnubilado. Es la tentación *prometeísta*<sup>70</sup>. El poder es un sentimiento que, si carece de *discernimiento*, es decir, de *prudencia* -que, paradójicamente, es de donde proviene el nombre “Prometeo”- pasa a convertirse en una actitud que progresivamente va ennegreciendo al hombre, que ya no puede controlarse ni controlarlo. También la *torre de Babel*<sup>71</sup> es símbolo del orgullo humano, que, si no es controlado, medido, termina poniéndosele en contra; porque si el hombre no fuese poseedor de un orgullo o ambición justos, estarían imposibilitados de evolucionar. Numerosos autores consideran al “poder” como una entidad independiente que termina tomando posesión de la persona: ésta comienza seducida y cree hacer uso de él; sin embargo, es el poder el que se sirve de la persona una vez que cayó víctima de la codicia y la ambición.

El hombre experimenta un poder “ilimitado” y que nada puede detenerlo. La naturaleza es el hogar del ser humano; sabemos que del respeto que de ella tiene no solamente puede aunarse como parte de la misma, y que, en cambio, si la somete a su antojo, es sabia y se defiende, aunque, conocemos también tantos casos en los que ya no existen medios de defensa y la termina por aniquilar. Entonces ya no le sirve. De un modo u otro, la naturaleza se le vuelve en contra en vez de ser su aliada. Aunque a veces parezca lo contrario, las leyes de la naturaleza son más grandes que el hombre, y, tarde o temprano se hace “naturalmente” justicia. Por eso es importante esto de la toma de conciencia del sentido de unidad con la naturaleza y las leyes que la rigen. El uso que de

---

<sup>70</sup> La mitología griega presenta a Prometeo como al Titán protector y bienhechor de la humanidad. Era hijo del titán Jápeto y la ninfa marina Clímene. Él y su hermano Epimeteo fueron comisionados para proveer a los seres humanos y a los animales, luego de creados, de los recursos necesarios para su subsistencia. Epimeteo (que significa ‘ocurrencia tardía’), concedió a los diferentes animales las cualidades del valor, la velocidad, la fuerza, y características propias de cada uno. Al momento de conceder un atributo de superioridad al hombre, se dio cuenta que ninguno le quedaba, por lo cual recurrió a su hermano, y Prometeo (que, en contrapartida de Epimeteo, significa ‘prudencia’) asumió la tarea y les confirió la capacidad de caminar erguidos además de un aspecto agradable. Pero, además, se dirigió a los cielos para encender una antorcha con fuego del sol, el más valioso de todos los dones posibles, pues con este fuego los equiparaba a los dioses. Pero estas acciones provocaron la ira Zeus. Además del robo del fuego para los seres humanos, engañó a los dioses mediante un ardid haciendo que ellos recibieran las peores partes de cualquier animal sacrificado y los seres humanos la mejor. Zeus lo hizo encadenar a una roca en el Cáucaso, donde era atacado constantemente por un águila. Sin embargo Hércules, finalmente, mata al ave y libera al amigo.

Nótese la similitud con el relato de la desobediencia de Adán y Eva, inducidos a comer del *fruto prohibido* por parte de la serpiente. A partir de ese momento el hombre siente que todo lo puede, y que nada ni nadie le impide hacer el uso de la libertad como le plazca.

<sup>71</sup> Cfr. Gen.11.

ella haga también marcará el grado de evolución del hombre.

Y es aquí donde comenzamos a adentrarnos en el tema de la *indiferencia* como *conditio sine qua non* no sólo para usar bien de las cosas sino, además, para el ejercicio de la libertad.

### **Condiciones para la indiferencia espiritual.**

Recordemos la reflexión en que relacionamos al sufrimiento con el mal moral en cuanto implicaba un desorden, y tengamos ahora presente el desorden al que somete el ser humano a la naturaleza con sus caprichos. Hay un *quid* que resulta del uso correcto o incorrecto que el ser humano hace de las cosas. También recordemos que para realizarse plenamente y con significación, lo cual lo conduce a una auténtica felicidad, tiene que elegir bien y según la lógica que impone dicha realización personal en consonancia con su misión en el mundo, la cual va descubriendo en la medida que la conquista en el día a día. Entonces advertiremos que existe un punto de unión entre el destino de cada cosa y el del hombre que estriba de la elección humana cuando ésta involucra a las cosas. Tanto el hombre como cada cosa ocupan en el concierto del universo -con su destino peculiar- su destino, un tiempo y un lugar. El egoísmo de cada individuo lo termina por desubicar, así como quita de su centro a las cosas, que terminan encontrándose desviadas de su finalidad.

Soberbia, autosuficiencia, arrogancia, deseos escapados de control, impulsos a obrar sin discernir las emociones, son parte de los sentimientos humanos convertidos en actitudes y hábitos, que seducen desde la perspectiva de una *libertad* sin principios pero que en realidad no desean otra cosa que domeñar al hombre. Las cosas deben ser usadas en tanto y en cuanto sirvan al hombre para su real bien, es decir, porque realmente debe servirse de ellas, y en tanto y en cuanto no distorsione con su acción la finalidad de las cosas en el concierto de la naturaleza, porque de lo contrario la lastima. Respetar a la naturaleza con sus elementos significa ser honestos con sus tiempos propios, sus lugares, su orden; y así el hombre también se respeta a sí mismo, sus tiempos, lugares y su propio orden.

Uno podría preguntarse cómo se juzga la prosecución del bien personal previo a una elección o uso de la naturaleza. El “bien personal” fácilmente se distorsiona como



vimos; se elige no lo que realmente *hace bien*, sino lo que sirve al individuo sin la consideración de los otros, y si realmente lo elegido no será más bien “pan para hoy y hambre para mañana”. Las cosas, los seres humanos y las acciones deben tener un tiempo y un lugar en relación a un orden.

No todos estarán de acuerdo con esta opinión, pero la idea de *orden* preexiste en el *ser*, pero tiene que ser conquistada. Pero ¿*es* lo que “se hace”, o más bien el “*es*” es algo previo? Si solamente fuese “lo-que-*se-hace*”, entonces las cosas, las realizaciones, las instituciones y demás concreciones humanas que tienen un *orden* no se “corromperían”. Ahora bien, el “orden” *es* dado por un ideal que está antes y más allá de nosotros, y que nos indica lo que “debiera *ser*” para realizarse. Preexiste las ideas de *bien*, de *unidad*, de *verdad* y de *belleza* (lo que en ontología denominamos “trascendentales” del *ser*). Cuando nuestras elecciones y acciones son desordenadas lastimamos al *ser*, pudiendo implicar el origen de un proceso de corrupción si no se repara oportunamente.

Pero la soberbia humana no siempre se manifiesta en un accionar altanero; también hay arrogancia en la autosuficiencia, cuando se cree poder salir de un aprieto por sí sólo, sin la compañía o ayuda de los demás; no se miden las reales fuerzas personales y se cree uno que va a lograr lo que espera.

Hablamos de elecciones, de opciones, tomas de decisión... acciones, todos con un alcance que, como hemos visto, van mucho más allá de lo imaginado. La verdad es que el hombre tiene poder, un poder que, bien usufructuado lo ennoblece a él, y por el se embellece la naturaleza, por consistir en una capacidad precisamente transformadora, y, en cierto sentido, *creadora*. Para que este sentido del poder humano se despliegue como debe, y con una fuerza -quizá no ostentosa y sí, en cambio, silenciosa- mayor y más sustancial que la prometeísta, hace falta una actitud que comienza en la intimidad de cada ser humano, y que encuentra su sustento en la *humildad* -porque así como la soberbia corrompe y aniquila, la “humildad” recrea, purifica y renueva las cosas-: la *indiferencia* espiritual, que se transforma en un motor generador de vida. Esta actitud o estado logrado no sin esfuerzo vive en el corazón de quien está realmente enamorado de la vida, de la naturaleza, del “buen *ser*”.

## Concepto de indiferencia espiritual.

¿Qué es la *indiferencia* y en qué consiste? Aquí no existe el escepticismo; no es la misma indiferencia en el sentido peyorativo que solemos utilizar, la del “da lo mismo esto que aquello” y que refleja hasta desinterés, ni tampoco en el sentido de no dar oídos a lo que no nos importa o puede lastimarnos. No es la indiferencia que nos habla de falta de compromiso y del “me da lo mismo” que raya el nihilismo.

La *indiferencia* espiritual se da en el corazón de quien es “prudente”. ¿Quién puede juzgar adecuadamente si fue altanería y presunción la puesta a prueba a Zeus por parte del *Prudente*? La “prudencia” va de la mano con la “inteligencia” y la “sabiduría”; no puede ser prudente quien no es astuto, pero con la astucia que persigue el bien. Odiseo era “prudente” ante cada disyuntiva o dilema que se le presentaba; Homero lo calificó como “*fecundo en ardid*”, no precisamente porque supiera *engañar* a hombres, reyes y dioses relamiéndose, sino porque su prudencia y sabiduría lo condujeron de regreso a Ítaca. Recordemos en qué consistió el *engaño* de Prometeo a Zeus: se le ocurrió colocar en una pila, recubiertas con el vientre del buey, sus partes comestibles, la carne y las entrañas; mientras que en otra pila colocó los huesos del mismo buey cubiertos con su grasa. Entonces le pidió que eligiese entre las dos posibilidades; engatusado, el dios optó por la grasa; lógicamente montó en cólera al descubrirse engañado, porque a partir de ese momento, los huesos y la grasa servirían de sacrificio para los dioses, mientras que los mortales disfrutarían de la buena comida.

La “prudencia” necesita a la sagacidad junto a una considerable cuota de paciencia indispensable para el manejo de los tiempos, pero, sobre todo, requiere de *modestia*; porque la sagacidad y la paciencia son asimismo artes que astutos para el mal también saben manejar. Si embargo, de las dos, la *prudencia* es la más costosa para ser conquistada, porque requiere de mucho trabajo interior y aceptación, no sólo de sí, sino además de la necesidad de llegar a adquirir la virtud como una tarea equilibrada e imperturbable. ¿Cómo juzgar a Prometeo? Como todo mito tiene una lectura y aplicación verdadera como ambigua; como es amplio en cuanto significación, es abarcativo en sentidos, inclusive los sentidos contrarios pueden estar coexistiendo. En Prometeo está la altanería ambiciosa que se animó a subir a los cielos para robar el fuego sagrado (mientras existen tantos “buenos” que pecan por una *indiferencia* que los hace tibios, mediocres), pero que se “animó”, y también está la sagacidad que le midió el tiempo a

Zeus. Prudencia no significa *estaticidad*, sino *discreción* para actuar en el momento exacto y de la manera justa. Recordemos que un individuo posee determinada naturaleza con determinadas capacidades que le son propias, y que lo hace proclive a una virtud específica que coexiste con una tentación que corre en el mismo sentido (por ejemplo, la virtud de la “inocencia” y la tentación de la “ingenuidad” como correlato existencial; el “orgullo” del emprendedor y la cerrazón o “autosuficiencia arrogante” del exitoso; los logros del “humilde” y la “soberbia” del que abrió los ojos descubriendo de lo que es capaz; etc.). La misma capacidad para el bien coexiste en la raza humana con la capacidad para el mal. Como nos decía Viktor Frankl,

*“... es evidente que el mero hecho de saber que un hombre fue guardia del campo o prisionero nada nos dice; la bondad humana se encuentra en todos los grupos, incluso en aquellos que, en términos generales, merecen que se les condene. Los límites entre estos dos grupos se superponen muchas veces y no debemos inclinarnos a simplificar las cosas asegurando que unos hombres eran unos ángeles y otros unos demonios<sup>72</sup>”.*

La misma tensión contrastual que existe en cada ser humano existe en toda la humanidad; es tanta la grandeza que tiene que, para que pueda dar frutos sustanciales e imperecederos, debe llevarla con dignidad, es decir con conciencia y humildad. La *indiferencia* es la actitud que lo debe acompañar en el instante preciso en que va a tomar una determinación decisiva (o no); es la condición necesaria para que pueda optar sin estar ofuscado por algún sentimiento o pasión, ni enceguecido por “creérselas”. Y presupone *conciencia* y *humildad*.

Los hombres grandes que hicieron historia, evidentes como no evidentes, se hicieron más grandes desde su sencillez. Tomemos ejemplos de este tipo de personas con quienes la humanidad o los países están en deuda, y comparemos a aquellos con perfil bajo o signados por la humildad (aunque tuvieran que tomar decisiones duras con firmeza y decisión) con aquellos que ostentaron su gloria y le sacaron el jugo; heridas de guerra como trofeos o medallas de oro. De nuevo la ambigüedad humana coexistiendo. Sin embargo queda en la posteridad a manera de estímulo para la tarea de ser *indiferentes* y humildes, como un bálsamo tibio y reconfortante en una humanidad donde sobran quienes se sacan los ojos entre sí, aquel que buscó hacer el bien sin querer a cambio honores ni consideraciones especiales. Es la gente que supo elegir y

---

<sup>72</sup> Op. cit. pg.86.

que nos indica el camino de cómo elegir, con qué predisposición.

Quizá ahora vayamos comprendiendo un poco más qué significa y en qué consiste la *indiferencia* espiritual. Todo lo que la naturaleza nos brinda es bueno; el hombre, con el uso que le da, lo toma como bueno o lo convierte en malo; o, quizá para entenderlo mejor: para cada cual cada cosa que existe es, de alguna manera, *indiferente*, ni “bueno” (moralmente hablando) ni malo; pero si lo toma con una intencionalidad torcida, entonces lo convierte en malo. El trabajo es bueno; pero si me apego a él de tal modo que me convierto en su esclavo, y voy dejando de lado otras prioridades como la familia, los amigos, etc., entonces se convierte en malo para mí.

De todo lo existente puede el ser humano utilizar, pero tiene que saber que, en virtud de su intencionalidad en el uso de cada cosa, en el interior de cada una existe algo similar a la ambigüedad humana. Así, el hombre puede hacer uso de la energía nuclear como medio idóneo para modernos instrumentos destinados a detectar y diagnosticar enfermedades, o para generar otros tipos de energía alternativos; pero también sabemos del poder destructivo que encierra. Asimismo, una droga que sirve para curar o aliviar en el campo de la medicina, puede ser utilizada por un adicto como narcótico. El sexo es el diálogo de dos cuerpos que se aman y se unen en intimidad, haciendo posible un momento único entre dos seres que en ese momento pueden experimentar la *unidad* perfecta; pero puede ser reducido a un nivel de mera genitalidad si se sirve de él para satisfacer en un momento los meros instintos. Y así, indefinidamente, podríamos encontrar en las cosas lo potencialmente bueno como lo potencialmente malo. Cuántas veces decimos “porque quiero lo hago”; a diferencia de los animales hemos sido investidos de *racionalidad*; para cada uno todo podría bien ser válido, pero no necesariamente lícito. “Siento ganas de algo”, o “siento la irresistible necesidad de probar esto o aquello”, o “si no pruebo y constato nunca sabré la verdad”; todos estos razonamientos son *verdaderos*, pero también son *falaces*, porque inducen a engaño o nacen de un autoengaño, porque a todos nos ha tocado de algún modo, y sabemos muy bien cuando nacen de un capricho que nos ofusca. Existen ciertamente momentos en los que *ser libres* nos ata, que, paradójicamente, nos *esclaviza* porque requieren nuestra responsabilidad; sobre todo, como ya hemos visto, los momentos de desolación, evidentes o solapados en banales alegrías, este ejercicio se torna más dificultoso, y hasta suena *ilógico*. Sé lo escabroso de este punto, porque en mayor o menor medida a todos -sin excepción- nos golpea. Por eso mismo, la *indiferencia*

espiritual requiere de otra actitud, que es como su corazón: la *sinceridad*.

“Prudencia”, “sinceridad”, “coraje”, son atributos necesarios para la *indiferencia*. Supone saber detenerse a tiempo antes de elegir entre dos o más cosas, o si se va a tomar un camino que se desea por lo seductor, pero que no conviene; es animarse a caminar al lado de las cosas buenas pero sin tomarlas hasta saber si realmente van a servir para bien o -en algún momento- van a dañar; es tener la grandeza de dejar pasar por alto personas o situaciones que aparecen triunfando y que te invitan a subirse a su carro. Es ser *sincero* con uno mismo y no dejarse atraer por el imán de los lujos, las apariencias, los éxitos rápidos y fáciles, las pompas y ostentaciones, las modas en sus mil rostros. Es también eludir la tentación de hacer caridad para parecer hombres y mujeres de bien, ya sea para lucirse como filántropo huero, ya sea para aparentar como fariseo ser bueno, ya sea para calmar el espíritu de culpa que a menudo se siente cuando nos topamos con algún pobre o sufriente.

Ser *indiferente* significa que entre dos posibilidades a elegir no se va a optar por la que a uno le gustaría, sino por la que sinceramente conviene para la realización personal en autenticidad, el camino que conduce a la felicidad genuina. “Me gustaría hacer tal cosa”, pero sé que no me conviene, o porque me terminará haciendo mal, o porque terminaría dañando a un tercero. Hay que aclarar que la materia de elección en esta *indiferencia* no está entre algo permitido y algo prohibido. No; lo difícil radica en lo dificultoso de la sinceridad con uno mismo, y en saberse tomar el tiempo necesaria para realizar la correcta elección entre dos cosas que, pueden ser buenas las dos, pero una no me conviene o conviene menos, o bien, tomar algo que ayudará pero hasta cierto punto, que será donde tendré que detenerme.

No hay cosas de suyo más buenas o mejores que otras. Tomemos como ejemplo a la *riqueza* y a la *pobreza*: la *riqueza* no es más ni menos mala que la *pobreza*; a menudo se juzga al “rico” como *malo* a priori, porque en teoría la riqueza corrompe o ha sido mal habida; y, a la inversa, se considera también un *mal* a la “pobreza”, ya sea a la pobreza como tal, como al “pobre” que por serlo “seguramente es un vago que no quiere ir a trabajar”. Existen pobres *dignos* como existen ricos *dignos*; hay pobres que sufren las carencias materiales como los hay que sobrellevan su pobreza con la frente alta y hasta ni se plantean como algo problemático su carencia material; tienen su familia y se sienten felices, piden a Dios salud, un trabajo digno, y, cuando pueden descorchan una sidra o se comen un asado disfrutándolo del mismo modo que un rico

lo haría con el mejor champagne o saboreándose una langosta. Como también hay ricos que lo tienen -materialmente hablando- todo, que no les falta nada, pero carecen de lo más importante: el afecto. Tengo un amigo que un día me dijo sabiamente: a la persona sin dinero que de pronto se encontró con él le costará menos saber vivir (aún si volviese a quedarse seco) que a la persona que un día lo tuvo todo y de pronto tuvo menos o se quedó sin nada. En otras palabras, el que recibió siempre todo de arriba, no sabrá que hacer cuando caiga en desgracia. Quien se hizo desde abajo y no olvida su procedencia, sabrá sobrellevar la desgracia cuando llegue.

Finalmente apliquemos la *indiferencia* al tema que propiamente tocamos: la *enfermedad*. Lo normal es estar sano; no “da lo mismo” estar sano que enfermo. Pero ya dijimos que esta indiferencia es distinta. Aquí el *indiferente* es capaz de sobrellevar con dignidad y grandeza una enfermedad; es lo que lo “diferencia” del resentido, del amargado que se puso así por no aceptar su realidad para terminar insultando a Dios y a María Santísima. Ya analizamos suficientemente acerca de la sabiduría que entraña el dolor y el sufrimiento, el físico, el moral, el psicológico y el espiritual. Quien a sobrellevado una instancia de este tipo tomó un atajo sustancial hacia la *indiferencia*, porque aprendió la sabiduría de colocar cada cosa en su real sitio, además de haber logrado trascender los tiempos, porque sabe de espera, y aguarda a que llegue la salud sin ilusiones ingenuas, porque si no llega, sabe que esa es la vida, y que, como todas las cosas en el mundo, él y su salud o enfermedad ocupan su sitio.

## *REFLEXIÓN UNDÉCIMA*

**“FORTALEZA: RESILIENCIA Y TENACIDAD”**

## Reflexión undécima

### “Fortaleza: resiliencia y tenacidad”

#### La *fortaleza* y sus virtudes anejas.

Quisiera reflexionar sobre un concepto muy en boga por estos tiempos que corren, y que, de tanto usarse como novedad, alcanza un punto de potencial desvirtuación por pretender utilizárselo en cualquier circunstancia, aún la que no lo requiere, y, a menudo, fuera de contexto y de tiempo oportuno: la *resiliencia*. Para ubicarla en el lugar que corresponde dentro de la temática abordada a lo largo de todas estas reflexiones, resultando significativa, es necesario acompañarla de otra propiedad que acompaña al ser humano en el cumplimiento de su tarea existencial: la *tenacidad*.

Como punto de partida tomemos otra virtud humana, presente en los momentos dolorosos: la fortaleza. En reflexiones anteriores pudimos discurrir acerca de la sabiduría, condición para el discernimiento existencial, y de la prudencia que guarda otra virtud: la justicia. Como corolario del despliegue de la virtud de la *fortaleza* que sostiene al hombre durante su prueba, aparece otra virtud: la *templanza*; esta templanza está ligada a la *tenacidad*. El “temple” consiste en el equilibrio entre la dureza y la tenacidad del acero. Podríamos decir que la *fortaleza* sostiene *prudentemente* al probado, quien, como un trozo de hierro en el crisol, termina purificado y *templado*, para alcanzar la ecuanimidad justa en las decisiones, es decir, el sentido de la *justicia* que caracteriza al hombre sabio.

La *fortaleza* y la *templanza* se acompañan constantemente; una se sigue de la otra si es que quien aceptó el desafío de la prueba utiliza su inteligencia y acepta el auxilio de la *fortaleza*. Durante el trance doloroso, además del ejercicio de la prudencia, aparecido como imperativo de acción discreta a través de la inteligencia, el hombre



necesita imperiosamente de la *fortaleza*, sin la cual sucumbe inevitablemente. En efecto, dicha virtud le ayuda a atravesar el tránsito en oscuridad. Pero, una vez atravesado, el hombre se siente distinto, más capacitado para la próxima batalla; sucede que se encuentra *templado*. Al mismo tiempo, esta virtud se convierte en fuente de *fortaleza*... Se ha iniciado un camino signado por un círculo virtuoso, cuyos polos movilizantes de tensión contrastual son la *fortaleza* y la *templanza*. El ‘templado’ se descubre más fuerte, y, de allí en más, no es que la vida le entregue pruebas más intensas necesariamente, sino que, como algo distintivo de su nuevo estado de *ser*, adquiere una sagacidad y agudeza de percepción que le hace sentir y vivir las cosas con mayor sensibilidad y profundidad; indudablemente esto implicará el requerimiento de una mayor fortaleza. La *fortaleza* exigida hace a la tensión existencial del individuo que la requiere; así se produce y vivencia la dimensión bélica del círculo virtuoso en la realización personal.

Lo interesante es que el hombre común, el luchador de todos los días, el que periódicamente recibe golpes por parte de la vida, puede comprender lo de la ‘fortaleza’, en el sentido de que cuando vemos a alguien flaquear lo intentamos sostener con un “¡Fuerza, que podés!” o “¡animo, que te sobra resto!”. En el transitar de este estado virtuoso, el hombre común experimenta realidades difíciles de explicitar, pero que están presente, y quizá expliquen mejor las experiencias vividas durante el despliegue de virtudes como la de la *fortaleza* y la *templanza*: la *resiliencia* y la *tenacidad*. Son estas peculiaridades existenciales las que con mejor sentido pueden explicar lo que sucede por dentro de la persona que decide abrazar su camino de esta manera, y que no encuentra las palabras que puedan definirlo.

Probablemente el lenguaje que estamos utilizando resulte chocante en los tiempos que corren, donde la búsqueda de seguridad sin medir consecuencias, así como la permanente presencia de un optimismo sin fundamento ni otro origen que no sean efímeros entusiasmos o idealismos que no son otra cosa que una cáscara frutal hueca. Pero lo cierto es que de un modo u otro, el hombre pretende ser liberado de la necesidad de lucha; y en un terreno semejante, los que conciben la vida como lucha y hablan de la necesidad de ser ‘fuertes’ aparecen como una raza en extinción, de a ratos hasta ridiculizada. Confunden, de hecho, el sentido del ‘señorío’ del hombre: el ser que “lo puede todo” no es “señor de sí mismo”, sino aquel que puede consigo mismo.

La vida como tarea existencial requiere de *fortaleza*, ya sea ante las surgentes

adversidades, ya sea en el primer campo de batalla que es la interioridad de cada persona, donde se realizan las posturas y actitudes frente a la existencia y, asimismo, se toman las decisiones. Uno está capacitado a enfrentarse a los vaivenes de la vida en la medida que no le escabulle al hacerle frente su ‘sí-mismo’, aceptando su peculiar condición contingente. Por otra parte, asumir de este modo su propia vida se convierte en un hecho ejemplificador único, en el que el mismo que lo vive generalmente no se percata de los alcances de su conducta, debido a la misma condición humilde del estado que genera: los otros seres que contemplan su modelo de vida, si es que no son necios y sí inteligentes, terminan imitándolo. Es, entonces, el momento personal en el cual comienza también a ponerse en movimiento el círculo virtuoso social y la purificación de las estructuras sociales genuinamente y desde su misma interioridad, que consiste en las vidas particulares asumidas con significatividad.

La *fortaleza* no elimina el miedo; entrena al hombre para afrontar los miedos propios y los devenidos de la existencia. Esto no es un dato menor: habitualmente se considera valiente a la persona osada, que da la impresión de carecer de miedos; es más, no conoce la palabra ‘miedo’. Precisamente es ‘valiente’ aquel que hace frente a los miedos, que los asume y, sin embargo, obra en contra de lo que éstos puedan indicarle o inspirarle. Y, cabe destacar, que entre aquellos vicios que atentan contra la virtud de la fortaleza, Tomás de Aquino nombra a la ‘audacia’ o temeridad (imprudencia), junto a la timidez o cobardía y a la impavidez<sup>73</sup>.

### **Contenidos conceptuales de la *fortaleza*.**

La filosofía griega, bajo el influjo estoico, entiende a la fortaleza como fuerza anímica para enfrentar a las adversidades (que Tomás de Aquino profundiza al hablar de la ‘magnanimidad’ -ánimo grande, fuerte, sostenido-, la cual, junto a la ‘magnificencia’, la ‘paciencia’ y la ‘perseverancia’, presenta como virtudes unidas a la fortaleza<sup>74</sup>). Debido a dicha influencia, la *fortaleza* puede sonarnos (siempre refiriéndonos a ella desde el pensamiento griego) una actitud “voluntarista”, soberbia y autosuficiente, cuando, como luego veremos, supone a la fidelidad en el mejor de los sentidos (*fiducia*

---

<sup>73</sup> Cfr. Tomás de Aquino, II-II, qq. 125-127.

<sup>74</sup> Ibidem, qq. 128-138.

en el sentido de una entrega confiada que implica una fidelidad que no es “estoica”, sino, por el contrario, un sereno abandono en lo que se convicción de que es ‘verdad’). No obstante, cabe destacar los distintos conceptos con que se la ha nombrado: *andreia*, para referirse al desprecio del riesgo y amenaza en las batallas (*andritsomai* significa “actuar valientemente”, “portarse varonilmente”); *karteria*, como dominio de sí y de las pasiones; y *megalopsyjia*, la fuerza anímica propia del hombre como “macho” para imponerse y no dejarse doblegar. Sin embargo los términos de la ‘septuaginta’ para referirse a la *fortaleza* suelen ser *dynamis*, “fortitudo” en la Vulgata, es decir, fuerza, poder, capacidad (el concepto de *dynamis*, está de alguna manera asociado al de *exousia*, como poder operante otorgado por Dios para el obrar con autoridad); *isjjs*, “virtus”, o sea, como virtud operativa que moviliza desde su interior a la persona, y *krátos*, en la Vulgata “vis”, a saber, poder, fuerza eficaz, dominio.

El correr del tiempo descubre a la virtud de la *fortaleza* manifestándose también a través de actitudes tenidas en consideración desde los escritos de Homero, tal como ocurre con la *parresía*, en alusión a la proclamación de una ‘verdad’ abiertamente, sin miedo, a la libertad de expresión y la franqueza; y desde el s. III ac. con la *hypomoné*, que utilizan los filósofos para referirse a la firmeza y la paciencia que se requieren para ser “fuertes” verdaderamente. Con el advenimiento del cristianismo, donde la fortaleza se liga fundamentalmente a la virtud de la *esperanza*, la *parresía* adquiere dimensiones más ricas y profundas, como más tarde veremos, porque no se trata ya de una verdad dicha con osadía simplemente, sino con la *fiducia* a la que hacíamos referencia anteriormente: alguien se entrega, se abandona a una causa que considera justa y con la cual se ha identificado, pues, internalizada, se hace carne consigo; la vida misma se transforma con su ‘testimonio’ en palabra *parresiastés*.

Con la *hypomoné* ocurrió algo similar; se trata de una actitud que habla de ‘aguantar’ durante la adversidad con paciencia. A partir del cristianismo este concepto lleva su significado a lo más hondo y tiene mayores alcances: ‘paciencia’ es más que el mero aguante; la paciencia puede durar mucho más allá de lo esperado; hace hincapié en la ‘constancia’, permaneciendo firmes, inmovibles a pesar de la adversidad, sobre todo aquella emanada de una injusticia, ante la *mentira*, el engaño, las falsedades provenientes de terceros y de la sociedad que se mueve entre medio de antivalores, etc.

*Parresía* y *hypomoné* son dos polos anejos a la fortaleza y a la *esperanza*, por eso serán especialmente considerados en nuestra siguiente reflexión. Ahora,

simplemente cabe tocarlas levemente, advirtiendo la dinámica que encierra la fortaleza en función de la esperanza. La *parresía* mueve al hombre hacia delante, mientras que la *hypomoné* le permite permanecer firme en la parcela del terreno ganado. Si bien existen prolongados tiempos de uno y de otro, también pueden darse simultáneamente; como sea, deben de ser considerados no tanto como dos momentos cronológicos, sino, más bien, ontológicos: ambos se ordenan a la perfección del *ser* personal y su actualización existencial: se avanza y se afianza; se afianza y se avanza. Es como si ambos polos, en un movimiento que no es precisamente “dialéctico” actuaran en un mismo sentido, en donde el uno no puede ser sin el otro; en tiempos de *hypomoné* hay también *parresía*, y viceversa; sin embargo, en ningún momento se identifican, por más cerca que se encuentren. Quizá se alcance a percibir el singular contraste al adentrarnos en el tema del “punto crítico”: quien padece hasta el colmo llega a un punto en el que se traspasa existencialmente un umbral, no sólo en lo que respecta a la volición, sino, sobre todo, en el campo de lo cognitivo; el atribulado sigue adelante, más allá de dicho umbral, y experimenta *parresía*; y, al mismo tiempo, a traspasado el ámbito propio de la *hypomoné*, pues el sentido existencial empieza a manifestarse -aunque más no sea- a través de una luz tenue que lo indica, con lo cual la perseverancia en el dolor (y a pesar de él) comienza a mostrar sus frutos.

No pretendo hacer un tour por los nombres que a lo largo de la historia ha tenido la virtud de la *fortaleza*; simplemente pretendo hacer advertir la inacabable riqueza conceptual que encierra, y que decir “fortaleza” no consiste en algo limitado meramente al hecho de que alguien es fuerte, o aguantador, resistente, o incansable, etc. Consideremos cada nombre referido para acercarnos a un aspecto puntual, o a un matiz preciso de la *fortaleza*, y advertiremos los alcances, a veces impensados. No ha sido, indudablemente, la necesidad humana la que diseñó esta virtud, como para alentarnos a no desfallecer; más bien califica una noble cualidad humana, una capacidad única de sobreponerse a las adversidades como nadie más puede hacerlo sobre la tierra. No en vano se le ha cantado, se le ha escrito, se han pintado obras maestras en honor al valor; la *fortaleza* en la entrega por una causa noble que despierta ideales como fuego en los corazones moviliza la pluma de los historiadores; filósofos y teólogos la profundizan, psicólogos la analizan...

La *fortaleza* guarda al auténtico ‘poder’, al sentido de ‘confianza’, la ‘firmeza’ y ‘constancia’, la ‘paciencia’, la ‘austeridad’, y a la ‘aceptación’. Agustín de Hipona se

refiere a ella como la virtud necesaria “*in perferendis molestiis*<sup>75</sup>”, para llevar con ánimo las molestias. Como comentábamos más arriba, existe siempre latente el peligro de desvirtuar su concepto a la sombra de espíritus estoicistas o voluntaristas; no es más bueno el hombre porque ayune, se reprima, castigue su cuerpo como para domarlo, como si se tratara de actos nobles y significativos en sí. No; no se trata de controlar al cuerpo y resistir a las tentaciones; eso suena un tanto autosuficiente y arrogante, soberbio. Se es “fuerte” cuando es posible dar el mal paso a conciencia y se es capaz de frenar el pie; cuando se es capaz de cerrar la boca en momentos en los que se querría hablar en descargo -innecesario, obviamente-, como también para herir, o de hablar cuando lo que tira a callar es el miedo o la cobardía; cuando se domina la mano que quiere hacer cualquier tipo de daño.

### **Resiliencia, tenacidad y “punto crítico”.**

El *punto crítico* constituye el umbral a ser atravesado para cosechar los frutos de lo sembrado durante el tiempo de la tribulación; es, como veíamos, el punto de inflexión que, una vez superado, permite al ser humano experimentar un cambio interior, y poder afirmar que su sufrimiento no fue en vano. Esta realidad trasciende absolutamente a la posibilidad de una real y concreta superación de aquello que desató la crisis, ya sea una enfermedad, un problema familiar o laboral, el padecimiento de un ser cercano, la muerte de alguien querido, etc. Y *trasciende* porque aún permaneciendo el origen de la llaga, la experiencia de atravesar el *punto crítico* es la de una sanación de otro tipo, algo interior que colma al ser de paz; es un triunfo que llegó serena y silenciosamente, no un triunfalismo; de repente el alma experimenta una paz única que permite a quien franqueó el tiempo de prueba esbozar una sonrisa que parte del corazón. Es el tiempo de sentir que la *esperanza*, aún contra toda esperanza, no defrauda.

¿Qué es lo que capacitó al individuo para superar el trance? En la reflexión siguiente, la última, la que viene a ser la piedra angular de todas las demás, descubriremos en la *esperanza* el principio vital que sostiene al hombre en su transitar, a veces sencillo y otras sumamente dificultoso. Pero de la capacidad de tolerancia y de convertir lo que aparece como una debilidad en una fortaleza es lo que muchos conocemos con el nombre de *resiliencia*.

---

<sup>75</sup> Cfr. Pedro Lombardo, *III Sentencias*, d. 33.

Sin embargo existe otro principio que convendría agregar al de la *resiliencia* para que en los momentos de adversidad la persona oponga mayor resistencia. Una tarde charlaba con un hermano que, además de ingeniero civil, es pedagogo. El término ‘resiliencia’ se está utilizando mucho en educación, tanto que hasta da miedo, como tantas otras recetas pedagógicas que se ponen de moda y que terminan siendo más importantes que los ‘seres humanos’ que existen detrás de cada alumno. Le planteé entonces acerca de esa suerte de manoseo de este principio que resulta ser capital, tanto para el desarrollo mismo de la persona, como para lograr un aprendizaje significativo a partir de supuestas debilidades o eventuales trances difíciles por los que tendrá que pasar. Como buen ingeniero y docente, capaz de transferir conceptos físicos que pueden ser aprovechables en el ser humano, me aclaró: “... *lo que pasa es que al concepto de resiliencia habría que agregarle en de tenacidad*”. Y realmente tenía razón; en los momentos de tribulación puede resultar significativa la *resiliencia*, pero existen situaciones que encierran una dramática fuerza que presiona hasta el colmo de la capacidad de la persona, al punto de poder partirse de un momento a otro. Es entonces cuando a dicha fuerza hay que oponerle la *tenacidad*.

No hace falta irnos demasiado lejos para encontrar ejemplos de *resilientes*; todos debemos encontrar cerca nuestro a alguna persona que permanezca en pie a pesar de la adversidad (de esas que uno se pregunta “¿cómo es que no se cae?”), o que se haya levantado al cabo de lo que parecía un rotundo fracaso. La *resiliencia* es en el ser humano una ‘actitud’ antes que un principio. Y así como existen hombres y mujeres *resilientes* (si bien todo hombre lo es en cuanto aptitud), existen pueblos resilientes: los que se levantaron de las cenizas, como los que sobreviven a pesar de tanta guerra y tribulación. A éstos también debemos agregarles la característica de la *tenacidad*.

Uno admira a esa gente que perdiéndolo todo, no por estupidez personal, sino como consecuencia de robos, de estafas, de catástrofes naturales... desastres nacionales, pero que saca fuerzas de algún lado y se levanta. Vemos personas que han padecido pérdidas irreparables, morales más que materiales; y no es como que “*aquí no pasó nada*”, sino que constatamos su alarido interior, su desgarró, su desazón no siempre manifiesta; se agacha, con su manga se seca las mejillas, y pausada y silenciosamente comienza a recoger los escombros, uno por uno, para empezar de nuevo.

Vuelvo a la lógica de mi hermano; en física el concepto de *resiliencia* se refiere al indicador de “resistencia al choque que posee determinado material y su capacidad

de recuperación de su estado original”. Llevado al campo de los metales, se refiere al principio por el cual éstos, expuestos a corrosión y altas temperaturas, al volver a un estado normal lo hacen en mejores condiciones. Define, asimismo, la capacidad de un material de resistir a choques imprevistos sin quebrarse. El concepto fue volcado a la capacidad humana que se encuentra de pronto con un golpe: no puede ser tan rígido porque se quebraría, ni tan flexible que quede así como quedó, sin volver a su estado normal. Un ejemplo es una buena pelota de fútbol, que al recibir el golpe por parte del pié experimenta un hundimiento de su material, pero de inmediato vuelve a lo que era. Aunque parezca roca, el hormigón armado es *resiliente*; basta con pararse en alguna tribuna cuando toda la gente salta, o estar parado en lo alto de un edificio cuando se produce algún temblor. Físicamente hablando, está directamente emparentado con el principio de *elasticidad*, que precisamente se define por la facilidad que posee una materia para recuperar la forma primitiva después de haber pasado la fuerza que provocaba la deformación. Su opuesto es la *plasticidad*, donde, como ocurre con una masilla, no se recupera ya el estado original.

Aplicado al ser humano el concepto *resiliencia* adquiere alcances mucho más profundos. La *resiliencia* le permite a la persona no sólo recuperarse, sino, además, volver a su estado original enriquecida interiormente; tras la tragedia el ser humano mismo se supera. Es decir, no necesariamente supera la adversidad material; quien pierde a un ser querido no lo recupera; a lo mejor no se recobra lo perdido, por más que se haya intentado, una vez pasada la calamidad. San Martín<sup>76</sup> pudo haber fracasado

---

<sup>76</sup> En Mendoza al Gral. San Martín sólo le falta que le prendan velas; su figura es más grande que en cualquier otra parte del país, y eso es mucho decir. ¿Qué percibe un mendocino, distinto a lo que puede significar su imagen, de por sí ya enorme? Para todos se trata de *el Libertador*, el que cruzó Los Andes para continuar liberando pueblos; se conocen sus batallas, sus dotes de estratega, además de su figura austera. El mendocino, además, cala más hondo en su significado; lo tuvo de Gobernador y valora esa capacidad de sacar fuerzas de algún lado para la futura gloria sin creerse un semidios como suele ocurrir con los grandes. No fue un triunfalista; es más, murió exiliado, con su perfil bien bajo y dolido por las luchas intestinas en su lejano país. ¿Qué cala el mendocino? Sin un centavo, sin ningún tipo de apoyo por parte del Gobierno Central (varios de sus miembros hasta lo miraban con desprecio) movilizó a todo un pueblo, eligió para cada realización a la persona indicada, capaz y emprendedora, y, pacientemente -aunque urgido por la necesidad- fue convirtiendo las debilidades en fortalezas, sobreponiéndose a las adversidades. El respeto del mendocino es otro; siente que San Martín le pertenece; porque de alguna manera es también la figura que mejor lo representa, porque a partir de la arena y la roca supo levantar un oasis; y, como San Martín, resulta ser muy cuidadoso y celoso con lo conquistado. Eso diverso que intuye en él un mendocino es la *resiliencia* y la *tenacidad*.

tras haber organizado todo con ‘nada’, en las tierras mendocinas. Los fracasos materiales no hacen a la persona menos resiliente. Todo lo contrario: como agudiza la contradicción experimentada, su esfuerzo interior debe ser aún más ingente. El *resiliente* se supera a sí mismo. Es lo que distingue su resiliencia respecto de la de cualquier otro material. En el ser humano abarca su totalidad, pero comenzando la tarea por su entidad más profunda: el *espíritu*. Y, no está de más repetirlo, la *resiliencia* es posible en el hombre que posee y vive la *esperanza*.

La resiliencia es la resistencia a la destrucción. En el siglo IV, Juan Crisóstomo decía que “Los árboles que crecen en lugares sombreados y libres de vientos se hacen blandos y fangosos; los árboles que están a la intemperie, golpeados por los vientos se hacen más robustos que el hierro”, hermosa sentencia que muy bien define a un resiliente. Éste, como veremos, protege su propia integridad sometida a gran presión; es, asimismo, capaz de continuar construyendo positivamente su existencia a pesar de las circunstancias adversas por las que haya atravesado. Y, veremos, lo sostiene una ‘noción’ imprecisa aunque cierta de que verdaderamente existe para él un proyecto de vida, a manera de “promesa” vital que lo llama, permitiéndole proyectarse hacia el futuro. La resiliencia se caracteriza fundamentalmente por su “positividad”; de semejante don deberíamos aprender todos, tan acostumbrados a la crítica por la crítica, a no apoyar en trances duros simplemente porque a uno no le va bien; y, entonces, ¿por qué habría yo de ayudarte?. Precisamente, la resiliencia actúa potenciando lo bueno que hay en cada persona.

La positividad que supone la *resiliencia* exige la necesidad de brindar afecto y hacerle sentir a quien necesita en momentos de desgracia que es no sólo aceptado, sino querido tal cual es; porque en los tiempos difíciles, lo primero que se dirige hacia abajo es la “autoestima”. Al mismo tiempo urge alentar las expectativas respecto de que no sólo todo saldrá bien, sino que de la situación atravesada saldrá cambiado, fuerte, y capacitado para ayudar a quienes luego les toque pasar por algo parecido. Se trata de transmitir confianza. Abundan las aves de mal agüero, que no siempre son concientes de que están tirando ‘pálidas’, como también las hay que se relamen como producto de su sadismo, o movidas por celos o envidias encarnadas existencialmente. Si hay amor y se inspira confianza, se ayuda eficazmente a sobreponerse ante las contrariedades de la historia y el entorno.

Etimológicamente, *resiliencia* deriva del latín *resilere*, que significa: ‘brincar



hacia arriba, volver al sitio de donde se salió también brincando’, ‘rebotar’, ‘apartarse’, como también ‘desviarse’. El idioma inglés lo utiliza: *recilence* o *resilency*, que significa la ‘resistencia de los cuerpos a los choques y al estrés’; también alude al estado o vía de recuperación o de ajuste.

Está básicamente referida a dos aspectos que la conforman, a saber, la *resistencia* ante cualquier amenaza de destrucción, y a la capacidad para cimentar y componer conductas y destrezas positivas para la vida.

La *resiliencia* no llega a cada hombre porque alguien se la enseña, sino que se pone de manifiesto cuando se la necesita; la crisis actúa a manera de ‘disparador’. Requiere de confianza en sí mismo por parte del que sufre; con la moral y la autoestima bajas no se la puede descubrir, aunque sí, quizá, se ponga en ebullición a través de palabras alentadoras. En efecto, según mi criterio, todo hombre posee dicha capacidad; lo que sí se puede hacer a través de una terapia u orientación espiritual es ‘estimularla’, ponerla en movimiento, instar a la confianza en el sí-mismo y mostrar que la vida guarda promesas y las cumple si uno puede ponerse en sintonía con ella. Estimulado es más sencillo que todo hombre sobreviva y se sobreponga ante cualquier adversidad. El *resiliente* es capaz de sacar fuerzas y continuar recuperándose a pesar de resultados negativos.

Puede llamar la atención de por qué no todos muestran la misma capacidad en este sentido; si bien existen matrices culturales y educativas que influyen, así como mayor predisposición en unos que en otros, no podemos caer en determinismos o reduccionismos biólogos, psicólogos ni sociólogos; esto implicaría negarle al hombre la capacidad de autodeterminarse y ser verdaderamente libre. No se puede negar que existen casos donde la influencia de la circunstancia del ‘yo’, así como una potencial poderosa tendencia proveniente de la información genética, alcanzan a determinar conductas. El error está en generalizar y hacer una ley universal a partir de casos puntuales, particulares. Se dan, de hecho, factores que facilitan en el ser humano el ‘disparo’ de la *resiliencia*, como pueden ser las cualidades disposicionales de la persona, en las que interviene su sustrato genético, como también la calidad de sus matrices socio-culturales y educacionales, lo mismo que su inteligencia. También son de peso los lazos afectivos familiares y de amigos, tendientes a contenerlo en las situaciones estresantes. A esto hay que sumarle que alienta o desalienta la actitud *resiliente* la vivencia de un proyecto existencial que le otorgue sentido a su vida.

Puede ser necesaria en momentos puntuales de nuestra vida, como también puede ser desplegada su virtud a lo largo de estados prolongados de prueba. Hay personas que pasan meses, años, y hasta toda una vida, por situaciones dolorosas. La *resiliencia* como la *tenacidad* actúan sosteniéndolos.

Ahora bien, además de encontrarle a la vida su significado para sí, para que la resiliencia sea tal, el hombre debe conocerse, aceptarse a sí y aceptar la realidad tal como viene dada. Una persona imprudente o indiscreta, impulsiva, que no mide los costos ni la capacidad personal, sucumbe de inmediato; la persona miedosa o tibia no será capaz de emprender una recuperación ni mucho menos una empresa que requiera de la facultad de ser dúctil, fuerte y emprendedor al mismo tiempo; para el tímido, el temeroso y aún el escrupuloso no resultará tan dificultoso el accionar de la *resiliencia* si son capaces de aceptar que solos no pueden y se dejan acompañar y alentar. En la *resiliencia* el ‘orgullo’ cumple un rol importante: en su aspecto positivo empuja al individuo hacia delante, con amor propio, moviéndolo a alcanzar la meta; mientras que en su faceta negativa es capaz de cerrarlo hasta el punto de imposibilitarlo para pedir auxilio. Volvemos, pues, a la necesidad de ser *humilde*.

A veces hasta podría parecernos arrogante un resiliente en la primera etapa, cuando comienza a ponerse en su sitio. Es que llevamos dentro esa semilla de envidia que nos hace ser suspicaces y sospechar mal de todo aquel que avanza o se levanta; por eso podría parecernos altanero. Ocurre que, aún con perfil bajo, el resiliente tiene la frente en alto. Teresa de Ávila decía que “*la humildad es la verdad*”, que significa no creerse más de lo que uno es, pero tampoco menos. Tomar las cosas como son, en su sitio, y un absoluto realismo (incluso descarnado) caracterizan verdaderamente a la persona humilde. Generalmente nos hacemos a la imagen de una humildad fofa, desabrida, sonsa, que no es ‘humildad’. Esta humildad propia del resiliente lo hace estar en permanente estado de alerta, con la mente abierta, clara y fría, para resolver con algo más que reflejos los conflictos planteados. Esta cuota de realismo se presenta como una conciencia de que “aún falta”, o que “las cosas todavía no están del todo bien”. Prudencia; delicadeza.

Cuando parece que todo está perdido y que se ha tocado fondo, que absolutamente todo alrededor es desierto y desamparo, la *resiliencia* hace su aparición, como sacando de la nada fuerzas y despertando a nuevos aspectos de la realidad, sólo perceptibles porque la persona se encuentra como en otra dimensión -aún estando con

los pies puestos en la realidad- que seguramente la viva como mala, pero que es buena en cuanto que se trata del terreno fértil para sembrar esperanza.

¿Qué sucede con el hombre malo, que asimismo se sobrepone a sus adversidades, pero, en este caso, para llevar a cabo el mal? En él también actúa la *resiliencia*, aunque no como virtud; es decir, actúan aquellos aspectos de la *resiliencia* susceptibles de ser manejados por gente malintencionada. Gente que también domina la sagacidad, que tiene la mente despejada y el raciocinio frío para tomar decisiones correctas para su causa. En otros términos, personas cuyo ser está corrompido, y que actúa con similar poder que la gente buena aunque en dirección contraria. Recordemos de qué manera puede desvirtuarse el sentido de cualquier elemento existente, a causa del mal uso o de la mala intención de un individuo. Un ‘malo’ puede utilizar a la *resiliencia* en cuanto capacidad operativa, pero no puede hacer que llegue a ser aquello que puede, de acuerdo al uso que de ella se haga: una verdadera *virtud*. En tal sentido existe una ayuda que es mutua, porque la *resiliencia* ayuda al ser humano a salirse de los escombros, y el ser humano, a través de su actuación, la potencia y embellece.

Esta capacidad en su actuación también nos enseña a hacernos cargo de los problemas por más insignificantes que parezcan; en cierto sentido, el resiliente asume los costos de la existencia, a saber, desde minucias dolorosas hasta las peores tragedias devenidas ya sea por razones naturales, ya sea por desbarajustes provocados por daños morales y que se objetivan en situaciones dolorosas, tales como las injusticias.

El ‘material’ del ser humano, decíamos, vuelve a su sitio por la *resiliencia*, aunque “reforzado”. En los estados prolongados de sufrimiento, en aquellas personas que uno dice: “*no puede ser que todo le salga mal en la vida*”, se produce una tensión continua mientras dura la prueba; es así que se dan casi al mismo tiempo la deformación que tiende a provocar el golpe con la vuelta a su normalidad, aunque en virtud de su “re-signación” (es decir, que no se ha dejado vencer por la adversidad, y, por lo tanto, no “renuncia” a su condición o lo que su ser le pide) y por la fuerza operante de la *resiliencia*, en el reencauce es enriquecido.

Cuando hablamos de la aceptación de sí y de la realidad (en la cual se encuentra inmersa la persona), nos referimos a un hecho *humilde*. El resiliente indaga en profundidad la realidad para aceptarla, y aceptarse él en ella tal cual la realidad viene dada. En su diagnóstico no elimina lo que no le conviene y asume lo que le interesa y viene en gana.

Y desde el contacto con la realidad, puede descubrirse a sí mismo con *su* realidad propia; por eso, en el punto crucial de la actuación de la *resiliencia*, se dan la ‘anagnosis’ (el reconocimiento), la ‘metanoia’ (la aceptación, el arrepentimiento) y el ‘epistrophe’ (el cambio o transformación). Como decíamos en reflexiones pasadas, después de la lucha, uno vuelve *el* mismo, aunque ya no *lo* mismo.

El cambio experimentado, no sólo una vez atravesada la prueba, sino también en medio del proceso (cuando reinaba la confusión) indica claramente que ha podido ser superada gracias a una *esperanza*, a la mirada interior puesta en el potencial cumplimiento del destino personal, de la “promesa”, que supone una implícita contemplación del futuro, donde se halla el sentido de la existencia, es decir, que todo lo que hacemos lo hacemos por algo. En las primeras reflexiones considerábamos la *esperanza*, en medio de la tribulación, de alcanzar la otra orilla. Aunque la imagen no esté bien definida, hay que poner los ojos del alma en ella, que si bien no queda clara, sin embargo está clara su presencia y llamado.

Asimismo, y volviendo sobre la *aceptación* -con los estadios que involucra-, el punto de unión entre el *resiliente* (convertido tras el proceso en “verdadero *cognoscente*”) y la realidad con sus sentidos profundos, implica la capacidad de transformar las debilidades en fortalezas, pero, sobre todo, la facultad de sacar de la galera soluciones, proyectos, apuestas vitales, y, además, relativizar lo que no tiene el valor absoluto que nosotros le concedemos, desvirtuando así la realidad misma.

El resiliente habla, además de las palabras justas y precisas, a través de los gestos y de sus miradas; en los momentos en que uno se ahoga en un vaso de agua, el *resiliente* te mira y, cariñosamente, te hace sentir tonto en el sentido de haberse uno complicado con lo que era simple, y de haber convertido lo innecesario en “urgente”. La mirada del *resiliente* es sabia, trae paz, serena el alma, hace suaves los golpes.

Su propia experiencia templada no lo hace experto en descubrir las oportunidades en las crisis que se van apareciendo; dicha capacidad se ha vuelto connatural a él. De allí el permanente estado de ‘puesta en guardia’ y su rapidez para desvelar los problemas y hallarles casi inmediata respuesta, valorización positiva de lo que el común de la gente ve negro, y rápida propuesta de solución o salida. El conflicto solapado es puesto en evidencia por el *resiliente* con su sola actitud, con sus gestos absolutamente opuestos a la alcahuetería: su bondad y paciencia evidencia la malicia

oculta y la acedia propia de la ansiedad. Como decíamos, el hecho de evidenciar todas las trampas, aún la de los de buena voluntad que lo rodean, que siempre se percatan de que aún algo falta (lo mismo que permanentemente experimenta el resiliente), suele despertar sentimientos de rencor; así como su capacidad de *creatividad* que, por otro lado, impide ser manipulado (y lo hace intuitivo de cualquier tipo de manipulación), despierta a la “envidia” ajena.

### **Modelos *resilientes*: hombres y pueblos “grandes”.**

A propósito de personas *resilientes* también hablamos de ‘pueblos’; a modo de ejemplo tomamos un hecho que nos es cercano, y el estrecho vínculo devenido entre el Libertador y el mendocino. A veces aparece alguien carismático con la capacidad de movilizar a todo un pueblo a permanecer en pie y a no dejarse doblegar (*hypomoné*); otras, de un pueblo tesón surgen figuras luchadoras que sobresalen de entre los demás miembros de la comunidad, figuras que no sólo se conforman con agachar la cabeza y seguir titando para delante, sino que buscan en cada determinación encontrar su significación.

La historia nos da ejemplos de este tipo de pueblos, y no hace falta irse muy lejos en el tiempo y el espacio. Tal vez sea éste, precisamente, el momento del condimento bélico existencial de la *tenacidad*. Existen muchos pueblos tenaces; llaman la atención aquellos que a pesar de la adversidad y del intenso dramatismo que signa su historia no sólo permanecen de pié y sacan fuego de sus propias cenizas, que no se doblegan, sino que, además, al igual que aquellas personas que admirábamos por su sabiduría conquistada, en contraste con la nada dibujada en el rostro de otros que pasaron por situaciones similares o más suaves inclusive, y, más aún, los no pocos resentidos que no han sabido elaborar su sufrimiento (amargos, como decimos los argentinos), son pueblos alegres, que continúan festejando, juntándose cada vez que les es posible, para beber y comer en torno a una mesa o un fogón, cantando, bailando, y mostrando una felicidad con hondas raíces; su gente se caracteriza por su admirable sentido común (relativizador, en el buen sentido) y del humor. No puede dejar de causar asombro la gente de la raza ‘negra’, como sus descendientes, negros o mixtos; quizá como nadie sufrieron el infierno de la esclavitud, y uno los conoce con esa admirable capacidad de levantarle la autoestima a los más deprimidos, no sólo con sus ingeniosas salidas, sino

que saben utilizar las palabras adecuadas en el momento justo, brotadas con la más absoluta naturalidad, y, con la mayor sencillez y sobriedad simpática colocan cada cosa en su sitio; además, sus gestos son esperanzadores; entre ellos se solidarizan ejemplarmente, sin masificarse como hacen otros que confunden solidaridad con patota, y más que nadie saben estar al lado de quien sufre. Su música, tanto como la alegría de sus bailes, levantan hasta al más caído, y, al mismo tiempo, evoca el dolor de siglos masticando injusticia y desprecio.

Un pueblo como el japonés no se quedó rumiando el terror vivido; es un pueblo ejemplarmente tenaz. Después de Nagasaki e Hiroshima surgieron desde debajo de las cenizas, y es hoy uno de los países más prósperos.

Numerosos son los pueblos que se incorporan pasada la tribulación; y por más adustas que se puedan presentar sus facciones no dejan de ser alegres: los pueblos rusos que vivieron siglos en guerra, acorde al vaivén de los intereses religiosos e ideológicos; sus clases dirigentes movilizaban revoluciones, utilizaban a sus gentes según el vaivén de sus caprichos; y, sin embargo, hoy los descubrimos como pueblo profundo, raza de escritores y sabios concedores hondos de la condición humana, quizá más que ningún otro. Conoceremos seguramente también a hijos de la ex Yugoslavia, hombres y mujeres que permanentemente han luchado contra la adversidad, levantándose y continuando con su travesía sin estancarse en un espíritu quejumbroso.

Dicen que en Alemania se utilizaban los ‘marcos alemanes’ para empapelar las habitaciones; nada tenía valor; toda la gloria virtual de entonces se desvaneció como la espuma del mar, hasta que cayeron en cuenta de la verdad y del engaño en el que estaban inmersos. Lo habían perdido absolutamente todo. Sin embargo, supieron rescatar fuerza de su *tenacidad* para salir adelante.

Finalmente, no puede menos que asombrarnos la *tenacidad* del pueblo judío defendiendo su identidad. A esto obedece su rigurosa y disciplinada fidelidad a sus principios religiosos que les otorga un innegable sentido existencial. La religión judía regula cada aspecto de su vida. A pesar de los continuos movimientos reformistas, llama la atención la manera en que las comunidades se han sabido mantener unidas a lo largo de su historia. La devoción va acompañada de una valorización fundamental de la transmisión de las tradiciones ancestrales. Indudablemente han sido todos estos elementos los que han permitido al pueblo judío sobreponerse a deportaciones,

esclavitudes, exilios, y holocaustos. Ciertamente se trata de un pueblo resiliente y tenaz.

Acerca de la *resiliencia*, como si se tratara de una moda, mucho se viene escribiendo. Si nos pusiésemos a considerarla serenamente descubriríamos que un resiliente es un elogio a la sabiduría que el sufrimiento humano bien entendido inspira. La *resiliencia* es mucho más que una capacidad o un método para soportar la adversidad y resurgir. Hoy se habla de ella casi como una receta existencial. En medio de nuestro vértigo cotidiano no está de más aceptar que su corazón es la *paciencia*, y que sin paciencia la resiliencia no será otra cosa que un intento de superación momentáneo que desaparecerá como tantos otros inventos terapéuticos, hasta que surja otro más entretenido.

El vivir resiliente y tenaz se aprende ayudado a partir de los ejemplos de vida que despiertan esperanza. Los modelos de vida transmiten mensajes que van más allá de las palabras, para asentarse en lo más íntimo de cada persona que persigue la bondad. Y, una vez asentado el mensaje, rumiado e internalizado, se pone en movimiento el peculiar modo de existir de cada uno, con su propio sentido y significado, para que, una vez puesto en marcha, el movimiento continúe evolucionando a manera de círculo virtuoso: la *significatividad*, apenas atisbada en los comienzos, paulatinamente se desvela con mayor claridad, afianzando al ser humano, dándole seguridad, y permitiéndole vivir y realizarse en *esperanza*.

*REFLEXIÓN DUODÉCIMA*

**“ESPERANZA: PACIENCIA Y TERNURA”**



## Reflexión duodécima

### “Esperanza: paciencia y ternura”<sup>77</sup>”

Hablar de *esperanza* es un atrevimiento. No es posible explicitar en palabras algo que únicamente puede ser comprendido si es vivido o de corazón pretende serlo; porque no sólo se trata de una virtud y actitud que sostiene al ser humano en sus tiempos de dolor, sino que es, además, un sentimiento que crece progresivamente mientras se la vaya viviendo. Es, en sí misma, una “paradoja”, pues no se trata de la simple ‘espera de algo’, sino de una vivencia que nos jala desde adelante, desde el porvenir, el futuro, sin poder definir con precisión de qué se trata eso que nos llama y nos moviliza; y, a medida que vamos avanzando, es decir, acercándonos, intuimos de alguna manera de qué se trata al mismo tiempo que se nos torna más desconocido y deseado, como un misterio que ha de ser desvelado. Es como si coexistieran en un mismo instante un “*tire-y-afloje*”, uno “ya lo tengo pero todavía no lo tengo”. La *esperanza* viene a ser algo así como el principio vital de nuestra existencia, que nos hace perseguir la realización personal y la felicidad constantemente.

Pero, además de significar ese principio vital, es algo que muchos alcanzan a abrazar pasada la tribulación para poder afirmar que “la *esperanza* no defrauda”, pero que aún no pueden definirla porque se debe seguir adelante. Sin embargo, de algo puede tener certeza: permaneciendo el mismo ya no es lo mismo; se ha producido una suerte de ‘salto *ontológico*’.

Alguno podría bien decir que este ejercicio espiritual de la *esperanza* difícilmente pueda ser aplicable a casos extremos de sufrimiento, como, por ejemplo, en una enfermedad. Por empezar cabe aclarar que efectivamente se dan casos en los cuales un enfermo no se encuentra en sus cabales para elaborar absolutamente nada. Pero no

---

<sup>77</sup> La parte de la presente reflexión correspondiente a la *parresía* pertenece a la ponencia “*El silencio del Parresiasés*”, en las II Jornadas de Cultura Clásica en la Universidad del Salvador, sobre “*Parresía: licentia verborum* y verdad”, Septiembre de 2003.

podemos generalizar. Es un enfermo ciertamente quien experimenta sus facultades volitivas y cognitivas más exigidas; su lucha será más dificultosa, crítica y profunda; si lo logra, no solamente será más meritorio, sino que los resultados serán más consoladores, y su sabiduría más acabada. De todas maneras uno naturalmente tiende a ejemplificar con enfermos, y existen pruebas vitales morales más dolorosas que una enfermedad. Habremos más de una vez escuchado deseos explicitados en frases como “*desearía estar enfermo para evitar esto*”, o -más complicado aún- “*cómo deseería estar muerto*”. Lo que está enfermo no es el sentido existencial, que, en realidad, es un emergente; se trata de la *esperanza* herida y de su posterior ausencia. En cierto modo, ante algo no deseado como es una enfermedad, el individuo que la padece se halla en una situación privilegiada como para alcanzar sentidos hondos hasta entonces no percibidos.

Quien avanza por la vida con esta esperanza, avanza *significativamente*; toda su existencia tiene *sentido*, un sentido previo, a modo de ‘misión’ encomendada por la vida, y un sentido a des-velar continuamente. Yo no diría “pobre de aquel cuya vida carece de sentido”, diría más bien “pobre de aquel cuya vida carece de *esperanza*”; un espíritu sin esperanza sería como la carne del cuerpo sin huesos.

La *esperanza* como una virtud del espíritu tiene que ver con una ‘confianza’ muy honda, que serena, trae paz, alivio, consuelo, y la certeza de que, aunque todo parezca indicar lo contrario, las cosas han de salir bien, pues significa que ‘van-a-salir-bien’ el hecho de que salgan como salgan, sea lo que sea, así debe ser y tiene un significado para mí que a su debido momento se me ha de manifestar; y si no se me manifiesta, sé con seguridad que lo tiene y sigo adelante. Dicha confianza, que nos asiste cuando sinceramente buscamos hallarnos a nosotros mismos y nuestro sentido como misión en el mundo, nos permite entrever los significados de la vida para cada uno en consonancia con la misión personal hacia la vida.

Nos hace sentir que un futuro bueno es posible, y desearlo. De alguna manera, objetivamente, es como una zona privilegiada donde todos podemos unirnos; ese llamado desde el futuro, en efecto, atrae hacia sí las voluntades de los bien intencionados; está por ‘allá adelante’, pero en nuestro transitar todos estamos participando en este preciso instante de ella. No es una “causa”, como tampoco una simple “instancia superadora de conflictos”. De hecho una causa determinada es superadora de conflictos, pero si se trata de una causa maliciosa aún a cretinos en lugar de hombres y mujeres de buena

voluntad. Por eso esta *esperanza* puede ser vivida sólo por gente abrigada por buenas intenciones. Supone un ‘enamoramamiento’ por la vida, y un sentido noble de ‘fidelidad’ a ella, puesto en juego cada vez que la vida nos hace pasar por alguna desgracia. Y, sin embargo, son los momentos indicados para dar testimonio de ella, porque a través nuestro podemos hacer entender que, a pesar del infortunio, la vida vale la pena.

La vida de cada uno es sagrada, íntima, personalísima. Algo de lo cual resulta imprescindible convencernos es que no existen “carismáticos” o pseudo-mesías que nos van a solucionar nuestros problemas con un simple castañar de dedos; no existen soluciones “mágicas” que nos saquen de nuestro eventual pozo. Esto equivaldría a no hacernos cargo de nuestra propia realidad. Las salidas ‘mágicas’ no existen. No se trata sino de ese pequeño geniecillo *supersticioso* que todos, de alguna manera, llevamos dentro. Cualquier pretensión de una salida fácil y rápida es una salida rápida, un escapismo desesperado.

Confiarnos a semejantes salidas señala que no sabemos valorarnos, ni que sabemos valorar la carga que llevamos, pues la consideramos como a algo malo, cuando, como hemos podido ir viendo, son una potencial fuente de sabiduría. La carga es algo sagrado; el dolor, el sufrimiento para uno vale mucho, y no nos podemos dar el lujo de permitir que lo manosee cualquiera... encima, cualquiera que por lo general pone cara y actitud gestual de ‘circunstancia’, pero que no nos valora en nuestra real dimensión, porque en realidad no nos conoce. O cree conocernos.

Precisamente en los momentos duros o de tribulación es cuando se pone más a prueba, porque a medida que el dolor espiritual avanza, la *esperanza* tiende a esconderse (pero no a desaparecer). Es entonces cuando se criba la fidelidad y la paciencia. Es sencillo ser fiel y paciente cuando todo marcha como un relojito, ordenadamente; pero cuando alguna desgracia nos visita es entonces que la *esperanza* despliega nuestra capacidad de saber esperar y no optar por el amigote equivocado que, en teoría, nos viene a sacar del pozo: los agoreros de salidas fáciles; alguna religión ambulante que vende soluciones como tienda persa agazapada a la espera de que algún pobre infeliz caiga en desgracia para absorberlo; algún parapsicólogo que maneje al dedillo los artilugios para hacerle a uno escuchar lo que quiere oír, al mejor modo de los antiguos sofistas; astrólogos truchos; tiradores de cartas que nos digan algo acerca de nuestro destino que nos tranquilice; manosantas mentirosos; devenidos curanderos...

Pero no son los únicos que nos venden salidas rápidas y fáciles; existen mil y un modos de narcotizar nuestra realidad puesta a prueba. Qué fácil resulta señalar al drogadependiente o al alcohólico, quienes realmente sufren su adicción y además el juicio generalmente parcial y simplista por parte de la sociedad. Cada cual encuentra su manera de narcotizar el tiempo de dolor y de duda: las máscaras para disimular las arrugas existenciales, los chamuyos a la caza de alguna señorita o señor fáciles son también una ‘adicción’, lo que ocurre es que unos saben ocultarlo bien, mientras que para otros hasta otorga cierto hándicap social; las veredas o pasillos para convertir en conventilleríos los problemas personales también son ‘adicción’; la pornografía escondida en el anonimato de internet de sencillo acceso y que hoy hasta nos parece normal y chistoso, cuando antes catalogábamos de babosos a los ávidos de lo mismo pero en revistas, también es una ‘adicción’ encubierta. Y así podríamos seguir enumerando tantas mentiras. Son todas expresiones de ausencia o carencia de *esperanza*, incluso de resistencia a ella. Nadie puede decir que está libre de pecado para poder arrojar la piedra.

Somos capaces de entender que la *esperanza* nos mantiene en una tensión positiva cuando tratamos la existencia con deferencia y respeto, al tiempo que nos comprometemos con ella. Una libertad centrada en el sí-mismo no es tal; en cambio, cuando se extiende con la capacidad de amar, circula bajo el amparo de la *esperanza*. La *esperanza* vivida a conciencia hace posible lo imposible y nos permite levantarnos hasta de aquellas situaciones adversas de las cuales también se alimenta. Se me ocurre, a modo de ejemplo, el caso de un matrimonio atravesando una situación más que dificultosa; qué difícil se vuelve la *fidelidad*; porque es sencillo decir “te amo” cuando todo va viento en popa, pero en la tormenta vienen los momentos de flaqueo. En el mantenerse fiel están presentes las dos “esperanzas”: la “espera” de que las cosas han de mejorar (la que es más sencilla de entender), y la *esperanza* que nos permite seguir adelante contra toda esperanza y contra lo que dicta el sentido común, y que, tal vez, podríamos entender mejor en la actitud de un *resiliente*.

Difícilmente, como decíamos al principio, pueda ser definida. Quizá podamos tomar conciencia de que la *esperanza* habita en nosotros por medio de sentimientos de paz, tranquilidad, de renovación interior; de que a pesar de una enfermedad o tribulación nuestro corazón, nuestro *ser*, están sanos; la sensación de que aunque estemos atravesando zonas oscuras hay una luz, por más que no la veamos, si vamos despacio,

sin apresuramientos en los pasos que vayamos dando, como con la frente alta y digna ante la adversidad y la cabeza humildemente gacha al mismo tiempo. Nos han hecho creer pedagogos mediocres que las “utopías” son cosa mala. Nos han enseñado que es lo que uno se inventa ante el ineludible “fracaso” de la condición humana destinada a la muerte; que se trata de una evasión ante nuestra contingencia; que son el marxismo y las izquierdas (ideologías signadas por un materialismo que niega la realidad del “espíritu”) quienes pregonan las “utopías”... Y tanto va el cántaro a la fuente...

No debemos olvidar que autores como Agustín de Hipona, en su obra *La Ciudad de Dios*, y Tomás Moro, han hablado acerca de la “utopía”.

*“... para aprovechar su enseñanza (la agustiniana en la obra ‘La Ciudad de Dios’) , es preciso preguntarnos antes sobre el sentido de la utopía. En primer lugar, las utopías son frutos de la imaginación, la proyección hacia el futuro de una constelación de deseos y aspiraciones. La utopía toma su fuerza de dos elementos: por un lado, la disconformidad, la insatisfacción o el malestar que genera la realidad actual; por el otro, la inquebrantable convicción de que otro mundo es posible. De ahí su fuerza movilizadora. Lejos de ser un mero consuelo fantaseado, una alineación imaginaria, la utopía es una forma que la esperanza toma en una situación histórica (...) Si bien el término “utopía” literalmente remite a algo que está “en ningún lugar”, algo que no existe de un modo localizable, no por eso apunta a una completa alineación respecto de la realidad histórica. Por el contrario, se plantea como un desarrollo posible, aunque por el momento imaginado. Anotemos este punto: algo que no existe aún, algo nuevo, pero hacia lo cual hay que dirigirse a partir de lo que hay. (...) Pero además, brota del rechazo (no visceral sino inteligente) de una situación considerada como mala, injusta, deshumanizadora, alienante, etc.. En ese sentido, hay que señalar que la utopía propone algo nuevo... pero sin liberarse de lo actual”<sup>78</sup>.*

En definitiva, ya sea porque se trate de algo ingenuo o se trate de algo con carácter revolucionario, lo cierto es que nos han robado la delicia de soñar, de creer; entonces, las cosas lindas que anhelamos, una familia unida, que los bienes alcancen para todos, un mundo justo, etc., no son sino ensoñaciones melosas y sonsas. Nos han ido empujando paulatinamente hacia el escepticismo, y ya vimos con qué facilidad se

---

<sup>78</sup> Bergoglio, J.M., *Mensaje a las Comunidades Educativas*, 9 de Abril de 2003.

atraviesa su umbral para caer en el nihilismo. Nos han robado la *esperanza*; pero, lo más triste es que nos la hemos dejado robar; porque la invasión a mi persona es hasta donde yo lo permita. Pienso también en tanta gente que llega a un lugar -como dirigente- “a poner las cosas en orden, en su sitio”, porque todo lo hecho en la gestión anterior lo supone mal de antemano; gente que se siente investida del poder de arreglarlo todo y con la capacidad de ‘limpiar’. En realidad los mueve una soberbia no reconocida, pero que es su *modus operandi*; así, tantas cosas que uno pudo haber proyectado o esperado acaban en la nada, y muchas veces hasta quitan al hombre las ganas de seguir buscando, añorando, peleando. Ocurre en una empresa, en una institución, en un equipo de trabajo, en una nación. Podríamos llamarlo “el síndrome del atropello”.

Esto de ‘caer del cielo’ y con el dedo determinar por decreto lo que está bien y lo que está mal y debe ser borrado significa pretender crear un mundo poniéndose uno en el lugar de Dios, imponiendo o ambicionando crear una realidad virtual brotada de la propia imaginación y voluntad, como si se tratase de un sablazo a la realidad verdadera. Los sueños no son auténticos si no se respeta lo que ya hay, con lo bueno y lo malo, y si no se acata y honra a la historia con sus fortalezas y debilidades. Es a partir de lo que ya existe desde donde puede construirse, lo cual supones tener memoria y capacidad de discernir: ver, juzgar y actuar en consecuencia.

De mil modos aún en la vida personal nos dejamos engañar porque manoteamos cualquier salvavidas que encontremos a mano, sin atinar siquiera a discernirlo. Cuando las cosas no andan bien, es más fácil apelar a una varita mágica que la reflexión serena y cauta; y si tenemos conciencia de que la vorágine de la vida que llevamos nos impide dedicar lapsos de tiempo a la introspección sanadora y creativa, y, no obstante, continuamos en ese tren de vida, es porque en realidad queremos taparnos los ojos respecto de nosotros mismos, de nuestra realidad personal. La vida ‘a mil’ es también un escapismo que nos enreda y del que, para ser sinceros, somos concientes.

Habíamos dicho que la *esperanza* espiritual se expresa de modo particular según sea el momento existencial por el que se atraviese: la primera es a manera de ‘principio vital’ que nos sostiene, nos empuja y nos “jala” desde el futuro, y que este principio -a su vez generador de esperanza- actúa más precisamente cuando nos es imposible constatarlo, porque, aunque pareciera disminuir hasta el punto de desaparecer por completo de nuestro horizonte de percepción, es cuando crece, se fortalece y agiganta. La segunda forma con que se expresa es con el triunfo sobre la adversidad

(más allá de la comprensión ajena). Hablábamos de una sensación de no ser lo mismo aunque permaneciéramos siendo el mismo; efectivamente, una transformación se ha realizado en el fondo de nuestro ser. Si bien en cada opción hecha con *indiferencia* espiritual<sup>79</sup> y en *esperanza*, se experimentan cambios que nos van haciendo sentir distintos, mejores y en el camino indicado, el salto dado tras una tribulación genera una transformación radical, diría *fundacional*. Todo el *ser* ha sido renovado.

Quisiera, pues, continuar un poco más con este atrevimiento de intentar explicar la *esperanza* con palabras, y otear luego en sus profundidades por medio de dos dimensiones que le pertenecen: la *hypomoné* y la *parresía*.

La *esperanza* no puede ser vivenciada plenamente sin conciencia de un *ser interior espiritual*; supone un sentimiento de que *algo* se va a cumplir: una suerte de ‘promesa’ que no puede ser precisada, pero que existe latente en todo individuo, aunque no todo individuo se percate de ello. Como decíamos en la reflexión anterior, la vida nos promete cosas y cumple con sus promesas si cada uno se lo permite. La ‘promesa’ entrañada en la *esperanza* es el destino de cada uno, que se va abriendo paso dejándose entrever en la medida en que la realizamos; es como dar a tientas, al comienzo, un pasito, y de inmediato se pone de manifiesto dónde poner el pie para el siguiente con mayor tranquilidad y seguridad.

En sentido figurado a menudo decimos “*a mí la vida no me regaló nada*”; es una afirmación un tanto arrogante. Uno supo colocarse en sintonía con la vida y tomarle los tiempos. También oímos quejas contra la vida: “*a mí no me dio absolutamente nada*”. Quizá es que las quejas vengan de algún corazón resentido, o tal vez no resentido, pero sí endurecido ante tanto golpe por parte de ‘la vida’. ¡Qué difícil! A lo mejor no supo o no quiso encontrarle la vuelta al asunto y pensar que bien podría ser él, y no la vida, el equivocado. Y en el caso de los que padecen males, ya vimos que a raíz de un mismo motivo puede surgir tanto un sabio como un resentido. A la vida hay que saber leerla, interpretar y discernir sus mensajes; entonces sabremos que sí entraña una “promesa” para cada uno, que hace dinámica su existencia otorgándole significatividad.

La *promesa* a la que tanto estamos aludiendo es una realidad mejor. No podemos saber de qué manera se presentará; tampoco cómo es su rostro. La desesperación por llegar a ella -asirla entre nuestras manos- es una actitud ansiosa que

---

<sup>79</sup> Cfr. Reflexión n° 10.

atenta contra la esperanza, porque significa pretender manejarlo todo e imponernos un destino distinto al que la vida nos tiene reservado, independientemente de que seamos seres libres con capacidad de autodeterminación. Por otro lado, si lográsemos poseerla, en primer lugar, no sabríamos que hacer con ella, pues nos supera y la profanaríamos; y, en segundo lugar, significaría que la *esperanza* desaparecería, porque ya no abrigaríamos ese sentimiento que nos tira hacia delante desde el futuro manteniéndonos vivos<sup>80</sup>. Recordemos que no es ‘libertad’ hacer lo que a uno le viene en gana. Imaginar “venturas” equivale a diseñarse “finales de novela” idílicos, creados por nuestra mente, pero ajenos a la realidad, contra lo cual terminamos estrellándonos.

La *esperanza* genuina significa caminar fieles a nuestras convicciones y creencias, sin pretender manejar el futuro, tal como el geniecillo supersticioso de cada uno nos susurra al oído, porque cuando nos estrellemos, o la vida con sus imponderables dramáticos nos pegue una paliza, ésta nos resultará aún menos significativa y nos dejará tirados por allí, indefensos. Ocurre que, lógicamente, ser coherentes con lo que la *esperanza* supone en el día a día exige de parte de cada uno ser virtuoso. Tener la ‘promesa’ ya en nuestras manos significaría que nuestra historia personal está acabada. El hombre siempre puede más.

Hablamos de *parresía* y de *hypomoné*, dos propiedades del ser en esperanza. La *hypomoné* nos permite afirmarnos y afianzarnos en nuestros logros, mientras que la *parresía* nos mantiene en permanente actitud de conquista mirando hacia el futuro. Vitalmente hablando se produce una suerte de “tensión” entre la ‘permanencia’ y ‘constancia’ -que indican fidelidad y coherencia- propios de la *hypomoné*, y lo ‘nuevo’ que se des-vela en virtud de la *parresía*. Esa tensión es lo que experimenta el corazón esperanzado. Lo que viene es ‘incierto’, y, por más que también exista la certeza de que es bueno, despierta una lógica desconfianza, puesto que el hombre necesita de seguridades; de por sí es desconfiado. Conviene destacar claramente la “coherencia” a la que permanentemente estamos aludiendo. Una persona que pretende evolucionar, en sí misma y frente a la vida, no puede avanzar “probando”; terminaría, como de hecho suele ocurrir, atomizada, disgregada; no sabría al final sobre qué está parada y hasta dudaría de quién es, es decir, carecería de identidad. De alguna manera, vivir la *parresía* y la *hypomoné* es tener presente el origen personal, la propia historia, para partir desde

---

<sup>80</sup> “*Vivos*” entendiendo vida como “*zoé*”, es decir, con una vida significativa y plena de sentido existencial, cuya realización nos hace sentir con el corazón ‘caliente’, entusiasmado; y no vida como *bíos*.



allí a lo sorpresivo y original propios de lo porvenir.

Recordemos lo considerado en la reflexión anterior; si una persona es capaz de sobreponerse ante las desgracias y no bajar los brazos es *resiliente*. Tuvimos presentes las condiciones de *resiliencia*, que vendrían a ser no sólo indicadores, sino también un esquema de vida internalizado -o, quizá sea mejor dicho, potenciado- para alcanzarla. Ahora bien, el principio y fundamento de la resiliencia como de la tenacidad es la virtud de la *esperanza*. Sucede que el esperanzado es un ‘ilusionado’, pero ilusionado en el mejor de los sentidos, no de la ilusión propia de los espejismos, de las expectativas falaces o del que vive fuera de la realidad. La meta de la esperanza, la “promesa”, se caracteriza en que cuando se la está por alcanzar vuelve a ponerse lejos; y así se adelanta y prospera (aunque a veces no tomemos conciencia de ello). Es por eso que de poner la esperanza solamente en cosas concretas, perceptibles por los sentidos y aceptada por el sentido común, ante el primer fracaso deviene la *desilusión*: este tipo de esperanza es distinto, y es como el humo, porque nos mantiene expectantes y ocupados, distraídos, por un tiempo, para luego esfumarse. Entonces nos deja abandonados, secos, desabridos, con gusto a desencanto. Esta esperanza no es un principio vital; se puede tratar del hecho de esperar cosas necesarias para la vida, pero no es ese aguardar anhelantes que se siente en el alma, enamorados de la vida a pesar de cualquier contradicción o incompreensión. En efecto, la *esperanza* como motor y actitud de vida presupone la virtud. No es materialista, y todo lo que transcurre a lo largo de la existencia, la salud y la enfermedad, la pobreza y la riqueza, el ser bien o mal estimado, la vida y la muerte, son interpretados a la luz de la *esperanza* y en clave de *esperanza*. Quien ‘anda’ en *esperanza* une bajo un sentido lo que podrían ser trozos desperdigados en aquel que no tiene rumbo.

Se debe tener presente que toda persona que vive en esperanza, al no tratarse ésta de algo constatable empíricamente (solamente por los sentidos interiores, por el corazón, en el espíritu), está sometida a momentos -a menudo muy prolongados- de oscuridad en el horizonte de percepción; uno apuesta por algo todas sus fichas y le va mal, entonces, el sentimiento de fracaso es infinito; deviene la tribulación, la noche para el alma. Se nos caen las expectativas, desaparecen -o mueren- los afectos más caros; calculamos mal algo y no salió como necesitábamos, o calculamos bien pero surgió un imprevisto. Llegó la *desolación*, y se instaló con toda su saña... Qué importante es permanecer con quietud en el espíritu; es bueno bajo estas circunstancias procurar no

quedarse sin hacer nada, distraerse, por ejemplo, trabajando. Recordemos las recomendaciones para los tiempos de *desolación* de las que hablábamos en reflexiones anteriores. Pero es imprescindible permanecer sereno, con las manos firmes en el timón de la vida hasta ver menguar la tormenta; no cambiar de rumbos ni buscar salidas o consuelos para pasar el momento. Quietud; serenidad; tragar saliva en la conciencia de que la *esperanza* no defrauda, y que lo que aparece negro, uno lo ennegrece aún más porque no se encuentra bien. Y no tener miedo ni dejarse envolver por las dudas, que en estas situaciones se agigantan; porque entonces uno se hunde, y la sensación de fracaso es invencible.

Los sentimientos de fracaso son inevitables; eso debemos saberlo con claridad de antemano para así estar preparados. Uno puede sentirse vencido, y, sin embargo, moverse con el concepto de que una batalla no es la guerra. Distinto es el sentimiento de ‘fracaso’, porque se experimenta una defraudación existencial de la que pocos pueden sobreponerse... a no ser que vivan la esperanza ¡a pesar de la contrariedad!. La *esperanza* no sólo nos permite pasar la tribulación en tiempos en que no entendemos absolutamente nada, sino que nos entrega una conciencia de que podemos leer los signos negativos constatados a la luz de un bien que se le sigue y de la certeza de que nos educa. Pero, sobre todas las cosas, nos mantiene abiertos a la sorpresa.

También aneja a esta virtud es la *perseverancia*. Hay que destacar que ‘perseverar’ no es lo mismo que ‘aguantar’. El *aguante* es necesario en los momentos de prueba, donde el rostro debe ser endurecido para resistir los golpes. Sin embargo, la *perseverancia* nos habla de algo permanente, continuo; es el sustrato del existir que permite que toda situación existencial se concatene una con la otra con coherencia y sentido, y que todo lo vivido, ya sea bueno o malo, concorra en un sentido único y en el ‘meta sentido’ que es el destino, la razón última de la existencia, la misión con la que llega todo hombre a este mundo. La ‘perseverancia’ es un sustrato profundo y permanente en la vida de una persona, mientras que el ‘aguante’ es una condición vital requerida sobre todo en los momentos en que se tiende a desfallecer y nos sentimos tentados de bajar los brazos. El *perseverante* tiene capacidad de ‘aguantar’, mientras que no necesariamente quien *aguanta* -porque es resistente- es ‘perseverante’.

La diferencia entre *perseverar* y *aguantar* es la misma que existe entre el “durar” y el “persistir”:

*Si nada amenaza a un ser, el hecho de persistir no basta para demostrar su vitalidad. La materia inerte, sin la acción de elementos disgregantes, permanece intacta por un tiempo indefinido. Hasta que un viento más violento no lo abata, un árbol puede quedar en pie aunque esté muerto. En condiciones favorables, ciertas especies prehistóricas de animales han sobrevivido al resto de la fauna contemporánea que se ha visto fosilizada. (...) Esta persistencia no es lo mismo que duración, porque la duración supone un continuo flujo de vida, y porque la vida se afirma sólo con una incesante lucha que produce una victoria después de la otra*<sup>81</sup>.

Recordemos la recomendación de Ignacio de Loyola en su octava Regla de Discernimiento, acerca de que *“el que está en desolación, trabaje en estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen (...) poniendo las diligencias contra la tal desolación”*<sup>82</sup>. Al decir de Fiorito, no aconseja únicamente tener ‘paciencia’, sino, sobre todo, ‘trabajar’. Trabajarse en algo supone una actitud laboriosa sostenida; en este caso, el ‘trabajar’ en uno sobre una determinada virtud sostiene a la virtud, y, al mismo tiempo, la virtud sostiene al trabajo. Esto supone un estado de permanente atención; y dicho estado acompaña al estado de desolación. Pero aún recomienda un paso: hacer todo lo posible contra la desolación. Éste plus adelanta los tiempos de la consolación, porque no se trata solamente de ser paciente mientras dura la tribulación (de por sí eficaz), sino, además, atacarla haciendo todo lo contrario a lo que nos solicita: la impaciencia, la ansiedad, la dejadez, la pereza depresógena, etc. Se combate dichos sentimientos haciendo lo contrario.

Mantenerse en esta actitud cuesta ‘trabajo’; es un *trabajo*. *“... Es todo lo contrario de un dejarse estar (...), de entregarse con las manos atadas al enemigo que ataca”*<sup>83</sup>. No es un permanecer pasivamente tolerando a la desolación y sus insinuaciones; por el contrario, es una actitud “activa” contra ellas. Aquí podemos comprender mejor esta dinámica de la *esperanza* en los tiempos de tribulación del “perseverar”, más abarcativo que el “aguantar”, y que, de hecho, lo supone. En el momento del choque no se huye, se ‘aguenta’ en el sentido de resistir<sup>84</sup>. Pero la

---

<sup>81</sup> Fiorito, Miguel Ángel, *Discernimiento y lucha espiritual*, pgs. 165-166. Fiorito está citando un texto de E. Beauchamp y J. P. Relles, *Israele guarda el suo Dio*, Edizioni Paoline, 1966, pgs. 413-414.

<sup>82</sup> Ibid., pg. 163.

<sup>83</sup> Ibid., pg. 164.

<sup>84</sup> Idem.

*perseverancia* es la actitud o el ‘estado’ existencial alcanzado con el sacrificio, que cobija los tiempos de ‘aguante’.

Esta perseverancia que involucra la capacidad de aguante es con lo que venimos definiendo a la *hypomoné*, la que junto a la *parresía* señalan y mantienen el ritmo de la *esperanza*. La *hypomoné* es asediada en tres estadios progresivos, porque quien presenta batalla en la desolación, gradualmente siente profundizarse la prueba: “*Como toda virtud, la esperanza está tentada bajo diversas formas: a veces partiendo de nuestras pasiones y puntos débiles, otras ‘bajo ángel de luz’*”<sup>85</sup>, y otras *desfachatamente*<sup>86</sup>. Se trata de tres momentos en los que, si uno no se pone firme de entrada, paulatinamente se fortalece el asedio de la desolación y su desesperanza, como también se debilita la actitud positiva con la que podría encararse la situación. La manera primera y más común es la tendencia a abandonarse en las propias debilidades; cuando digo debilidades no me refiero a defectos personales ni a faltas de capacidad o ausencia de determinado don; cuando alguien está desolado se siente excitado y predispuesto a dejarse estar (como decíamos más arriba), y a huir entregándose a las pasiones o deseos que en corto o mediano plazo lo deja con mayor sentimiento de desierto. Ya lo notamos en la reflexión acerca de la desolación: cada cual sabe dónde le aprieta el zapato y por dónde evadirse de la realidad, la cual, por otro lado, se le presenta como lo más natural; llámese alcohol, llámese sexo, llámese amigotes, llámese drogas, llámese coqueteos; como se llame se trata siempre de narcóticos existenciales.

El otro modo de evasión de la realidad y sus responsabilidades es a través de una sutil manera de mirar hacia otro lado para no hacerse cargo, a saber, asumir otra responsabilidad, que para los demás -y también para uno mismo- aparece como buena; es como encandilar con una luz potente para que no se advierta la responsabilidad real; es esconder la basura debajo de la alfombra. Mi responsabilidad es ahora estar con mi esposa, con mis hijos, pero me busco (léase ‘me invento’) y encuentro un paciente que atender. Es bueno, pero no es lo que corresponde en ese momento. La ansiedad que lleva a hacer de todo pero a no hacer nada, diseña comúnmente estos mecanismos evasivos.

---

<sup>85</sup> Es decir, bajo formas de bien o de cosa buena. Puede ser un sentimiento que mueva a hacer algo bueno, pero que lleva a la persona a hacer algo menos bueno de lo que correspondería. En otras palabras, bajo esta última perspectiva, tiende a achatar, a mediocrizar a la persona.

<sup>86</sup> Bergoglio, Jorge Mario, *Reflexiones en esperanza*, pg. 258.

Finalmente, la persona que se percató de estas formas de expresión de desesperanza y les hizo frente, sentirá agobio frente al hecho de la espera; es un asedio “desfachatado”, como dice Bergoglio. No solamente atenta contra uno el cansancio y el sentimiento de frustración, sino que hasta los más cercanos, aún pretendiendo ayudarlo, le dan consejos para salirse de la “depresión” o del estado de angustia que no son los adecuados. En esos momentos de oscuridad siempre se hacen presente los opinólogos que vienen a salvarlo a uno de su situación. Quien sobrevive a esto termina realmente fortalecido, *templado*.

Repetidas veces hablamos de la sabiduría que engendra el tiempo de prueba, y que se trata de un *umbral* a atravesar para conquistarla, un *punto crítico*. Es un hilo imperceptible lo que divide dicha sabiduría del espíritu de resentimiento o amargura. Porque, en el fondo de su conciencia, la persona sabe -aunque lo niegue- que no dio el paso conveniente en prosecución de su propia felicidad, que “le esquivó al bulto”; como consecuencia, o termina triste, más vacía que antes, sin nada aún teniéndolo todo, o termina quejumbrosa, como tanta gente se las pasa opinando acerca del rancho ajeno y no se fija en la mugre que quedó en el suyo. Como dice un amigo, “*siempre se ve más verde el pasto del otro lado del alambrado*”.

*Hypomoné*; es eso lo que necesitamos para permanecer con solidez ante la prueba. Sin embargo, como toda tormenta pasa, si es que realmente queremos *mirar*. A veces las cosas no cambian, y no necesariamente tienen que cambiar; el que cambia es uno mismo, y con él cambia la perspectiva, la *mirada* y comprensión de las cosas. Y renace la esperanza, y el corazón se percibe a sí mismo *parresíastés*.

De la *parresía* ya hemos hecho mención; es tan importante que debemos abordarla con mayor profundidad para saber bien de qué se trata. La *hypomoné* nos lleva necesariamente a la *parresía*; y ésta, una vez afianzada y consolidada, volverá a contemplar a sus frutos puestos a prueba.

### **El concepto de *parresía*.**

Lo primero que vamos a decir es que la señal más clara de que estamos ante un *parresíasta* es su “ternura”; pero no esa ternura melosa de enamorado, sino la del hombre (en sentido genérico) que fue purificado por la fragua de la prueba. El cambio

no lo nota quien pasó la tribulación, sino que es también advertido por los demás. En efecto, se trata de algo más grande que él mismo, de una transformación que llegó para instalarse en lo más profundo de sí para manifestar esa suerte de cambio ontológico.

Por este motivo, hablar de *parresía* sin que implique una invitación amiga a ‘vivirla’, puede significar conocer una arma espiritual, moral y antropológica poderosa, pero que, al no estar dispuestos a utilizarla, se torna absolutamente ineficaz, además de ampliar el palabrerío humano.

Con el transcurrir de los siglos, el concepto de *parresía* ha ido adquiriendo una significación más honda, y no es tan simple suponer, como algunos autores lo hacen, que fue cargando nuevos significados, haciendo variar en buena medida su sentido primigenio: la ‘verdad’ y el ‘coraje’.

Sabemos lo que significa en la vida democrática de la Antigua Grecia: un ejercicio que permitía al ciudadano común estar de acuerdo o en desacuerdo en problemas de interés público, en virtud de otro ejercicio, la *isonomía* (saber expresarse asistido por el derecho del que está investido un ciudadano para hablar). El historiador Polibio al hablarnos del esplendor de los Aqueos, la define como ‘libertad de expresión’, característica actitudinal del pueblo, la cual, junto con la *isegoría* (igualdad en el *ágora*, lugar de debates y decisiones de carácter político) y la *filantropía* (la generosidad y el altruismo), conformaban todo un *modus operandi* más que un sistema, que resultaba ser causa de admiración y orgullo de todo el Peloponeso<sup>87</sup>. El modo de vida del pueblo estaba en consonancia con la actitud de vida de cada aqueo, y los tres ideales, *parresía*, *isegoría* y *filantropía*, conformaban una constelación actitudinal en la que una no podía entenderse -ni mucho menos realizarse- sin la otra. Este dato importa en cuanto nexo entre la vida virtuosa individual y la virtud social. La ‘tríada’ puede evocarnos el triple ideal de la Revolución Francesa: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. Podría discutirse la efectiva y justa cumplimentación de las tres en dicha revolución; muchos la comprendieron como un ideal que justificaba los medios (como ocurre con toda guerra); en el ideario de la revolución, sin embargo, se trataba de una utopía que debía ser construida con el tiempo. En el mundo aqueo, en cambio, antes de ser un ideal, era un llamado previo en el corazón de cada ciudadano que debía alcanzar en su quehacer diario toda la sociedad en su conjunto, y al que más tarde debían someterse todos los

---

<sup>87</sup> Cfr. Polibio, *Historias*, Libro I, 38.

pueblos conquistados (que, al decir de Polibio, lo hacían con agrado).

En la órbita parresiasrés convergían las otras dos; la *parresía* era en realidad el alma de toda esta constelación. Las exégesis de *parresía*, *isegoría* y *filantropía* hay que realizarlas desde la actitud de aquellas gentes, porque puede resultar reductivo -y quizá hasta anacrónico- un pormenorizado análisis conceptual de los términos que no se sumerja en el alma de la vida misma.

Lógicamente, el tiempo irá contemplando de qué manera los tres términos evolucionarán cada uno por su lado, en cuanto al peso de su contenido conceptual y sus atributos. Incluso, en la actualidad pueden alcanzar un carácter nostálgico, romántico, y hasta peyorativo, como ocurre con algún altruista indiscreto en su generosidad, igual que con el dadivoso eticista que pretende tranquilizar culpas psicológicas o su conciencia de riguroso cumplimiento de normas, a quienes se los suele llamar “filántropos”. Un filántropo no es otra cosa que una caricatura de la generosidad silenciosa y la capacidad de servicio propias del amor de *ágape*, el cual colma de profundos significados las palabras y los gestos.

El tiempo, asimismo, también muestra de que manera la *parresía* termina absorbiendo los atributos de los otros ideales en su evolutivo movimiento virtuoso. Así es que se irá experimentando una profundización del concepto por cuanto que lo ‘dicho’ por el parresiasrés debe estar en consonancia con una conducta de vida; una “profundización” y no una «tergiversación» por su errónea aplicación, como decíamos antes, con el afán de diferenciarla de la *parresía* como concepto absorbido por el cristianismo desde su advenimiento. En realidad, el cristianismo no se la apropió, sino que la llevó a través de su ascética hasta puntos de virtud no alcanzados hasta entonces. Digo “enriqueció” en cuanto a la necesidad de su asunción hasta las últimas consecuencias. La *parresía* se convirtió en el alma y estímulo interior para hacerle frente a las persecuciones. Su eficacia radica en sus exigencias vividas desde lo más profundo del corazón. Ya con Sócrates, más que ‘política’, la *parresía* se trataba de una cuestión ‘moral’, el punto y signo del encuentro entre el sujeto y la verdad. Sócrates llevará ese “encuentro” hasta el final, mostrando allí el meollo de la *coherencia de vida*.

El Acad. Alberto Agrest, a propósito de la *Parresía Socrática*, afirma que “*la franqueza es una virtud reveladora de la integridad personal, devaluada en lo social (...) Esta devaluación amenaza destruir la confianza y la integridad del tejido social*”<sup>88</sup>.

En definitiva, la *parresía* es ella misma; podríamos tal vez tan solo intentar definirla a través de atributos que lleva consigo: coraje, valentía, fortaleza, entrega confiada por una causa noble y justa, con libertad y grandeza de ánimo. Con mucha frecuencia los silencios son más meritorios que las palabras, y asumirlos con libertad y grandeza de ánimo es *parresía*.

Puede entender de *parresía* quien es capaz de obrar en consecuencia. La historia nos regala el ejemplo de una multitud de hombres y mujeres que, como Sócrates, llevaron su significado hasta las últimas consecuencias. Hablar de ella es agradable; vivirla, no tanto. Y, sin embargo, los mensajes gestuales que nos imprimen estos ejemplos hablan más que un montón de palabras, y son los que, en definitiva, tienen el poder de revitalizar todo el horizonte del obrar humano caracterizado hoy por un decadencia axiológica por su incapacidad de alcanzar en el nivel óntico del mismo las verdades sustanciales.

### **El *parresiasta* para nuestros tiempos.**

Vivimos tiempos signados por el desconcierto, la pérdida del sentido y de los valores; abundan diagnósticos y recetas para aplicar, devenidos de intelectuales que, más bien, razonan para ostentación propia y no sinceramente para los demás. Otra sabiduría necesitamos, que -por cierto- no es nueva, sino “perdida” quizá, o, más bien, “desapercibida”: la sabiduría de quienes buscan el bien ajeno y ser virtuosos. Pero ocurre que la fuerza de esta sabiduría consiste precisamente en su *ocultamiento*. Desde los tiempos inmemoriales ha resultado extraña -y molesta- la persona que persigue ser buena, justa, honesta y moverse con la verdad. Sin embargo, en ella está *el* corazón del ser de todas las cosas, la única *verdad* (*alétheia*) que nos puede salvar de las situaciones generadas a partir de la medianía, y llevar al *sentido existencial* (personal y colectivo).

Como ya hemos considerado, la *verdad* termina por diluirse ante semejante multiplicidad de opiniones, filosofías subyacentes a la ciencia y a nuestro quehacer diario; todos opinan, y es que, ciertamente, todos están en tal derecho; pero la falacia está en que, si bien todo es opinable, no *da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón*; se encuentra todo determinado por la interpretación de tal

---

<sup>88</sup> Agrest, Alberto, *Error en la mala praxis*, Disertación en la Facultad de Derecho sobre *Las leyes y la bioética*, Uncuyo, 6 y 7 de Junio de 2003.



o cual. En esta bendita mezcla o sincretismo devenido en la igualdad mal entendida (porque “somos iguales” cuando conviene, de lo contrario somos diferentes, y que los costos los paguen los que se prepararon para asumirlos... eso sí, que a la hora de ir a cobrar no se consideren los riesgos... porque todos somos iguales) todo es volátil, no existen verdades sustanciales, y cobra mayor fuerza -como retro alimentándose- una filosofía muy antigua –aunque reciclada-, la del *nominalismo*, que sostiene las conductas e ideologías de las gentes a través de las palabras huecas, las formas incontinentes, y todo un mundo de símbolos que permitan al hombre sacarse de encima la urgencia. Se sale del paso, pero todo lo que nos rodea es huero, a pesar de sus engañosas apariencias benefactoras; y, sin embargo, deleitan al hombre en un primer momento, pero, igual que el vapor, desaparece. Ocurre que está de tal modo diseñado (hasta pareciera que su mecanismo se autodiseña permanentemente) que una vez esfumado, por debajo aparece fluyendo con otra forma, con lo cual el hombre no alcanza a percatarse de una seudo alegría desvanecida que ya se prende a la nueva. Son auténticos *sinsentidos* convertidos en puertas abiertas por las que entra el vacío y el hastío hacia toda la existencia.

Y, como veíamos, al hombre que en teoría cree poder dominarlo todo, todo se le escapa de las manos como si se tratara de una maquinaria descontrolada. Entonces, al aparecer alguien distinto con alguna propuesta seria y/o con una vida seria, se lo amordaza, esconde o humilla. Ante esta posibilidad, muchos temen y miran hacia otro lado. Y no son, desafortunadamente, muy visibles los que se animan a pesar de todo. Por otro lado, ¿quién no se aprovecha de los tiempos de confusión? De algún modo, en mayor o menor grado, de manera más o menos conciente, los alimentamos para sacar alguna ganancia.

En el plano más de fondo, dos conceptos de hombre son los que están en puja con sus ideales; el problema socio-antropológico es una cuestión de poder para proponer uno (apelando a la libertad individual) e imponer el otro su proyecto. Así, mientras las culturas *tecnocrático-cientificistas* avanzan avasallando al hombre, sin preocuparles el *tiempo* -el cual aparece de su lado-, precisamente en los aspectos que verdaderamente lo muestran como un ser capaz de evolucionar, quienes son concientes del peligro que se cierne son urgidos por el tiempo a la vez que el método de combate les exige justamente “tiempo”. La tensión interna está dada entre la exigencia de paciencia que manda la prudencia, y la urgencia del momento que reclama no perder tiempo.

## **El momento de la *parresía* en el horizonte del obrar humano:**

### **La capacidad de asumir costos.**

En cuanto que estamos llamados a realizar nuestra existencia de modo significativo, y a responder a un concepto personalizante y humanizante del ser humano, todos debiéramos llevar a cabo el ideal *parresíastés*. De hecho, ¿quién de nosotros puede decir que jamás se vio involucrado en alguna situación donde la *verdad* entrañada en sus principios y en su naturaleza misma se encontró puesta a prueba? ¿Quién no experimentó la tentación de la huida o de la traición? ¿o de la medianía? Sin embargo, el ser personal se consolida cuando se compromete existencialmente en estas puestas-a-prueba, asumiendo de modo absoluto costos y consecuencias, aún cuando el horizonte del obrar aparezca negro. En este “paso” ciertamente se siente el hombre *frágil*, porque todo el ser personal viene a ser cuestionado; el ser humano se experimenta vulnerable -a menudo hasta el límite- y contingente. En situaciones determinadas, en las que su decisión aparece “expuesta”, puede ser tildado de *desatinado*, *equivocado*, de “*pobre tipo*”. Muchos grandes hombres y mujeres que marcaron la historia, del mismo modo que tantos que lo han hecho de manera anónima, fueron tenidos por “*locos*”. A todo esto se expone quien es capaz de asumir los costos.

El atributo de la *valentía* del que nos habla la *parresía* consiste en vencer, precisamente, miedos, sustos o cobardías que invaden la decisión, trascendiendo la perplejidad y las incertidumbres.

La persona no sabe *en qué irá a acabar todo esto*, y hasta duda él mismo sobre su grado de “necedad”, como diciendo: *al final tienen razón*. No son pocos los que siguen adelante aún cuando todo se pone en contra; si bien es común echarse atrás, tampoco son pocos los que cierto sentimiento de culpa salvadora los ha vuelto a colocar más tarde en el mismo punto para animarse a decidirse a no escapar.

### **Tensión interior del *parresiasta*.**

La dinámica ‘parresíastés’, desde su sustento, pasando por su actualización, hasta llegar a lo que de ella deviene, supone todo un movimiento evolutivo, por así

llamarlo, de a ratos *centrífugo*, de a ratos *centrípeto*, que implica una constelación dramática de exigencias que hace sentir al hombre en permanente *agonía*, como también en sostenida fecundidad gozoza, a modo de *tensión paradójala*. Dicho movimiento involucra al ser-interior del parresiasta, como si en el centro mismo de la vida -en la personal, en consonancia con la del todo que lo rodea: la histórico social, la cósmica, etc-, estuviera ubicado a modo de semilla, muriendo y germinando constantemente. Esta realidad interior generadora de vida es la que persigue, más interna que externamente, al parresiasta, que percibe el movimiento vertiginoso e infinito desde una quietud, en determinados momentos pacífica, en otros mortal, pero que se elabora y medita en *silencio*, a manera de núcleo abisal de la existencia, donde ésta se genera con todos sus significados.

Claro que podemos hablar de *parresía* en cuanto concepto; pero antes que nada, y por sobre todas las cosas, es una ‘actitud’ cuya fuente de inspiración es el corazón del ser humano que persigue la verdad, el bien y la justicia, y cuya conducta está en consonancia con la intencionalidad de su ser-interior, que es, en definitiva el lugar vivencial de los conflictos y su resolución.

Podríamos perfectamente ubicarla en el concierto de las virtudes en el momento en que se trata de un *hábito operativo* del hombre justo. En ella confluyen y de ella surgen todas las virtudes; quien vive la *parresía* mantiene su virtuosidad bien cobijada. Pero esto supone costos que debe asumir, externos, pero sobre todo internos, y riesgos que debe correr. Éste es otro rasgo que lo distinguirá del resto, porque este fuego purifica su ejercicio gnoseológico, haciéndolo sensible, agudo y perspicaz, y porque le otorga una libertad interior que le hace trascender los típicos límites del ignorante, del que no se preocupa por conocer, comprender y amar más, del temeroso, del eticista, y ni hablar del fundamentalista. El parresiasta se sale de los moldes y de los sistemas preestablecidos por el hombre para vivir sin ser perturbado. Sin embargo, es éste un mundo perturbado, mareado, perdido, angustiosamente carenciado de vidas significativas. Es un mundo sin sentido, generado a partir de hombres que caminan sin sentido, satisfechos de ‘vacíos existenciales’, y que, al mismo tiempo los produce.

En el *parresiasta* está la auténtica *esperanza*, porque el discurso de su vida sigue el sentido vectorial inverso: no el del intruismo, el de la comodidad, el del querer ser más que el resto y sacar partido personal a cualquier costo. Curiosamente, el hombre que anda por aquí, también termina corriendo riesgos, es capaz de sacrificarse. Pero es

miedoso para manifestar valores que se les podrían atribuir a un desquiciado de acuerdo a los parámetros del mundo.

Quien se hace cargo de la *parresía* alzará una bandera; su obrar será claramente distinto; al poseer un caudal contemplativo profundo e intenso, verá cosas que otros ojos no logran hacerlo cuando miran. Entonces estará solo. Experimentará conocimientos y pasiones que no puede compartir, porque por más que intente transmitir las no será comprendido. Deberá tomar decisiones o combatir otras diametralmente opuestas a lo que dicta el sentido común y, mucho más, la demagogia. Entonces sentirá amordazada el alma y deberá seguir adelante, aún contra su propia voluntad, es decir, contra sí mismo. Terminará siendo una semilla que cayó en tierra y murió, pero que sólo así dio fruto, y un fruto duradero.

**La opción fundamental: Kénosis, camino de la *palabra* edificante, o *kenofonía*.**

Por eso mismo, lo que con mayor especificidad y profundidad, lo que con mayor fidelidad *habla* de la *parresía* es el *silencio*. Para hablar con justeza acerca de la *parresía* es necesario bucear en el silencio para desvelar en su abisal profundidad la *verdad* que entraña. Supone un previo descenso, *synkatábasis*, donde entendimiento y voluntad humanas experimentan un ‘despojo’, un ‘vaciamiento’, con la consecuente experiencia del *sinsentido*. Es la *kénosis* del *parresiasta* que al final de su descendimiento descubre la verdad, para volver a subir al sitio de donde partió absolutamente esclarecido, iluminado por la verdad que le otorga en su operatividad una dignidad con raíces ónticas (*anábasis*).

En el sentido contrario avanza (o, mejor dicho, retrocede) el satisfecho existencial, que buscando llenar de modo angurriente su avidez de conocimientos, de control, de poder, entiende mal el mandato divino de someter la creación: como en realidad su deseo infinito carece de la humildad que indica donde ubicar cada pie en los pasos sucesivos, su querer cada vez más y más no tiene freno, por lo que se cierra en sí mismo, en su orgullo y codicia existencial, y termina o con la avaricia que lo lleva a esconder sus logros, o con la ostentación de los mismos que también lo dejan solo... quizá con las manos llenas, pero con el corazón vacío.

Así es cómo dos caminos contrarios nos presentan dos maneras de existir

paradigmáticas opuestas: la del que sabe ‘desaparecer’ y la del que no, ya sea porque es amigo del alardeo o porque el ocultamiento supone soledad y silencio, costo difícil de asumir. En el primero hay *coherencia* de vida, mientras que en el segundo no. La “palabra” salida de la boca de una persona coherente es plenamente fiable, mientras que de la otra es necesario cuidarse. El primero, generalmente, hablará poco, e, inclusive, lo hará más a través del lenguaje gestual; su palabra es de peso: cuando habla “enamora”, y ningún oído puede quedar indiferente. El segundo, en tanto, hablará lo innecesario; su palabra rara vez es compatible con su testimonio; serán palabra que, si no son huecas, quizá ganen adeptos porque cautivan por la “seducción”.

Tan simple como afirmar que quien se somete a la *kénosis* poseerá una palabra cargada de verdad, con una verdad que será mayor cuanto mayor haya sido su anonadamiento. El otro se convertirá en la fuente de lo que podríamos llamar una *kenofonía*, es decir, palabras sin sentido, vacías... sandeces.

Cuando esta kenofonía se manifiesta en el plano de las relaciones interpersonales, adquiere formas caricaturezcas: chismerío, demagogia, autoritarismo, etc; pero cuando alcanza planos situacionales más profundos, como no dar la cara cuando hay que hacerlo, o hablar cuando hay que callar, así como sembrar la sospecha y la suspicacia dentro de las comunidades humanas dividiendo, entonces es más grave. Por otro lado, el *kenófono* termina siempre envuelto y perdido en sus propios argumentos. Sin embargo, de esta atomización de la realidad, se suele sacar provecho, porque para un enemigo de la verdad no existe nada mejor que la siembra de la confusión.

Del camino contrario tenemos no pocos ejemplos; quizá sean silenciados en su momento porque, como decíamos, su palabra no pasa de ningún modo inadvertida: o se la acepta con filial adhesión, o se la rechaza... o se la acepta medianamente. Pero antes o después tendrán que salir a la luz, sobre todo porque se trata de refrescantes ejemplos de los que el mundo siente sed. Cada vez que el hombre justo abre la boca expresa una verdad generalmente no comprendida por cuanto difícilmente quiera ser escuchada. Ya hicimos alusión a la “Parresía Socrática”, al igual que a los tantos modelos que llevaron el ideal ‘parresiasrés’ hasta las últimas consecuencias. Se trata del hecho de decir cosas que no quieren ser atendidas; el efecto de dichas palabras es doloroso; es decir, su acción entraña una realidad óptica dolorosa, porque duelen al que las escucha, pero también duele a quien debe decir las. En esto va la valentía del parresiasista. Ahora bien, si quien recibe la verdad dolorosa la acepta, en la palabra dicha habrá

actuado el *poder sanador* de la verdad. Y, al mismo tiempo, el *carácter sanador* será tanto más eficaz cuanto mayor haya sido el grado de entrega del que asumió los costos de abrir su boca.

En tal sentido, cabe destacar que no cualquier verdad dicha significa “verdad”. Sabemos que cuando se dice algo cierto pero con espíritu mentiroso es más engañoso y perverso que la mentira misma; o que determinadas verdades dichas de mala manera o fuera de contexto, en lugar de producir un efecto saludable, confunden o lastiman.

### **Parresía y ternura.**

Comprometerse con la verdad requiere primero alcanzarla, para dejarse iluminar por ella y aprender luego a manifestarla; es lo que hemos ido intentando comprender a lo largo de estas reflexiones. Esta procesión interior involucra toda una sabiduría de la cual está también cargada la *parresía*; en efecto, en ella está el discernimiento operante, para saber discriminar y elegir adecuadamente el camino a través del cual la verdad tendrá efectividad. Por la actualización de las virtudes, y por ubicar el interés fuera de sí, la sabiduría estará presente como un auxilio, para no confundir “coraje” con “indiscreción”, ni “prudencia” con “cobardía”.

La parresía actuante en y desde lo más íntimo del ser personal, tironea al ser humano, ya como hacia más adentro de sí, ya hacia fuera de sí, en este constante y cada vez más intenso encuentro consigo mismo y con la realidad que lo circunda, realizándose y participando activamente en la realización existencial del todo que no es él y del que, sin embargo, forma parte. Indudablemente experimentará la tentación de abandonar esta tensión interior, por lo cual, en el ejercicio de la parresía, el compromiso debe ser renovado a cada instante. Y, en la efectivización del compromiso, a pesar de que el paso siguiente será mayor debido a la pureza gnoseológica e intencional, será vivenciado también como más *natural*, por cuanto el individuo accede progresivamente con mayor profundidad a su *ser óntico*, sustrato de su operatividad y del compromiso mismo. Estamos hablando, pues, de *fidelidad*; y, aunque -por todo lo que hemos ido considerando- *parresía* dice más, no está de más recordar que también ha sido traducida, en un intento de definirla adecuadamente, como *fiducia*. La parresía como tal supone *confianza*, la cual mueve al hombre a ser fiel a lo que su vida le va pidiendo a cada paso.

Como una paradoja, esta fidelidad es la que termina por liberar al hombre de toda atadura: la de lo falsamente establecido, la adulación, los acomodados a las circunstancias, los miedos a los poderosos como también a la opinión media. Pero, sobre todo, la lucha será consigo mismo, en soledad, paciencia, y en la exigente lealtad a la verdad.

La *parresía*, en efecto, no es simplemente coraje actitudinal, valentía para hablar y dar testimonio, libertad interior expresada con toda la vida; en la base de toda esta condición personal está ante todo la *confianza* que mueve a la fidelidad. Es precisamente la cualidad que le permite perseverar y alcanzar su destino entre las vicisitudes. La *confianza* que advertíamos en la *hypomoné* para permanecer de pié, en la *parresía* actúa moviendo hacia delante; y hay que destacar que cuanto más humilde es el hombre más inquebrantable es su confianza, la que, a su vez, es condición necesaria para la *fidelidad*. Toda esta constelación virtuosa entraña a la verdad, la libertad interior y el coraje, aunque no se trata de cualquier coraje, sino de un coraje *discreto*, en el que está presente el discernimiento.

Humildad, confianza, fidelidad, coraje discreto y discernimiento son los principales atributos con que cuenta un *parresiasta*; su mismo transcurso existencial en tensión de esperanza le va exigiendo humildad, y sabe que en el momento de abandonarla vuelve a traspasar el umbral del punto crítico, pero esta vez hacia el otro lado; vale decir, significaría retroceder. Los atributos del *parresiasta* son característicos en la persona que no cejó en su búsqueda. Conocemos seguramente este tipo de personas: tienen la mirada profunda y penetrante, transmiten paz y bienestar a pesar de que son la “roca” que inspira seguridad; no son ‘tiernitos’ por dentro, porque combaten en la vida con fiereza; pero, sin embargo, son bondad y manifiestan pura *ternura*.

## *EPÍLOGO*

**“ECLIPSE DE SENTIDO:  
TERNURA, FUEGO Y BELLEZA”**



## Epílogo

### "El eclipse del sentido: ternura, fuego y belleza"

Al fuego lo utilizamos para simbolizar tantas cosas buenas como malas; sus atributos múltiples son cada uno una metáfora para remitirnos a realidades tales como *movimiento, luz, calor, vida, amor*, como también *dolor, tragedia, angustia, asedía, sequedad, desolación... muerte*. Junto al fuego nos unimos para calentarnos en los fríos inviernos, para platicar, tomar algo juntos; el fuego nos da cobijo, nos ayuda a reponer las fuerzas desgastadas y nos anima para seguir adelante. De la persona que ama incondicionalmente y es capaz de los sacrificios más heroicos, afirmamos que su amor es como el fuego, suficiente como para convertirse en fragua y convertir todo aquello que se pone en contacto con él en algo puro. Es ese amor definido como "amor de *ágape*", que se diferencia de aquellos menos complicados para nuestro entendimiento porque no requieren a toda la existencia personal para hacerlo: el amor de *filia* y de *eros*.

Pero también del que odia decimos que acarrea un fuego que lo consume de rabia, y cuyo aborrecimiento quema. El fuego ocasiona tragedias y es capaz de dejar secuelas insalvables. A través del fuego de traman venganzas, se acaba con todo lo que a alguien le demandó una vida entera construir; el fuego ilumina las noches de traición, cuando las antorchas iluminan el camino de las decisiones larvadas y sus acciones siniestras para capturar al inocente.

El fuego posee magnificencia, pero también el concepto de lo mezquino y destructivo. Es ambiguo y extraño. Es consuelo; es dolor... Y, lo más sutilmente paradójico: es creación a partir de una destrucción de órdenes viejos, caducos, de vidas inertes como ramas secas que ya no sirven sino para hacer fuego.

Todo acto creador nace de un éxtasis; el éxtasis es creativo. Sin embargo, para llegar a ser lo nuevo, pasa por un trance que resulta doloroso. Lo que puede-llegar-a-ser tiene que *padecer* para ser aquello a lo que está llamado a ser. Con sólo concebir la idea

genial no basta; se necesita realismo para consumir lo que de lo contrario quedaría en mera utopía.

El amor *crea*, transforma; hace que *sea* aquello que aún no-*es* gracias a la grata intuición de la que sólo es capaz el que ama de verdad. Pero supone un sacrificio, un costo, un sufrimiento. Pero sabe que tal sufrimiento es significativo. Sin embargo, existen sufrimientos que no son concientes de su poder, que también crean y transforman, sacando de la nada al ser, que ordenan el caos otorgándole a cada cosa un sentido y ubicándola en un sitio que armoniza con todas y cada una de las demás... que desordenan en desorden para hacer un concierto. Tal vez alguna vez descubran que, a través de su padecimiento, estos hombres realizan destinos desconocidos. Tal vez no, y hasta dejen este mundo sin haberlo sabido; pero, no obstante, nos han legado orden, justicia, unidad, verdad, bondad, ¡belleza!... No lo han sabido y es eso lo que los hace más grande, por más que nuestros ojos pequeños y nuestra mezquina capacidad para concebir la vida nos impidan contemplarlo.

Hay *dolores*, sinsabores profundos y muy amargos, heridas abisales que pueden al hombre “eclipsarle” su razón de ser y existir; situaciones tan enormemente crueles que obnubilan los ojos para alcanzar el sentido de las cosas y de la historia. Sin embargo, ellos alcanzan a *ver*, aunque no se sientan con el poder de identificar y conceptuar lo inalcanzable, lo que nosotros, quienes creemos *ver*, no podemos. Somos nosotros los *eclipsados*. Y solamente a través de sus ejemplos podemos atisbar y alcanzar a manotear algún mensaje y significado. En su sufrimiento son ejemplos vivientes que imantan. Ellos no son, probablemente, concientes de ese poder, pero allí están y es esa su misión. ¿Por qué se sufre? ¿Por qué existe el sufrimiento? No podemos acertar una respuesta; creerlo sería arrogante de nuestra parte. Pero el fruto está, a veces a la vista y otras no. Es que estamos *eclipsados*. Si alcanzamos a sorprender y asir un significado, lo más probable es que tengamos que atesorarlo en nuestra interioridad para ser luego rumiado e internalizado. No habrán al alcance definiciones ni palabras; lo adecuado es el silencio. Y su percepción tiene formas de dolor significativo, de *fuego*, de *ternura* y misterio... Posee un dejo de *belleza*.

El sufrimiento es *fuego*: espanta, aleja, inspira pavor... y, al mismo tiempo, atrae, consuela, enternece, embellece aunque los contornos aparezcan grotescos y aterradores. El *amor* es fuego, y el *sufrimiento* anida en el corazón del amor, porque si es éxtasis creativo cuando concibe la idea de lo que podrá llegar-a-ser, deleite en la consecución

de los logros a través del despliegue de sus potencialidades en medio de su realización, es también el *dolor* de dar a luz vida y orden, de romper y desordenar lo desordenado. El dolor es el vértice del amor en donde confluyen la debilidad de la sustancia que “deja hacer en ella”, y la fortaleza que asume costos transformando la realidad; la angustia y el pavor que inspiran rechazo, y la atracción irresistible que provocan la belleza y la bondad que entraña.

Entonces, todo nuestro ser tiende a quebrarse, despertándose y desencadenándose miedos, dudas, violencia interior, perplejidad; todo absolutamente, dentro y fuera nuestro, entra en crisis. De pronto el infierno nos abre sus fauces para verlo como es, y, mientras todo nuestro ser tiende a quebrarse, de no resolver convenientemente el conflicto, discerniendo cada situación y movimiento, ese agujero tenebroso nos tragará. El punto crítico es la posibilidad de desaparecer de los espacios significativos, como también de hacernos sabios alcanzando esencias de la realidad que nos interpelan permaneciendo ocultas. Cuando el *dolor* se hace presente se produce en la vida de la persona un *acontecimiento*.

Vivido en hondura y plenitud nos acerca a la verdadera “experiencia límite”. Podemos hallar entonces a un socio de ruta. Quizá de suyo, en sí mismo, fuera e un *cuerpo doliente* y de un *hombre sufriente* sea algo indiferente; sin embargo, desde que es capaz de sacar de un ser humano su grandeza y dignidad, de que despliegue sus capacidades más nobles, se trata de algo bueno. Uno podría preguntarse: *pero... ¿qué ocurre con el atormentado, con el amargado?... Para él resultó ser algo malo*. No sé si decir que esa persona dejó pasar una gran oportunidad; la resolución es intransferible, y los significados son personales. A veces los golpes son tan fuertes que es difícil recuperarse, levantarse. Sin embargo, el dolor es algo bueno; nos grita que algo no está en su sitio, persigue ordenarnos, saca a la luz nuestros valores y así manifiesta los suyos, sus virtudes, sus *bienes*. Porque no deja de ser cierto que si bien nos puede resultar chocante aquel que quedó marcado por el sufrimiento con resentimiento -o hasta, tal vez, podamos entenderlo-, del mismo modo, y aunque no deseemos beber su mismo trago, el testimonio de tantos que padecen dolores lacerantes nos edifican, nos estimulan, nos traen paz.

El ser humano puede vencer su dolor mucho antes de ser curado: puede vencer su dolor a través de su *dignidad* durante el sufrimiento. El dolor es tan personal como personal es la capacidad de ser uno digno; todo pasa por el corazón que atesora

delicadamente ese contenido intransferible. Este tipo de sabios no abundan tanto, pero se los puede descubrir a través de sus gestos silenciosos, como de su *mirada*, también lavada por lágrimas, y no de las palabras.

Se desvelan así valores que, paulatinamente, se hacen más evidentes. El *dolor* permite contemplar, en sí, y a través de sí en la realidad, virtudes o atributos hasta entonces desconocidos, como paciencia, justicia, mansedumbre y bondad crecientes, serenidad, independientemente de las “mañas” del enfermo (como pueden ser su autorreferencialidad, su excesiva dependencia y posible agresividad).

Se da, ciertamente, un “contraste”; y, así como en la herida abierta se percibe una esperanza (evidentemente cumplida si es que se cierra), al contemplar el sufrimiento en quien lo soporta podremos sentir la *injusticia* del dolor, lo cual nos remite a la *justicia* a través de la actitud de quien sufre sin razón pero, sin embargo, con dignidad. Cuántas veces nos decimos o preguntamos: ¿por qué éste hombre, mujer, niño, o pueblo tienen que padecer esto si no lo merecen?... ¡Si hasta nos queda un sabor medio amargo al ver el sufrimiento aún en aquellos de quienes decimos “se lo merecen”! Lo *malo* que se padece nos manifiesta lo *bueno* de quien lo padece; por el *culpable* sufre el *inocente*. Probablemente no nos sea sencillo señalar siempre a un culpable, y, no obstante, respiramos siempre *injusticia* e *inocencia* en quien está pasando su mal trance.

Se trata de observar como reverentes un evento de entrega personal cargada de *ternura*, de sencillez, de pureza original.. Es contemplar el núcleo abisal en el que radica la *sabiduría* en su esencia más pura. Es que nos cuesta poder entender que un sufriente es también víctima de las injusticias y los males ajenos; al analizar el tema del “mal”, tan íntimamente relacionado al del dolor y el sufrimiento, quizá lo comprendamos un poco mejor; pero es como si los males morales de la humanidad se “objetivaran” en alguien que pasa a ser como un chivo emisario. Estos ejemplos abundan, porque estamos hablando de toda una gama de sufrimientos que va desde el más leve (aunque significativo) de los sometimientos de la voluntad propia hasta el más cruel e injusto de los martirios.

Y, así como a manera de contraste podíamos percibir cierta admiración y belleza en la vivencia dolorosa, así como la bondad en señalarnos que algo no está derecho o en su sitio, el conocimiento interno de su realidad posee otro rasgo de positividad: nos hace tener los pies en tierra, nos ayuda a salirnos de nosotros mismos para que la

realidad se encargue de destruir nuestros subjetivismos enfermos diseñados por el individualismo que nos caracteriza.

El lenguaje de los *cuerpos dolientes* posee la capacidad de decirnos mucho hablándonos en voz baja pero con profundidad; nos cuenta sobre la realidad, dificultosa para nuestro entendimiento, acerca de la condición humana y los determinismos de la carne. Nos manifiesta un *hogar* sagrado donde encontrar de modo testimonial la presencia sanadora del *abandono* (¡no en cuanto dejadez, sino "entrega confiada"!), el *triunfo* sobre el sufrimiento a través de la paz y la serenidad del alma que transparentan los ojos de este ser misterioso que se ha hecho sabio.

## ***BIBLIOGRAFÍA***

ABRAHAM, Tomás, *Tomás Abraham presenta "El último Foucault"*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires 2003.

AGUSTÍN, San, *De libero arbitrio*, en "Obras Completas", BAC., Madrid 1963.

AGREST, Alberto, *Error en la mala praxis*, Disertación en la Facultad de Derecho sobre *Las leyes y la bioética*, Uncuyo, 6 y 7 de Junio de 2003.

BARCIA SALORIO, D., *Sobre el dolor y el sufrimiento humano. Actitudes y límites éticos de su tratamiento*, "Conferencia de clausura del III Congreso de Psiquiatría, Interpsiquis", Murcia 2002.

BERGOGLIO, Jorge Mario, sj., *Reflexiones Espirituales*, Ed. Diego de Torres, San Miguel 1987.

\_\_\_\_\_, *Reflexiones en esperanza*, ed. Universidad del Salvador, Buenos Aires 1992.

\_\_\_\_\_, *Mensaje a las Comunidades Educativas*, 9 de Abril de 2003.

BUBER, Martin, *Cuentos Jasídicos, Los Maestros continuadores*, tomo II, Ed. Paidós, Buenos Aires 1978.

FRANKL, Viktor E., *El hombre doliente*, Herder, Barcelona 1987.

\_\_\_\_\_, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1979.

FROMM, E., *El corazón del hombre*, edición del Fondo de la Cultura Económica Argentina, Buenos Aires 1990.

\_\_\_\_\_, *El miedo a la libertad*, Paidós Studio, Buenos Aires 1993.

\_\_\_\_\_, *Sobre la desobediencia y otros ensayos*, Paidós Studio, Buenos Aires 1984.

FIORITO, Miguel Ángel, sj., *Discernimiento y lucha espiritual*, imp. Sociedad San Pablo, Buenos Aires 1990.

IGNACIO de LOYOLA, *Reglas para discernir de la Primera Semana*, en

*Ejercicios Espirituales*, “Obras Completas”, BAC., Madrid 1977.

LEVINÁS, E., *Totalidad e infinito, Un ensayo sobre la exterioridad*, ed. Sígueme, Salamanca 2000.

LINARI, Hernando., *La Mirada a través de las Lágrimas*, Ed. Triunfar, Córdoba 2000.

\_\_\_\_\_, *El silencio en la pasión del Parresiastés*, II Jornadas de Cultura Clásica sobre “Parresía: *licentia verborum* y verdad”, USAL, Buenos Aires 24, 25 y 26 de septiembre de 2003.

MARTINI, Carlos María, *La mujer de la Reconciliación*, ed. Paulinas, Bogotá 1992.

MONTERO, Rosa, *El Dolor*, Diario El País, Madrid 1995.

SCOTT PECK, M., *El mal y la mentira*, Emecé ed., Buenos Aires 1988.

TOMÁS de AQUINO, Santo, *Suma Teológica*, BAC., Madrid 1952.

TRESMONTANT, Claude, *Ensayo sobre el Pensamiento Hebreo*, Taurus, Madrid 1962.

Von BALTHASAR, Hans Urs, *El complejo antirromano*, BAC., Madrid 1981.



Este Libro se Termino de Imprimir en